
Novela Erótica
Esposos cornudos 2
TANATOS 12

CAPÍTULO 1

Sentía que no conocía a la persona que yacía a mi lado en aquel instante. Su nombre era Carolina, mi esposa, y sin embargo, desde hacía más de veinticuatro horas, me invadía la inquietante sensación de que se había convertido en una extraña.

Supuse que dormía. Estará cansada, pensé. Y una oleada de rabia me invadió. Recordé una de las últimas frases que había intercambiado en persona con Daniel: "¿A que no la odias?", me había preguntado y yo había respondido que no. Y no había mentido en aquel momento, pero eso quizás estaba cambiando.

Odio es una palabra muy dura. Yo tenía y asumía toneladas de culpa. Instigador, impulsor, incluso creador. Para colmo de delito había estado presente en su claudicación; para mayor vileza e inmoralidad, yo mismo había explotado en su rostro haciéndome pasar por su amante mientras ella mantenía la venda, nuestra venda, en sus ojos.

Cuando ella había salido a nuestra terraza, obedeciendo a aquel cretino, tan solo minutos después de su salvaje encuentro sexual, supe que me enfrentaba a un problema mayor. Carolina era de arrepentimientos inmediatos, de recuperar la cordura al instante una vez la causa de su fugaz desorden se alejaba un milímetro, y sin embargo había querido alargar la lujuriosa y traidora vivencia.

Seguramente aquello había sido lo que me había hecho huir, buscar un hotel e intentar dormir. Pero la soledad no me ayudó. Todo parecía agravarse. Cada recuerdo era más crudo. Cada gemido más sentido. Cada orgasmo más desgarrador. Cada actitud de Carolina más culpable. Cada mentira más flagrante.

Aquel viernes las horas no se sucedieron, se arrastraron. Se acababan de follar a mi mujer y yo intercambiaba mensajes con su amante, el cual daba por hecho que yo sentía únicamente morbo y nada de dolor, e intercambiaba mensajes con mi mujer. Ella fingía que no la habían follado y yo fingía que no lo sabía. Ante mi frase, cuidadosamente escrita: "¿Al final qué pasó con el hombre de anoche?", su respuesta fue un embuste que yo sentí mitad mofa, mitad ofensa: "Ah, nada, no pasó nada", leí en la pantalla y apreté mi teléfono móvil con fuerza.

La farsa continuó. Agazapado en mi cueva, con la persiana casi bajada por completo a pesar de que era mediodía, la tanteé diciendo que finalmente volvería de mi viaje aquella misma tarde. Y otro golpe al mentón. Otra punzada en el corazón. Y es que ni me preguntó por el motivo de mi vuelta temprana, ni sentí la más mínima alegría al otro lado de la conversación. Recordé entonces que Daniel se marchaba el sábado y que su cita original había sido programada para la noche de aquel mismo viernes; la sospecha de que mi vuelta pudiera truncar sus planes me aniquiló. Le escribí a su amante en busca de información y no me respondió. De hecho, fue lo último que supe, o dejé de saber de él, hasta aquel momento.

Si había sido dolorosa su caída, aún más lo era sospechar que en su mente pudiera rondar la idea de una reincidencia casi inmediata.

Mi tarde, ya en nuestra casa, fue una tarde de vigilancia sobre la terraza de Daniel, donde no atisbé movimiento. Y también una tarde de espera; una larga espera bombardeada por un sinfín

de frases acusatorias: “¿Tan necesitada estabas?”, “¿era lo que querías, un animal sin cerebro que te matase a polvos, una polla enorme que te colmara?”, “¿cómo eres capaz de mentirme así?”, “¿serás tan guarra de querer que te folle esta noche también?”, “¿te jodió cuando te dije que volvía hoy?”.

No me enorgullecía de mí mismo cada vez que una de aquellas preguntas brotaba de mi mente. Pero no lo podía evitar. Conllevó un gran trabajo serenarme. Finalmente, a media tarde, y quizás extenuado de tanta rabia, intenté buscar una vía en la que mi mujer pudiera tener una salida más exculpatoria. Volví a atacarme por toda mi parte de culpa e interpreté su pesadumbre por mi vuelta como una vinculación al hecho de que para ella mi vuelta pudiera significar su confesión. Pensé que tenía sentido. Visualicé un reencuentro con un inicio de fingimientos, pero lleno de afecto, en el que yo le decía que me habían ofrecido el trabajo, ella se alegraba, y después, abatida, me confesaba lo sucedido con Daniel.

Carolina, que los viernes suele volver a casa sobre las ocho, me escribió un mensaje pasadas las nueve diciéndome que estaba con una amiga, que me durmiera, que estaría cansado del viaje.

Llegó casi a media noche, se duchó y se metió en la cama sin decir nada.

Yo fingí estar dormido.

A los pocos minutos sentí un sutil resplandor; su teléfono se iluminó. Ella se hizo con él, tecleó con disimulo y escuché cómo lo volvía a posar sobre su mesilla.

Al rato fue mi teléfono el que brilló en silencio. Pero no me moví. Hierático, esperé a que la pantalla perdiera toda la luminosidad. Y es que no me atreví a descubrirme despierto ante ella, ni quise mostrar vulnerabilidad ante quién seguramente me había escrito: el cabrón de Daniel.

CAPÍTULO 2

En pleno conticinio, el silencio absoluto se vio alterado por el desfilar sutil de unos pies descalzos. La oscuridad era total y el recorrido sonoro lo conocía: Carolina iba hacia la cocina en busca de una botella de agua.

Estuve tentado de aprovechar la soledad para revisar mi teléfono. Pero no lo hice. Quizás fuera absurdo, pero seguía sin querer mostrarle a Daniel que vivía pendiente de sus frases ambiguas.

Sentí luz. Alejada. Y escuché la puerta de la nevera abrirse y después cerrarse. Carolina bebía agua fría así fuera noviembre, enero o estuviéramos de viaje por Islandia. Luz difusa, blanquecina, que teñía sin fuerza el suelo del pasillo que yo veía desde la cama. Recordé que no había visto luz en la casa de Daniel en toda la tarde, ni en toda la noche, hasta que me había acostado. Si mi mujer y él se habían visto una última vez no había sido en su casa. O al menos

era altamente improbable. Quién entra a tientas en su propia casa, por pecado o perversidad que vaya a cometer.

La costumbre se veía solapada por la novedad. Carolina no volvía. Me la imaginaba mirando a la nada, en nuestra cocina, frente a aquella barra alargada, idéntica a la de la casa de Daniel. No pude evitar pensar que quizás estuviera recordando, viéndose allí subida, follada por aquel cabrón. Tenía que haber arrepentimiento, de la manera que fuese, por ella, por mí, o por los dos. Algo. Me decía que no podía ser autoengaño. Que tenía que sentir algo de culpa, de alguna manera.

Más silencio. Dudé si habría salido a la terraza, pero supuse que lo habría escuchado. Se me ocurrió otro motivo, así que me volteé hacia su mesilla, pero su teléfono estaba allí. Volví a mi lado de la cama. Vi mi teléfono. No lo pude evitar. Las mayores resistencias se evaporan en los desquicios más fugaces. Cogí mi móvil y leí el mensaje.

Efectivamente, de Daniel.

Tragué saliva. Agudicé el oído por si mi mujer finalmente volvía. Lo primero que vi en la pantalla fue que había hecho caso omiso a mis preguntas, lo siguiente el contenido de un texto cruento. Escuché entonces pasos que se acercaban, bloqueé el teléfono y lo posé con sumo cuidado mientras el cuerpo de Carolina fluía hacia nuestro dormitorio. Ella entraba en la habitación al tiempo que en mi mente rebotaba la frase de Daniel. Había cerrado los ojos pero las palabras estaban dibujadas en mis párpados, brillando con luz propia sobre un fondo negro. No era una sugerencia, era mitad advertencia mitad sadismo. Cerré los ojos con más fuerza mientras Carolina se metía en la cama, sutilmente, por su lado. Cerré los ojos con fuerza y lo escrito por Daniel brillaba de forma persistente: “Joder Rafita, ya sabes que me piro mañana, pero un consejo: ata en corto a tu putita”.

Más allá del impacto, y de la multitud de cábalas, me había llamado la atención el tono, el poso, el subtexto. Y, evidentemente, el insulto final.

Hasta aquel momento, Daniel había tratado el tema, el tema de que se hubiera follado a mi mujer, de una forma casi banal, y siempre sin buscar culpables. Sexo como mero elemento de placer. Infidelidad como forma de vivir más intensamente la sexualidad. Sin embargo, aquel último mensaje plasmaba una feroz inquina. Podría ponerme en lo peor: que Carolina lo hubiera ido a buscar y él mismo se hubiera visto sorprendido por su entusiasmo y voluntad. O ponerme en lo mejor: que mi mujer lo hubiera rechazado y de ahí su súbita rabia y aversión.

Pasaron unos minutos en los que la quietud de la noche contrastaba con la inquietud de mi mujer. Nunca, jamás, ni en las primeras semanas de relación, sus movimientos agitados bajo las sábanas habían desembocado en nada carnal. Sin embargo, aquella noche, yo notaba un ajetreo diferente.

Sus brazos apartaban las sábanas y se daba la vuelta. Una pierna topaba con la mía. La parte trasera de su camisón friccionaba contra mi torso desnudo. Su melena acariciaba mi rostro. Su aroma, tenue y profundamente femenino, se infiltraba en cada recoveco de la cama. Una sutil esencia de feminidad se desparramaba, llenando cada resquicio de mi cuerpo. Cuando de repente, su mano se posó en mi muslo, y entonces supe que la sospecha mutaba en realidad. “¿Qué haces, Carol?” salió de mi mente cuando advertí que cada vez daba más pasos en busca de un fin.

Yo sabía que ella sabía que estaba despierto. Si ella temía que yo sospechara que aquello no era normal lo disimulaba bien, sobre todo cuando reptó hacia abajo. Cuando me pude dar cuenta su cuerpo se agolpaba entre mis piernas. Temblé desconcertado y agradecido cuando una mano tibia despegó mi miembro de uno de mis muslos.

De golpe la sábana sobró y yo fui feliz porque mi mujer mostraba deseo hacia mí. Me quise evadir de razones que pudieran ser dolorosas o de probables culpas que la pudieran estar instigando.

—¿Qué tal el viaje? —susurró de pronto, sin previo aviso, acurrucándose frente a aquello que sujetaba con delicadeza y que crecía en su mano.

—Me han dado el trabajo —respondí.

—Ya lo sabía —ronroneó, y acompañó la sujeción del tronco con un pequeño estirón de mis huevos, que se fueron con ella unos centímetros, y yo temblé por el sorprendente placer.

—¿Por qué lo sabías? —pregunté mientras me imaginaba cómo sus hábiles manos iban cada una a un punto neurálgico: una amasando lo que colgaba, la otra ya retirando y descubriendo lentamente la piel, arriba y abajo.

—Porque te conozco. Y porque era imposible que hubiera ningún candidato mejor. También sé que no sabes si aceptar el trabajo.

Me abandoné un instante. Y ella lo leyó enseguida. Mi silencio entrañaba una petición. Mi mente luchaba por no buscar sucia causa en su insólita iniciativa. Mi mujer comenzó a masturbarme. Con calma. Mi miembro estaba duro y firme, enorgulleciéndome, haciéndome sentir no solo suficiente sino holgadamente viril. Su aliento rondaba mi punta descabezada. Lo sentí fresco, como si el agua fría que había bebido hubiera helado su boca. Alargué mi mano para ubicar su cuerpo, y lo localicé volcado, de lado. A tientas, primero toqué escote, después toqué tirante de camisón, después rocé teta firme bajo seda suave, después palpé pezón recubierto de fina textura lencera; después aparté melena, y, cuando su paja aceleró un poco, busqué sus labios con mis dedos. Ella no me rechazó del todo, pero tampoco abrió la boca.

No pude evitar pensar al instante que si hubieran sido los dedos de Daniel, ella los hubiera acogido enseguida. La imaginé chupado sin remilgo los dedos de Daniel, con aquella mirada de “no quiero, pero quiero”, que se había quedado grabada a fuego en mi memoria.

—¿Dónde has estado estas horas? Qué menos que haberme recibido después de haber estado casi una semana fuera —acusé implícitamente.

—Ya te lo he dicho. Con Marta. No me quedó otra. No veas qué lío tiene… —susurró con dulzura mientras me seguía masturbando, con lentitud, pero con firmeza. Cada vez que descubría el glande por completo yo sentía un poco más de placer; si lo adornaba con una caricia en mis huevos, todo mi cuerpo vibraba en un incontrolable espasmo.

—Lío por qué.

—Líos con su marido y uno del despacho.

—No me digas… ¿Es infiel? —pregunté, marcando la última palabra.

—Por ahora no.

—¿Por ahora?

—Está hecha un lío —insistió sin querer dar más información, mientras seguía implacable y minuciosa con su masturbación.

—¿Otro marido cornudo? —forcé.

—¿Otro? ¿Otro cómo quién? —preguntó, y sentí que se movía, volviendo al hueco que dejaban mis piernas separadas.

—No sé. ¿Qué pasó anoche con el hombre ese?

—Ya te he dicho que nada… —susurró, y entonces, tras un mínimo y escueto silencio, y sin tiempo a reaccionar, sentí una mezcla de frescor y de calor. Una bocanada que me absorbía. Una mano que apretaba con fuerza la base, y una descarga de placer en la punta. Una mezcla de temperaturas, y la imagen, no vista pero visionada, de la cabeza de Carolina, entre mis piernas, sobre mi polla, lamiendo, chupando, culminando la novedad. Su lengua golpeaba con diligencia lo rosado que descubría. Sus labios embadurnaban un glande que palpitaba. Y entonces mis manos fueron a su cabeza y la sujetaron, fijándola con firme despotismo. Mi pelvis se movió hacia arriba buscando que su boca engullera más. Su queja, ahogada, un "¡Umh!" sordo y quejoso, satisfizo un trasfondo de rabia.

Repetí el agresivo movimiento hasta tres veces. Nunca había hecho aquello. Tampoco nunca había sentido que lo mereciera hasta aquella noche. Ella protestó las tres veces, en idéntico ronroneo, pero lo hizo como quién lo siente justo.

Tras el pequeño castigo volví a la tibieza. Mis manos buscaron sus pechos, que colgaban danzantes y tiernos por dentro de un camisón que, descolocado y etéreo, cumplía función erótica pero no de resguardo. Sin embargo, ella no cambiaba su proceder. Había acelerado y chupaba con esmero. Yo, aferrado a sus tetas, cada mano en una, dejaba caer mi cabeza hacia atrás y me abandonaba al placer de sus labios carnosos y mojados, y de su lengua persistente.

Su voracidad la inculpaba. Mi placer la exoneraba. Tras dos minutos de subidas y bajadas de su mano, acompasada por su boca; tras dos minutos de caricias en sus tetas y pezones; de un *engullimiento* soez y sonoro; de gotas bajando por el tronco de mi miembro; de quejidos míos y solvencia suya, le pedí que se subiera, que me montara.

—No… Disfruta tú —respondió con su aliento frente a mi polla embadurnada.

—También disfruto si te subes.

—Me refiero a que disfrutes tú solo —insistió.

—Ya, porque tú ya has disfrutado bastante —murmuré.

—Qué.

—Nada —respondí, sorprendido de mi súbita rebelión y sin saber a ciencia cierta si me había escuchado hasta el punto de haberlo entendido.

—No. Dime… —susurró dulcemente, y yo me quedé callado. Y ella continuó con una paja lenta —. Me gusta tu polla —dijo después.

—Ah, ¿sí?

—Sí…

—Las hay más grandes por ahí —dije sin pensar, y apreté uno de sus pechos con algo de fuerza.

—Y las habrá más pequeñas también… —matizó sin dejar de masturbarme y con su boca siempre cerca de lo que sacudía con la mano.

—¿Por qué te gusta? —quise conciliar.

—No sé. Está bien hecha —respondió finalizando un diálogo algo absurdo, como si lo pronunciado constituyera una tregua que pretendiese cubrir una guerra soterrada y silenciosa.

Carolina volvió a volcarse, a involucrarse como nunca lo había hecho. De nuevo calor y frío. De nuevo mis manos acariciando sus pechos que bailaban al ritmo del vaivén de su cabeza, que subía y bajaba. Una belleza entre mis piernas. Carolina. Mi mujer. Un placer inmenso. Tanto que sentía que podía explotar en cualquier momento. Sin embargo, todo había cambiado. La noche anterior un hombre la había follado; y ella se había entregado como nunca lo había hecho conmigo. A medida que iba sintiendo más placer, más imágenes se cruzaban por mi mente: Daniel rebañando con su polla el semen que yo había vertido sobre ella y metiéndosela en la boca. Mi mujer chupándosela con lujuria. Daniel metiéndosela… penetrándola, invadiendo su coño hasta entonces prohibido, mientras ella lo miraba con asombro, incrédula pero complacida, recostada sobre la barra de la cocina. Daniel follándola de pie, contra la barra. Ella gritando, chillando, agradeciendo la capacidad sexual de aquel animal.

Mi mujer me devoraba y yo sabía que aquel ansia venía espoleada por lo vivido la noche anterior, y quién sabe si por algo vivido aquella misma noche. Mientras no confesase era sospechosa de todo y mi culpa era menor.

El sonido de su felación me recordaba a los sonidos sexuales de su noche con aquel gigante musculado. El placer me envolvía y la rabia no iba a la zaga. Ella sabía que yo estaba a punto de dejarme ir en un orgasmo, y yo sabía que ella se apartaría justo antes de sentirlo para no degustarme ni mancharse.

—¿Vas… a volver a quedar con el hombre de ayer…? —jadeé entrecortadamente.

Ella retiró su boca y sentí que alzaba su rostro hacia mí, siempre sin detener aquella mano que me tenía subyugado.

—Estaba de viaje… Ya se fue… —mintió.

—¿Cómo lo conociste? —alcancé a preguntar, y ella aceleró, dispuesta a vencerme.

—Qué más da. Surgió para jugar… y punto.

—Mhh… —jadeé fugazmente mientras ella seguía implacable; su mano se movía rápidamente por el tronco. El placer era inmenso y la sensación de que estaba a medio espasmo de la explosión me maniataba.

—¿Vas a aceptar el trabajo? ¿Te pagan mucho más? —preguntó fingiendo no saber que me estaba matando de placer, de forma dominante.

—Mmmh… No sé… Lo hablamos mañana… —jadeé de nuevo, y solté aquella teta que apretaba con fuerza. Y entonces le di un pequeño golpe, un toque sutil, a su pecho grande y exuberante, a una de aquellas tetas que Daniel había acariciado y sobre la que después le había dicho que apenas cubría con su mano. Y recordé que la respuesta de mi mujer había sido la de agarrar la polla de aquel cabrón y decirle que ella tampoco cubría su polla con sus manos.

—¡Mmh… Jo-der…! —bramé con rabia, recordando aquellos momentos.

—Venga… Córrete… —me apremió mi mujer en dos susurros tiernos, desconocedora de que mis gemidos no obedecían únicamente al placer que me hacía sentir, sino también a la rabia por lo que sabía. Y después, sin dejar de sacudirme, desvió la dirección de la punta de mi miembro, que pasó de estar hacia ella a estarlo hacia mi vientre.

—Hhh… Mmm… —suspiré—. No… Trágatelo…

—¿Perdona…? —musitó de forma extrañamente graciosa, con una mezcla de sorpresa e inquietud.

—No… me apetece que… me dejes la panza perdida… y tener que ir a limpiarme —susurré como pude.

—Te limpiaría yo…

—Mejor… trágatelo.

Y entonces, mi mujer, tras unos segundos de duda, volvió a hundirse en mí, volvió a engullirme. Volvió el calor y el frío. Volví a sentir mi polla devorada. Y volvieron mis recuerdos y mis sospechas. No me la chupaba Carolina sino aquella rubia que se había follado Daniel; la vecina calientapollas que se había pasado una semana provocando a aquel hombre hasta que éste se había vengado de su provocación. No me llevaba al orgasmo mi mujer sino que lo hacía aquella rubia infiel, aquella zorra de cuerpo infartante y mirada enigmática que llevaba dos días mintiéndome.

Exploté en un orgasmo inmenso. Lo hice llevando mis manos a su melena, a su cabeza, sujetándola con nervio. Solté todo lo que tenía acumulado: rabia y semen. Y Carolina lo acogió con entereza autoinculpatoria.

Permaneció unos segundos aferrada a mí, con su boca recibiendo, mientras mi polla aún palpitaba, expulsando los brotes más rezagados.

No protestó.

Después se fue al cuarto de baño, y se lavó la boca, pero supe que no había escupido, que había cumplido, que había obedecido. Amor o culpa. Quizás ambas cosas.

CAPÍTULO 3

Daniel desapareció. El sábado se fue con él. La única pista, el único rastro que dejaba, eran los recuerdos en mi mente y lo que pudiera haber en el teléfono de mi mujer. Aquella misma mañana maldije no haber tenido la lucidez la noche anterior de haber revisado su teléfono en lugar del mío cuando, de madrugada, Carolina se había ido a beber a la cocina. Aquel había sido el momento, la oportunidad. Tan seguro estaba de que era demasiado lista como para dejar evidencias a la mañana siguiente, que ni me molesté en espiar su teléfono cuando se fue a la ducha.

El mediodía fue el cierre. Tras la sobremesa me asomé a nuestra barandilla y vi a una mujer limpiando en la terraza de Daniel; la mujer que siempre aparecía por allí entre inquilino e inquilino. Sentí como si borrase las pruebas de un crimen, pero entendí que por mucho que se eliminen los vestigios somáticos, el asesino, la víctima y el testigo, lo son para siempre.

No pude evitar intentar contactar con él. Siempre me decía que sería la última vez. Le escribí preguntándole a cuento de qué aquel insulto y aquella especie de amenaza en su último mensaje, y su respuesta, como llevaba siendo costumbre las últimas horas, consistió en pretender posicionarse por encima de mí: no solo no contestó a mi pregunta sino que planteó otra, jugando, poniéndome el cebo al respecto de por qué creía yo que él había sabido que ella era mi esposa.

No dejaba de sorprenderme cómo había cambiado súbitamente Daniel. De pretender ser un compañero de tropelías inefable a jugar como un tahúr pretencioso. Al respecto de su actitud, yo sentía que, a medida que habían pasado las horas, él se había ido dando cuenta de su sorprendente proeza y no era capaz de asimilarlo. Y yo me decía una frase que era mitad acusación mitad desolación: “Follarte a mi mujer te ha quedado demasiado grande”. Me desgarraba pensar o sospechar que no había sido una proeza sino dos.

No caí en su trampa. A aquella cuestión me había respondido yo mismo durante la larga madrugada del jueves: nuestros nombres en el buzón del portal, nuestras fotos juntos en nuestra casa, casa en la que había estado fugazmente cuando habían ido a por hielos la noche de la morbosa tragedia. Cualquiera de las dos opciones, o las dos juntas, justificaban el por qué de que él supiera que éramos marido y mujer. Si lo había sabido desde principios de semana o lo había descubierto aquella misma noche terminó por parecerme irrelevante.

Cómo volver a la rutina de una vida marital mientras las imágenes de tu mujer, follando con otro hombre, bombardean tu cabeza. Cómo contarle mi semana y mis entrevistas de trabajo mientras

me preguntaba si la noche anterior también habrían follado. Cómo preguntarle por la noche con su amiga Marta cuando estaba predispuesto a no creerme absolutamente nada.

Por la noche salimos a cenar. A mí no me apetecía, pero qué excusa podía esgrimir para no celebrar, un sábado por la noche, que de entre cincuenta candidatos había sido yo el elegido, el que pudiera decidir si aceptar o no. Yo seguía sin poder creerme que Carolina pretendiera continuar una vida normal después de lo que había sucedido.

Fuimos a un restaurante conocido, bastante informal, y las dos primeras copas de vino las dedicamos a buscar pros y contras de lo que supondría que me subiera al barco de la nueva empresa. Mientras ella hablaba, yo valoraba lo bien que le quedaba la vestimenta enteramente oscura, que le hacía aparentar casi ni treinta años: los pantalones negros, el top negro y la cazadora de cuero negra; parecía la chica guapa, con su escena tórrida intercalada a mitad de metraje, de una película de los noventa; si bien el pelo, más liso que cardado, y el maquillaje, casi inexistente, la traían a la actualidad.

Al tiempo que bebía me preguntaba si follaríamos aquella noche, y si volvería durante el acto mi ansia por castigar su infidelidad, y si ella de nuevo aceptaría el castigo, merecedora de mi rabia por haberse follado a Daniel.

—Más dinero, pero una noche fuera a la semana. En el fondo, por vueltas que le demos, no es más que eso —dije mientras nos servíamos una tercera copa de un vino blanco que sabía a resaca anticipada.

—Ya. Una noche fuera, pero dos días —quiso matizar.

—Día y medio. Tendrías que sobrevivir sin mí día y medio a la semana.

—No sé. Bueno. La decisión es tuya al final. Pero tampoco te pagan mal ahora —dijo Carolina, a la que yo veía cada vez más reacia al cambio.

Tras un silencio, su teléfono móvil, que estaba sobre la mesa, se iluminó. Ella llevó inmediatamente sus ojos allí. No pude ver desde mi posición quién le había escrito. Ella le dio la vuelta al teléfono y pareció dudar si cortar por lo sano y meterlo en el bolso.

No hubo rubor en sus mejillas, pero si atisbé una extraña tensión. O quizás fueran imaginaciones mías. No había sido un gesto extraño en ella, siempre contraria a que los teléfonos se colocasen por encima de las conversaciones cara a cara. Pero la sombra de la duda cubría casi cualquier movimiento.

—Con día y medio a la semana igual te da para conocer a un hombre como el del jueves —provoqué.

De nuevo otro silencio. Carolina me miró fijamente. Era evidente que pensaba que yo sospechaba que había sucedido mucho más que “nada”.

Sus ojos verdosos, felinos, buscaban pistas en mí. Su petulante cruce de piernas mostraba una seguridad que no era impostada, pero yo sentía que tenía las herramientas para desarmarla.

—Visto lo visto es mejor que lo conozcamos juntos. Si es que de verdad lo quieres. Esa noche

me estuviste mareando —dijo contraatacando con astucia.

—¿Mareando?

—Mareando, sí. Que si quiero que pase algo. Que si bésate con él. Que si… —susurró, inclinándose hacia adelante—. Que si sería un buen cornudo sumiso…

—No dije que sería un buen cornudo sumiso.

—Sí, lo dijiste —dijo con poso y bebió de su copa.

Entrábamos en terreno pantanoso. Y yo consideraba que aquello me convenía.

—Venga. Dime cómo lo conociste.

—¿Cómo lo conocí? Si no tiene ninguna historia. Lo conocí en el edificio. Estaba de alquiler en el segundo piso del otro bloque. Estaba solo. Venía de viaje y estaría pocos días. Tú estabas, y no sé si estás, con el *run run* del tema este… y se presentó la oportunidad de jugar un poco. Pero salió mal. No tuvo más historia.

—¿Salió mal?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ay, Rafa… por qué va a ser.

—No sé. Dime tú…

—Pues porque ni tú sabes lo que quieres. Porque yo tampoco lo sé. Porque no sé qué ganaríamos… Ya viste anoche que no tenemos demasiados problemas…

—Anoche fue… diferente —dije y la miré fijamente.

Sí había sido diferente: mi castigo, su aceptación, su culpa, su excitación. Ella podría reconocer únicamente lo último, pero no podría justificar nada.

Su silencio me permitió continuar con el cerco:

—¿Por qué estabas así?

—¿Así cómo?

—Carolina… —dije medio sonriéndome, remarcando la obviedad de lo inusitado de su proactividad sexual.

—Porque llevabas tiempo fuera —mintió.

—Ya…

—Cómo que ya… Oye, Rafa… ¿de verdad tengo que justificarme… por chupársela a mi

marido? —se revolvió, utilizando sorpresivamente un término explícito, con otro susurro hacia adelante.

Ella, como yo, sabía que aquello no había sucedido nunca, de sorpresa y de madrugada. Ella suponía que yo sospechaba que su excitación provenía de su noche con aquel extraño. Y yo quise tirar por ese camino:

—No. No tienes que justificar nada. Pero, y me parece bien, creo que esa… sorpresa… estuvo vinculada a tu andanza individual con el inquilino misterioso. Que no pasa nada. Que me parece bien y hasta sano.

—¿Sano? —casi rió forzadamente.

—Sí… al fin y al cabo era lo que llevábamos tiempo buscando, que gracias a un tercero, lo nuestro, lo físico, porque lo demás está perfecto, mejorase.

Mi mujer dudó, pero no tuvo el valor, o la desfachatez, de mentirme y decirme que nuestra vida sexual no tenía problema alguno.

—¿Y no te escribe después de haberos… citado… o lo que fuera… esa noche? —pregunté.

—No, no me escribo con él. Y esto fue Marta, eh —se excusó mirando hacia su teléfono dado vuelta.

Dudé si apretar o soltar cuando un camarero nos interrumpió preguntándonos por los postres. El chico enumeró después una retahíla de dulces mientras yo sentía que Carolina se había escapado casi indemne.

Una vez estuvimos otra vez a solas, y tras haberlo meditado, le quise dar una última oportunidad:

—Yo solo quiero que me digas si pasó algo con ese hombre. Nada más.

—Rafa…

—Que…

—Que evidentemente no. Aunque a veces pienso que hubieras querido que hubiera pasado algo —dijo, cínica, queriendo poner el foco sobre mí.

—Última oportunidad… —dije, forzando la máquina.

—Última oportunidad de qué. ¿Te quieres ir a la mierda, Rafa? —dijo, y bebió con chulería. Y yo sentí rabia.

Me contuve. Intenté serenarme. Después me armé de valor y quise llegar hasta el final. Tuve el ligero presentimiento de que quizás pudiera flojear y claudicar.

La miré. Me dolía siquiera pronunciarlo. Pero tenía que hacerlo.

Y lo solté:

—Carolina. Última vez. Dime: No, Rafa, no pasó nada, ni nos besamos. Ni follam…

—¿Follar? ¿Pero a ti se te ha ido la cabeza? —exclamó, interrumpiéndome, con un descaro que me enfureció.

Sentía que la odiaba. Y eso me dolía más que el odio en sí.

—Se te va la cabeza… Estás enfermo, de verdad… —susurró, sobreactuada.

Me enrabietó. Su cinismo era un insulto.

Su cuerpo se echó hacia atrás, respaldándose contra la silla. Sus pechos, bajo el top lencero y oscuro, se hicieron evidentes. Se apartó el flequillo y fingió indignación.

—Se te va la puta olla… —murmuró de nuevo y mi odio se acrecentó.

—Está bien. Está bien —dije, moviendo ligeramente las manos, en señal de tregua, pero mientras lo decía pensaba que estaba dispuesto a llegar hasta el final, aunque el matrimonio saltase por los aires.

Carolina pidió la cuenta. Lo hizo con desaire. Exportando su chulería más allá de nosotros.

Y yo me dije que habría confesión o venganza.

CAPÍTULO 4

Un minuto de silencio. Y dos. Y tres. Se convirtió en una cuestión de orgullo el comprobar quién cedía primero.

Copas alzándose y posándose. La cuenta. El sonido del datáfono. El “buenas noches” al camarero. Una sintonía tensa y áspera.

Se fue hacia los aseos sin decir nada. Pero me dejó dos trampas: la primera, aquel teléfono que yo podría desbloquear para saber si Daniel le había escrito; la segunda: la visión despejada de su culo enfundado en sus finos pantalones negros; culo aún más hipnótico por su caminar decidido; cada nalga se movía lo justo para no mostrar flacidez pero sí independencia. Yo leía las dos señales. Con la primera ella pretendía que mostrase desesperación. Además, si yo desbloqueaba y leía, ella lo sabría. Con la segunda parecía pretender que yo aceptase mi suerte: Carolina parecía querer decirme: “soy tu mujer, te quiero, igual he hecho algo malo, y qué, tengo este culo, no te compliques más la vida”.

No tardó apenas nada en volver. De todas formas, yo desde el principio había decidido no caer en la trampa. O quizás fue que la segunda señal vencía, al menos momentáneamente, a la

primera.

Finalmente fue ella la primera en hablar.

—A ver. Tomamos una copa por ahí, o qué —dijo, cogiendo su cazadora del respaldo de la silla.

Su iniciativa la hizo bajar un poco, pero su “a ver” y su “o qué” chulescos, la volvieron a levantar. Salimos del restaurante con un empate técnico.

Al caminar con ella por la calle en busca de cualquier bar o pub que pudiera alargar un poco nuestra noche, me di cuenta de que vivía obsesionado, hasta el más mínimo detalle, con lo sucedido. Y no solo con el hecho en sí, sino que sentía que todo lo comparaba con la atmósfera de aquellas horas. Me veía a mí mismo pensando que la noche era cálida, pero que más lo había sido la del jueves; que Carolina estaba guapa y a la vez atractiva, con matices, pero de forma casi idéntica a como había estado el jueves. Aquella noche se había convertido en un baremo en sí mismo.

No éramos Carolina y yo muy dados a peripecias nocturnas. Entramos en un pub por esa llamada que hacen los locales que no están muy llenos ni demasiado vacíos; donde entran los tibios que no quieren mucha guerra y los intensos que buscan espacio físico y temporal para coger carrerilla. Nosotros, sin duda, éramos de los primeros.

Acudimos a la barra, porque allí teníamos todo: más luz, música menos atronadora y bebida más accesible. El camino nos había servido para relajarnos un poco. Toda guerra tiene fluctuaciones de intensidad, aunque el trasfondo del conflicto se mantenga invariable.

La conversación también se ablandó. El pasado, las noches de novios en las que salíamos los dos solos, lo descolocados que estábamos en el mundo nocturno “con lo que habíamos sido”… Un sinfín de implícitas y disimuladas propuestas de tregua, frase a frase, ladrillo a ladrillo. Si bien yo era consciente de que construíamos sin cemento y que por tanto el edificio pendía de un soplido.

En un momento dado, Carolina miró a su alrededor. Yo sabía que el vino primero y la ginebra después estaban haciendo mella. A veces llegaba a sorprenderme de lo bien que la conocía. Sabía lo que iba a decir. Sabía cual sería su siguiente paso en busca de la paz. Mientras saboreaba mi certeza y preparaba mi frase, observaba lo guapa que estaba: su melena rubia y brillante, el lunar en el centro categórico de su mejilla, sus labios espléndidos que pedían ser besados a veinte metros de distancia, sus ojos verdosos que, sin ser grandes, proyectaban una luz mitad melancólica mitad inquieta.

—Bueno, y de aquí… ¿a quién elegirías? —preguntó Carolina, confirmándome que había acertado.

—¿El qué? —dije en su oído, regodeándome en su propuesta de paz y en mi atino.

—Que de aquí a quién elegirías… aunque no vayamos a hacer nada —dijo, también en mi oído, en tono más alto.

Mi mujer volvía al juego sin volver. Pues aquello que habíamos intentado con aquel hombre y que ella le había confesado a Daniel había sido cierto. Sin embargo, nunca habíamos llegado a

nada. Ni siquiera habíamos estado cerca. Había surgido de forma casual, por mi excitación al verla acosada en la noche por algún extraño. La excitación que ella había sentido, o dejado de sentir, por tal acoso, nunca la había tenido demasiado clara.

Miré a mi alrededor, como si no hubiera reparado hacía bastantes minutos en la peculiaridad de aquel local. Pero entonces quise agitar de nuevo el avispero y busqué a un prototipo, busqué a un hombre calvo, o de cabeza rapada, y barba, y grande y musculado. Busqué, entre el gentío de aquel local oscuro y alargado, a un hombre que se pareciera a Daniel. Visionaba la posibilidad de mostrarle a un hombre como él. Paladeaba el momento en el que Carolina se viera juzgando físicamente a un hombre idéntico al que se la había follado. Me estimulaba imaginar a mi mujer negando el atractivo de un hombre semejante al animal que la había matado de placer.

Sin embargo, no encontré a nadie con el parecido suficiente como para plantear mi encerrona.

—Carol…

—Qué…

—Que aquí va a ser complicado.

—¿Por…?

—Joder, no lo ves… Es… un bar de ambiente.

—¿Ambiente?

—Que son casi todos gays… y lesbianas… —dije, y era cierto.

—¿Verdad? —corroboró mi mujer, mostrando que también lo había advertido.

—Salimos tan poco que ya no sabemos por dónde salir —dijo Carolina y sentí cierto descontento.

—¿Es una crítica a que no salgamos? —pregunté, algo molesto.

—¿Qué? —frunció ella el ceño.

—Que si es una crítica. Hasta dónde yo sé llevamos la vida que queremos llevar.

—Ay, cómo estás hoy, eh, Rafa… —suspiró de nuevo, sobreactuando un poco su indignación, como en el restaurante.

Bebimos. De nuevo en silencio. Mientras, la música rebotaba con una base incesante y el local se iba llenando, como el vaso de mi paciencia. Mi mente era un bucle castigador: “Daniel te ha follado”, “me has mentido”, “joder qué guapa estás”, “te quiero”, “te odio”, que, dependiendo del tono con el que sonase en mi cabeza, era drama y a veces hasta casi comedia.

Carolina, acalorada, se quitó la cazadora oscura y dudó si posarla sobre la barra o si sujetara ella misma con su mano libre. Sus pechos se hicieron notar con frívola elegancia, llenando su sujetador y haciendo volar un frágil top sedoso, que tenía algo de encaje y escote en pico. La opulencia era sutil, no era tanto exuberancia como secreto para expertos; una potencia de cuerpo

esbelto, solo advertible a primera vista por los más avezados. Yo miré entonces a nuestro alrededor y una chica la miraba. Fue extraño, y a la vez morboso, atisbar, creo que por primera vez, como levantaba pasiones también en su mismo sexo.

Iba a decir entonces algo pacífico, pero recordé que aquellos pechos que miraba aquella mujer habían sido devorados por Daniel tan solo dos noches atrás, y no me pude contener. Mi mente, otra vez, viajó al reciente pasado. La recordé con la venda en los ojos… sumisa de aquel cabrón… y mis pulsaciones se dispararon. Me acerqué de nuevo a ella y le solté:

—Dijiste antes que todo está bien, como se pudo ver ayer en ese despertar de madrugada que me diste… Y puede que sea verdad. Podríamos entonces jugar con la venda… esta noche.

Carolina se quedó un instante en silencio. Ahora era yo quién tendía la trampa. Yo sospechaba que aquella venda que había ido a casa de Daniel nunca había vuelto.

—¿Qué venda? ¿Para qué? —preguntó, de nuevo farsante.

—La que usamos una o dos veces. La negra. Para vendarte los ojos.

—No sé dónde está —contestó frunciendo el ceño, como si le hablara de un objeto que no había visto en años.

—¿Dónde va a estar? Donde siempre. En el cajón de tu mesilla —dije con actoral naturalidad.

—No sé yo… Hace tiempo que no me suena verla —continuó Carolina con su embuste.

Otra vez su mentira neta me cabreó. Parecía como que no terminaba de enervarme hasta que mentía también en la repregunta, y en ese momento la tensión por la espera de su respuesta sumada a la falacia nítida, derivaba en una rabia que, para colmo de exigencia a mi autocontrol, yo debía disimular, pues yo en teoría no sabía lo que había sucedido.

Opté por no insistir y por decirle que me iba al baño, y que volvería enseguida. Cada palabra que pronunciaba era dicha con pulsaciones más altas y con rabia mayor. Sentía que la ira me consumía.

Me abrí paso entre la gente. El local había cambiado en menos de media hora. Advertí la entrada de un pasillo y por allí quise avanzar, pero enseguida me di cuenta de que la gente que tenía delante no estaba allí por capricho, sino que aquello era ya la cola del aseo. Tres o cuatro hombres delante de una puerta abierta. Incontables mujeres esperando en una fila paralela.

Miré al techo. Revisé mi teléfono. Aquello no avanzaba. Sentí una incómoda angustia. Bebí de mi ginebra, que se calentaba a una velocidad endiablada. A mi lado, en la cola contigua, sentía la presencia de una mujer bastante cerca, extrañamente cerca. No necesitaba alzar la mirada para saber que ella me observaba. Mi pulso se aceleró un poco más. No quería interactuar con nadie, sin embargo, sabía que alguna frase iba a salir de aquella chica que para mí, por aquel entonces, era solo una menuda mancha azul. Se notaba, se palpaba. Sentía esa extraña sensación que se tiene cuando tienes la certeza de que alguien va a hablarte.

Miré al frente, buscando un avance, cuando la sospecha de la interacción se hizo realidad.

—Oye, chico… —escuché a mi lado, y no me quedó otro remedio que revisar el cuerpo entero de aquella chica, con pelo oscuro recogido en una coleta exigua, gafas y camisa azul.

El cruce de miradas le pareció suficiente.

—¿Es tu novia la chica con la que estabas?

No me lo podía creer. No era la chica que había visto antes. Así que parecía que Carolina ya tenía, cómo mínimo, a dos lesbianas alteradas. Y es que la chica de la camisa azul desprendía lesbianismo por los cuatro costados.

—¿Que si es qué, quién? —pregunté, para ganar tiempo, pero fue un error, pues lo que conseguí fue que me repitiera, la frase exacta, pero en el oído:

—¿¡Es tu novia la chica con la que estabas!?

—Es mi mujer —le dije, alzando el tono, y es que teníamos un altavoz bastante cerca y era necesario hablar casi a gritos, cosa que ella había hecho las dos veces.

—¡Está buena! —dijo, de nuevo en mi oído, y yo sentía incredulidad por su frase y molestia por su presencia.

Y no sé qué hice. Quizás fruncí el ceño. Quizás me encogí de hombros. Quizás no hice absolutamente nada y simplemente seguí mirando al frente.

—¡Que está buena, digo! —volvió aquella voz, que con certeza no era fea, a mi oído.

—Ya, ya… —alcancé a decir.

—Ya, ya… ¿qué? —insistió en un chillido que me molestó.

—Que está buena, sí, ¡pero es mi mujer y por tanto no creo que sea lesbiana! —dije, y al momento sentí que me había pasado.

No le miré a la cara tras decirlo. Pero supe que lo había oído. No sabía si habría represalias a mi brusquedad.

—¡Yo tampoco soy lesbiana, eh! —otra vez su voz en mi oreja. Y yo me giré de nuevo para mirarla: la camisa casi abotonada hasta arriba, el pantalón vaquero, todo el lenguaje corporal mostraba masculinidad, sobre todo la postura de sus piernas.

—¡Soy bi, o eso creo! —continuó, hasta medio sonriente.

—¿Eso crees? —pregunté achinando los ojos y negando levemente con la cabeza. Fue entonces ella la que se quedó mirándome sin decir nada—. ¿No lo sabes? ¿No lo tienes claro? —pregunté, si bien me daba bastante igual.

—¡Pues depende! ¡Tú tampoco estás mal! ¡Sois una pareja de guapos!

Sentí en aquel momento una creciente vergüenza ajena. Era más joven que nosotros, pero no para mantener aquel diálogo hilarante. Los veintiséis o veintisiete años los tenía que tener.

Ella siguió hablando. Tenía un palique descontrolado. Mi cola avanzó un poco, la suya no, pero ella venía conmigo. Sus facciones eran finas, la tez muy clara. Y de nuevo me llamaba la atención la voz, que no era especialmente femenina, pero sí dócil. Sus ojos, castaños, no eran por ello insulsos. Había algo agraciado en aquel compendio que rasgo por rasgo nunca habría sido seleccionado para crear un rostro dichoso. Su cuerpo parecía recto, como un rectángulo salido de un molde, si bien tampoco su ropa, holgada y neutra, daba pie a crear forma o curva alguna.

—¿Y cómo os lo montáis? —preguntó de golpe ella, sorprendiéndome, más aún, y arrastrando un poco la lengua. Y yo, por estructura y contenido, supe que estaba bastante borracha.

—¿Que cómo nos lo montamos? —repetí y al pronunciarlo en voz alta me pareció una frase de otra época, antigua, como de madre desubicada.

—¡Sí!

Yo entonces, viendo que ya era el próximo en entrar al aseo, y sabedor de que no la volvería a ver en mi vida, me dejé llevar por aquella mezcla de hartazgo y cabreo que llevaba horas consumiéndome. Posé mi mano en su hombro y dije en su oído:

—Pues mira, chica desconocida que no sé por qué me habla, nos lo montamos así: yo le doy a ella, porque yo tengo rabo… y ella conejo… entonces le doy yo a ella. Así nos lo montamos. Supongo que como una pareja de heteros normal y corriente.

Me retiré un poco, buscando el impacto, y me encontré con que ella, no solo sonreía, sino que estaba al borde de la risa.

Mi impertinencia chocaba contra el muro de la levedad.

—¿Y nada más? —preguntó sin eliminar la sonrisa de su cara.

—¿Nada más?

—Sí. ¿No hacéis nada más? —preguntó y yo atisbaba ya el final del túnel. Mi bendito aseo se iba a quedar libre. El que estaba dentro ya se lavaba las manos, debía de ser el único que lo hacía, y me tocaba a mí esperarlo. Y entonces quise terminar la conversación bien arriba:

—Bueno, sí. Hacemos más cosas —dije.

—¿Qué cosas?

—Pues ella anteayer se folló a un tío. Yo lo sé, pero ella lo niega.

—¡No jodas…!

—Ya ves.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque los vi. Los… espié.

—Hostia, puta, ¿no? —dijo ella, seria por primera vez, pero, sobre todo, superlativamente involucrada. Cosa que, por algún extraño motivo, me agradó.

Y entonces, el hombre de las manos limpias, se cruzó con nosotros. Y yo entré en el aseo.

Y lo primero que pensé, una vez estuve solo, fue que se me estaba yendo la cabeza.

CAPÍTULO 5

Después de orinar me fui hacia el lavabo. Me lavé las manos, como mi predecesor, me miré en el espejo y recordé aquello que había dicho la de la camisa azul: “sois una pareja de guapos”. Había sido una frase extraña, infantil, y además pronunciada por alguien irrelevante y con preferencias sexuales imprecisas; sin embargo, en mi fuero interno, terminé por aceptar el halago.

No había que negar que Carolina estaba en otro nivel, pero aquello nunca me había lastrado. Nunca me había sentido inferior. Estaba más buena que yo, evidentemente, pero algo le habría ofrecido para haberme elegido. Ni siquiera su falta de apetito sexual hacia mi persona me vencía. Mi mujer, y aquello me jodía pero reafirmaba mi teoría, parecía haber visto el cielo con alguien a quién yo consideraba inferior a mí en cuanto a estética constatable: Daniel. Era el mismo Daniel que había sido rechazado en aquellas clases de italiano por mujeres tremendamente inferiores a mi mujer. Los caminos del morbo, de la atracción y del deseo, son inescrutables.

Pensé en Carolina y en que mi abandono, entre la micción, la reflexión y la cola, se habría extendido fácilmente hasta los ocho o diez minutos. Sentí entonces algo de preocupación, pues no le quería dar excusas para que se molestase y le diera la vuelta a todo. También sentí algo de agitación al imaginar que algún hombre pudiera haber ido a tantearla; algún heterosexual tendría que haber allí, algún despistado como nosotros.

Salí del aseo, volvió el estruendo y la base de una música indescifrable, y no había dado ni cinco pasos cuando, simultáneamente a sentir una mano en mi hombro, escuché:

—¡Oye, oye! —la voz era inconfundible.

Me giré y la omnipresente de camisa azul ya atacaba mi oído de nuevo.

—¿Y qué vas a hacer? —chilló más que nunca, colocando su voz muy por encima del tono de la música.

—¿Qué? —pregunté aturdido.

—¿Que qué vas a hacer?

—¿Hacer con qué? —dije, de medio lado, indicándole con mi lenguaje corporal que quería seguir mi camino.

—¡Pues con eso de que te ha puesto los cuernos y ella lo niegue!

—No lo sé. ¿Te importa realmente?

—¡No sé…! ¡Pero nos estaba mirando antes…!

—¿Quién?

—¡Chico, pues quién va a ser! ¡Tu mujer cañón!

—¿Y qué? —le inquirí y me pareció extraño que desde la barra nos hubiera visto, pero era posible.

Fue entonces ella la que se encogió de hombros. Desvié la mirada y miré hacia la barra. No veía a Carolina, pero sí, era cierto que podría habernos visto. No sabía qué pretendía decirme la de azul, pero desde luego dudaba mucho que mi mujer se fuera a poner celosa por aquella lesbiana de gafas.

—¡Oye! ¿Me das tu número? —escuché a mi espalda.

No me lo podía creer. Me giré, y fui hacia su rostro para buscar su oreja después. Allí, maldiciendo el volumen de la música, grité, tanto como hacía ella:

—¿Mi número para qué?

—¡No sé! ¡Puedo ser buena consejera!

Mi mente trazó entonces un enunciado fatídico: “A mi mujer se la han follado, una vez seguro, quizás dos, me lo ha negado, y crees que voy a buscar consejo y apoyo moral en una lesbiana, o bisexual, a la que le llevo diez años, y seguramente miles de kilómetros, y que no conozco de nada”.

Finalmente conseguí serenarme un mínimo, lo suficiente como para no cometer más estupideces y seguir enredándome. Y dije de forma escueta:

—No, gracias. Estoy bien. Lo sabré gestionar yo solo.

—¡Si no escríbeme por las redes…! ¡Estoy en todas y lo tengo abierto! Soy Silvia punto ge.

—¿Punto G? —pregunté, negando con la cabeza. Aquella chica era un jodido delirio.

—¡¡Sí!! ¡Punto G! —rió—. ¡Pero escribes el punto y después la letra “g”, o sea no la letra “g”, perdón pones g y e! ¡Sin i griega, eh! ¡Dos letras g e! ¡Silvia punto ge!

—Ya… ya… —volví a negar con la cabeza, volví a alucinar con su verborrea, y volví a valorar la singularidad de unos ojos marrones que con el manual en la mano tendrían que ser insulsos, pero que en la práctica eran realmente bonitos.

—Tú seguro que eres algo así como… Pablo… López… García… Oficial… —rió de nuevo.

—Oficial, sí… —sonreí sin poder evitarlo.

Y en ese momento ella se movió, quizás alguien tiró de ella, o fue ella misma. Lo cierto fue que no me dio tiempo a observar si vagaba sola o si estaba con otra gente. Parecía que fluía con el universo.

—¡Bueno! ¡Eso! ¡Búscame! ¡Que te echo un cable! ¡Me voy! ¡Me meo! —lanzó en un último grito continuado, a toda velocidad, y fue hacia al aseo de mujeres.

Quise pasar página cuanto antes. Olvidar aquella doble conversación surrealista. Me di la vuelta. Miré por encima de las cabezas. Y vi a Carolina. Estaba exactamente en el mismo sitio. Con cada paso que daba me decía a mí mismo que había tardado una barbaridad en volver. La posibilidad de que un hombre la estuviera acosando se desvaneció tan pronto advertí un perímetro en torno a ella absolutamente ajeno a la belleza solitaria vestida de negro. Ya solo quedaba la posibilidad de su enfado, y su primera frase fue en esa línea, pero su expresividad no denotaba demasiada recriminación.

—He tardado tanto porque me ha acosado una lesbiana —contesté y me planté frente a ella. Sentí entonces un extraño impacto al encontrarme con Carolina. Me pasaba a veces. Era una locura, pero cuando llevaba tiempo hablando con una chica no demasiado agraciada y de golpe veía a mi mujer, sentía el contraste.

—Ya te vi ya. Una de gafas —dijo mi mujer, afable, sin mostrar acritud.

—Bueno, más que lesbiana era bisexual. Según ella.

—¿Y eso? ¿Cómo lo sabes? —preguntó Carolina, y las curvas de su torso, su sugerente escote, y toda su feminidad, me caían encima. De nuevo, seguramente, por el contraste con el rectángulo andrógino con el que había conversado.

—Me lo dijo.

—¿Qué? ¿En serio te lo dijo?

—Sí, si. Igual es que hace mucho tiempo que no salgo… y las cosas han cambiado… o quizás es que en este tipo de ambientes la gente va a otra velocidad.

Carolina no dijo nada. Me miraba. Yo dudé en acercarme y besarla.

Ella sorbió de su pajita y alzó los ojos. Yo me acerqué y ella se acomodó para recibirme.

Después, en un susurro en mi oído, que de nuevo contrastó con los gritos de la de azul, dijo:

—O sea, que si es bisexual… entonces igual le gustabas.

—Creo que le gustaste tú —contesté sin pensar.

—¿Qué dices? —se extrañó.

—Nah, no sé. Supongo que no te vio y por eso me habló —reculé.

Se hizo entonces un silencio. El beso era inminente. Y me di cuenta de que no nos habíamos besado desde mi vuelta. No nos habíamos besado desde que Daniel la había follado. No había besado a mi mujer infiel. Y aquella idea, por extraño y enfermizo que pareciera, y quizás potenciado por el alcohol y la noche, me excitó. Sin duda, no me sentí orgulloso por sentir dicha excitación.

—¿Vamos a otro sitio? —preguntó.

La miré. Sus curvas. Su escote. Sus pechos. Su melena. Sus labios. Sus piernas largas y torneadas.

Quería besarla, pero a la vez quería retrasar el beso. Su mirada era inquieta, melosa. Supe que el hecho de que no se hubiera molestado en absoluto por haberla dejado sola durante casi quince minutos solo podía obedecer a una cosa: mi mujer sentía culpa.

Sentía culpa. Ella lo había recapacitado en mi ausencia. Y yo sentí, en lo más profundo de mi ser, un deseo de presionar al límite:

—Mejor vamos a casa…

—¿A casa…? ¿A qué? —preguntó con picardía.

—A follar… —dije de nuevo en su oído y la miré a los ojos.

Ella entonces, sin emitir sonido alguno, jugando, moviendo sus labios para que los leyera, dibujó con ellos, lentamente:

—Me-pa-re-ce… bi-en.

Tras su traviesa aceptación, sin amilanarme, y mirando sus poderosos ojos verdes, sí pronuncié yo en voz alta y nítida:

—Te quiero vendar los ojos… Si has perdido la venda… usaremos otra cosa…

Y ella, mi mujer, Carolina, hizo lo posible porque su semblante no cambiara. No respondió, entornó los ojos, ladeó un poco la cara, y después dio un último trago a la pajita para sorber de su ginebra. Me miró enigmáticamente mientras lo hizo.

Y me di cuenta de que me estaba enganchando a aquel juego que nacía. Juego en el que yo le presentaba indicios de que sabía cosas que eran imposibles que pudiera saber, y ella fingía no desconfiar.

CAPÍTULO 6

El camino de vuelta me confirmó que, a lo atroz de lo vivido la noche del jueves, a lo inadmisible de las mentiras de Carolina y a la sospecha cruel que se cernía sobre mí al respecto de lo que pudiera haber sucedido el viernes, se añadían también elementos positivos. No entraba a valorar si el compendio total llegaba a ofrecer ganancias, pues sin duda la respuesta sería negativa, pero sí estimé una tensión sexual con mi esposa que hacía años que no se producía, si es que se había producido alguna vez.

Primero el paseo, a veces algo agarrados, de cinturas o de manos. Después algún amago de detenernos, al doblar alguna esquina, pero siempre continuábamos. Continuábamos porque algo enfermizo en mí quería retrasar el momento de besarla; paladear el morbo de saber que Daniel había sido el último en haber degustado sus labios. Después el trayecto en taxi, los dos sentados atrás, con miradas que nunca nos habíamos dedicado, pues no era complicidad, era tensión por lo que ella había vivido y no quería confesar, y por lo que yo había presenciado y no podía revelar.

Si mientras caminábamos había sido yo el reacio al contacto, el sutil negador del beso, en el ascensor fue Carolina quién rehuyó el contacto y me apartó, me arrinconó, sin tocarme; desplazado por su propio ego. Se miró en el espejo y resopló. Quiso exteriorizar desencanto por una melena despeinada y por un semblante castigado por la noche y el alcohol, pero yo sabía que se estaba gustando. Siempre sabía cuando Carolina se mortificaba con franqueza y cuando lo hacía con embuste. Nunca entendí el motivo de aquellos resoplidos falsamente desencantados cuando en realidad aprovechaba el espejo para disfrutar de sí misma. Su petulancia, que a veces me irritaba, en aquel momento me vino bien para seguir retrasando un beso que de producirse me haría ser el último; borrando el morbo de ser el penúltimo.

Entramos en casa y yo tenía preparado el ataque. No el ataque sobre su cuerpo, eso sería si nada hubiera sucedido, sino el ataque sobre su farsa.

Los tacones de Carolina retumbaban sobre el parqué del salón. Ella dejaba el bolso en el sofá y se respiraba la calma chicha de un preludio sexual. Seguramente ella imaginaba mi acercamiento, y sobre todo el abandono de mi propuesta. Apagué la luz, que iluminaba demasiado, y encendí una lámpara que se ubicaba al lado del sofá. Pero no me acerqué a ella. Entonces, Carolina, sabedora de sus armas, optó por actuar, y se ubicó frente a mí, y, en la penumbra de la estancia, se quitó la cazadora y quiso, con sus curvas, que yo olvidase mi propuesta de juego sexual.

Su mirada, sus labios, su escote, su top lencero y sedoso, y sus pechos sugerentes, constituían una trampa. Un beso, después otro. Los tirantes del top yéndose con los del sujetador, tocamientos por encima de la seda, otro beso, darnos la mano y enfilar el dormitorio. Esa era la trampa. Esa era su propuesta implícita. Eso decían sus ojos. Eso nos decía la costumbre. Quizás, gracias a lo vivido, ella estaría más activa, más lubricada; podría disfrutar de mí. Podría disfrutar yo de ella como hacía años, o quizás como nunca. Yo no podía negar que su proposición era tentadora.

Pero no me dejé vencer.

No hubo besos, ni tocamientos, ni *enfilamiento* de pasillo. Frente a ella, susurré:

—Busca la venda… Yo voy ahora.

De nuevo su capacidad interpretativa, su dote actoral para no exteriorizar el impacto de saberse acorralada.

Carolina, tras una pequeña duda, ladeó su cabeza y dijo con voz tenue:

—Vale… A ver si la encuentro.

Nos separamos. El cebo estaba puesto. Escuché sus tacones alejarse y opté por hacer un camino opuesto: me fui hacia la terraza. Ya no sabía cuánto había de ganas de que confesase y cuánto de ganas de que siguiera sobreviviendo a sus propias mentiras. Tampoco sabía cuánto había de morbo por lo que había sucedido y cuánto del morbo que partía del juego de dejarle pistas que la desconcertasen.

Me asomé a la noche. La barandilla conocida. Mi vista en la terraza de Daniel. No partía ninguna luz allí, tampoco de su salón y cocina, donde había sucedido todo, ni de aquel dormitorio donde me había escondido. Quizás no había aquella noche ningún inquilino, o quizás ya dormía. Me pregunté si quizás algún día alguien pudiera dar pie a que sucediera algo parecido. Me preguntaba si lo querría yo. Me preguntaba si lo querría mi mujer. Me preguntaba si Daniel había sido un error o un síntoma. Me preguntaba si había sido la exactitud de un hombre como Daniel lo que la había hecho sucumbir o si había sido su falta de deseo hacia mí lo que la había hecho caer. Para mí lo menos doloroso era creer que justo había aparecido un arquetipo que la había hecho doblegarse; al fin y al cabo ella misma le había confesado al propio Daniel que había tenido un amante en la universidad con características similares. Era lacerante pensar que Carolina tuviera como ideal para una noche de sexo a un animal musculado como Daniel, pero peor era pensar que, con tal de salir de la monotonía de un esposo insuficiente, hubiera podido haber sucumbido con cualquiera.

No escuchaba a Carolina trastear, ya que estaba demasiado lejos, pero me la imaginaba en el dormitorio, buscando una salida digna a la imposibilidad de encontrar una venda oscura, que ella debía saber que no estaba allí. Me la imaginaba y sentía una extraña satisfacción. Lo sentía como una victoria pírrica. Me hacía sentir poseedor de un control vivificante.

Permanecí anclado a nuestra terraza, a aquella barandilla, más de lo pactado. Lo hice porque su desesperación era mi triunfo. Por supuesto que no esperaba que la imposibilidad de encontrar la dichosa venda desembocara en una confesión total; seguramente lo que me atraía era escuchar una nueva mentira.

Un minuto más. Y dos. Era como una droga, como si a más espera más premio. Hasta que consideré que su excusa ya estaría lo suficientemente bien ensayada.

Salí de la terraza y entré en nuestra casa. A aquella estancia, idéntica a la de la casa de Daniel, que comprendía salón y cocina en un solo espacio. Y la vi. Vi a mi mujer. Y no me lo podía creer. No me podía creer su desfachatez. Su osadía. Pensé que se estaba riendo de mí.

Otra vez aquel odio incontrolable. Otra vez mi insulto soterrado en mi mente. Un “pero qué hija de puta…” se dibujó en lo más profundo de mí. Ella no solo no mostraba debilidad, no solo no cesaba su farsa, sino que redoblaba la apuesta.

—¿Qué…? ¿Por qué me miras así…? —se regodeó con una perversidad que me dejó sin aire.

Y yo la miré, efectivamente, sin cortarme. Dándole ese premio. Carolina llevaba puesta la falda negra de cuero y la camisa blanca que había usado la noche que se había dejado follar por Daniel. En sus manos llevaba una corbata azul marina con pequeños lunares blancos; una corbata mía.

—La venda no la encuentro. Pero podemos usar esto —dijo, refiriéndose a la corbata, como si tal cosa.

No entendía a qué jugaba. Dudaba si sospechaba que yo supiera más de lo que debiera, o si quería recordar cómo Daniel la había follado. Lo más probable era lo segundo: que quisiera recrear conmigo su noche con aquel animal.

—¿Y esa ropa? —pregunté.

—No sé. Se me ha ocurrido. Tiene su punto, ¿no? —contestó cómo si pretendiera con ella excitarme a mí. Y la odié. Mi corazón explotaba. Mi cuerpo ardía.

Me acerqué. El claroscuro que creaba la lámpara anexa al sofá creaba una sombra que indicaba que mi mujer no llevaba sujetador. El relieve era notorio. El exceso, bajo la camisa blanca, era claro. Igual que la noche con Daniel.

Dudé en redimirme. Dudé en forzar la máquina y hacerla sospechar. Pero me contuve. Me contuve hasta que ella pecó, aún más. No me lo podía creer.

Carolina caminó, por delante de mí, y, con la corbata en la mano, tomó asiento en el sofá. Se regodeó en el paseo. Seguramente creía que mi impacto era por el erotismo que desprendía, no por lo que yo sabía. Se sentó de forma idéntica a cómo lo había hecho en el salón de Daniel. Parecía un juego de espejos, cuarenta y ocho horas más tarde.

Se recompuso, o más bien se descompuso, a propósito, buscando la pose exacta, suya y de su ropa: sentada, hacia delante, en la punta del sofá, con la falda subida y ligeramente recogida hacia su cintura, y con su tanga, o sus bragas, aún no sabía si aquello también lo había imitado; y sus nalgas en contacto con el entelado de nuestro sofá.

Aquel exceso me irritó. De nuevo sentía que se reía de mí. Y no pude más. Y entonces, revisando lo único diferente, sus pies descalzos, dije fingiendo sosiego:

—¿Sabes qué le falta… a lo que llevas puesto… para que ya fuera… para morirse?

—¿Qué? —preguntó altiva.

—Unas botas altas… Las botas altas que tienes.

—Mmm… ¿Sí…? No sé. Igual eso sería ya… de demasiado… putilla… ¿no? —contestó, sin siquiera pestañear.

CAPÍTULO 7

Todo parecía una réplica. O casi. Su torso estaba rígido, erguido, como en casa de Daniel, pero su confianza era real, no falsa, como dos noches atrás. La intensidad de la luz era similar, pero sus nalgas no estaban tan expuestas sobre el sofá, pues su falda de cuero no estaba tan subida. La mayor diferencia, evidentemente, radicaba en que ella podía mirarme y en que yo podía hacer todo el ruido que quisiera.

Me acerqué mientras multitud de preguntas me asaltaban: "¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? ¿Tan tocada te ha dejado?". Y después un rayo de desasosiego me impactó, pues sentí una inasumible responsabilidad cuando mi mente abrió la puerta a que ella pretendiera buscar la salvación, nuestra solución, a través de aquel juego de máscaras. Pero no era posible porque yo era yo, y Daniel era Daniel. Y daba igual cómo se vistiera, daba igual que se vendase los ojos. Su locura con aquel gigante había sido porque había sido él y no yo, no por el envoltorio y todo lo que intentara recrear.

Me ofreció la corbata y yo la miré. Miré sus pechos marcando la camisa, miré su melena rubia echada a un lado, miré sus muslos potentes sobre el sofá, y me dije: "No te puedo follar como Daniel".

No era una recriminación hacia mí, ni hacia ella. No había culpables.

Pero entonces ella misma me sacó de mi fugaz ensoñación. Me dijo, sin decirlo expresamente, que estaba siendo un ingenuo, que no había motivo para aquella visión optimista, que despertara del sueño y que volviera a la realidad, que ella no era tan estúpida como para buscar así nuestra salvación. Me dijo, sin decirlo, que no llegaría la solución así, si es que pudiera llegar de alguna manera.

Fue franca, fue directa, fue despiadada.

Lo dijo justo después de que consiguiera vendar sus ojos con la corbata, tarea algo difícil y que requirió de cuatro manos, quedando colocada de forma desigual. Lo dijo mientras yo retenía la esperanza de que su indumentaria fuera por nosotros y no por lo vivido.

Tras un silencio, la miré, y lo dijo. Con sus ojos vendados y alzando el rostro, susurró:

—Así podemos jugar… a qué hubiera pasado si… el del jueves no hubiera sido un idiota.

Yo lo entendí al instante. Pero, tras el dolor por el impacto, un brote de masoquismo me hizo querer que se explayara:

—¿A qué te refieres?

—Sí. Al no verte… yo puedo imaginar… que tú eres él… y tú… imaginar que eres él, también.

O que me ves con él.

—Entiendo… —dije en voz baja, y la miré, y resoplé; sus pechos turgentes y apenas retenidos por la ropa, sus muslos poderosos… sus pezones, que destacaban y perfilaban un afilado relieve bajo la camisa de forma intimidante. Desprendía tanta sexualidad que el deseo vencía incluso a la rabia por el juego que me planteaba.

Ella entonces, quizás inquieta, o por mera comodidad, separó un poco las piernas.

—¿Llevas bragas o tanga? —pregunté.

—Tanga —contestó confirmando que también, al respecto de la tela que custodiaba su coño, había querido buscar la representación más exacta—. ¿Eres ya él?

—¿Si ya soy él…? ¿Cómo se llamaba?

—Mmm… Daniel —contestó tras una pequeña duda, y yo sentí que era la primera verdad en mucho tiempo.

—¿Y cómo era Daniel?

—¿Físicamente?

—No… Eso me da igual.

—Pues… ¿de personalidad, dices? Pues un idiota, que se creía… muy mandón… Y un bruto.

—Vale. Pues ábrete la camisa —dije, con una cólera que no se desvanecía, sino que aumentaba, y sabedor de que aquella orden era arriesgada, pues la había pronunciado, con idénticas palabras, aquel cabrón que yo debía imitar sin descubrir que lo había presenciado todo.

Carolina se llevó las manos a los botones de su camisa blanca. Y se evidenció el cambio, pues esta vez no dudó, ni le temblaron las manos, como cuando había estado frente a Daniel.

—¿Y cómo sabes lo de mandón y lo de bruto… si no pasó nada?

—No hacía falta que pasara mucho para saberlo. Se le veía… —contestó y comenzó a desabrocharse los botones—. Vuelve a ser él, anda. No hagas más preguntas. Sabes lo suficiente —dijo inmediatamente después, enervándome e irritándome.

Yo, que recordaba frases exactas y gestos precisos, tanto de ella como de él, debía moverme con cuidado. Sabía que lo de las botas ya había sido muy temerario, pero a la vez estaba enganchado a aquel riesgo. Sabía que me costaría no caer en la tentación de recrear algo exacto, algo que no solo la hiciera sospechar, sino que la dejara bloqueada, que la dejara anonadada y alarmada; un impacto que de verdad la hiciera pensar que yo sabía que ella, mi esposa, no era una “putilla”, según sus propias palabras, por ponerse o no aquellas botas, sino que lo era por haberse dejado follar por aquel “idiota”.

Carolina obedeció, desabrochó todos los botones de su camisa, pero, como con Daniel, dejó el escote hecho pero contenido: un canal de piel erizada de unos ocho o diez centímetros de anchura, pero no apartó camisa, dejando sus pechos casi completamente ocultos bajo la tela. Yo

recordé que, tras aquello, Daniel había pronunciado, despótico: “tócate las tetas”, pero no me atreví a decirlo. Era demasiado, demasiado exacto.

Su imagen, más allá del trasfondo morboso de su actitud, era tan brutalmente sexual que mi miembro crecía y percutía contra mis calzoncillos y pantalones. El bulto que se había creado, sin que yo me hubiera dado cuenta, era molesto e innecesario. Llevé entonces, sin pensar, como un autómata, mis manos a mi cinturón y lo desabroché, también los pantalones: botón y cremallera, y ella lo escuchó; escuchó el tintineo de la hebilla y el resto de sonidos. Y entonces susurró:

—Qué cabrón…

Tragué saliva. La desprecié… Y es que ella clavaba la frase que le había dicho a Daniel en idéntico contexto, dos noches atrás. Ella se veía en posición de jugar, sin peligro a que yo sospechara nada, a revivir lo del jueves.

Y entonces yo, colérico e imprudente, inserté esa otra orden que también había sido dicha:

—Tócate las tetas… —le susurré, y no pude leer su semblante por aquella corbata mía, en sus ojos, que le quitaba casi toda la expresividad. Pero deseé una sospecha, si bien la orden parecía la lógica, la consiguiente.

Y lo que sucedió inmediatamente después me sulfuró. No me lo podía creer. Y es que mi mujer, Carolina, confiada, quizás hasta exultante, porque yo, supuestamente de forma involuntaria, daba las órdenes precisas para que a ella le fuera más sencillo recordar e imaginar, clavaba los gestos. Sí, lo calcó, lo reprodujo, gustándose y jodiéndome: agitó sutilmente su cuello, su melena, y después coló sus manos por dentro de una camisa que, aunque completamente desabotonada, tapaba parcialmente sus pechos. Su movimiento de melena y cuello había sido una imitación perfecta de la Carolina de dos noches atrás.

Tras hacerlo, no es que esbozara una pequeña sonrisa, no llegó a tal extremo, pero si atisbé una expresión de regocijo, hecho que sin duda me indignó. Mi mujer se acariciaba los pechos, con delicadeza, con feminidad… Se sentía, se gustaba, se excitaba, seguro más por lo que recordaba que por tenerme enfrente, y aquello me enfurecía y excitaba a partes iguales.

Sentada frente a mí, alzaba el rostro y trazaba sutiles caricias con sus dedos sobre sus contundentes tetas; tetas ocultas por la tela blanca. Mientras, yo dejaba caer mis calzoncillos y pantalones hasta los tobillos y mi miembro salía con decisión, crecido y hacia adelante. Y sentía que tenía dos opciones: seguir moviéndome en el alambre de imitar lo que sabía que había sucedido, o hacer uso de la descripción que ella me había dado de Daniel y aprovechar que ella había dado muestras de estar dispuesta a pagar por su infidelidad.

Como no fui capaz de decidirme, opté por ganar tiempo, y di una orden que no recordaba que hubiera dado Daniel.

—Tócate… Tócate el coño… —susurré, fingiendo que imitaba a aquel “idiota, mandón y bruto”.

Mi mujer, tras escucharme, detuvo sus caricias sobre sus pechos, se llevó las manos a la falda, se elevó un poco y la recogió en la cintura; dejándola ahora ya sí, y por fin, en la posición exacta a cómo había estado, en idéntico contexto, en su noche con Daniel. Después, despreocupada

porque como consecuencia de sus movimientos su camisa se moviera y pudiera ver sus impresionantes tetas salir parcialmente a la luz, llevó una de sus manos al sofá, para apoyarse, y la otra la empezó a colar por su vientre, hacia abajo, hasta colarse por debajo de su tanga. Yo agarré mi polla en el momento en el que su mano se perdió bajo la seda negra que cubría su coño, y me pregunté si el tanga sería el mismo, si lo habría lavado, si sería otro similar, o si sería el mismo pero aún olería a sexo por su noche con aquel cabrón.

Agarré mi miembro. Sentí el tacto, el grosor, mi potencia, mi virilidad. Y no me quise comparar con Daniel. Comencé a masturbarme mientras observaba cómo ella se tocaba de forma similar a cómo lo recordaba. Sin duda no manifestaba tantos nervios y excitación, y es que por mucho que imaginase, ella no llegaba a aquellos límites que yo había presenciado. Y me fijaba en cómo incluso con los ojos tapados, lucía solvente, lujuriosa y poderosa, tal cual como había lucido en su noche con Daniel; y también de forma similar sus dedos hurgaban por dentro de su tanga. También era similar cómo sus pechos bailaban mínimamente debido al movimiento de su brazo. También su boca y sus labios vibraban, aunque de forma más contenida, revelando un placer que crecía, aunque mucho menos intenso, y su boca se entreabría y se cerraba.

Mi mujer exigía de su tanga. Colaba dos o tres de sus dedos largos y hacía estragos en un clítoris que yo no podía ver. La imagen era hipnótica, el baile de sus pechos, infartante. El abrir y cerrar de su boca, ostentoso. El tacto de mi miembro, mi gesto, mi masturbación, contrastaba con cómo ella parecía flotar con sus caricias. Su falda de cuero quizás fuera lo único rudo, todo lo demás: su piel, su melena dorada, sus pechos, sus manos, su tanga, su camisa; era todo casi etéreo, grácil, primorosamente exquisito. Y entonces yo, llevando mi mirada a aquel tanga que me impedía ver el estado exacto de su coño, sentí que aquellas preguntas que me había hecho al respecto del trasiego de aquella prenda pasaban de mera curiosidad a ser casi una cuestión de Estado.

—Quítate el tanga. Quiero verte el coño mientras te tocas —ordené en otra trampa.

Ella detuvo entonces su mano. Y yo sentía que le desencantaban en cierta forma aquellas órdenes que se alejaban de lo vivido, pero no tenía excusa para desobedecer por ese motivo. Fingiendo que aquel mandato encajaba en una orden que pudiera haber dado un idiota y un mandón, mi mujer llevó sus dos manos a las tiras de su tanga, retorció su cadera sin apenas levantarse del sofá, y extrajo el tanga por sus piernas con una diligencia impecable.

Tras hacerlo, pareció dudar qué hacer con su ropa interior. Quizás esperaba una orden al respecto, o quizás, si fuera el tanga del jueves, no querría que yo me encontrase con una excitación sospechosa.

—Dámelo —dije entonces.

Ella apenas dudó y alargó el brazo, y yo me hice con el tanga negro. Ella se acomodó, sentada en la punta del sofá, suficientemente hacia adelante como para que su coño brotara libre.

Todo se precipitaba de repente. Yo ya había descartado continuar con el juego en el que forzaba órdenes similares a las que había dado Daniel. Y optaba por el segundo juego: aprovechar su disposición a aceptar su castigo. Además tenía la excusa: fingía ser el idiota, bruto y mandón.

Quizás ella también podría ganar así. Al fin y al cabo cuánto más tosco y grosero fuera nuestro

sexo, más fácil le sería imaginar que yo era Daniel.

Mirando su coño, observando su vello apelmazado y rizado, fijándome en cómo los labios de su coño florecían como pocas veces conmigo, llevé su tanga a mi rostro.

No tardé ni unas décimas de segundo en saber que aquel hedor no era por mí, y en saber que aquel olor no podía haber nacido en los escasos minutos de supuesto uso. Aquella fragancia densa, espesa, casi rígida, aquel olor a sexo asentado, solo podía obedecer a que el tanga fuera el mismo que el de su noche con Daniel.

Y me salió del alma. Susurré:

—Joder… Cómo huele…

Y ella no se movió. Supo que yo olía de su tanga elocuente e indiscreto, pero no dijo nada. Y yo, sin entender qué había sucedido: ¿por qué no lo había echado a lavar? ¿O tal vez lo había recogido antes de lavarlo para escenificar con precisión lo sucedido? Mientras dudaba y la maldecía por su delirio morboso, susurré casi fuera de mí:

—Huele a puta…

Y así lo pensaba. Y ella no tuvo el arrojo de mentir y de decir que aquello era por mí. Apenas se inmutó. Y yo de nuevo maldije que mi corbata en sus ojos le restase casi toda expresividad.

—Pon las manos en la espalda —ordené entonces, tras su silencio, y restregué, de forma enfermiza, su tanga por mi rostro.

Sentía la suavidad de la seda en mi cara y su depravado olor se colaba por mi nariz.

Carolina obedeció. Se llevó las manos atrás, a la espalda. Al hacerlo su busto salió un poco hacia adelante, y yo aparté su camisa con displicencia con mi mano libre. Sus pechos se mostraron brutales, frontales, pletóricos, con unas areolas rosadas extensísimas; sus pezones repuntaban orgullosos, ajenos a las trampas en las que caía su dueña.

—Abre la boca… —susurré.

—…Mh… Jo-der… —respondió mi mujer en dos resoplidos entrecortados. Y yo no sabía si era una protesta por mi cambio de ritmo o si era excitación pura por imaginar que se lo ordenaba Daniel.

Sin retirar su tanga de mi rostro, acerqué mi miembro erecto. Ataqué aquel cuerpo sumiso, con sus manos atrás. Aquel torso. Aquellos pechos que apartaban con solvencia su camisa blanca hacia los lados. Me pregunté también si sería la misma camisa o si tendría otra igual. Carolina, tras tragar saliva, abría la boca. Y yo me dirigí. Primero llevé la punta de mi miembro a la comisura de sus labios, por un lateral de su rostro, para que ella, a tientas, pudiera calcular y sentir las distancias. Ya habría tiempo para imitar la brutalidad demandada.

Mi mujer permitió el ultrajante contacto: dejó que el glande de mi polla, olorosa y dura, frotase un poco allí, en aquella parte que ni era mejilla ni era labio, y yo volví a inhalar el hedor que partía de la seda negra. Cuánto más lo olía más me indignaba. Cuánto más pensaba que había

recogido el tanga sucio para recordarlo, más odio y más morbo sentía… Y entonces no pude más, el deseo y la rabia me vencieron, y dirigí mi miembro hacia la entrada de la boca de mi mujer. Un pequeño sonido, un "¡Mmhmh!" suyo, ahogado, mitad queja mitad sorpresa, y empujé, centímetro a centímetro, por su húmeda boca; a cada segundo más lujuria, más calor y más placer. Miraba hacia abajo: sus pechos hinchados, mi corbata en sus ojos, sus manos en su espalda, su coño abierto respirando libre. Nunca la había sentido así conmigo. "Imagínate lo que quieras", pensé mientras ella acogía la mitad de mi polla y yo suspiraba. "Imagina que es su polla si eso te pone más cachonda…", pensé mientras retiraba un poco mi miembro, con mi cadera, y volvía a empujar sutilmente, follando la boca de mi mujer.

—¡HhmmHh…! ¡Hmmh! ¡Hmmm! —gemía ella, aleatoria y desordenadamente en mi polla.

Aceptaba mi castigo, mi rudeza, como la noche anterior. Y yo no sabía si ella imaginaba que se la comía a Daniel y por eso su lujuria, o si era plenamente consciente de que se la chupaba a su marido, pero su culpa por haber sido infiel la obligaba a cumplir con máxima entrega. Fuera como fuese, yo disfrutaba de su lengua golpeando mi glande, de sus labios embadurnando mi miembro hasta la mitad del tronco, de sus manos en su espalda mostrando sumisión, y del ir y venir de su cabeza, yendo y viniendo con mi polla, en una follada de boca obscena por su parte y resentida por la mía.

Su melena rubia ondeaba. Sus tetas iban y venían. La saliva de su boca fluía, sus "¡HhmmHh…!" "¡Hmmh!" "¡Hmmm!" se convertían en la banda sonora que envolvía el salón. Sus ojos vendados me permitían mirarla con un desprecio que no podría evidenciar si me estuviera mirando.

—Eso es… —susurraba yo, e iba y venía con mi cadera, adelante y atrás.

Y así estuvimos unos minutos, minutos en los que yo fui aumentando el ritmo y ella fue acogiendo mis embestidas… Sus gemidos me excitaban, su manera de aceptar que le follara la boca me excitaba… Hasta que tras unos "¡Mmhhhm!" "¡Mmhhhm!", hubo un "¡¡¡MMMMM-MM!!!" que fue pronunciado en tono altísimo, en clara señal de protesta; supuse que tras una embestida especialmente fuerte, o quizás era su excusa para detener aquello que ya bordeaba lo vejatorio.

Tras su queja apartó su boca de mi miembro, que salió brillante y embadurnado.

Ella cogió resuello y vi cómo resbalaba saliva, o restos de lo que yo había soltado, por la comisura de sus labios. Después agarré mi polla mientras ella tragaba saliva, siempre con su rostro alzado y sus ojos vendados.

Y entonces volvió a confesar sin ser consciente de que lo hacía. Volvió a descubrirse sin saber que se desenmascaraba sin saberlo. Y es que susurró:

—Vamos… Fóllame.

—¿Qué? —me recreé.

—Que me folles…

—¿Dónde? ¿Aquí? ¿En el sofá? —pregunté.

—No… Llévame a la barra de la cocina… Y fóllame allí —pidió, y un rayo me partió por la mitad, y un “hija de puta…” brotó de mi mente.

—¿Contra la barra? ¿Ahí? —forcé.

—Primero me subo y me follas sobre ella. Después me bajo y me follas de pie… contra la barra — confesó.

La muy canalla, la muy cabrona, me pedía que hiciéramos exactamente lo que había hecho con Daniel. Me pedía que la follara cómo lo había hecho el imbécil de Daniel. Tenía el descaro de pedirlo así. Y yo sentía que se reía de mí.

Mientras ese diálogo se producía yo me pajeaba frente a su rostro. No daba crédito a lo que veía y escuchaba: mi mujer, convertida en aquella lujuriosa sumisa, con los ojos vendados por mi corbata, alzando su cara y pidiendo que la follara como ya la habían follado… Mientras más confesaba, yo más rabia sentía… y también más me excitaba. Cuanto más detallaba la forma en la que quería ser follada, con más nitidez recordaba cómo la había follado Daniel.

—Vale… Pídeme-lo… —casi gemí, mientras me seguía masturbando frente a su rostro.

—Qué…

—Pídemelo bien… como si lo tuvieras… aquí… delante —jadeé, de forma errática y entrecortada, y ya sentía un placer enorme, el preludio de mi explosión. Descabezaba y cubría mi glande a gran velocidad. Sentía el grosor de mi polla, las venas hinchadas; un calor que envolvía todo mi cuerpo mientras mantenía la seda de su pestilente tanga en mi rostro.

—Mhh… Está bien… Daniel… Llévame… y fóllame ahí… Fóllame bien… En la barra de la cocina —susurró melosa, la cabrona de mi mujer… matándome, humillándome… y excitándome…

—¿Sí?

—Sí… pero no te corras dentro… Córrete sobre mi culo cuando quieras acabar… —susurró, clavando lo sucedido, queriendo representar todo, hasta el más mínimo detalle, de su follada con aquel cabrón.

—¿Y te vas a correr? ¡Eh! —forcé, cuando ya mi miembro palpitaba, dando signos inequívocos, y todo mi cuerpo temblaba en espasmos.

—¡Mmm! ¡Sí…! Claro que me voy a correr… —jadeó mi mujer, con sus pechos enormes, con sus manos siempre en su espalda, con su rostro siempre alzado, a centímetros de mi polla que era masturbada con frenesí.

—¡Te vas a correr cómo una zorra, eh! ¡Cómo una puta!

—¡¡Mmmhhh!! ¡Sí! ¡Cómo una puta! ¡Tu puta… Daniel! —gimoteó, humillándome, ostentosa e histriónica, y yo no pude más. No pude más con su descaro, no pude más con lo puta, con lo zorra que demostraba ser. Y detuve mi mano en el instante en el que un placer inmenso cruzó mi

cuerpo de la cabeza a los pies, y un “¡Oo-hh!” salió de mí, y al momento sentí la descarga, sorprendente, rápida, y un disparo salió, certero, pesado y preciso, aterrizando, blanco y caliente, sobre el rostro de mi mujer. Un latigazo que hizo que su cara temblase, en un tembleque casi ridículo; sorprendida por un impacto que no esperaba. Y entonces un “Mm-jo-der”, mezcla de desconcierto y decepción salió de su boca… boca que cerró al instante, al sentir un segundo impacto alcanzando sus labios. Yo marcaba su rostro, primero en un trazo vertical que cubría frente, corbata y mejilla, y después otro, más abrupto y concentrado que atacaba sus labios sellados. Y quise mirar cómo recibía el tercero, el cuarto y el quinto; quise ver cómo manchaba aquel rostro agraciado de mi mujer, de la zorra de mi mujer, pero mi placer me lo impedía; y cerraba los ojos mientras ella, en silencio, recibía mi castigo; y parecía que aceptaba volver al primer juego: se olvidaba de Daniel y aceptaba su castigo, su castigo por esposa infiel.

Carolina era manchada sin mayor protesta. Con los brazos en su espalda, con sus enormes pechos manteniendo la camisa apartada por mera potencia, y con el rostro alzado, lo cual remarcaba la aceptación del castigo con solemne acatamiento. Con los ojos entreabiertos llegué a vislumbrar cómo movía ligeramente el rostro, aceptando que me vertiera sobre ella en varias partes; aceptaba la vejación sin ofenderse por si la salpicadura caliente manchaba mejilla, labios, frente, cuello, escote, camisa o pechos… Ella lo aceptaba. Recibía mis repentinas ráfagas, que salpicaban su piel con briznas blanquísimas y húmedas. El semen se extendía en patrones irregulares, pringando mejillas y frente, mientras que algunas gotas se deslizaban hasta los cuellos de su camisa blanca. Ella no protestaba, aceptaba el albedrío y el desorden, la rudeza de las salpicaduras calientes, que no portaban solo deseo sino también ira… Y unos “¡Oh!” “¡Ohh!” míos, ásperos y profundos, salieron proferidos con rabia… Y me vaciaba… sobre la cara altiva de mi mujer. Me vaciaba por completo, y solo me guardaba para mí los insultos que le dedicaba, pues eran demasiado feroces como para ser pronunciados.

Una vez terminé, me tomé mi tiempo antes de retirarme, dando medio paso, y después abrí los ojos por completo. Tras hacerlo contemplé el rostro de Carolina, tintado por todos aquellos latigazos densos, espesos y engrosados. Uno de ellos colgaba de su mentón y caía con peso sobre una de sus tetas. Otro había teñido sus labios de blanco casi por completo.

Tras un tenso silencio, pensé que volvería a la realidad y que recriminaría mi ultrajante actitud.

Sin embargo, en tono neutro, susurró:

—¿Me limpias?

Yo entonces, quizás envalentonado porque no protestaba, o quizás queriendo buscar sus límites, provoqué:

—¿Daniel te hubiera limpiado?

—Daniel me hubiera follado —respondió, y se llevó las manos a la corbata. Corbata que se quitó en apenas un segundo, y abrió los ojos.

Y yo la miré. Miré sus ojos limpios y verdes, que asomaban por encima de sus mejillas denigradas y de las gotas blancas y transparentes que yo había soltado.

Y entonces, sin previo aviso, mientras nos mirábamos, sentí un profundo amor. Un amor que me

desgarró. Quizás un amor más intenso del que hubiera sentido jamás.

La odiaba por sus mentiras. La odiaba por su noche, o noches, con Daniel. La odiaba por su tanga impúdicamente manchado por su deseo hacia él. La odiaba porque hubiera querido recrear como la había follado, usándome, como a un idiota, para su propósito.

Pero a la vez sentía que la amaba más que nunca.

Carolina se puso en pie, frente a mí. Seguía sin protestar por mi vejación. Tampoco lo hacía porque no la auxiliase en su necesidad de limpiarse. Y ella misma bajó una de sus mangas arremangadas y usó el puño de su camisa para limpiarse un poco la cara.

Y yo pensé, con su tanga en la mano y mientras veía cómo se limpiaba, con el pecho oprimido, con una tensión desconocida, mientras recordaba el esplendor de su mirada de ojos verdes, que me estaba volviendo absolutamente loco.

CAPÍTULO 8

Amor o rabia. Maldecir todo lo que había sucedido o aceptarlo y valorar la vertiente positiva que podría nacer. Pensar que en cualquier momento Carolina confesaría o creer que no lo haría jamás. Explorar su teléfono o ni molestarme. Confesar que yo sabía todo o ni plantearmelo. Exprimir el sentimiento de culpa de mi mujer o contenerme en el castigo. Intentar contactar una vez más con Daniel o dejarlo estar. Aceptar el nuevo trabajo o renunciar.

Nada tenía fecha límite, excepto lo laboral: tenía tres semanas para decidirme. Tres semanas en las que trabajaría en la empresa de siempre, como si nada, y, de aceptar, ya pensaría en cómo gestionar el engorroso preaviso. Desde luego no me encontraba en el momento más sereno de mi vida como para tomar aquel tipo de decisión.

Pasó el domingo y pasó el lunes. El martes, agotado de trabajar, pero sobre todo de tanto pensar, de tanto fingir, de tanto odiar a Carolina y de tanto amarla; cansado de sospechar cada vez que ella tecleaba en su teléfono en mi presencia, me tumbé, de forma desordenada e improvisada, en el sofá de nuestro salón, después de cenar.

Mi mujer entraba en la ducha, era la hora habitual; solía ducharse antes de acostarse y también al levantarse. Con medio ojo abierto, acostado boca abajo, alargué la mano para coger el mando a distancia y bajé el volumen de la televisión; prefería escuchar el zumbido del agua de la ducha en la lejanía que el bramar cercano del televisor.

No recordaba la última vez que había cerrado los ojos y había visto oscuridad. No recordaba la última vez que había sentido paz. Precisamente, en ese limbo entre estar despierto y estar dormido, era cuando más lo acusaba; el bombardeo de imágenes era incesante, la obsesión se

acrecentaba.

Escuchaba el murmullo del agua de la ducha de Carolina mientras en mi mente, en mis recuerdos, se dibujaba el momento en el que ella, mi mujer, recostada sobre la barra de la cocina, con la falda recogida y con el tanga puesto, permitía que aquel cabrón, con su miembro monstruosamente grande, percutiera contra la seda negra que cubría su coño. Seda negra de aquel tanga que yo había olido, y restregado por mi rostro, hacía tres noches. Y me excité. Me excité enfermizamente al darme cuenta de que, mientras me había masturbado frente al rostro de Carolina, había olido de ella, pero también de él. Había olido aquel tanga que había sido atacado, manchado y humedecido por la polla enorme de aquel cabrón.

Boca abajo, sobre el sofá, mi miembro crecía, en el umbral entre la vigilia y el sueño.

Seguía escuchando el zumbido de la ducha. Me mecía. Me adormilaba. Era constante. Inalterable. Mientras, recordaba cómo Daniel había apartado el tanga de mi mujer, bajo la excusa de correrse sobre sus labios destapados, y cómo había dirigido la punta de su miembro después. No podía olvidar, no podía borrar, la cara, el rostro de mi mujer, cuando el muy cabrón había empujado con astucia. El semblante de mi esposa: sorprendida, incrédula, al ver su osadía. Su mirada y su temblor cuando la sintió… cuando sintió que su gigantesca polla, larga, ancha y depilada, se abría camino. Lo miraba, atónita, y miraba también en lo más profundo de sí misma. Y le decía con sus preciosos ojos verdes: “Qué haces. Cómo te atreves. Está dentro. Me estás follando…”.

Aquello había sido tan sumamente morboso que yo sabía que no lo olvidaría jamás.

No hubo lapso de tiempo entre recordar aquello y escuchar los pasos descalzos de Carolina por el pasillo. Supe entonces que me había quedado dormido.

Enseguida la sentí a mi lado. El silencio era casi absoluto. Se sentó junto a mi cuerpo inerte y percibí el olor, el aroma fresco y limpio de su piel suave recién bañada. Después susurró:

—Estás muertito.

Yo ronroneé, en señal de afirmación. Sentí su melena húmeda acariciando mi rostro. Después se volcó sobre mí y me dio un beso en la mejilla.

—¿Te doy un masaje? —dijo con voz dulce y tenue, y su aliento entró con suavidad en mi oído. Eso, junto con su melena que seguía acariciándome el rostro, me hizo tiritar en un cosquilleo.

Volví a ronronear, como un niño. Dándole mi beneplácito. Si bien Carolina daba los peores masajes del mundo. Quizás fuera lo único que hacía mal. Recientemente había descubierto que hasta mentir se le daba bien.

Llevó sus manos a mis hombros. Cargó con fuerza. Mi posición era idónea. El hecho de que llevara puesta una camiseta, en lugar de presentar un torso desnudo, no sabía si era bueno o malo, pues sus dedos no podían fluir, pero me protegía un poco de los impactos. Trapecio, omóplatos, deltoides, incluso vertebras; a Carolina le daba igual músculo que hueso. A mí evidentemente no, pero no le decía nada. Si acaso protestaba en algún murmullo cuando cargaba en vértebra, temeroso de salir parapléjico de su altruista masaje.

Tras dos o tres minutos de peligro terminé por incorporarme. Me giré y me quedé sentado frente a ella. Me quité la camiseta. Tenía calor. Miré a sus ojos verdes, a su rostro despejado, puro, limpio. Carolina no necesitaba maquillaje para absolutamente nada. Miré más abajo: su camisón marrón cubría su cuerpo con finura y pulcritud. Alargué una mano y acaricié uno de sus pechos sobre la delicada tela. Ella aceptó la caricia y se acercó. Fue todo muy rápido. Nuestros labios entraron en contacto, nuestras cabezas se ladearon. Alguien decidió empezar y de golpe nuestras bocas se abrieron. Sentí su lengua caliente y llevé mis manos a su nuca. Ella llevó sus manos a mi cara con una delicadeza casi inhumana. El morreo fue lento y sentido. Nuestras cabezas se movían acompasadas. Me hice después con su labio inferior y tiré mínimamente de él ,con mis propios labios, y me di cuenta entonces de que era nuestro primer beso desde su noche con Daniel. Ya era yo, otra vez, el último en haberla besado. Y no supe qué sentir.

La actividad de Carolina, durante el beso, había sido dulcísima, pero a la vez neutra, higiénica, armónicamente conyugal. La conocida. La esperada. Sabía que no podía aspirar a que pusiera su mano en mi pecho, a que me empujara hacia atrás, a que me quitara los pantalones y a que se subiera a mí. Por el contrario, lo que sucedió fue que fuimos al dormitorio, anunciando cada paso. Allí me desnudé mientras me daba cuenta de que hacía semanas que no follábamos, y tampoco supe qué sentir al darme cuenta de que el último que había estado dentro del cuerpo de mi mujer había sido Daniel.

No hubo mejora ni cambio alguno. En la penumbra del dormitorio yo besaba un cuerpo moderadamente pasivo. Ella usaba sus manos más para acomodarse que para atacarme. Yo, completamente desnudo y sobre ella, tras minutos de besos en sus labios, mordiscos en su cuello y caricias en sus pechos, dirigí mi miembro y busqué destronar a Daniel como el último en haber estado dentro de mi mujer. Y entonces, sin anestesia, con poso solemne, escuché en un susurro despótico:

—¿Adónde vas? Aún no estoy.

Encajé el golpe. No desistí. Me retiré y besé su abdomen. Repté y me refugié entre sus piernas. A tientas, exploraba su cuerpo y terminaba por besar la cara interna de sus muslos y por hundir mi rostro en su vello púbico. Allí inhalé un olor a coño que me supo a poco; pensé que la ducha lo había aseado demasiado y que diez minutos de besos de su marido habían sido insuficientes para desasearlo. La frustración rotunda se produjo cuando primero mis labios, y después mi lengua, toparon con un sexo abstraído e impasible. Un coño absolutamente desinteresado. Su coño me recibía, como venía siendo habitual desde hacía tiempo, de forma lacónica y ajada. Recordé entonces que hacía solo tres noches, con mi corbata en sus ojos, sentada en el sofá, había ofrecido un coño abierto y desflorado, un coño hambriento y dispuesto, y me enrabieté al saber que había sido así por estar pensando en Daniel, por recordar cómo la había follado Daniel.

No había besado ni cuatro veces, no había lamido ni tres, sobre aquel sexo replegado, cuando escuché:

—Déjalo… Da igual. Mañana madrugamos.

Me incorporé. De rodillas entre sus piernas. En la penumbra casi absoluta. Y, con dolor, a sabiendas de que era un golpe que me daba a mí mismo, planteé la idea de ponerme un preservativo. Cosa que hacíamos a veces para aprovechar la lubricación del propio condón, para

que la penetración fuera más factible. Tragué saliva. Dudé. Y finalmente, tenso y afligido, susurré:

—¿Me pongo un condón?

—No… Déjalo. Rafa, en serio.

Tras escucharla me vencí y caí sobre ella. Ella me acogió y me rodeó con sus piernas. Nuestros pechos contactaban, piel con piel, y yo sentía su corazón palpitar, y ella el mío. Ella, tumbada boca arriba, acariciaba mi pelo, y yo olía su melena y su cuello. Y yo pensaba que al menos teníamos eso, que no era poco. Y es que yo nunca, jamás, por muchas mentiras que hubiera escuchado en la última semana, había dudado de su amor.

Así estuvimos unos minutos. Terminé por cerrar los ojos. Y fue la primera vez que, tras cerrarlos, vi oscuridad. Pero oscuridad que era luz. Una oscuridad sin imágenes desgarradoras. Una oscuridad, mientras ella acariciaba mi pelo, que me daba paz.

CAPÍTULO 9

Abrí un ojo. Miré el reloj del despertador de la mesilla: eran las tres de la madrugada. Descubrí el motivo de mi desvele: sentía unas ganas incontenibles de orinar. Cada vez que no era capaz de pasar una noche entera sin ir al baño me decía que me estaba haciendo mayor. Me aproximaba a la barrera de los cuarenta y sabía que debía tomarme con filosofía esas rémoras del deterioro.

Como hacía siempre en aquellas situaciones, me hice con mi teléfono móvil para aprovechar la luz de la pantalla y así no tener que encender la luz del dormitorio. No quería despertar a Carolina ni terminar de despertarme yo mismo.

Una vez en el cuarto de baño, me senté en el retrete para orinar de una manera más calmada, pues sabía que se venía una micción lenta y prolongada.

Mientras el chorro de orina salía con parsimonia y yo iba sintiendo un alivio sostenido, aproveché que tenía el teléfono en la mano para distraerme y entrar en las redes sociales. Mi dedo pasaba imágenes con desidia. Nunca le había visto mayor encanto a ese exhibicionismo de vidas, cuando, sin previo aviso, recordé a la dichosa Silvia, Silvia punto G.

No había pensado en absoluto en ella desde que se había despedido a toda velocidad en aquel angosto pasillo de aquel extraño local. Había sido todo un delirio fugaz. Una aparición sacada de contexto. Me pregunté si sería cierto. Si no me habría tomado el pelo.

No recordaba cómo debía escribir en el buscador de la aplicación lo del dichoso punto G, pero después de dos o tres pruebas encontré a la susodicha sin mayor problema.

Como ella misma había dicho, su red social estaba abierta de par en par. Quién le quisiera dedicar tiempo podría saber de aquella chica todas sus obras y milagros hasta bastantes años atrás.

En la oscuridad del cuarto de baño anexo al dormitorio, sentado en el retrete, solo iluminado por la pantalla de mi teléfono, me veía escudriñando fotos y más fotos de aquella extraña chica. Dicen que hay algo intangible en la proyección instantánea de una persona, también de un espacio o de una situación; que tu mente evolutiva te ahorra tiempo, y te filtra, en positivo o en negativo. Mi mente, lo cierto es que desde el primer momento, y a pesar de su peculiaridad, me había preavisado en positivo, diciéndome que no había peligro ni maldad allí.

Aquella chica parecía agradable, diferente, peculiar. Salía sonriendo en casi todas las fotos. Parecía viajar bastante, aunque de forma discreta y con no demasiados recursos. En otras fotos se la veía con un pinganillo y un chaleco de algún tipo de uniforme. También había imágenes de arte: esculturas, pinturas. Fotos frente a monumentos. Poco a poco me fui creando la idea de que se dedicaba a algo relacionado con todo aquello, quizás guía turística de forma más o menos profesional o para sacar emolumentos para otros objetivos. También había muchas fotos de la noche: lesbianismo por doquier. Muchas fotos de grupo, con muchos amigos: gays por toda partes. Hasta que de pronto una foto, de noche, frente a un pub, ella junto a un hombre, un hombre casi idéntico a Daniel.

“No me jodas…”, susurré al ver aquella versión, seguramente homosexual, de Daniel, y al momento me dije que me habría venido bien que aquel amigo de Silvia hubiera estado la noche en la que la había conocido, la noche en la que había estado buscando a hombres similares a Daniel para meter a Carolina en un brete.

Seguí explorando y, ya una vez lo tuve localizado, encontré muchas más imágenes en las que aparecía aquel hombre: calvo, o seguramente rapado, con barba, corpulento, musculado. Hasta en las fotos que aparecía con una sonrisa contenida mostraba un semblante, un gesto, parecido.

Llegué después hasta una fotografía en la que aparecían los dos, Silvia punto G y el maromo doble de Daniel, frente a lo que parecía ser la puerta del local dónde la había conocido el sábado anterior. Quise entonces ampliar la foto para confirmar si era efectivamente la fachada de aquel extraño local de ambiente, cuando de golpe, como consecuencia del movimiento de mis dedos para ampliar la imagen, un corazón fluyó por la pantalla. Le había enviado un “me gusta” sin querer.

—Me cago en mi puta vida… —susurré.

Intenté deshacer el entuerto. Y ni siquiera supe si lo había conseguido. La foto era del año anterior. Había descendido bastante en busca de más imágenes del dichoso doble homosexual de Daniel.

Resoplé. Bajé la cabeza. No entendía qué hacía allí sentado, a las tres de la madrugada, curioseando aquello. Me fui a la cama e intenté dormirme cuanto antes.

Pasadas las siete de la mañana me desperté. Carolina, que se levantaba siempre un cuarto de hora antes que yo, ya debía de estar en la cocina tomando café. Yo revisé entonces mi teléfono y me

encontré con un convulso revés: tenía una notificación de esa red social, cosa que no sucedía nunca.

Me incorporé un poco y me encontré con una petición de amistad y con un mensaje privado. Silvia punto G reaparecía en mi vida, y esta vez no podía echarle la culpa a nada ni a nadie, solo a mi propia estupidez.

—Así que no eres Pablo López oficial, eres Rafael, barra baja baja baja doce. Sí que te has currado el nombre. Molaría más que fueras Rafael Sanzio, ¿no? Algo así, molón— me había escrito, pretendiendo ser graciosa, supongo, y refiriéndose, evidentemente, al pintor renacentista.

No sé por qué. Quizás porque me parecía demasiado cínico, o incluso infantil, haber dado yo señales de vida para después desaparecer, pero el caso es que acepté su petición de amistad. Después me duché y me vestí para ir a trabajar. Aquel día volvió a hacer bastante calor.

CAPÍTULO 10

Afortunadamente ella recibió mi aceptación pero no fue más allá. Yo no respondí a su tontería con guiño pictórico y la cosa quedó correctamente aparcada. Tampoco supe nada más de Daniel, al menos en mi teléfono, pero las sospechas eran inevitables al respecto del móvil de Carolina.

No es que viera un exagerado exceso de dependencia de su teléfono, pero sí la veía teclear, de tanto en cuando, por la casa. Yo, después de observarla, le preguntaba por Marta y ella me respondía con nimiedades, disimulo y desgana. A veces yo mismo me preguntaba si no curioseaba en su teléfono, no porque pensase que era demasiado lista como para no borrar lo escrito de inmediato, sino porque no quería afrontar la dolorosa realidad.

Llegó el viernes y Carolina tenía una cena por el cumpleaños de una amiga, en el centro de la ciudad. Me quedé solo en casa. Intenté distraerme con un libro que tenía a medias y quería acabarlo, pero no fui capaz de volver a entrar en él. Después lo intenté con una serie, pero tampoco conseguí meterme. Terminé por salir a la terraza y mis ojos se fueron, como por reciente instinto, a la terraza de Daniel; no existía para mí otro apartamento en toda la urbanización que no fuera aquel.

No vi a nadie asomado, pero sí vi luces encendidas. Me pregunté cuántas posibilidades habría de que apareciera otro inquilino con el que pudiera suceder algo.

Aquella noche me sentía diferente, alterado; sentía un extraño hormigueo; la necesidad de que algo ocurriese. Me planteaba muchas cosas, se me ocurrían un sinfín de ideas que pudieran calmar ese cosquilleo: se me ocurrió sacar una foto con mi teléfono, en dirección a la casa de Daniel, enviársela a mi mujer, que viera las luces encendidas, e inventarme que había visto a un

hombre atractivo asomado. Pensé también en sucumbir y escribirle a Daniel, e insistir al respecto del por qué de aquel insulto a Carolina y de aquella amenaza o falso consejo, aquel “átala en corto”. Pensé también en la forma de hacerme con el teléfono de mi mujer tan pronto la viera tecleando de forma sospechosamente furtiva.

En aquellas extravagantes cavilaciones estaba cuando mi teléfono vibró en mi mano. Enseguida comprobé en la pantalla que asistía a la reaparición de Silvia punto G. En el fondo sabía que aquel momento se produciría tarde o temprano.

Desbloqueé el móvil y leí:

—Ey, ¿cómo te va con tu mujer pibón? ¿Esta noche salís? Yo estaré dónde la otra noche.

Curiosamente, en principio, la pregunta que más me llamó la atención fue la segunda; me pregunté cuánto tiempo hacía que no me hacían esa pregunta.

Mi mente, que venía con inercia, empezó a maquinar. Lo cierto era que se daban todos los elementos. Solo había una incógnita: la presencia del doble de Daniel. Pensé en que no me sería difícil proponerle a mi mujer ir a recogerla al restaurante donde estaba y después plantearle tomar una copa donde el sábado anterior. Allí, si estuviera el dichoso doble, podría jugar a poner a mi mujer en aquel ansiado brete. Quién sabe si con la ayuda de Silvia punto G pudiera conseguir un acercamiento.

También pensaba que era una absoluta gilipollez. Carolina podría negarse. Mi mujer podría decir que no le atraía nada aquel hombre o dar cualquier evasiva. Incluso que el doble no se prestase a nada, o que en persona desprendiera tanta homosexualidad que no fuera posible intento alguno.

Pero entonces, como si sacara del mazo una carta que encajaba de forma perfecta con las mediocres que tenía, se me ocurrió una vuelta de tuerca: decirle a Carolina, si efectivamente el amigo de Silvia estaba por allí, algo tal que así: “al tal Daniel, desde el principio, siempre me lo he imaginado como a ese tío que ves ahí”.

Miré al horizonte. A la noche estrellada. E imaginé el rostro de Carolina intentando disimular la sorpresa y a la vez desconfiando de la extraordinaria casualidad, tras haberme escuchado.

Pensé entonces en responderle a Silvia y en preguntarle por ese hombre, pero sentía que no me encontraba con la paciencia suficiente como para entablar una conversación con ella. Tampoco me veía dándole explicaciones del por qué necesitaba la presencia de un amigo suyo, un amigo concreto, aquella noche. Y tampoco me sería fácil justificarme ante Carolina si Silvia se me acercaba en el local. Pensaba en mi plan y daba dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás.

En esos pensamientos estaba cuando Silvia volvió a escribirme. Y me encontré con un párrafo que me pareció bastante grande, y que desde luego no esperaba. E inmediatamente leí:

—Bueno, si venís genial, así me alegro la vista. Si no, pues nada. Y tranquilo que si os veo no voy a ir a daros el coñazo. Si te veo con ella, a menos que me autorices, hago como si no te conociera, que seguro que no sabe que vas dando “likes” de madrugada.

Me di cuenta de que aquello al menos acondicionaba un poco el mayor agujero de mi plan. El fleco más incómodo se había arreglado solo.

Dudé si responder a la peculiar Silvia punto G, pero no quise complicar más las cosas. Lo que hice fue escribirle a Carolina, proponiéndole ir a recogerla. Tras su aceptación, acordamos una hora concreta y me fui a la ducha.

Desde el coche, observé cómo mi mujer se despedía de sus amigas en la puerta del restaurante. Estaba aparcado al otro lado de la calle y pude ver con claridad cierta apatía en sus rostros. No había risas estridentes ni abrazos efusivos, solo unas pocas sonrisas cansadas y gestos de adiós.

Carolina se ajustaba la chaqueta americana que cubría su vestido corto y oscuro, mientras las demás se dispersaban caminando hacia sus respectivos coches o hacia la parada de taxis. Desde el principio, todas sabían que la noche acabaría con la cena; no habría copas ni prolongaciones. Era evidente que mi mujer había aceptado que la recogiera porque sabía que nadie se animaría a tomar algo después. La vi cruzar la calle, con una expresión tranquila, como si la previsibilidad de la noche le hubiera traído una especie de alivio. Cuando subió al coche, me sonrió, y supe que me agradecía el favor, si bien ella no sabía que mis intenciones no eran tan desinteresadas.

Arranqué el motor sabedor de que en menos de tres minutos me encontraría con una bifurcación de caminos: hacia nuestra casa o hacia un aparcamiento cercano al extraño local de ambiente. Supe que debía romper el hielo y mostrarme animado para plantearle tomar algo los dos, pero ella se adelantó:

—¿Y tú así vestido y recién duchado?

—Pues estaba en casa aburrido y se me ocurrió una cosa.

—Ah, ¿sí? ¿Qué cosa? —sonrió moderadamente divertida, y eso me animó.

—Pues… Podríamos tomar algo los dos, como el sábado pasado.

Carolina parecía dudar, y el coche se dirigía imparable al cruce de caminos.

—Mmm. No sé. ¿Dónde? —preguntó finalmente.

—Pues quizás donde el sábado, ¿no? Estuvo bien.

—¿Estuvo bien? —pareció sorprenderse.

—Sí, ¿no? Lo pasamos bien la otra noche.

—Rafa… pero si nos aburrimos como ostras en el bar gay ese. Bueno, yo es que estuve sola media hora.

—No exageres… —protesté, pero intenté no sonar beligerante—. Qué exagerada. Yo creo que lo pasamos bien —insistí con voz calmada.

Ella se quedó callada y comenzó a mirar por la ventanilla.

—¿No quieres entonces? —pregunté.

—Pues no. La verdad.

—Pues creí que lo habías pasado bien.

—Lo pasaste bien tú, después en casa —dijo ya con tono algo borde.

—¿Y tú no? —contraataqué.

Y entonces se hizo un silencio. Carolina miraba al frente y yo ya tomaba el camino hacia nuestra casa. Ella mostraba más muslo que pecho, con un vestido algo corto, pero sin escote. Sus hombros estaban cubiertos por una americana de tono similar al vestido, pero a pesar de ello, la apariencia general no era anodina sino atractiva y vistosa.

—¿Quieres probar otra vez a ver qué sale? —preguntó de repente, y con tono más cordial.

—¿A ver qué sale?

—Sí, como el sábado pero bien. O sea. Lo que pasó, lo que hicimos en casa. Es que el final fue un poco… —susurró, y yo entendí que finalmente sí me echaba en cara mi remate abrupto.

—¿Un poco…? —pregunté, buscando que se explicara. Aunque era obvio, quería escucharlo de ella.

—Un poco… que me dejaste un poco descolocada. Acabando… como acabaste… en lugar de acabar… No sé. Bien.

—Vale, pues probamos a ver. Con otro final —contesté, disimulando una evidente inquina.

Y es que ese “otro final”, consistía claramente en que quería imaginar, o recordar, utilizándome, que Daniel volvía a follarla.

CAPÍTULO 11

Se respiraba mucha más frialdad que la noche del sábado. No solo por mi parte, incapaz de disimular el malestar e incluso repulsión que me producía su ansia de recordar su sexo con Daniel, sino que también veía en ella una extraña tensión y distancia. Además, para ambos había sido sobrevenido; la Carolina que se había subido al coche había sido diferente de la Carolina que se había bajado.

En el ascensor volví a ser abandonado, pero esta vez tuvo la decencia de no fingir desagrado al mirarse en el espejo. Se arreglaba la melena, asegurándose de que todo estaba en su lugar, se miraba fijamente, frunciendo sus ojos verdes, se ajustaba la ropa como si no supiera sobradamente que no había nada que ajustar.

—Qué tal la cena, por cierto. Ni te he preguntado —le dije, perturbando su íntimo momento de petulancia.

—Bien —contestó sin más.

Al contrario que la otra noche, no habíamos estado, en ningún momento, ni remotamente cerca de besarnos.

Entramos en casa y no tuve tiempo de gestionar ni de plantear cómo pretendía desarrollar lo de la noche del sábado “con otro final”. Y es que ella parecía tenerlo bastante claro. Tan pronto llegamos al salón dijo:

—Espérame aquí.

En mi mente se gestó un “lo que usted diga”, pero no lo llegué a pronunciar. A mi espalda sentí cómo encendía la misma lámpara que la noche del sábado y desaparecía por el pasillo con paso firme.

Yo suspiré. Me dolía que me utilizara para la representación, pero a la vez, tan pronto lo visionaba, aunque fuera muy fugazmente, me excitaba. También en cuanto a mis sentimientos hacia ella existía esa confusión, esa contradicción. La animadversión fluctuaba con el amor como en una gráfica en la que las líneas de ambos aspectos a veces se cruzaban, subiendo y bajando, y otras veces iban en paralelo. No era una regla matemática en la que a mayor resentimiento hubiera menos amor.

Salí a la terraza. Como antes de haber ido a recoger a Carolina, las luces de la que ya llamaba siempre “casa de Daniel” estaban encendidas, pero no vi a nadie. Forcé la vista por si no estaba siendo incisivo y quizás sí hubiera alguien en la terraza, bajo una luz apagada, como habíamos

estado Daniel y yo cuando espiábamos a mi mujer en la distancia, pero parecía que allí no había nadie asomado.

Recordé aquel momento en el que habíamos estado allí Daniel y yo y me estremecí. La nitidez de mis recuerdos de aquella noche seguía superando muchas veces a los sentimientos de lo que me sucedía en tiempo real. Recordé el impacto de verla, cuando yo aún fingía que solo observaba a una "vecina calientapollas"; el impacto, la sorpresa, la estupefacción de ver a tu propia esposa en un contexto desconocido; una actitud inédita, un comportamiento tan inusual que me había dejado descolocado, sin saber qué pensar.

Asomado a la barandilla de la terraza, me recordé desde el otro lado, en la terraza que veía a oscuras, en la distancia. Podía sentir el olor de aquella noche y hasta el olor corporal de Daniel. Recordé cómo Carolina se había desabrochado un primer botón y después otro, y otro. Sin motivo aparente. Recordé sentir que no tenía sentido. Recordé ver en la distancia, después, todos los botones de su camisa azul desabrochados. Recordé cómo mantenía el cigarro en la boca mientras hacía el alarde. Y, sobre todo, la barbaridad posterior, cuando se había arremangado la camisa y se la había abierto, un poco, pero de forma forzada y antinatural. El momento extraordinario, sensual y desconcertante posterior: cuando había rematado el movimiento permitiendo que pudiera verse un extenso sujetador negro. Recordé mi pasmo incrédulo y la frase de Daniel: "Joder… en bolas tiene que tener unas tetas…". Me estremecí al saber que el muy cabrón no solo vería las tetas de mi esposa aquella noche, sino que haría bastante más.

Tragué saliva. Me encontraba en el punto exacto dónde Carolina se había colocado aquella noche. Volvieron entonces a mi mente mis frases masoquistas: "¿tan cachonda estabas?", "¿tan necesitada estabas…?".

Recordé después toda la maniobra de mi mujer, su logística para que solo Daniel pudiera espiarla: desplegar el toldo para que éste la protegiera de los pisos superiores y solo él pudiera verla. Lo tenía todo pensado. Todo para calentar a aquel gigante musculado. Me pregunté si habría fantaseado con él ya desde mucho antes de la noche del jueves. Me pregunté si quizás se habría tocado pensando en él, quizás ya desde el lunes o el martes, tras sus primeras actuaciones, públicas, pero en esencia privadas, para él. Después me pregunté si Carolina se habría tocado pensando en mí alguna mísera vez.

Escuché entonces un sonido, a mi espalda, que me sobresaltó. Escuché cómo Carolina se acercaba. Me volteé, abandoné la terraza y entré en nuestra casa. Fui a su encuentro y, mientras lo hacía y revisaba su vestimenta, volví a sentir aquel cóctel de desagrado, indignación y morbo.

Tenía un brillo nuevo en sus ojos. Una agitación. La leí enseguida. Supe, al menos así lo sentí, que venía excitada de minutos atrás. Parecía evidente que se había excitado vistiéndose. En ese momento sentí algo que rozó la rabia y la frustración. Y no solo por ser testigo de esa inquietud que no era por mí, sino también porque había decidido completar la representación: a la camisa de seda y a la falda de cuero, elementos del sábado por la noche conmigo, y del jueves con Daniel, había añadido el elemento que había faltado: aquellas botas negras y altas que no eran una guinda, sino una corrección abrupta: de sugerente a agresivo, de contenido erotismo a descarada provocación.

Me acerqué sin decir nada. Gracias a los tacones de las botas, ella se colocaba a mi altura. Su

melena dorada, echada hacia atrás, cayendo por su espalda, despejaba el paisaje, dejándote a solas con la visión frontal que irradiaba sexualidad; la camisa de seda blanca lucía casi translúcida al contraste de la tenue luz de la lámpara, explicándote con calma hasta qué punto eran potentes sus pechos. Ella me recibió con un gesto inquieto, pero no observé en demasía su rostro, y es que sus pezones, visibles a través de la tela, seducían mi mirada y captaban mi vista, y me llevaban de nuevo, de forma fidedigna, a su noche con Daniel.

La exuberancia de su cuerpo me pedía, casi me ordenaba, que me rindiera, que aceptara mi rol. Su ropa, su sexualidad, su ansia, incidían en que sucumbiera y aceptara mi papel de títere.

Otra vez, no supe si fue mi excitación o sus ganas de representar cuanto antes lo anhelado, pero, cuando me pude dar cuenta, sus manos ya se habían posado en mi cintura y las mías ya atraían su rostro hacia mí. Sujeta por la nuca, mi mujer besaba y se dejaba besar. Pocas veces había sentido el palpitar, el rebotar, el retorcerse, la crecida de mi miembro ya con el primer beso. Su lengua era electricidad y eso me gustó. Sus labios eran humedad y eso me complació. Su ronroneo fue ostentoso, casi teatral, y eso me molestó.

El beso fue largo, sentido. Nuestras bocas, siempre que parecía que se retiraban, volvían, en una continuación cíclica. Carolina apretaba a veces mi cintura y ronroneaba de una manera tan sexual que mi miembro percutía contra la prisión de mi ropa. Supe que si mi polla pudiese darme una orden me diría que la liberase o que parase. Yo no hice ni una cosa ni otra, es más, provoqué una mayor desesperación en ella, y es que, mientras casi mordía sus labios, llevé una de mis manos a uno de sus pechos, y acaricié su teta sobre su camisa. Mi polla dio un respingo al sentir mi mano cómo la textura lisa y tibia de la seda contrastaba con la firmeza que se percibía debajo. Mi palma percibía un pezón, duro y casi desorbitado, que se destacaba salvajemente bajo la seda. Quise entonces palpar más, amasar más, emborracharme de todo el volumen de aquella teta: apreté y solté, apreté, escuché un quejido suave y después volví a soltar. Apreté, me embriagué de sentir su femenina potencia bajo la seda de su camisa, con mi mano, y después solté. Y entonces corté el beso y susurré:

—Sujetador para qué, ¿no?

Mi mujer, tras un par de segundos de silencio, contestó:

—Sí. Para qué. ¿No prefieres así?

Frente a frente. No es que viera brillo en sus ojos, veía casi un incendio. Ella me miraba, pero sabía que no me deseaba. Deseaba simplemente que cumpliera mi misión. Su excitación no era por lo que tenía delante sino por lo que yo le iba a dar la posibilidad de recordar.

Desabroché un botón, con suma facilidad, con un chasquido de dos de mis dedos, mudo y sutil. E iba a colar una mano por el escote que había creado, pero finalmente decidí volver a acariciar su teta sobre la seda, con suma delicadeza, casi sin siquiera rozarla, y entonces susurré:

—¿Te gusta el tacto de tu camisa en tus tetas?

Mi esposa pareció dudar. Quizás quería hablar menos y actuar más.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —terminó por contestar, con sus manos en mi cintura y

permitiendo mis caricias en su teta sobre la ropa.

—Es una pregunta normal —dije.

—Pues sí, mira, es un tacto que me gusta… en mis tetas. ¿Y a ti? —replicó con una mezcla de erotismo y chulería que agitó mi cuerpo.

—¿A mí, qué?

—¿Te gusta que no lleve sujetador? —preguntó, y yo, por el magreo, casi sin querer, desabroché otro botón.

—Pues sí… podrías salir un día así conmigo. O una noche, mejor —alcancé a decir, fingiendo que apenas me afectaba lo que tocaba.

—¿Y si me ve alguien así? ¿Algún conocido? —provocó.

—Podríamos ir a otra ciudad. O en vacaciones. En otro sitio —contesté y de mi mente brotó una frase que no pronuncié, pero una frase que decía: “Igual si sales así conmigo… te mojas… y tu coño se abre, aunque solo sea un poco… sin necesidad de pensar en Daniel”.

En ese momento Carolina llevó sus manos al botón de mi pantalón, cosa que me sorprendió, por inusual.

Yo la dejé hacer, pero a ella le costaba desabrochar el botón. Miré hacia abajo y susurré:

—Te has puesto las botas esas.

—Si, tuviste una buena idea. Aunque para ir por ahí ya… el combo es demasiado.

—¿El combo es demasiado? —provoqué mientras Carolina desistía del botón y buscaba la cremallera de mi pantalón.

—Sí, ¿no? La falda tan corta… esta camisa que es tan fina que es casi como no llevar nada… estas botas que son un poco de putón… —susurró mi esposa mientras se escuchó el sonido del descender de la cremallera de mi pantalón y yo desabrochaba otro botón de su camisa.

Y sentía que me lo había dejado demasiado fácil. Tanto que me resultó imposible contenerme. Y lo solté:

—Ya… Ojalá te hubiera visto así el tal Daniel ese…

De nuevo busqué reacción en su semblante. La miré a los ojos. La observé. Y ella, absolutamente entera, serena e inexpresiva, dijo:

—Ya… ¿Te imaginas? Habría pensado que soy un putón… si me hubiera presentado así… con él.

—Ya… Un buen putón —contesté al tiempo que sentía su mano abriéndose paso por la apertura doble, de mi pantalón y de mis calzoncillos—. ¿Y qué ropa llevabas?

—¿Cuando estuve con él? —preguntó, cínica, y yo sentí de golpe un placer notorio, una liberación deleitosa, un alivio maravilloso, al sentir su mano, que me salvaba; su mano caliente que se hacía con mi polla, la agarraba con decisión, y la sacaba por la apertura de mi pantalón.

—Sí. ¿Qué ropa llevabas? —insistí con mi polla saliendo por el hueco. Recta, firme, en horizontal, frente a ella, casi rozando la punta con su falda.

—Pues… No me acuerdo. Por cierto —dijo mientras me agarraba la polla y yo palpaba sus tetas sobre su camisa con las dos manos.

—Por cierto, qué —pregunté.

—Que… hablando de Daniel. Quiero que sepas que… está aquí otra vez.

CAPÍTULO 12

Mi cuerpo vibró y quizás ella, que me sujetaba por aquello que salía de la apertura de mis pantalones, lo notó. Quizás había percibido en su mano mi temblor, mi impacto, partiendo precisamente de allí. Yo intenté no detener mis caricias en sus pechos sobre la ropa; intenté aparentar sosiego, pero me era radicalmente imposible.

Pensé inmediatamente en las luces encendidas de la casa de Daniel. Me sobrecogí al pensar que estuviera allí, tan cerca. Cómo era posible… Apenas habían pasado cinco o seis días.

Tragué saliva. La miré. Sentí su mano decidida, sujetándome. No miré hacia abajo, pero sabía que agarraba una polla descabezada y dura; mi glande rosado descubierto, el grosor normal de mi miembro común. A pesar de que la apertura que había creado en su camisa me permitía ya tocar teta, tocar carne, tocar pezón, y amasar sin impedimento sus hinchados pechos, decidí no revelar torpeza por mis nervios y seguir anclado en mis caricias sutiles sobre su camisa, buscando, a veces con los pulgares, a veces con otros dedos, incidir en el contacto desigual de la delicadeza de la seda y la dureza de sus pezones.

—¿Y eso? ¿No había venido porque estaba de viaje? —intenté resultar sereno.

—Pues parece que viene bastante.

—¿No me habías dicho que no os escribíais? ¿Te ha llamado?

—Me ha escrito hoy —contestó mi mujer, la cual parecía que con cada respuesta no flaqueaba más, sino que sucedía lo contrario. También parecía que con cada pregunta, apretaba más.

Y se hizo un silencio. Nos mirábamos fijamente. Y entonces algo sucedió. Sentí un espasmo

como consecuencia de un movimiento suyo. Llegué incluso a flexionar mínimamente las rodillas y a resoplar, y es que mi esposa empezó a acariciar el glande de mi miembro, con delicadeza, con su dedo pulgar. Yo no miraba hacia abajo pero sentía la humedad y entendía que esparcía el líquido preseminal que yo había estado soltando por aquella cabeza rosada; humedecía, no permitiendo que ningún recoveco quedara sin ser impregnado. Mi cuerpo se estremecía, me tenía sujeto, pero ahora no por agarrarme con firmeza sino por el placer que me daba aquel movimiento mínimo de su dedo sobre la parte más sensible de mi cuerpo.

Y yo sabía que lo hacía para calmarme, para domarme, para que no me rebelase. Y entonces lo soltó:

—Quiero que os conozcáis.

Yo tragué saliva y mis manos comenzaron a temblar, las caricias que me hacía en la punta de mi polla eran impecables, las que le hacía yo en sus pechos sobre su camisa eran erráticas y torpes.

—¿Cuándo? ¿Me has dicho que está aquí ya? ¿Dónde? —pregunté y estaba tan tenso que sentía que me escuchaba desde fuera, cómo si hablase un cuerpo ajeno a mí mismo.

—Viene el jueves que viene. ¿Te he dicho antes que está aquí? Pues no. Viene el jueves.

—¿Y viene aquí? ¿Al bloque de al lado?

—No, esta vez a un hotel.

Se hizo un silencio, y entonces Carolina se ayudó de su otra mano. Maniobró con eficiencia, sacó por completo todo el compendio; mi polla y mis huevos. Hacía lo que quería conmigo. Se pegó más. Después comenzó a masturbarme, lentamente. De manera rítmica y pausada. Mi polla no entendía de sospechas ni de miedos, se alzaba y se endurecía, le agradecía cada maniobra. Su masturbación me hacía sentir un placer diferente, menos espásmico que aquel humedecimiento de mi glande, más sostenido, más asumible.

—¿Qué quieres que pase con él? ¿Por qué quieres que nos veamos? —alcancé a preguntar, siempre intentando aparentar serenidad.

—A mí me parece un idiota. Ya lo sabes. Pero quiero que decidas tú —contestó, con toda su desfachatez.

—¿Que decida yo? —pregunté en tono más alto.

—Pues sí. Que decidas tú.

Tuve que dejar de mirarla a los ojos. Su desvergüenza me desbordaba. Su osadía entrañaba una traición inasumible. Seguía sintiendo cómo me masturbaba. Por mucho que mi mente maquinase, por mucha rabia que sintiera, mi placer no cesaba. Después bajé la mirada y conseguí desabrochar los dos últimos botones de su camisa que faltaban por liberar. De golpe me encontraba más tranquilo; como si los nervios se concentrasen con mayor intensidad antes del veredicto que cuando este ya había sido revelado.

Aprovechando su camisa completamente desabotonada la abrí un poco más. Sus pechos

aparecieron ante mí con una contundencia tan tremenda que quizás ella notara de nuevo un temblor en mí. Sus areolas lucían tan categóricas y sus pezones tan desmedidos que casi no podía contener un ansia animal y violenta de magrear allí con ímpetu y desconsideración, o de incluso lamer y morder con salvaje brusquedad.

—Que decida yo… —repetí.

—Sí —contestó y, para mi sorpresa, soltó mi miembro.

Se retiró un poco. Mi polla se mantenía firme. Su camisa se mantenía apartada. Sus tetas y mi miembro lucían expuestos, lo demás estaba cubierto. Ella parecía esperar mi fallo. Seguramente pensaba que yo aceptaría. Al fin y al cabo cuántas veces había sido yo el instigador para buscar a una tercera persona con el objetivo intentar resolver un problema que parecía irresoluble.

Su semblante mostraba confianza. Su expectación y excitación porque yo aceptase me encolerizaba.

Y entonce le dije:

—Vete hacia la barra.

—¿Perdona? —se revolvió inmediatamente.

—Me dijiste el sábado que querrías que te follara sobre ella… Y… ¿Cómo era…? “Después me bajo y me follas de pie, contra la barra”. ¿No habías dicho algo así?

Ella se mantuvo en silencio.

—Deduzco que todo eso obedecía a fantasear con que hubiera pasado si Daniel no se hubiera comportado como un idiota, ¿no?

—Puede ser —contestó.

Ella entendía que yo quería retrasar mi veredicto. Y lo asumió. Se atusó el pelo, mirándome, marcando los tiempos, como queriéndome decir que obedecía también porque ella quería. Y después pasó por delante de mí. Yo me volteé para observar su caminar decidido. Escuchaba el estruendo de sus botas de tacón golpear el suelo con cada pisada. Sus pechos se bamboleaban desvergonzados y libres, rebotando con contundencia por su caminar. Recorrió los cuatro o cinco metros requeridos y, una vez llegó a la barra de la cocina, le dije:

—Mejor no te subas. Vamos a pasar directamente a la segunda parte de tu fantasía con el idiota, bruto y mandón.

Carolina se quedó quieta. Se colocó un mechón de su melena tras su oreja y yo proseguí.

—Es que me parece que tu polvo imaginario con Daniel iba a ser un poco incómodo. O que Daniel es bastante más alto que yo.

Yo esparcía mis trampas y mis cebos con cada frase, pero no dejaba de ser cierto que seguramente si ella se subiera a la barra y me recibiera allí, me costaría llegar a la altura requerida para penetrarla.

Carolina, quizás ansiosa por imaginar la segunda parte de su polvo con Daniel, o quizás deseosa de terminar de una vez y que yo le diera respuesta a si aceptaba que nos encontrásemos los tres, cumplió y se colocó frente a la barra, dándome la espalda.

Yo agarré entonces mi miembro, sentí allí un calor y una dureza que no descendían y me aproximé a ella. Sentí en su reciente actitud mayor predisposición, mayor querencia porque yo terminase rápido y autorizase la cita a tres, que por imaginar que yo era Daniel. Sin embargo, sabía que su excitación no sería un impedimento, que desde que se había vestido de forma idéntica a la de su noche con aquel animal, su coño se había excitado y explayado.

Me sentí poderoso. Ella misma había abierto la puerta a que yo tuviera el poder de decisión. Y, sobre todo, el tiempo corría a mi favor. Sentía también que tras mi aceptación o denegación ella recuperaría el poder.

Me coloqué tras ella y me sentí Daniel por un instante. O al menos veía exactamente lo que había visto él: a aquella mujer impresionante, rubia, con aquella ropa, con aquellas botas de zorrón fijas en el suelo, esperando a ser penetrada. Traté de imaginar qué habría sentido aquel cabrón, mirando a un lado y viendo al marido cornudo de semejante mujer, mirando atónito, esperando excitado el golpe de gracia.

Llevé mis manos a la falda de cuero de mi mujer y comencé a recogerla hacia arriba. Carolina se mantenía quieta, con las manos sobre la barra. No se volteaba. Y enseguida comprobé que allí no había nada, no había ropa interior que ocultase nada. Sus nalgas salían a la luz nítidas, extensas y lascivas. Yo destapaba imparable hasta que fijé su falda de cuero en su cintura y susurré:

—Bragas o tanga para qué, ¿no?

Y ella, sin amilanarse a pesar de la postura receptiva y subyugada, contestó tras colocarse otra vez el pelo tras su oreja:

—Sí. Para qué.

Su chulería me enervaba. Sobre todo cuando la recordaba con él. Cuánto más crecida pretendía lucir ante mí más ganas sentía de confesar que lo sabía todo. Recordé cuando había estado con él, en idéntica posición, y había separado un poco sus piernas… Pensé que a veces sentía que moría de ganas por decirle que sabía, que recordaba cosas tan nimias como el momento aquel en el que el sonido de las botas contra el suelo había resonado de forma turbadora. Decirle que había presenciado todo y que recordaba nítidamente cuando Daniel había azotado con fuerza sus nalgas; aquel “¡Plass!” que había atronado con un estruendo, y cómo ella se había visto impulsada hasta ponerse de puntillas como consecuencia del impacto. Decirle que recordaba su “¡Au!” quejoso y sumiso como consecuencia de los azotes de Daniel. Lamentos quejosos y sumisos, pero sobre todo ansiosos porque la follara.

Con su falda ya recogida quise comprobar que su coño era el que había sido con Daniel, y el que era cuando pensaba o había pensado en él. Para cerciorarme usé mi mano, mis dedos, dedos que llevé con decisión a su sexo, y enseguida palpé unos labios húmedos y salientes. Mi mujer tembló un poco, siempre con su rostro hacia adelante. Para ella quizás aquello no era fácil. Y es que tenía que sentir cierta vergüenza al desvelar un estado netamente diferente como

consecuencia de que había fantaseado con él. Aún estaba muy reciente nuestro intento de sexo normal, aún estaba muy reciente la actitud apática de su coño conmigo, unas noches atrás.

No quise incidir en su vergüenza. No quise provocar en un susurro la apertura de una guerra. No quise recriminarle que si pensaba en aquel imbécil su coño se deshacía.

Quizás arriesgándome, no pude evitar representar vivencias que recordaba. Y no lo hacía en absoluto para ayudarla a que recordase, porque ya daba por hecho que ella vivía aquello como una formalidad por la que pasar antes de mi veredicto. Así que comencé a amasar las nalgas desnudas de mi mujer como le había visto hacer a Daniel. Quise sentirme él. Separé sus nalgas y observé cómo su coño se abría: sus labios, mojados y carnosos, se separaban como consecuencia del movimiento. Recordé que cuando lo había hecho Daniel, mi mujer a veces se había volteado, pidiéndole con la mirada que la invadiera, pero conmigo se mantenía casi completamente quieta.

Tras aquel amasamiento en sus nalgas hice algo que no había hecho Daniel: deslicé uno de mis dedos por su coño. Primero por fuera, después por dentro. Aquel dedo entraba con una facilidad pasmosa. Después usé dos y la oquedad los acogía sin esfuerzo. Saqué los dedos húmedos y los limpié en una de sus nalgas. Mi mujer no decía nada. Yo miré mi miembro duro, cerca de su culo, y sus botas, y su falda, y su camisa, y su rostro siempre hacia adelante, y su cuerpo siempre paciente.

Y susurré:

—Volviendo al tema… Si Daniel te viera así vestida pensaría que eres una puta.

Carolina no dijo nada.

Yo entonces coloqué la punta en la entrada de su sexo y dije:

—Es cierto que aquella noche me preguntaste qué tipo de cornudo sería, y te dije que quizás cornudo sumiso.

Mi mujer, por fin, quizás sorprendida por la frase, volteó su rostro.

Y yo continué:

—La verdad es que no lo sé. ¿Y tú? ¿Qué clase de puta serías?

Tras decirlo me di cuenta de que estaba súmamente excitado. Solo aquel delirio morboso me podría hacer hablar así. Pero mi esposa no parecía sorprenderse tanto, y simplemente, volteada hacia mí y sintiendo mi polla rozando los labios salientes de su coño, susurró:

—No lo sé…

Mi mente, espoleada por una excitación incontenible, por una excitación acumulada desde aquella fatídica noche, operaba a más velocidad de la que podía controlar, y verbalizaba frases que ni podía contener, y ni las sentía como esencialmente mías:

—Sabes que las hay que sobreactúan y que gimen, y otras que apenas gimen, que se limitan a ser un coño para el cliente. ¿Tú de qué tipo serías? —repetí, y ella susurró:

—No lo sé…

Y tras decirlo, volvió a colocar parte de su melena tras su oreja y volvió su rostro hacia adelante.

Y yo entonces, frustrado por su negativa a responderme… empujé.

Empujé. Me enterré. Se la metí a mi esposa. El coño de Carolina me acogía. Y me abrazó un calor opresivo. Un placer desbordante. Una dicha casi injusta. Un gozo extraordinario. Y es que al tacto puro, al placer físico de sentir su coño húmedo y ardiente, se sumaba el placer mental de saber que aquel coño no estaba así por mí, que ella no se había vestido así por mí, que sus tetas no colgaban de su torso hinchadas y duras por mí, que sus pezones no estaban rígidos por mí.

Y quizás lo que más me excitó fue su silencio. Su mutismo casi absoluto. Le había metido la polla hasta el fondo y ni había jadeado. El contraste del recuerdo de su tembleque, de sus espasmos de placer cuando Daniel la había penetrado, me hizo enloquecer.

Yo, completamente dentro de ella, con mis huevos contactando con su cuerpo, susurré:

—Serías una puta de las calladitas, por lo que veo.

Y mi esposa, a pesar de todas mis propuestas de beligerancia, no respondía. Asumía mis frases deshonestas y mis agravios. Y yo dudaba si lo hacía para que terminara cuanto antes y le dijera si aceptaba su propuesta, o si lo hacía porque su sentimiento de culpa le impedía revolverse y contraatacar.

Me salí entonces completamente de su cuerpo y jadeé sin vergüenza. Sentía que era lo menos que merecía. Qué menos que disfrutar de mi mujer, de mi mujer infiel. Emití un “Ufff…” largo, que deduje que quizás había sonado desagradable para ella, para aquella esposa que ni tembló mínimamente al sentirse vacía otra vez.

Y yo, desbocado y buscando sus límites, volví a empujar, volví a invadirla, esta vez con un poco más de intensidad. Y tras volver a sentir el placer inmenso que me otorgaba su coño dilatado y mojado, y tras volver a comprobar que no emitía el más mínimo sonido, susurré:

—Imagina que Daniel te folla así, como a una puta de las calladitas. Imagina que solo eres un coño para él.

Tras decirlo ella giró un poco el rostro, y, lejos de rebelarse, de contestarme, cerró los ojos… y retiró una de las manos que tenía apoyadas en la barra y la llevó a contener, a sentir, uno de sus pechos que colgaban libres, aprovechando la apertura de su camisa.

—Si te viera así… con esta pinta… eh… —le susurraba mientras la penetraba, mientras la follaba, mientras mi polla se deslizaba con una facilidad inédita. Y ella, con los ojos cerrados y aferrada a su teta, se dejaba follar, se dejaba mecer, y no emitía el más mínimo gemido, y aquello me excitaba tanto… Me excitaba tanto que con él hubiera chillado, se hubiera descompuesto, hubiera gritado, se hubiera corrido… y que conmigo ni jadeara… Era tan humillante que sentía que estaba ya a punto de correrme.

En mi mente rebotaban frases acusadoras. Pensaba en cómo podía ser tan puta de haber follado con él, y de mentirme… Cómo podía ser tan guarra de haberse corrido con aquella facilidad con

él, cuando conmigo le era imposible hacerlo si no llevaba sus manos a su clítoris mientras la penetraba. Pensaba en cómo era tan zorra de ni gemir lo más mínimo por mucho que la invadiera. Y entonces yo aceleraba el ritmo y jadeaba, y gemía, y ella asumía aquel mete saca con una indiferencia que era en sí una ofensa. Simplemente emitía unos mínimos “Hum”, “Hum”, ásperos, insensibles… Apenas sentía placer, se agarraba a su teta y cerraba los ojos y quizás pensaba en él, pero lo hacía de forma pausada y consciente, sin sentir placer neto o estrictamente físico. Mi polla en su coño era un mero y anodino intruso, que apenas le aportaba nada, y aquello me excitaba más y más…

… Y mis jadeos resonantes se solapaban con sus taciturnos “Hum”, “Hum”, y el ruido de nuestros cuerpos se aceleraba y sus “Hum”, “Hum”, “Hum” eran cada vez más cadenciosos, se producían con mayor frecuencia, pero eran siempre igual de silentes y desprovistos de placer. Y yo miraba hacia abajo y veía que los labios de su coño iban y venían con mi miembro, autómatas y eficaces… pero no terminaban de desprenderse, mi polla no terminaba de vencer a aquel coño, no terminaba de deshacerlo, de estropearlo, de menoscabarlo… como había hecho Daniel. Sentía que cinco minutos de aquella penetración incesante le producían menos placer a aquel coño que el mero hecho de haberse vestido con aquella ropa imaginando que se vestía para el cabrón de Daniel.

Y toda aquella rabia y desesperación me hicieron recordar cuando Daniel se había salido de su cuerpo y se había corrido sobre ella, sobre su espalda, sobre su ropa, sobre sus nalgas. Y entonces, entre jadeos, y mientras escuchaba sus “Hum, Hum” por mis embestidas constantes, me eché hacia adelante, agarré con fuerza la teta que ella no acariciaba y le susurré:

—¿Y si te follara? ¡Eh…! ¡Si yo quisiera que te follara…! ¿Le dejarías correrse dentro, eh?

—Hum… Humm… —contenía mi esposa su respiración por mis embestidas, pero no respondía.

—Dime… ¿Le dejarías correrse dentro? ¡Eh…! Mhh… Di-os… —me deshacía de placer y no dejaba de follarla.

Y ella no contestaba. No respondía. Seguía con sus “Hum”, “Hum”, austeros y neutros.

—¡Joder…! ¡Dios…! —bramé de repente, sintiendo que me deshacía de tanto morbo por su silencio, de tanto placer por la humedad de su coño, y del gozo por el tacto de su enorme teta en mi mano.

—¡Ohh…! Jo-der… —jadeé y le susurré… mientras me corría, mientras la inundaba, mientras me deshacía, mientras sentía cómo un torrente fluía, me abandonaba y la llenaba:

—¡Oh…! ¡MMM…! Solo yo me corro dentro… ¡Eh…! Carolina…

—Hum… Humm… —respiraba ella en resoplidos mustios.

—¡¡Dios…!! ¡Ohhh…! ¡Solo yo me corro dentro de ti…! —zanjé, en un último jadeo, y me quedé unos instantes, completamente dentro de ella.

De golpe estábamos en un silencio absoluto. Yo agarrado a su teta, volcado sobre ella. Con mi polla dentro, aún palpitando y vaciando las últimas gotas.

Ella llevó entonces su mano de nuevo hacia la barra de la cocina. De pie, apoyada allí, había aceptado y recibido mis embestidas en un mutismo casi total, sin haberse inmutado.

Y yo seguía en su interior, seguía dentro. No nos movíamos. Y mi mente voló a cómo se había corrido él, aquel semental, a cómo había regado su culo y su ropa; a cómo cada disparo y chorro ardiente había caído sobre su espalda, calando su camisa; y cómo a cada latigazo espeso y tórrido, que ella había sentido en sus nalgas, ella había respondido con un escalofrío, con una tiritona, con un tembleque agradecido. Y comparé su mutismo conmigo, su apatía, que contrastaba con aquellos ridículos "¡Oh Dios!" con él. Y recordé cómo sus "¡¡Ahhh…!! ¡¡Mmmm…!! Sigue… ¡Dios…! ¡Echa más…!" con él, habían contrastado con los míseros y ásperos "¡Hum!", "Mh" conmigo.

Y entonces Carolina me sacó de mi ensoñación:

—Venga, apártate ya.

Mi esposa acompañó aquella frase con un movimiento con su brazo, posando su mano en mi vientre, echándome hacia atrás.

Yo me salí de ella. Y ella no se incorporó, y pude ver como gran cantidad de semen cayó de su coño al suelo. Tal cantidad fue que el sonido del contacto del semen contra el parqué resonó. Después vi cómo una gota densa y blanca descendía por el interior de sus muslos.

—¿Qué haces? ¿Me quieres limpiar de una puta vez? —dijo mi esposa, de golpe encolerizada, como si hubiera acumulado aquella ira y no la hubiera sacado a relucir hasta aquel momento porque no le convenía.

Y yo, sin amilanarme, le contesté:

—No he echado tanto. Yo creo que ya no cae más.

Me retiré. Ella se incorporó. Podía sentir su superlativo enfado. Se volteó, de pie frente a mí. Mi miembro ya colgaba flácido. Ella se cubrió un poco las tetas con la camisa, con falso recato, como si quién tuviera enfrente no fuera su marido. Después, mirándome con animadversión, comenzó a bajarse la falda.

Y su chulería me encendía de nuevo. Y entonces, sujetando mi miembro, no pude evitar volver a forzar la máquina, volver a crear la sospecha de que yo sabía mucho de lo que había pasado aquella noche. Y le dije:

—Una pena que ya no siga dura, ¿verdad? Como la de otra gente. Me pones tanto que te follaría ya otra vez.

Y entonces ella me miró torciendo el gesto. Y después dijo:

—¿Por qué dices eso?

—Porque me pones mucho.

—No. Lo de que no siga dura como la de otra gente. ¿Qué gente? Claro que no sigue dura. Te

acabas de correr —dijo tensa, quizás por primera vez desarbolada y a gran velocidad, y es que en su noche con Daniel la habíamos engañado, y ella, con los ojos vendados, había creído que Daniel había eyaculado, y a pesar de ello su miembro había seguido duro.

—No sé. Hay quién se corre, pero se le mantiene dura —dije con aplomo.

Y ella entonces, con la falda ya bajada, pasó por delante de mí. Dio un par de pasos, alejándose, y después se volteó y dijo:

—¿Entonces qué? ¿Quieres hablarlo los tres o no?

—Ya veremos. Hoy aún es viernes. Falta casi una semana —contesté, y ella, sin plasmar ni la más mínima decepción ni lo contrario, volvió a girarse y se perdió por el pasillo, creando un estruendo al caminar con aquellas botas de tacón, las botas de su lujuriosa noche con Daniel.

CAPÍTULO 13

Carolina no recriminó mi vulgaridad, no recriminó mis palabras soeces ni mis penetraciones zafias. Y aquello formaba parte de un compendio en el cual ella daba por hecho que yo aceptaría la cita a tres con Daniel.

Para ella tenía que ser evidente: si yo había presionado tantas veces por la anexión de un tercero para mejorar nuestra vida sexual, y ahora ella me lo proponía, y de golpe yo perpetraba un acto sexual desaforado, era porque a mí me excitaba sobremanera la idea. Eso era lo que yo sabía que ella pensaba. Lo que ella no sabía era que mi sexo iracundo obedecía a otros motivos tales como que sabía que me había sido infiel y que sabía que me estaba mintiendo.

Estaba convencido también de que ella creía que yo retrasaba mi veredicto porque pensaba que yo me veía intimidado por el hecho en sí, y porque pudiera sentirme menos hombre por aceptar la irrupción de un tercero que me desplazase. Sin embargo, mi tardanza obedecía a que realmente dudaba.

Escribía, pero siempre terminaba por borrar en mi teléfono, posibles mensajes a Daniel. “¿Estás otra vez aquí?” “¿Te estás escribiendo con mi mujer?”. No existía forma humana de hacerle estas cuestiones sin colocar mi rostro, de lado y sobre el suelo, bajo su pie.

Mi mujer se comportó los días siguientes como si nada hubiera pasado. Si había conseguido actuar con normalidad tras haberme sido infiel y tras mentirme, tampoco le costó demasiado mantenerse impasible después de haberme propuesto la cita a tres bandas. Y lo cierto era que sentía que me iba acostumbrando a ese descaro.

Una de aquellas tardes fuimos al cine. Me fascinaba y me sobrecogía pensar cómo

continuábamos con nuestras vidas. Quién nos viera no podría imaginar que “esa rubia que se ha sentado en la butaca de al lado” estaba esperando a que su marido diera el consentimiento para citarse los dos con un amante para ella. Carolina comía palomitas y miraba hacia la pantalla, concentrada, con bastante más capacidad que yo para evadirse de lo que se cernía sobre nosotros. Mientras ella no perdía detalle de la película yo me preguntaba si de verdad quería, o sería capaz, de verme con Daniel. Y es que de golpe sentía que se me hacía una montaña enorme siquiera encontrarme en el mismo espacio que él. Y pensaba en cómo actuaría él. Pensaba en si todo sería una trampa, si una vez allí él revelaría que yo los había espiado y haría saltar mi matrimonio por los aires. Si bien me parecía que lo más probable era que él fingiera no conocerme. Al fin y al cabo el premio al disimulo era muy grande: volver a follarse a mi mujer en mi presencia.

También pensé en el viernes. En aquella maldita noche de viernes de la que no sabía nada. Quizás se había dado un encuentro entre ellos y allí ella le habría explicado que pudiera ser que no necesitasen esconderse, porque quizás yo aceptaría su encuentro con la condición de estar presente. Una regularización tranquila y sin peligro. Era una posibilidad, pero sin embargo, si todo fuera tan pactado y pacífico… ¿Por qué aquel insulto de Daniel? ¿Por qué aquel “átala en corto”?

Nuestros momentos de intimidad también se mantenían bastante constantes, como antaño. Suplíamos la falta de sexo con acercamientos melosos y cándidos. Los momentos de sofá y televisión eran momentos de contacto y de caricias aleatorias en brazos, cuellos o cabezas. Al principio de cada toque yo me sentía extraño, pero enseguida mis pulsaciones descendían y volvía a sentirla como la había sentido siempre. Sentía que me acariciaba Carolina, la de siempre, y la otra Carolina se quedaba apartada, encerrada, en un sitio recóndito y alejado.

También, si se daba la ocasión, reíamos o disfrutábamos de lo que fuera, como siempre, y no me sentía para nada extraño, ni sentía que había falsedad en ninguno de los dos.

Llegó el martes y empecé a sentir vértigo. No sabía si Daniel estaría en la ciudad de jueves a domingo o cual sería su plan. No había visto en Carolina excesivo ajetreo con su teléfono y, desde luego, no me había sentido nada atraído por sacar yo el tema y preguntarle cuál era mi fecha límite para responder a su trascendental pregunta.

El trabajo se había convertido en una competente vía de escape, pero los astros parecían no estar conmigo aquellos días, y es que a media mañana se colgó el servidor remoto de la oficina y nos avisaron de que podrían tardar una o dos horas en arreglarlo.

Como era más o menos la hora del café, salí a dar un paseo hasta que encontré una terraza dónde el sol golpeaba con tímida contundencia, pero la suficiente como para no tener frío. Una vez allí revisé mi teléfono y reparé en que ni había respondido a la pobre Silvia Punto G. Aproveché mi tiempo libre para contestarle, suponiendo que a esas horas, horas de trabajo, ella no estaría pendiente del teléfono. Le respondí diciéndole simplemente que no habíamos salido aquella noche.

Sin embargo, mi presagio de que ella no me respondería a aquellas horas pronto se reveló como equivocado: no había pegado dos sorbos a mi café cuando Silvia ya reaparecía con toda su intensidad. Enseguida me contaba que había sido una pena, que ella salía bastante, y, sin cortarse, me volvía a preguntar por cómo iba “mi tema”. “Mi tema” era que un hombre se había

follado a mi mujer, yo lo sabía, y mi mujer no sabía que yo lo sabía.

Por supuesto, a Carolina, ella, *bautizadora* infatigable, la llamaba “tu mujer cañón”. Y no dejaba de sorprenderme cómo intercalaba vocabulario que a mí se me hacía demasiado actual con otras expresiones tan añejas como esa.

De nuevo había algo en su cercanía, en su coloquialidad, o quizás obedecía a que todo es más sencillo cuando no conoces de nada a tu interlocutor, que me vi contestando con sorprendente franqueza.

Es más, la frase que cambió la intensidad de la conversación fue precisamente mía, y fue la siguiente:

—Pues mi mujer cañón quiere que quedemos los tres. En amor y compañía.

—¿No jodas? ¿Pero ella sabe ya que tú lo sabes?

—No —contesté.

—¿Y el tío ese sabe que tú vas a aparecer? ¿Y qué va a hacer? ¿Se va a hacer el loco? Espera, espera. Rafaello Sanzio, ¡por dios!, dame tu número que te llamo ahora mismo.

Miré a mi alrededor. La paz de la terraza era casi absoluta. Un grupo de mujeres, con pinta de funcionarias, hablaban sin parar, sin escucharse y solapándose, pero a prudente distancia de mí. El sonido del motor de alguna moto y de alguna furgoneta de reparto zumbaba de vez en cuando, pero en esencia nada ni nadie me perturbaba. Miré el reloj: no habían pasado ni veinticinco minutos desde que había salido de la oficina. Todo era horizonte despejado.

Acepté y, cuando me quise dar cuenta, ya escuchaba su verborrea de forma oral. Era extraño. Era como hablar con una inteligencia artificial o con una locución. Y sentía que cada frase que yo soltaba constituía un desahogo. Reflexioné entonces sobre que en ningún momento se me había pasado por la cabeza contarle a nadie, ni siquiera a ningún amigo íntimo, lo que me había pasado, y lo que me estaba pasando.

La conversación fluía. Ella no juzgaba. Yo, eso sí, me cortaba de contar vivencias tales como Carolina vestida con la ropa de la noche de Daniel, siendo follada por un marido encolerizado, pero contaba lo suficiente como para que ella entendiera mi situación.

—¿Y el tío ese cómo dices que se llama? —preguntó.

—Daniel —contesté sin pensar si dar nombres era irrelevante o innecesario.

—¿Y cómo es? Estará bueno por lo menos —dijo y yo dudé.

—Mmm. Pues mira… Casualmente se parece a un amigo rapado con barba que tienes.

—¿El de la foto del “like”? —preguntó.

—Ese mismo —contesté. Y después me vi enredado por ella, y le terminé contando el motivo de mi error, pretendiendo ampliar la foto, y también todo lo referente a nuestro juego de buscar a gente de noche, y en el compromiso en el que podría haber puesto a Carolina si le hubiera

propuesto a un hombre casi idéntico a Daniel.

Pronto descubrí que el doble de Daniel, el maromo musculado casi análogo, se llamaba Carlos y había sido portero de aquel local de ambiente.

La orientación sexual de Carlos fue confesada de manera poco sutil:

—Pues Carlos es de culos, eh. Que le daría por ahí con gusto a tu mujer cañón. Bueno, y quién no. Yo también le daría. Es de tíos, pero sobre todo de culos, o sea de culos de mujeres también. A alguna que yo conozco ya te digo yo que le dio seguro —dijo Silvia y su manera de expresarse era tan pura que ni le recriminaba que hablara así de Carolina, como si fuera un mero culo presto para recibir. Y la escuchaba, con aquella contundencia y claridad, a aquellas horas de la mañana, mientras miraba a izquierda derecha de mi solitaria terraza.

No supe qué decir. Y ella continuó:

—¿Pero habéis quedado para que le pegue otro repaso y tú mires? —preguntó.

—No, no. En principio es para que yo lo conozca a él.

—¿Para que conozcas al que ya conoces y para que des el *okey*?

—Algo así.

—¿Y si das el *okey* ya remata esa misma noche? —preguntó y yo me quedé pensativo, y es que realmente no me lo había planteado.

Tras mi silencio, ella prosiguió:

—Pues nada. Yo de ti aceptaría. Quedad los tres. Tú te plantas allí y tendrás que hacer como que no os conocéis. Evidentemente él hará lo mismo. Y no le escribas. Mantente fuerte. Imparable. Como dice la canción. No le des el gusto. Te plantas allí. Hola, hola. Le das la mano. Y dejas que sean ellos quienes hablen. A las malas, si la ves muy lanzada, que yo creo que a ella le va a dar algo de palo… A ver, no la conozco. Pero no sé, me parecería muy fuerte que quisiera rematar ya el día en el que, en principio, solo es para que tú aceptes, ¿no? No sé… También si ves tú que la cosa va *palante* y no quieres, pues lo paras. Que, por cierto, yo no sé qué quieres que pase y me da que tú ni lo sabes tampoco. Que por un lado te moló está claro. Leo entre líneas. Porque sino no hablarías así del tema y estaríais más divorciados que Enrique VIII y Catalina de Aragón. En fin. Que si lo paras ella tampoco se va a poner en plan “no seas cabrón, déjale que me la meta”, ¿no? Tendrá un poco de decencia… ¡Digo yo! Y él, el Daniele Crespi ese, aunque tú lo pares todo… no se va a poner en plan… decirle que tú habías estado presente. Eso no lo hace ni de coña. Date cuenta que si patina ahí… se lía una que a él no le interesa tampoco.

—Ya… Puede ser… Ya… —decía yo por lo bajo, mientras ella soltaba todo aquel discurso.

La conversación se alargó un poco más y terminó finalmente porque ella tenía “un grupo en la catedral a las once”, lo cual confirmó mis sospechas de cómo se ganaba la vida, y la cosa quedó allí hasta que esa misma noche, mientras Carolina se duchaba, Silvia Punto G me volvió a escribir:

—¿Qué tal vas? ¿Has aceptado ya? Por cierto, he revisado las fotos en las que sales con ella… Madre mía qué cosita tienes en casa…

—No. No he aceptado ni rechazado aún —escribí aprovechando mi soledad, mientras ya pensaba en cómo borrar mi conversación con ella.

—Pues a ver… A ver qué pasa —contestó, y parecía que la charla escrita se quedaría ahí, y yo sentí una súbita necesidad de aprovechar que en aquel momento podía interactuar con ella, y escribí sin pensar:

—Qué cosita tengo en casa… ¿A qué te refieres?

Tras escribirlo lo leí y sentí que ella me arrastraba en aquel extraño infantilismo.

Miraba a mi pantalla, y ésta me anunciaba que ella me escribía; y miraba compulsivamente a la puerta cerrada detrás de la cual se duchaba mi mujer.

—Joder. Pues que está buenísima. Que ya te digo que si organizas jornadas de puertas abiertas le daría Carlos. Y yo también le daría.

—¿Y tú cómo le vas a dar? —pregunté, otra vez sin pensarlo mucho, y sin entender por qué me metía en semejante jardín.

—¿Que cómo le daría? ¿Me lo preguntas para ponerte tontorrón? JAJAJA.

—No, no va por ahí. Pero no sé cómo harías.

—Ay, chico. Las mujeres como yo tenemos nuestras armas. Le daría con algún juguetito.

—¿En serio? —pregunté ciertamente tenso.

—Claro. Bueno, primero la chuparía de arriba abajo. Que está para dejarla limpita. Y después sí, juguetito casi seguro.

Yo no sabía si me estaba sorprendiendo o si me estaba excitando. Sin previo aviso mi mente imaginó lo que describía y no sabía si era morboso o grotesco.

—También podría prestárselo y que me diera a mí —continuó.

—¿Prestarle el qué?

—Pues el juguetito, Rafaello Sanzio… Ay… para mí que te la está pegando por verde. Tienes que ser más juguetón.

—Ya… Ya… ¿Pero tú no eras bisexual según tus propias palabras? —escapé como pude.

—¿Qué pasa? ¿Te celas?

—Jaja. No… —contesté, y entonces escuché cómo el ruido del zumbido de la ducha de Carolina se cortaba.

No quise dilatar aquel extraño e infantil diálogo. Me despedí de forma abrupta y eliminé la

conversación. La suerte estaba echada. La decisión, tomada.

A los pocos minutos Carolina fue a la cocina, donde yo hacía un rato que me encontraba, y cogió de la nevera un botellín de agua fría, cosa que hacía siempre antes de acostarse. Habían bajado un poco las temperaturas, sus camisones habían dado paso a unos pijamas conformados por pantalón y chaqueta con botones, similar a los de hombre, pero que ella vestía con tal delicadeza que no le hacía perder ni un ápice de feminidad.

—Carolina.

—Dime —dijo y se volteó con cansancio y apatía.

—Vale, quedamos con el Daniel ese. ¿Cuándo?

—Pues… Hoy es martes. Pues pasado mañana ya —dijo y cerró la nevera como si tal cosa.

—¿A qué hora?

—Mañana le pregunto. Supongo que después de cenar. Si quieres agua, coge. Que después siempre me robas de la mía —dijo Carolina con un aplomo y una serenidad que me dejaron sin aire, y se fue hacia el dormitorio.

CAPÍTULO 14

Hacía tiempo que había desistido de encontrar en Carolina cualquier vestigio de nerviosismo o de tensión. Me preguntaba cómo podían vivir las parejas de los actores o actrices profesionales. A su normalidad más absoluta se añadía que tampoco se veía que utilizara demasiado su teléfono móvil; si se escribía con Daniel lo hacía en horas de trabajo.

Además, aquella cita no existía en nuestra casa. No se hablaba de ella. Únicamente, la mañana del miércoles, Carolina me escribió para decirme la hora y el lugar que había acordado con él, cosa que reforzó mi teoría de que aprovechaba los momentos en los que no estaba conmigo para contactar o ser contactada por él. Las diez de la noche del jueves, en una coctelería cerca de un hotel, a las afueras de la ciudad. El hotel era más o menos conocido, un hotel de negocios normal. Si bien me extrañó aquella pomposidad: hotel de negocios y coctelería. Pareciera que Daniel se las quería dar de lo que no era. Como si fuera un gran empresario cuando en realidad para mí no era más que un paria con músculos, y, sobre todo, un idiota con mucha suerte.

Si buscaba dentro de mí no sabía qué encontraba. Pensaba en que uno se puede preparar para una entrevista de trabajo, para un acto público, para un encuentro, digamos, tasado. Uno puede visualizar y después practicar para todo eso, pero cómo se prepara uno para una cita así. Además, con el añadido de tener que fingir que yo no lo conocía, y sumado al extra, perfectamente

adivinado por Silvia, de que no sabía qué quería.

“Y que tú decidas”, había dicho mi esposa. ¿Y si me negase? ¿Qué pasaría? ¿Hasta qué punto sería eso un contratiempo para Carolina? Y seguramente fuera ridículo por mi parte, pero tenía el pálpito, y quizás fuera un autoengaño para protegerme, pero la mayoría del tiempo pensaba que ella no quería, que mi negativa sería la manera de cerrar el capítulo. Mi negativa como punto final. Pensaba que aquello sería su alivio y la forma de quitarse al idiota de Daniel de encima. Eso pensaba la mayoría del tiempo. A la vez que pensaba que no podía ser más ingenuo.

No me sentía nada atraído por presenciar la actitud de Daniel, seguramente chulesca, altiva, mirándome de reojo cuando ella no estuviera atenta, fingiendo no conocerme de nada. Pero sí me sentía muy atraído por verla a ella: por fin tensa, por fin nerviosa. De hecho, de aquella noche con él, incluso más que muchos actos y movimientos, más que imágenes de sexo netas y crudas, había sentido un morbo incontenible por asistir a aquella actitud de Carolina; su lenguaje no verbal, su incomodidad, sus silencios, y su excitación mal disimulada.

El miércoles y la mañana del jueves me vi sorprendido por mi tranquilidad. Pero cuando llegó la tarde del jueves sí sentí que todo se me caía encima: Daniel, lo vivido, que mi mujer me dijera con todas las letras que sí quería, el peligro de que se rompiera nuestro matrimonio, miedo a perderla, miedo a ser yo el culpable… Un sinfín de factores que explotaban en una ansiedad desconocida. Y, totalmente preso de la ansiedad, intenté paliar al menos el hecho de no saber qué pretendía Daniel. Me vi con la necesidad de asegurarme de que él fingiría que no nos conocíamos.

Carolina estaba en su despacho y yo estaba en nuestra casa cuando, tras pensarlo durante largo rato, y tras escribir y borrar varias veces, caí, caí en la tentación, me traicioné, y terminé por enviarle un mensaje a Daniel:

—¿Se puede saber cómo piensas hacer esto?

No tardó mucho en leerlo. Y yo me quedé hierático, tenso, mirando la pantalla. La pantalla pronto me anunció que él me escribía. Mis nervios fueron en aumento. Esperaba una frase lapidaria incluso más que una evasiva absurda. Cuanto más tardaba su texto en aparecer en mi pantalla más barbaridad suponía y más me agobiaba. Cuando, de pronto, nada fue escrito, no recibí nada, y en mi pantalla ya no aparecía que me estaba escribiendo.

Me sulfuré, me irrité. Y lo busqué en mi agenda para llamarlo. Cuando de golpe corté la llamada antes de que sonara el primer tono.

Me estaba volviendo loco. Intenté serenarme. Lo cierto era que cuando buscaba tranquilizarme a veces pensaba en Silvia punto G, en su liviandad, en su espontaneidad. Las mismas frases pronunciadas por mí o representadas por su voz tenían una carga completamente diferente.

Los minutos de aquella tarde pasaban con exasperante lentitud. Sobre las ocho de la tarde Carolina me escribió para decirme que tenía un cliente en pocos minutos, que no le daba tiempo a cenar, que fuera cenando yo solo, que tomaría un sandwich en la cafetería de debajo de su despacho cuando tuviera un hueco y que después vendría a cambiarse de ropa. Tras leerlo me vi barruntando sobre algo en lo que no había pensado: cómo se viste uno para citarse con el amante de su esposa y con ella. Y, lo que era incluso peor: cómo presencia un marido que su esposa se

está duchando, arreglando, vistiendo, para encontrarse con un amante.

De golpe me vi sopesando seriamente la idea de negarme. De llamar a Carolina y decirle que lo cancelábamos todo.

De nuevo vuelta a intentar serenarme. Cené algo, sin ningún apetito, y después entré en la ducha y me dije que no. Que no me negaba al encuentro. Me dije que tenía que vivir aquello. Me dije que no porque quería afrontarlo y porque necesitaba ver en los ojos de mi mujer qué quería. No podría actuar tan bien cuando lo tuviera delante. Sentía también que ese rayo de esperanza que consistía en que Carolina quisiera dar carpetazo a todo era lo que me mantenía en pie.

La ducha fue larga y también fue infractora. Me sentí excitado. Las imágenes vividas bombardeaban mi mente como si no hubieran pasado ya dos semanas. Me di cuenta de que no me había masturbado recordándolo. Y me di cuenta de que no me sería en absoluto difícil. Me excité y mi miembro se alzó, bajo el chorro de la ducha. Y pensé en que me vendría bien esa relajación. Sobre en qué pensar lo tenía claro: aquel momento en el que mi mujer, recostada sobre la barra de la cocina, con la camisa abierta y con sus pechos brotando enormes, con su falda de cuero recogida y su tanga apartado, miraba incrédula cómo la enorme polla de Daniel avanzaba… por su cuerpo… invadiendo su coño… Recordaba cuando había metido casi la mitad de su polla dentro… Recordé el semblante de Carolina… y me toqué; agarré mi miembro que no aguantaba comparativa… y tragué saliva… y después me detuve… Me pareció demasiado degradante, demasiado lacerante llegar al orgasmo recordando aquello que en sí era la humillación más absoluta. Y me detuve también por ella, o así lo sentí, pues aquello que había hecho Daniel había sido una humillación hacia mí, hacia ella, y también una humillación conjunta hacia nosotros, hacia nuestra vida sexual, y, más dolorosamente, hacia nuestro matrimonio.

Mientras dudaba cómo vestirme, y casi me convencía por completo por buscar algo neutro, algo que hiciera pensar que no le había dado demasiada importancia al encuentro, mi teléfono comenzó a vibrar en espasmos cortos. Me sorprendí por la cantidad de agitaciones continuadas.

Enseguida lo recogí y vi varios mensajes de mi mujer:

—Oye Rafa, que no llego.

—Que el cliente aún no ha llegado, y es amigo del jefe y no me puedo ir.

—Y aún no he cenado.

—Mejor nos vemos ya allí. Yo llamaré a un taxi y nos vemos allí a las diez.

—Si te da corte llegar solo dime un sitio cerca y quedamos allí y vamos caminando juntos.

Tras un desencanto inicial, pronto vi varios lados positivos en su contratiempo: en primer lugar me ahorraría el dolor de verla vistiéndose para el encuentro… Y en segundo lugar pensé que quizás, si ella se retrasase, podría hablar con Daniel en persona y a solas antes de que ella llegase.

Le había contestado a Carolina diciéndole que no había problema, que manteníamos la cita sin punto intermedio, que no me daba reparo alguno llegar al local pactado de primero, de segundo o de tercero.

Conduje con solvente serenidad. Me vi, otra vez, escuchando la voz de Silvia punto G, diciendo aquello de que debía dejar que hablaran a ellos. En el fondo mi papel no tenía porqué ser el más incómodo. Si la cosa se torcía, si Daniel se comportaba como un imbécil presuntuoso, lo cual, vistas sus dos últimas semanas, era lo más probable, yo solo tenía que hacer un aparte con mi mujer y dar mi negativa. Como había dicho Silvia, Carolina no iba a tener la desvergüenza de no aceptar mi "no". Es más, yo seguía pensando la mayoría de las veces que era justamente eso lo que quería.

Carolina, eso sí, parecía algo preocupada por fin. Y yo llegaba a disfrutar de sus mensajes en los que lucía algo tensa por su contratiempo: "ya se fue", "ya hemos terminado", "ya he cenado", "enseguida viene el taxi"… Eran mensajes que recibía en mi teléfono y tras los cuales yo contestaba con frases como "no te preocupes" o "no pasa nada", que evocaban una tranquilidad mía, que quizás no era tal, pero que por el mero hecho de escribirlas me hacían casi creerme el papel.

Aparqué el coche en aquel barrio residencial a las afueras de la ciudad. Era una zona bastante nueva, con amplias avenidas y abundantes plazas de aparcamiento. El silencio de la noche cerrada envolvía el entorno, con solo el murmullo lejano de alguna enorme pantalla plana de algún moderno bar y el ocasional ladrido de un perro rompiendo la quietud.

La oscuridad era profunda, pero el aire no era demasiado frío. Caminé lentamente, sintiendo la brisa contenida de la noche mientras avanzaba hacia la coctelería donde nada menos que me había citado con mi mujer y con su amante. Cada paso me hacía sentir la tensión en mis músculos y el latido acelerado de mi pecho. Las farolas de las calles proyectaban mi propia sombra, alargada y vacilante, y parecían acentuar mi nerviosismo. Sabía que Carolina aún no había llegado y no sabía si Daniel sí lo había hecho.

Al llegar a la puerta del local, me detuve un momento para respirar hondo y tratar de calmarme. Observé el reflejo de las luces en los cristales y pensé en lo surrealista de la situación. Con un último suspiro, abrí la puerta y ya me adentraba en la cálida penumbra de la coctelería, dispuesto a enfrentar lo que fuera necesario, cuando de golpe, escuché el tibio sonido de un motor de coche a mi espalda. Abandoné la puerta entreabierta y me volteé. Y vi un taxi.

La puerta trasera se abrió lentamente y la vi descender. Mi mujer, Carolina, rubia y elegante, bajó del coche con esa gracia natural que siempre impactaba, por veces que la hubiera visto. Vestía un traje de chaqueta y falda gris que resaltaba su figura esbelta y una camisa rosa que añadía un toque de suavidad. Sus zapatos de tacón hacían un sonido rítmico en el asfalto y llevaba un bolso oscuro que colgaba de su hombro.

Algo había cambiado. Lo confirmaba. Por fin podía notar inquietud en su expresión, algo que

solo alguien que la conociera tan bien como yo podría percibir. Sus ojos buscaban los míos mientras se acercaba, y aunque intentaba mantener la compostura, su nerviosismo era palpable. Cada paso que daba parecía más lento y calculado, como si estuviera midiendo el terreno antes de la inminente confrontación.

Yo quería fingir tranquilidad, pero ya no podía. No hubo beso en el encuentro. Ni siquiera nos tocamos. Quizás había tanto que decir que era mejor no decir nada. Después empujé la puerta y la dejé pasar por delante de mí, mientras, ella susurró:

—Me ha dicho hace unos minutos que ya ha llegado.

Tragué saliva. Los dos entramos. Yo, detrás de ella, casi a su lado.

Enseguida nos envolvió una penumbra sofisticada, creada por una iluminación tenue y cuidadosamente diseñada. Las paredes eran de un gris oscuro sobrio, y las luces colgantes emitían un suave resplandor ámbar que bañaba el espacio en un ambiente acogedor pero intrigante.

El mobiliario seguía un estilo minimalista y moderno. Casi todas las mesas eran altas, de madera oscura y pulida, con sillas altas a juego que tenían asientos acolchados en cuero negro. Había unas pocas mesas más bajas en rincones apartados, rodeadas de mullidos sillones que invitaban a conversaciones más íntimas. La barra del bar se extendía a lo largo de una pared, con una encimera de mármol negro y estanterías de vidrio que exhibían una impresionante variedad de licores. Los camareros, elegantemente uniformados, se deslizaban con precisión, como si flotaran sobre rieles en un trayecto propio, cada uno siguiendo su itinerario asignado.

La música suave de fondo, una mezcla de jazz y electrónica, contribuía a la atmósfera relajada. Las conversaciones se mantenían en un murmullo constante, creando un zumbido de fondo que añadía vida al lugar sin resultar invasivo.

Las ventanas, imponentemente grandes, permitían ver la avenida iluminada afuera, pero dentro, la penumbra y el diseño moderno hacían que la coctelería se sintiera como un refugio exclusivo del ajetreo exterior.

—Está ahí —dijo entonces mi mujer, y siguió caminando.

Alcé la mirada. Iba con ella. Nos dirigíamos hacia aquel hombre que estaba de pie, apoyado contra una mesa alta.

Él, al percatarse de su presencia, hizo por aproximarse, pero sin alejarse de su mesa.

Se dieron dos besos. De manera absolutamente formal.

—Rafa. Éste es Daniel. Daniel, Rafa. Mi marido —dijo Carolina, y yo miré a aquel hombre, a Daniel, a aquel que dos semanas atrás se había follado a mi mujer.

Le di la mano. La estrechó con fuerza. Mis pulsaciones se dispararon. Sentí que pretendía colocarse por encima de mí; me dije que no lo iba a permitir.

CAPÍTULO 15

Todos sus rasgos se presentaron con ostentación: su cuerpo enorme, su cabeza excesiva y pelada, su barba perfilada, sus dientes pequeños y alineados como una sierra uniforme, sus ojos inmerecidamente agraciados. Al exceso que traía consigo se añadía además un atuendo que no concordaba con él: un pantalón de vestir que apenas contenía sus piernas curvas y musculadas y una camisa blanca y una americana oscura; un compendio que en él no suponía elegancia y sobriedad sino un esperpéntico disfraz.

Una camarera nos tomó nota de las bebidas y los tres comenzamos a representar nuestro papel. La mesa, alta y circular, era el epicentro; los taburetes la rodeaban y Carolina, que había podido ubicarse de manera equidistante, había tenido el decoro de colocarse más cerca de mí que de él.

Yo, siguiendo los consejos de Silvia punto G, que a veces la sentía más como parte de mi conciencia que como una persona de carne y hueso, los dejaba hacer, los dejaba conversar. Dejaba que se enredasen en diálogos banales sobre el ambiente del lugar y sobre la temperatura del extraño otoño. La voz de Daniel me enervaba tanto o más que la noche de autos. Volvía con sus molestos diminutivos; *el calorcito* y *los hielitos* contrastaban con la brutalidad de unos brazos que apenas cabían en su ropa. Y yo, que en otro contexto estaría intentando aplicarme para distinguirme como una persona interesante y locuaz, me permitía adoptar una actitud pasiva.

No vi deseo en sus ojos. Si lo había en Carolina tenía la decencia de disimularlo. Si Daniel no lo mostraba quizás fuera por no darle el gusto a ella, no por no causarme dolor a mí. Yo miré a mi alrededor y pensé en qué pensaría la gente que nos observase. Ellos parecían estar allí por negocios, mientras yo vestía de manera más informal. Desde luego nadie podría imaginar que la transacción no consistía en dinero ni actividad, sino en la de camisa rosa y falda gris como retribución física y carnal.

—Estaba ocupado el apartamentito de tu urbanización esta semana —dijo Daniel, a Carolina, siempre a ella.

—Bueno, creo que has ganado con el cambio —respondió.

—No creas. Me gusta alquilar casas. Más espacio… mi cafecito en la terraza por la mañana…

Yo los escuchaba. No había indirectas. No había puyas. No había cebos sobre las vistas de la terraza, no había réplicas cortantes de mi mujer. Extrañé aquellos momentos. Todo era contenido y lacónico.

Daniel, entonces, tras un trago largo a su vodka con agua con gas, menos calórico que la tónica según su sapiencia infinita, me dedicó una mirada y una mueca. Y quizás porque lo esperaba, y mi subconsciente ya se había preparado para la réplica, contesté a su intento de intimidarme:

—Entonces, tú… Daniel… ¿A qué te dedicas exactamente?

Él se vio sorprendido. El que pregunta, manda, por insustancial que sea la cuestión. Y no le quedó otro remedio que explicar su oficio de comercial de productos alimenticios, energéticos, o lo que fuera. Por supuesto, como semanas atrás, negó lo de comercial, y lo aderezó con empaque profesional, y yo asentía fingiendo interés como si hubiera inventado un medicamento que salvaría miles de vidas. No podía empatar que se hubiera follado a mi mujer y que quizás estuviéramos allí para que repitiera su oprobio, pero al menos me daba el gusto de verlo revolverse y venderse.

Carolina bebía en silencio, a veces se atusaba el pelo. Tenía una pierna montada sobre la otra, con un zapato de tacón posado sobre una barra horizontal del taburete y la otra en el aire. Elegante, sobria, altiva; aparentando que era una esposa fiel y que apenas conocía a aquel hombre, cuando la realidad era que la había follado como un animal hacía exactamente dos semanas. Y yo llegaba a sentir y a disfrutar de cierto control de la situación. Quizás fuera por una especie de superioridad moral.

—La verdad es que es encomiable lo de montárselo uno por su cuenta —dije yo, y Daniel me miró, creo que sin saber si era sincero o si me reía de él. Carolina, a la que yo podía presentir tensa por el rabillo del ojo, se quitaba la chaqueta del traje y la acomodaba sobre sus piernas cruzadas.

—Yo también lo creo —dijo Daniel.

—Sobre todo tal como están las cosas —incidí.

Y entonces él bebió, y por fin pude ver en sus ojos ese ansia que había quizás hasta echado de menos. Su mirada fue turbia e inquieta hacia el torso de mi mujer. Yo no necesitaba girar mi cuello para suponer que los pechos de Carolina rellenaban con presteza su camisa rosa, sin necesidad de que dicha prenda fuera vestida de manera ni remotamente ajustada. Tampoco necesitaba ir a buscar su semblante para suponer que ella también había detectado aquella sucia mirada. El trago de Daniel era interminable, como su repaso, y yo lo repasé a él, y no me podía creer que Carolina sintiera atracción por aquella fatalidad, que no estaba vestida, sino embutida; ni por su conversación, ni por cómo era. Quizás sí podía aceptarlo, o comprenderlo, como compartimento estanco, como cuerpo neto, como animal físico para el propósito sexual. A Daniel le sobraba todo el atrezzo, todo lo que no fuera su cuerpo grande y esculpido y en estricta acción.

Se hizo un silencio. Por primera vez un silencio prolongado. Cuánto más se podría hablar de nada antes de hablar de lo esencial.

—¿Creí que venías solo una o dos veces al año? —preguntó entonces Carolina, y él enseguida se justificó hablando de la aleatoriedad e imprevisibilidad de su trabajo. Y después, cuando ya parecía que su justificación moría, dijo con dicción clara:

—… Además, al parecer, y según me dijeron, hice un buen trabajo la última vez. Por lo que tuve que venir a rematar algunas cosas.

Me alegré por aquel repentino brote del verdadero Daniel, pero no miré hacia Carolina para notar en ella el impacto de la frase. Ella bebió, y si lo miró mientras lo hizo no lo vi. Y entonces algo nos sobresaltó. Un sonido electrónico. Una melodía conocida. Daniel comenzó a rebuscar entre los bolsillos interiores de su americana.

—Un segundo, disculparme —dijo, acertando en educación y errando en el imperativo, y se hizo con su teléfono y se puso en pie para responder una llamada. Y yo sospeché, por su gesto, por algún extraño motivo, que aquella llamada no era por trabajo.

Daniel se perdió por nuestra espalda y tras un exiguo silencio sí me giré por fin hacia mi mujer, y le dije:

—¿Entonces qué?

—Que de qué —contestó, incómoda y chulesca, descruzando y cruzando sus esbeltas piernas.

Recordé entonces aquella frase de Carolina, aquel "que lo conozcas y que tú decidas". De golpe su actitud me molestaba. Muchas veces aún no me podía creer que sintiera atracción por aquel cretino. No me podía creer lo que había sucedido y no me podía creer que llevara quince días mintiéndome.

—Que no sé muy bien qué hacemos aquí. No entiendo qué le ves a este…

—Yo no he dicho que le viera nada —se revolvió ella, que miró atrás un instante, ubicando a Daniel en la distancia.

Apenas inicié la pronunciación de una sílaba y ella, girada hacia a mí, continuó:

—Hace dos semanas me estabas pidiendo que me besara con él, y me decías que querías ser un cornudo, para colmo un… cornudo sumiso —susurró bajando el tono— por eso estamos aquí, no porque yo…

—De verdad, Carolina —interrumpí—. ¿Me estás diciendo que estamos aquí por mí?

Ella negó con la cabeza y esbozó una sonrisa cínica. Yo proseguí:

—Además, es que tampoco sé qué ganamos con esto. Es decir —susurré y miré yo también hacia atrás, y localicé a Daniel, a unos diez metros, hablando por teléfono cerca de la barra—. Es decir… ¿Y después qué? ¿Si pasara algo esta noche milagrosamente ibas a sentir deseo hacia mí?

—Rafa, te recuerdo que la idea de todo esto es tuya. Y sí, creo que si pasara algo, cosa que no te creas que estoy segura de querer, sí podría hacer que las cosas mejoraran.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté, inquieto, sorprendido y descolocado. Era la primera vez que ella abría esa posibilidad.

Me miraba fijamente a los ojos. Los suyos lucían vidriosos e inquietos. Yo intuía que iba a decir algo importante. Al desasosiego de la intriga se añadía que, de golpe, me asaltaban dos impactos: uno, su perfume fresco y a la vez sugestivo; y dos, como un rayo de luz repentino, la vi, la sentí, especialmente guapa, casi injustamente guapa. Su media melena rubia brillaba con fulgor. Sus

ojos verdes me atravesaban. Su camisa rosa, sin arremangar y con nulo escote, le daba un aspecto sobrio y recatado, pero que conseguía el efecto contrario: despertaba un culpable deseo sexual por contraste.

—¿Te lo digo? —titubeó súbitamente azorada.

—Claro.

—Pues… Por… una cosa que pasó, que sentí… el día que conocí a Daniel, y la noche siguiente —dijo de forma que desprendía una profunda reflexión, pero a la vez sus palabras salían tensas y dubitativas.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ocurrió? ¿Y por qué me lo dices ahora? —preguntaba yo, con el pálpito de que aquello sería positivo. De repente, abrumado por una extraña e inesperada ilusión de que por fin pudiera haber solución al problema, y casi sintiendo un extraño orgullo porque hubiera sido ella quien lo hubiera conseguido.

Y entonces vi cómo enarcaba los ojos, mirando tras de mí; su mirada era de extrañeza, y escuché la voz de Daniel:

—Pues aquí están: Carolina y Rafael. Rafael era, ¿no? —sonrió Daniel—. Y entonces una chica, vestida de manera informal, con melena oscura, de mediana o incluso escasa estatura, se acercó, obligándonos a descender de nuestros taburetes para darle dos besos de cortesía.

Daniel se hizo con otro taburete que colocó a su lado, y, mientras ella se acercaba para sentarse, él susurró hacia ella en voz baja:

—Ya ves. Aquí están… los mirones que te había dicho.

CAPÍTULO 16

No supe muy bien por qué, seguramente por asistir a una guerra en la que yo era mero espectador; y es que aquella sorpresa me hizo sonreírme, quizás solo internamente, quizás lo exterioricé. Carolina en absoluto contaba con aquello, pero quiso fingir entereza; desvió la mirada y se arremangó la camisa hasta casi los codos. Supe, era evidente, que aquello era una jugarreta de Daniel, aunque aún no sabía para qué. Sí podía suponer una cosa: si él forzaba las cosas tenía que ser porque su relación, por decirlo de alguna manera, con Carolina, era cuanto menos tirante, y su tirantez seguramente obedeciera a algo ocurrido aquella noche de viernes de la que yo no sabía nada. En mi cabeza aún resonaba su descarnado “un consejo: ata en corto a tu putita”.

Sus cuchicheos continuaron una vez estuvieron sentados. Recordé su nombre, pronunciado en su

fugaz presentación: Gabriela. Él le preguntaba entre susurros si se había perdido. Ella se giraba hacia él y rescataba un aparente malentendido sobre la hora de la cita. Carolina se mantenía callada, regia, con sus piernas cruzadas, y yo me preguntaba si ella habría escuchado aquello de "aquí están los mirones".

Otra camarera se acercó y Daniel se autoerigió en portavoz, y pidió otra ronda de lo que ya tomábamos los tres pioneros, y un ron con cola para la recién llegada. La camarera comenzó a enumerar todos los rones que le podría ofrecer y Gabriela la miraba con ojos vivos, aunque ligeramente apocada. Era considerablemente más joven. Calculé unos veinticinco o veintiséis. Y si yo rompía un poco la formalidad del lugar con mi atuendo desenfadado, más lo hacía ella con su minifalda negra, su top también negro y con su cazadora de cuero por encima. El top, además, casi parecía un corsé, dejando su ombligo a la vista, y creando un escote que pretendía potenciar unos pechos que de otra manera no hubieran destacado.

—Me da igual. El primero que has dicho me vale —contestó ella con voz dulce.

—¿Cómo te va a dar igual? —dijo entonces Daniel, y terminó por elegir él un ron para ella.

Y entonces crucé la mirada con Gabriela; sus ojos eran oscuros, cohibidos, pero a la vez con un brillo de inquietud. Ella desvió la mirada y montó también una pierna sobre la otra, como Carolina, como si la imitase, pero sus muslos eran más anchos, más musculados que los de mi mujer. Todo en ella era menos sutil, con menos envergadura pero con más potencia. Su rostro era aniñado pero a la vez veladamente sexual, sobre todo por unos labios exageradamente gruesos y por una sombra de ojos agresiva que no parecía envoltorio sino parte de ella.

—¿Hablaste con Mario sobre lo que te dije? —le preguntó en otro susurro Daniel, y ella primero dudó y después contestó afirmativamente. Al instante, Daniel replicó.

Era surrealista, pero sobre todo forzado, voluntario, medido, el hecho de que la conversación no se abriera a los cuatro. Ellos parecían hablar de trabajo, por lo que deduje que ella se dedicaba a algo parecido a lo que se dedicaba él, o al menos compartían gremio. Y no había que ser muy avispado, por las miradas, por los gestos, por la notoria cercanía, para adivinar que entre ellos había algo más que amistad.

En el fondo yo sabía que la situación era humillante. Para Carolina y para mí. Sobre todo para ella. Y me preguntaba hasta qué punto lo sería. Me pregunté si ella estaría sintiendo celos y la remota posibilidad me excitó.

—Sujétame esto un segundo —escuché entonces a mi lado, y vi cómo Carolina me daba su chaqueta de traje y se ponía en pie—. Voy al baño —continuó, hablando para nosotros, sin excusarse ante ellos dos, en una especie de desaire que me pareció hasta lógico; un castigo justo.

Su tono había sido neutro, seco. No sabía cuánto había de necesidad real de ir al aseo y cuánto de necesidad de estar a solas e intentar entender qué estaba sucediendo.

—Rafita… —escuché después una voz al otro lado de la mesa.

Alcé la mirada. Daniel me observaba. Gabriela se ajustaba la cazadora, tapando un escote algo burdo, reubicaba su trasero en el taburete y miraba a su alrededor.

—Rafita, tío. Yo estoy en tu barco, eh.

—¿En mi barco? —me sorprendí.

—Sí, tío. Siempre lo he estado, joder. Estaba un poco cabreado con tu mujercita, pero ya se me ha pasado. Por eso me habrás notado distante con el teléfono. Pero ya se me ha pasado.

—Cabreado, ¿por qué?

—Bueno, eso ahora da igual. El caso es que… a ver cómo te digo esto… Esta noche no nos vamos a poner aquí a hablar los cuatro en amor y compañía. De hecho mi intención es que no hablemos nada. O prácticamente nada. Dentro de lo posible, claro. No voy a amordazar a nadie. Pero aquí estamos a lo que estamos.

Yo lo miraba extrañado. También comenzó a hacerlo Gabriela.

—¿Y Carolina sabe esto? —pregunté.

—El qué.

—Pues todo. Lo de que no vayamos a hablar de nada. Y eso de que somos unos mirones. ¿Eso qué coño es?

Daniel iba a comenzar a responder cuando la camarera apareció con una bandeja repleta de copas llenas de hielos y con botellas de alcohol. Él se quedó callado, Gabriela mantenía el gesto de extrañeza y yo miré instintivamente hacia atrás, pero Carolina no venía.

La chica servía las copas con una lentitud exasperante. Mi mente intentaba comprender y recordaba que Carolina me había dicho que aquel viernes, la noche siguiente a su encuentro sexual con Daniel, había estado con su amiga Marta, pero me había dicho hacía unos diez o quince minutos que el día que había conocido a Daniel, y la noche siguiente, había sentido, o sucedido algo, que pudiera hacer que las cosas mejorasen. Y aquella misma noche de viernes parecía ser la noche en la que también había ocurrido algo que había enfadado a Daniel.

Volví a mirar hacia atrás. Carolina seguía sin aparecer. Volví la mirada al frente. La camarera se retiraba. Yo observé entonces a Daniel. Necesitaba que aclarase todo antes de la vuelta de mi mujer. Pero no fue él quién habló, sino Gabriela:

—¿Entonces? No entiendo…

Daniel le hizo un gesto con la mano, para que no interviniese, y ella se calló.

—Aquí estamos para saber hasta dónde quiere llegar Carolina. O más bien… cuánto puede aguantar —dijo Daniel con engreimiento.

—¿Aguantar qué? —me revolví, cada vez más perdido.

Daniel comenzó a echar su dichosa agua con gas sobre su vodka.

—¿Y ella sabe esto? —pregunté, alzando un poco la voz.

—¿Esto? No. Por eso… —dijo Daniel, y alzó la vista, miró detrás de mí, y yo supe por su semblante que algo sucedía; era evidente que Carolina volvía.

—¿Pero ellos son unos mirones o no? —le preguntó entonces Gabriela, moviendo su mano y llevando su melena oscura tras su oreja, descubriendo unos pendientes que ya se habían intuido; unos aros plateados notablemente grandes.

—Shhh… Claro —le contestó Daniel en un susurro, y yo observé por el rabillo del ojo cómo Carolina volvía a tomar asiento a mi lado.

Ella tiró de su chaqueta y se hizo con ella, sin agradecerme la temporal custodia; sin decir nada. Y después echó tónica en su ginebra. El aterrizaje del botellín ya vacío sobre la mesa fue abrupto y sonoro. Parecía que resurgía la Carolina beligerante. E inmediatamente dijo:

—Y entonces tú, chica. ¿A qué te dedicas? ¿A lo mismo que él?

Gabriela miró entonces hacia Daniel, como si le pidiera permiso. Ella parecía tan desconcertada como yo.

—A algo parecido, sí. Bueno, pero en una empresa. Bueno, yo compro lo que me dicen. No vendo. O sea. En plan. Yo no decido mucho —contestó, enredándose, y pareció un par de veces que iba a continuar, pero finalmente no dijo nada más.

Después Daniel le dijo algo al oído, y Gabriela lo escuchaba con la mirada perdida en la mesa. Carolina se agitó, nerviosa, o por lo menos bastante inquieta, y murmuró algo que tampoco entendí. Después resopló. Daniel puso entonces una mano sobre el muslo potente de Gabriela.

—Estoy flipando… —susurró mi mujer, a mi lado, de forma que solo yo pudiera oírla.

Gabriela se sonrojó, sus mejillas iluminaron su piel clara. Nos ubicaba de reojo. Todo se precipitaba.

Yo dudé, dudé en forzar. Por algún extraño motivo, igual que dos semanas atrás, por momentos me sentía más en el bando de Daniel que en el de mi propia mujer. Daniel se giró hacia Gabriela. Y yo puse una mano en mi mujer, sobre la parte de su falda que no estaba cubierta por la chaqueta que yacía sobre ella. Carolina me apartó la mano en el preciso momento en el que Daniel se volcó y besó a Gabriela.

Lo que empezó siendo un pico, y cuando parecía que aquello quedaría allí, derivó en un beso, en un morreo explícito y desvergonzado. En el más absoluto mutismo asistimos a cómo sus ojos se cerraban, sus cabezas se ladeaban, y sus lenguas entraban en contacto. Fue Gabriela la primera en usar sus manos y llegó a atraer aquella cabeza rapada y áspera hacia sí, para besar mejor, igual que había hecho Carolina dos semanas atrás.

Esperaba una queja de mi mujer. Una desconsideración exagerada. Una protesta a media voz por aquella salida de tono, por aquel espectáculo improcedente, pero no dijo nada.

El morreo terminó. Había sido escandaloso por descontextualizado, por fuera de lugar, pero había sido corto, como si hubiera nacido de un arrebato, por una tensión sexual inasumible. Si bien yo tenía la certeza de que había habido más show que incontinencia. Ellos bebieron, cada

uno de su copa, sin mirarse y sin mirarnos. El rostro de ella acalorado. Él tranquilo y colmado. Yo quería encontrar un impacto en mi mujer, pero no pude.

Volvieron entonces sus murmullos y cuchicheos. No éramos cuatro, éramos, y siempre habíamos sido, dos y dos. Dos que murmuraban y se tocaban, y dos que callaban y miraban. Yo no iba a tomar ninguna decisión; dejaba todo el peso sobre Carolina. Pensaba en que quizás solo hubiera dos salidas: nuestra lastimosa retirada, en la que Daniel quedaría como triunfante vencedor, besuqueador de jovencitas, y que nos había liado para aquella humillación; o buscar entre nosotros una complicidad que rivalizase con la de ellos.

Se produjo un segundo beso y yo esperaba la reacción de Carolina. Deseaba que por lo menos me mirase. Deseaba que me susurrase algo, aunque fuera un agravio hacia ellos. Pero eso no se producía, y yo, con ella al lado, no podía saber cuánto observaba y cuánto desviaba ligeramente la mirada para no verlos. El beso no era exagerado, pero había lengua invasora y lengua receptora. Sus cabezas no se ladeaban demasiado pero había algo de escorzo. El beso no era sonoro, pero sí húmedo. El beso no era largo, pero era sentido. Era más morboso por improcedente y por la sucia intención que por el beso en sí. Al menos así lo sentía yo, y recordaba cómo, dos semanas atrás, mi propia mujer había empezado a sucumbir a partir del primer beso de aquel cretino, que ahora parecía querer castigarla por a saber qué afrenta sucedida aquel enigmático viernes.

Tras el beso volvían sus murmullos; parecían amantes cómplices y prohibidos. Exhibicionistas apasionados ante un matrimonio taciturno y desconcertado. Y yo no pude esperar más por la reacción de Carolina. Llevé mi rostro hacia ella y deposité en su oído:

—¿Tú sabías que iba a pasar esto?

Ella se giró enseguida, su perfume me golpeó, la belleza estandarizada y hecha de su rostro contrastaba con la fealdad de Daniel y con los rasgos aún pueriles de Gabriela.

—¿Tú qué crees? —contestó seria.

—¿Te molesta? —pregunté mientras los oía cuchichear.

—Sí, me pone súper celosa —dijo ella, irónica, pero su respuesta me inquietó, pues la sentí como una especie de “disculpa no pedida, culpa manifiesta”, ya que yo había esperado una queja o un desagravio.

—¿Te molesta o no? —insistí.

—No me molesta. Son simplemente ridículos. No sé qué hacemos aquí —dijo y bebió.

—Entonces, qué. ¿Nos vamos? —le pregunté, y al instante me arrepentí de abrirle esa vía.

—No, si ya nos vamos todos —le escuché decir a Daniel, descolocándome, pues pensaba que no nos escuchaba.

—Ey… que me queda media copa… —dijo Gabriela, exagerando desconcierto y algo más crecida, como si su espectáculo le hubiera dado confianza.

—Da igual. Venga —zanjó él.

Daniel pretendía evitar una huida, transformándolo en una retirada de todos, pacífica y conjunta. Enseguida los cuatro caminábamos entre las mesas. Yo iba delante y escuché decir a Daniel, a mi espalda, que invitaba él, que se iba a pagar a la barra. Después rodeé otra mesa y escuché cómo le decía a alguien que fuese con él. Caminé unos pasos más hasta llegar a la puerta de salida, me volteé, y vi que quién salía conmigo no era Carolina, sino Gabriela. Ella misma me dio las gracias por dejarla pasar, cuando en realidad lo que yo estaba haciendo era buscar a Carolina con la mirada.

Cuando me pude dar cuenta estaba en la acera, fuera, con aquella misteriosa cría, y seguía buscando, ahora a través de la cristalera, dónde estaban Daniel y mi mujer.

CAPÍTULO 17

Mi pasividad y hasta regocijo por ser testigo de excepción de su contienda desapareció en un suspiro. De golpe solo sentía nervios y tensión, como el perro pastor que ve en sus narices como el rebaño se descontrola. En mi cabeza resonaba mi propia voz, que me decía: “¡tan poco te fías de ella!”, y en mis oídos aterrizaban las palabras de Gabriela, que me hablaba, pero no la escuchaba.

Seguía buscando con la mirada, a través del enorme cristal, pero entre las mesas, la ornamentación del propio lugar, la gente levantándose y los camareros yendo y viniendo, no era capaz de ver apenas nada, y mucho menos de localizarlos.

Hasta que se me ocurrió mirar más allá, donde la barra se despejaba un poco y se alargaba en dirección a los aseos, y por fin los vi. Y entonces escuché:

—¿Te puedo contar un secreto?

—¿Qué? Sí, dime —le respondí a Gabriela, sin siquiera mirarla, y agudizaba la vista hasta comprobar que estaban de pie, juntos, en la barra; y Carolina se ponía la chaqueta y sacudía la cabeza y colaba una mano tras su nuca, haciendo volar su media melena rubia, que se elevaba para después caer precisa sobre los hombros y la parte superior de la espalda de su americana gris.

—Pues que… antes de venir… me tomé dos copazos en mi casa —dijo Gabriela, chisposa.

—Ah, qué bien —contesté y seguí mirando.

—¿No se me notaba?

—¿El qué?

—Pues que ya había bebido.

—Pues no. La verdad es que no —dije y llevé por primera vez mi mirada hacia ella.

—Y ahora creo que se me está subiendo todo de repente. Y eso que ni me terminé esta última .

De golpe la sentí tremendamente infantil. Pensé que quizás tuviera incluso menos de veinticinco años. Volví mi mirada hacia dentro del local. Ellos parecían hablar, pero Carolina hacía gestos con una mano. ¿Lo paraba? ¿Le decía que no a algo? ¿Discutía? Me mataba no saberlo.

—¿Por qué miras tanto? —preguntó Gabriela.

No respondí. Seguí mirando. Me daba la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo. No sabía si quería un acercamiento de Daniel, un intento, o que mi mujer se marchara de allí inmediatamente.

—Ah, que te gusta mirar, es verdad. ¿Os gustó… mirarnos?

Volví a llevar mi mirada hacia ella.

—Sí, me puso muchísimo —dije de forma irónica.

—¿Sí? Ella nos miraba mucho. Diría que más que tú —matizó Gabriela, sorprendiéndome.

La observé con más detenimiento: su pelo muy negro, su cazadora más abierta que dentro de la coctelería, sus pechos apretados contra aquel top. Su cintura era consistente. Su culo exigía de su minifalda oscura de tubo, que a la luz de las farolas parecía elástica, casi fingiendo ser cuero pero sin serlo. Y me fijé por primera vez más abajo, en sus pies, delicadamente calzados en unas sandalias de tacón, que destacaban con una gracia sutil. Las finas tiras se entrelazaban y se anudaban con precisión en torno a sus tobillos y más arriba. Quizás fuera lo único elegante en ella. El tacón era extenso, lo cual me hacía adivinar que era más baja de lo que aparentaba.

—Ah, ¿sí? ¿Os miraba mucho? —pregunté, disimulando, haciéndome el cínico, pero ciertamente tenso.

—Pues sí.

Se hizo entonces un silencio. Ella, como otras veces, parecía estar a punto de decir algo. Yo entonces ya casi llevaba otra vez mis ojos hacia el interior del local, cuando dijo:

—¿Sabes? Te cuento otro secreto, ya que estamos… Que sepas que yo… una vez en… en mi rollo… no soy la… niñita que parezco, o que te puedo parecer, eh.

—Ya… Imagino —le concedí y recordé inmediatamente sus dos besos con Daniel: la destreza de sus labios, el tempo de sus acometidas y la sutileza de cada movimiento se habían quedado grabadas en mi retina, si bien no me había detenido a valorarlo hasta aquel momento.

—Pues eso —dijo ella, y de golpe algo vibró en mi pantalón. Cogí mi teléfono y vi que Daniel me acababa de enviar un mensaje.

Me quedé prendado del teléfono móvil. No alcé la vista para ver dónde estaba. Para comprobar si seguía junto a mi mujer. Me di cuenta de que quizás llevaba un minuto o más sin espiarlos, y me pareció una temeraria eternidad.

Aún más nervioso, leí en mi pantalla:

—Oye tío, cambio de planes. Tu mujer está demasiado buena, jeje. Podéis ir tirando vosotros.

Tras leerlo alcé la mirada. Mis manos sudaban. El aire se levantaba en la avenida, golpeándome con una frescura densa e incómoda. Miré hacia el interior. No los vi. Y entonces escuché la voz de Gabriela:

—Ah. Vale. Pues nada. Sí —decía ella en su teléfono, contestando a una llamada que yo ni me había enterado que había recibido.

—¿Qué coño pasa? —dije, de forma abrupta, y ella se despidió de su interlocutor mientras me miraba con el ceño fruncido, extrañada por mi inquietud.

—Nada. Que me ha llamado Dani, que parece que tienen que hablar de algo. Que vayamos yendo.

—¿Yendo? ¿Yendo adónde? —me sulfuraba yo.

—Aquí al lado. A un pub que hay.

—¿Tú y yo? ¿Pero qué dices?

—Ay, a mí no me mires —respondía ella, con un tercio de las pulsaciones que tenía yo.

Volví entonces a mirar a través de la cristalera. Los había perdido de vista. No estaban dónde se suponía debían estar, o dónde habían estado. Me visualicé entrando y yendo a por Carolina y me parecía exageradamente ridículo.

Llevé mis ojos a la pantalla. Releí el mensaje del cretino de Daniel. “Tú mujer está demasiado buena”. ¿Qué se suponía que significaba aquello? ¿Un cambio de planes sobre la marcha? ¿Terminaba así su castigo? ¿Había funcionado lo de los celos? Cuántas más opciones había más bajaba la probabilidad de cada una, pero lo cierto era que no había opción buena. Entré en el registro de llamadas y llamé a Carolina.

Escuchaba los tonos en mi oído mientras Gabriela no paraba de hablar:

—Pero si está aquí al lado. Y seguro que vienen ahora…

Yo la miraba. Escuchaba los tonos de llamada. Volvía a mirar dentro. Volvía a mirarla. El viento se levantaba, arrastrando hojas caídas de los grandes árboles insertados en la acera. Seguía escuchando los tonos en mi teléfono. Llevaba mis ojos al escote burdo de aquella chica. Más viento, pero ella no parecía tener frío. Estaba a punto de violentarla mencionando aquel escote ordinario, expuesto a pesar de la ventisca, pero no decía nada. Más tonos en mi teléfono, hasta que el intento de llamada finalizó.

—Déjalos… Querrán recordar cosas… —sonrió, con una mueca exagerada, maliciosa.

—¿Qué cosas?

—Pues lo de las dos noches que estuvieron juntos, ¿no? —dijo, como si tal cosa, pero aniquilándome.

—Ya. Las dos noches. ¿Y tú qué sabes de eso? —le pregunté, sacando fuerzas de dónde no las había. Disimulando como podía, pero agitado e infartado por dentro.

—Hombre. Pues todo. ¿Tú no?

—Ah, ¿sabes todo?

—Pues eso creo. Bueno. Vamos ¿o qué? ¿Te he dicho ya que es aquí al lado? —sonrió otra vez, ajena a los tremendos golpes que me asestaba con cada frase reveladora.

—Volví mis ojos a la cristalera. Agobiado. Sabedor de que estarían seguramente en algún sitio de aquel local donde yo ya no podía verlos.

—Deja de mirar, gorrinillo. No van a hacer nada ahí. Vendrán enseguida… —volvía a hablar ella, con aquella ligereza, inconsciente de cómo repercutía en mí.

Resoplé. Solté aire. Tenía frío. No sabía qué hacer.

—¿Te pone más mirar a Dani con ella o a Dani conmigo? —dijo de repente, en un castigo interminable.

La miré. De golpe parecía estar flirteando. No me lo podía creer. Ella continuó:

—Bueno. Tú a ellos no los has visto, ¿no? No te creas que me entero mucho. Sé que tu mujer no sabe que os conocéis. Eso sí lo sé. Y sobre lo que pasó entre Dani y ella me dijo Dani que habías estado de viaje o algo así las dos noches. Bueno, no, que la segunda noche justo llegaste o algo así, y que ella venía de estar con él o algo así… ¿no?

—La segunda noche… —repetí como un autómata—. Esa también te la contó…

—Sí, claro. A ti te contó ella las dos noches y os pusisteis… calentitos, ¿no? Le dais a todo… Eso… También mirar… —sonreía de nuevo ella y yo tenía que seguirle la corriente a aquella sucesión de golpes.

—Así es… —suspiré, dándome cuenta de que aquella cría tenía la llave que abría la puerta de lo que había sucedido la noche del viernes.

Tras otro silencio, ella insistió:

—Vamos, ¿o qué?

CAPÍTULO 18

Caminamos por aquella avenida casi desértica, propia de los barrios de nueva construcción. Me vi sorprendido porque Gabriela optaba por mantenerse callada y solo se escuchaba el taconeo rítmico de sus sandalias por la flamante y grisácea acera. Aproveché aquel respiro para reflexionar y concluir que todo jugaba en contra de mi mujer: su mentira sobre el viernes, sus mentiras en general al respecto de todo lo ocurrido, que no hubiera respondido a mi llamada, que no la hubiera devuelto, excitarse empujándome a representar su noche con Daniel, estar con él en aquel preciso momento… Todo, todo jugaba en su contra excepto una cosa: lo que me había dicho hacía una media hora, aquello de que si sucedía algo con Daniel podría hacer que las cosas mejoraran por algo que había sentido u ocurrido cuando había estado con él.

No le había faltado razón a Gabriela cuando me había dicho que el pub, o lo que fuera, estaba cerca, pues enseguida se detuvo y me indicó el lugar. También aquello me tenía despistado: ¿Le había dicho Daniel cuál sería el programa de la noche? ¿Por qué había aceptado? ¿Qué ganaba como figurante de su obra de teatro? ¿Por qué le había contado todo lo sucedido con Carolina?

De pronto, sentí la necesidad de que respondiera a muchas preguntas, y tenía la impresión de que lo haría sin demasiados reparos. Sin embargo, debía jugar bien mis cartas. Lo más importante era que me contara, en la medida de lo posible, lo sucedido aquel viernes. Entonces, me vi en la disyuntiva de no saber si prefería que Carolina y Daniel se reunieran con nosotros cuanto antes, o si, por el contrario, deseaba que nos dieran suficiente tiempo para sacarle absolutamente toda la información a aquella cría. Al pensar que prefería que se retrasaran, o al menos que tardaran lo suficiente, sentí un cosquilleo que ya empezaba a resultarme conocido; como si mi subconsciente imaginara cosas entre ellos dos en mi ausencia, cosas tremendamente turbias, mientras mi mente consciente seguía con su vida.

—¿Te importa que me fume un piti antes de entrar? ¿Fumas tú? —dijo entonces Gabriela, rebuscando en su bolso.

—No, no… Ni me importa, ni fumo.

—Doble no, entonces —susurró ella, que parecía encontrar un mechero y una cajetilla, finalmente.

—Eso es. Doble no —contesté y miré por encima de ella, hacia la larga avenida, hacia la acera infinita y recta de la que habíamos recorrido solo una pequeñísima parte, y no vi a nadie.

Gabriela se giró en un escorzo, dándome la espalda y cubriendo con su mano el cigarrillo, que era atacado por el viento, para poder encenderlo. Me ofreció, gracias al movimiento y a lo corta que era su cazadora, una visión neta de su culo, embutido en aquella falda elástica y negra. Su trasero, alzado por las sandalias y por unas piernas que mostraban unas pantorrillas musculadas y apretadas por las cintas de las propias sandalias, lucía considerablemente grande y burdamente sugerente, como una trampa para simples. Ella, al menos de cintura para abajo, mostraba lo que

había sin insinuación ni juego mediante. Y daba la sensación de que, de cintura para arriba, en el momento en el que decidiera deshacerse de su cazadora de cuero, sucedería lo mismo. Y fue curioso, pues en un principio sentí que no le pegaba demasiado fumar, pero, ya con la segunda calada, le vi un garbo en la sujeción del cigarro y en la exhalación del humo que llegué a pensar exactamente lo contrario.

Tuvimos que apartarnos de la entrada de aquel pub ya que salieron unos chicos; tenían unos treinta años e iban bastante bien vestidos. Durante aquel fugaz instante en el que la puerta se abrió se pudo escuchar el sonido de la música, que no era demasiado atronador. Tampoco parecía haber demasiado ambiente; al fin y al cabo era jueves y no estábamos precisamente en la zona universitaria. Y más parecía un bar moderno que realmente un pub.

—Si tienes frío me lo acabo ya. Yo es que nunca tengo frío. Mi madre siempre me dice que tengo el termostato averiado. Si es que es más por meterme la dosis que por el placer. Aunque fumo poco ya, eh. Yo creo que no fumo ni cinco diarios —dijo entonces Gabriela, a toda velocidad.

—No, no. Estoy bien. No te preocupes —dije, y volví a mirar a la acera eterna. Era plenamente consciente de que debía sonsacarle a aquella chica todo lo posible cuanto antes, pero no veía la manera de abrir fuego. Finalmente, tras otra calada, dije lo primero que se me ocurrió:

—¿Te puedo preguntar cómo conociste a Daniel?

—Ah, sí, claro. Nada. Nos conocimos por internet hará… tres o cuatro años. Y te cuento más. Pues. A ver —se aceleró, activándose como un resorte—. Yo estaba trabajando de camarera. Él me contó su vida, es muy majo, ya sabes, enseguida sientes que lo conoces de siempre, ¿no te pasó con él? En fin, eso, yo estaba asqueada del curro, puteadísima, la verdad, pero también me gustaba el rollo del *gym*, ¿sabes? Y él me empezó a… no sé cómo decirlo… a… porque ya sabes que él está en cosas de gimnasios, y me empezó a…

—¿Asesorar? ¿Dirigir? —pregunté, y volví a llevar, inquieto, mis ojos a la avenida eterna y desértica.

—Sí, más o menos. La cosa es que… Bueno. Él vivía lejos. Estábamos a distancia. Una relación que se dice eso, a distancia. Ya sabes. Y… —dudó, y después sonrió, como cogiendo impulso—. Empezamos con la cámara y tal… diciéndonos cosas… sexuales, ya sabes. Bueno, era gracioso porque era como, en plan, que la primera hora hablábamos normal, por teléfono o con videollamada, y al rato era como "venga, al lío" —rió, y después dio otra calada.

—Ya… Qué curioso… —susurré, sin tener ni idea de qué decir.

—Y nada. Eso, me… fue diciendo un poco qué hacer con mi vida. Empecé de recepcionista en un *gym*. Es una cadena muy grande, igual la conoces, están por todas partes. Y yo estaba bien, estaba contenta, pero él me decía que tenía que salirme de allí ya, que hablara con mi jefe, que me metiera en temas de compras… Me habló de programas informáticos de facturas y demás… pero vamos… que él cree, no porque yo le haya mentido ni nada, que él cree que vamos, que la muevo y tal… pero ahora soy la recepcionista a la que le han empaquetado llevar un poco de facturación —volvió a sonreír.

—Bueno, poco a poco.

—Ya… eso le digo yo. Él como que lo quiere todo ya. Y yo le digo eso: poco a poco.

Dio otra calada, y tal vez fuera por la suave luz que emanaba del local, iluminando su rostro con una calidez acogedora, o por el particular atractivo en su manera de hablar: una mezcla de sinceridad y cercanía, pero de pronto la percibí mucho más atractiva que unos minutos atrás. También le volví a calcular los veintiséis o veintisiete años iniciales.

—Me dijo que vosotros os conocisteis en clases de italiano.

—Pues sí —afirmé ladeando el rostro y frunciendo un poco el ceño—. Sabes mucho de mí, ¿no? De hecho, no sé si me parece bien que sepas tanto. Sobre todo lo de Carolina, él y yo —dije, en tono amistoso, pero con prisa, e intentando llevar la conversación adonde me convenía.

—Ya. Yo cuando me contaba lo que pasó con tu mujer aquellas noches… le decía: pero… ¿ellos saben que me estás contando esto?

—¿Y?

—Pues me confesó que no. La verdad. Aunque después me dijo que lo había hablado contigo y que le habías dicho que tampoco pasaba nada, que no era un secreto ni nada, ¿no? A ver si me estoy metiendo en un lío…

—Ya… No… Claro… Ningún lío… No te preocupes —respondía yo, preguntándome hasta qué punto habría sido explícito aquel cabrón; preguntándome también y de nuevo por aquel maldito viernes, y sin sorprenderme en absoluto por la enésima trampa y mentira de Daniel.

—Aunque, si te digo la verdad, estoy un poco descolocada por lo que está pasando esta noche.

—¿Por qué? Dime —le pregunté, fingiendo aplomo, y poniendo el cebo.

—A ver —dijo, se sacudió la melena, dio otra calada y se cubrió un poco con la cazadora tras una leve ráfaga de viento— es que… él me dice… que… eso, que jugáis a que… Bueno, antes de nada te digo que después de hacer esas cosas con videollamada y tal… pues que hemos tenido sexo un montón de veces en persona, eh, que voy a parecer aquí una friki del sexo telefónico. Aunque… tampoco tenemos exclusividad ni nada… Eso quedó clarísimo desde el principio. Llevamos como un año así.

—¿Pero tú eres de aquí?

—Sí, sí. Y cuando viene nos vemos. Y nos vemos otras veces en otros… sitios. Pero hace dos semanas, cuando pasó lo que pasó, yo estaba de viaje con unas amigas, bueno, de despedida, que una se casa. En fin. Y después me contó todo. Ya sabes. Bueno, no sé por dónde iba…

—Que él te dijo que jugamos a algo —dije rápidamente, y volví a mirar hacia la avenida vacía.

—Ah, sí. Me dijo que jugáis a que ella, Carolina, que por cierto es un nombre muy bonito, ¿no? Yo, si prefieres llamarme Gabi, lo prefiero. Bueno, como tú veas. Bueno, eso, que jugáis a que Carolina lo haga… eso, con gente, y tú mires. Pero a veces estás trabajando fuera, por lo que, en

lugar de pasar eso, pues… tu esposa, mujer, eso, lo hace y después te lo cuenta, ¿no?

—Sí… más o menos… —me vi obligado a decir.

—Y que… le habíais dicho que aparte de eso también os… excita… ver a otra pareja, pues junta y tal, besándose o haciendo otras cosas. Y la verdad es que me lo dijo. A ver… se las daba de que me lo decía en plan chisme, ¿sabes?, pero yo sabía que me lo decía para ver si yo… pues eso… quería cooperar, porque él sabe que yo ahí no fallo, que me uno al lío sin pensarlo —sonrió chisposa, y dio otra calada de un cigarrillo que ya se consumía.

—Ya veo, ya…

—Bueno, ¿entramos? —preguntó, dejando caer el cigarro al suelo.

—Sí, pero… ¿por qué dices que estás descolocada esta noche?

—Ah, pues… porque yo creo… —dijo, haciendo una mueca extraña.

—¿Qué crees? —pregunté tenso.

—Que yo creo que el juego de que miréis… lo van a cambiar, o lo están cambiando sobre la marcha, volviendo a lo de… ya sabes. En fin. Es que creo que se tienen demasiadas ganas, ¿no? ¿Tú qué juego prefieres?

Escuchar aquello de que se tenían ganas me desgarró por dentro. Sin embargo, como pude, traté de continuar.

—¿Que qué prefiero? —dije, tragando saliva a mitad de la frase.

—Sí… ¿prefieres mirar cómo Dani y yo hacemos algo o prefieres que… se la… tire y después tu mujer te lo cuente? Que… ahora que lo pienso… —dijo, mirando su reloj y volteándose— yo creo que no sé si no se habrán ido al hotel de Dani ya.

—¿Al hotel?

—Sí, el hotel de Dani está justo dónde estábamos antes. Si esa habitación hablara —rio—. Mucho ajetreo. Ya la estrenamos un rato este mediodía. Bueno, ¿entramos? Espera. ¿O quieres que lo llame?

—¿A Daniel?

—Sí, claro, ¿lo llamo? Aunque bueno, si hubieran decidido ponerse ya a ello te habrían avisado, ¿no? Que realmente eso de que te lo cuente es cuando estás fuera y hoy estás aquí, ¿no? Tampoco sé qué tenía que hablar con ella. ¿No te la estarán jugando…? —sonrió divertida, sin mostrar malicia en su rostro—. En fin, bah, yo lo llamo, ¿vale?

—Sí, sí. Vale. Llámalo. Prueba a ver —dije, mientras mi corazón latía frenéticamente en mi pecho, y mis ojos volvían a posarse en la extensa y desierta acera.

CAPÍTULO 19

Mientras Gabriela lo llamaba, se apartaba un poco de mí y miraba dispersa hacia el interior del local. Revisé entonces mi teléfono y comprobé que seguía sin noticias de mi mujer, con quien había intentado contactar hacía unos minutos.

Pensé que no merecía tal castigo, y, mientras los segundos pasaban sin que Daniel respondiera a Gabriela, me di cuenta de que aquel hombre se la jugaba a todos, y le mentía también a ella. Primero se había inventado lo del extraño juego en el que a Carolina y a mí nos gustaba mirar y sobre la noche del jueves parecía evidente que no le había dicho a Gabriela que yo había estado presente. Si bien, esto último, me beneficiaba, y es que no podía evitar preguntarme qué pensaría de mí aquella chica si supiera que había eyaculado sobre el rostro de mi propia esposa, haciéndome pasar por Daniel mientras ella tenía los ojos vendados. O qué pensaría si me imaginara escondido tras la isla de la cocina o tras la cristalera de la terraza, observando, excitado hasta lo enfermizo, cómo Daniel la follaba.

—Nada. ¿Pruebas tú con ella? —me preguntó entonces, finalizando su intento.

Yo dudé. Miré el registro de llamadas en la pantalla de mi teléfono móvil. Todo lo que sucedía no hacía si no aumentar mi nerviosismo.

—Hacemos una cosa —continuó— llámala mientras yo voy dentro y miro cómo está el ambiente, que parece que está un poco muerto, de paso voy al aseo —sonrió—. Y… si no te responde y la cosa está aquí apagada vamos al hotel a ver si están, ¿te parece?

Asentí, de forma tibia, y me imaginé yendo al hotel con Gabriela, con el fin de descubrir si Daniel se estaba follando a mi mujer, y sentí un lastimoso escalofrío, y casi se me resbalaba el teléfono de la mano.

Gabriela abrió la puerta, otra vez un mínimo murmullo y el sonido contenido de la música se cruzó con ella, y se perdió dentro del pub. Llamé entonces a Carolina, sin demasiada fe en que respondiera a la llamada. Escuchaba los tonos y no sabía qué quería. Me sorprendía la ligereza con la que Gabriela había propuesto lo que era simple y llanamente ir a comprobar si estaban follando.

Pasaban los segundos, miraba hacia la avenida y no veía a nadie, al menos no a pie, y es que al instante llegó un taxi y de él descendieron tres mujeres, bastante arregladas, de unos treinta y largos. Pasaron por delante de mí, sin mirarme, mientras yo ya desechaba la llamada, y entraron en el local. Otra vez me encontré solo en la calle, con el teléfono en la mano, atacado por otra ráfaga de viento fresca y por la imagen de Gabriela y yo caminando por el pasillo de un hotel, pretendiendo comprobar lo probable, o al menos lo posible. Aquello me perturbaba y también me hacía preguntarme qué sucedería después en tal caso, y qué ganaba Gabriela con todo aquello. Cada vez que tenía un momento para pensar acababa preguntándome qué motivaciones movían a

aquella chica.

Tras unos instantes de duda decidí entrar en aquel local. Enseguida me asaltó un aire espeso y extrañamente cálido. El lugar era más pequeño de lo que había inconscientemente supuesto, y aquello llegaba a ser positivo en aquel contexto, pues, con las apenas quince o veinte personas que allí se encontraban, le permitía manifestar un ambiente suficiente. Todo parecía casi como a medio hacer, o al menos aún por ultimar, con unas paredes de ladrillo visto y cemento. A pesar de no ser demasiado extenso en superficie, no era un espacio agobiante pues los techos eran altos; incluso se podía ver desde abajo como asomaba una planta superior, desde la cual uno podría asomarse y ver la inferior, pero parecía desangelada y hasta cerrada. Las luces colgaban de lámparas industriales, creando un resplandor algo molesto que contrastaba con zonas de exagerada oscuridad. Pretendía una decoración imitadora de una pequeña fábrica, con tubos circulares y tonos oxidados; a medio camino entre la estética de un loft de Manhattan y una tienda de ropa para adolescentes. Sonaba una música comercial algo desactualizada. No tardé en encontrarme con una Gabriela que daba la sensación de volver de los aseos.

—¿Qué? ¿Nada? —preguntó en mi oído, alzando la voz.

Yo tardé un par de segundos en darme cuenta de que se refería a mi llamada a Carolina.

Negué con la cabeza y ella me dijo algo que no entendí, pero asentí, o me encogí de hombros, y entonces vi cómo se encaminaba hacia la barra. Fui con ella y, una vez allí, volvió a hablarme y sí escuché con nitidez:

—Sí, ¿no?, es que cuando hay dos por uno no puedo negarme.

Dirigí la mirada al otro lado de la barra y vi una pizarra colgada en lo alto, por encima de las estanterías con tres largas hileras de botellas. En ella, se anunciaba una oferta de dos por uno en chupitos hasta la una de la madrugada

—¿Tequila te parece bien? —volvió a depositar en mi oído y yo acepté.

De golpe me vi bombardeado por el alcohol del chupito, el escote desvergonzado de Gabriela, y por una cháchara suya en la que me comentaba que la sal y el limón eran un invento relativamente reciente y al que no debíamos hacer caso. Tras su revelación, decidió deshacerse de su cazadora y dejarla sobre la barra, que estaba casi completamente despejada. Me regaló entonces la vista clara de aquel top negro, del que pude verlo todo. Me sorprendió que no tuviera tirantes, ya que se mantenía en su lugar solo por mera compresión. Se podían observar dos copas con algo de relleno que le daban una exuberancia, como mínimo, bastante llamativa.

Tras un silencio, ella propuso otra ronda, y miró su reloj.

—Pero yo me voy pronto, eh. Que no sé tú, pero yo trabajo mañana —dijo otra vez cerca de mí, hablándome como si tuviéramos infinitamente más confianza de la que teníamos.

Yo me daba cuenta de que me estaba apagando, mientras ella no paraba de subir. El alcohol parecía sedarme, mientras que a ella la disparaba. Pero realmente mi bloqueo obedecía a otro motivo; ella no tenía ni idea del estrés emocional que estaba sufriendo al no saber dónde estaba mi mujer.

—Esto de organizar este tipo de cosas para un jueves no sé a quién se le ocurrió, pero a mí no me venía ni me viene nada bien —continuó, haciéndose con un segundo chupito.

—Pues ellos lo organizaron —dije, mientras cogía el mío.

Chocamos los pequeños vasitos y bebimos de un trago aquella bebida que sabía terriblemente mal.

Tras reponernos del amargo sabor ella continuó:

—Parece que ellos lo organizan todo, ¿no? ¿Ves? Lo que te decía. Se tienen ganas… Ni para mañana lo pudieron dejar…

Aquella afirmación me volvía a doler. Rebusqué en mi bolsillo, comprobé que allí dentro tenía cobertura y volví a guardar mi móvil. Mientras lo hacía veía por el rabillo del ojo cómo ella sacaba de su cazadora su teléfono y lo metía en el bolso, que también estaba sobre la barra. A

pesar de su movimiento, sus pechos no se movían, allí enclaustrados dentro de las copas de su top, y la parte baja de su torso y espalda se mostraba liso y despejado.

Cada silencio implicaba la posibilidad de que ella propusiera marcharnos, por lo que las preguntas que estaban por hacer se hacían cada vez más urgentes. Tenía dos ineludibles. Me aclaré la voz, me armé de valor, y le pregunté:

—¿Te puedo preguntar qué ganas con esto?

Ella se giró hacia mí, brindándome toda su atención, y, tras mirarme extrañada, dijo:

—¿Qué gano? No te entiendo.

—Pues eso… Que una vez a estas alturas ya… que parece que no se va hacer… lo que venías tú a hacer… Quiero decir…

—¿Me estás echando? —rio.

—¿Qué? ¿Echando? No… Pero digo. Que una vez ya a estas alturas. Si lo que dices que el plan inicial ya no parece que se vaya a hacer…

—A ver. Ya. Es posible que… lo de que nos miréis… ya nada. Pero tampoco es seguro, ¿no? A ver, imagina que vamos ahora al hotel y solo están hablando, o que incluso siguen abajo en el bar ese pijo…

—Ya. Puede ser… —contesté.

—Que te he dicho que mañana trabajo pero no me he metido estos chupitos para meterme en la cama tampoco, eh— dijo y volvió a sonreír.

En aquel preciso momento se volcó hacia nosotros el barman y ella inmediatamente pidió un ron con cola. Yo me vi casi forzado a pedir una ginebra. Mientras le gritaba al camarero la marca que quería ya estaba pensando en cómo formular la siguiente pregunta para Gabriela.

Tras un exiguo silencio llevé mi rostro cerca de ella y dije en su oído:

—Te voy a preguntar una cosa.

Ella asintió.

—¿Hasta qué punto fue explícito Daniel cuando te contó lo que pasó con mi mujer el jueves y el viernes?

Ella se giró. Me miró con sus ojos grandes y oscuros, se colocó el pelo tras su oreja, su enorme pendiente circular bailó, y contestó:

—Pues… bastante explícito, diría.

—¿Sí? Ya… la cosa es que… estoy un poco… no diría que enfadado con mi mujer, pero sobre la noche del viernes… no es que se haya explayado mucho.

—¿Explayado? —se sorprendió, y en aquel momento el camarero comenzó a servirnos las copas.

Yo me ponía cada vez más y más nervioso. Mientras, el gesto de Gabriela era relajado. No sabía si la música sonaba con mayor potencia o es que el alcohol me estaba haciendo perder audición, pero sentía que me costaba más comunicarme.

Ella dio un pequeño trago a aquella copa que estrenaba. Yo hice lo propio y, sin más dilación, proseguí:

—Sí. Lo del jueves me lo contó bien. O eso creo. Pero de la noche del viernes no te creas que sé mucho…

—¿Me estás pidiendo que te la cuente yo? —sonrió, mirándome, y sus labios brillaban, mojados por la bebida.

Bebí otra vez, mientras la miraba. Repasé lo que se presentaba ante mí, intentando disimular en la medida de lo posible. Lo cierto era que su atuendo era tremendamente provocativo. Además, era considerablemente más joven que yo. Desde luego no parecíamos una pareja al uso. También reflexioné sobre que pocas veces, o quizás ninguna, había tenido una cita con una mujer que vistiera de aquella manera, con aquella minifalda negra, que fingía ser cuero, y con aquel top que casi más parecía una prenda íntima que algo a vestir en un lugar público. Y no es que fuera una cita, evidentemente, pero a todas luces, desde fuera, lo parecería.

—Mira. A ver —dijo llevando su boca a mi oreja, junto a mi mejilla—. Yo te cuento lo que sé, que igual no sé más que tú… pero tú antes me resuelves una duda que tengo yo, ¿te parece?

—¿Qué duda?

—¿Hacemos así?

—¿Así cómo?

—Que me la resuelves tú primero, pero sé sincero, eh. Y después te cuento lo que sé del viernes ese.

—Por mi perfecto —dije.

—Vale, ahí va: ¿todo lo que está pasando esta noche es que me estáis tomando el pelo los tres?

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —me sorprendí.

—Pues. A ver. Es que Dani me suele preguntar por otros novios, otros líos. No sé si… lo habéis hablado —dijo y bebió de su ron.

—Te juro que no te sigo —contesté con sinceridad y también bebí.

—A ver… Que si eso de que ellos desaparezcan… que cuando lo llamé al salir del otro sitio me dijo que fuéramos yendo los dos… Digo que no estaréis buscando una especie de… intercambio de parejas… o yo qué sé.

Eché la cabeza un poco hacia atrás, súmamente extrañado. Fruncí el ceño y simplemente dije:

—Mmm. No…

—Pues es que lo de mirar… Yo tampoco os veo muy de mirar. No sé. Noto algo raro. Intuición femenina —sonrió algo tensa y desconfiada—. Y que ahora nos hayan dejado abandonados de esta manera…

—Créeme que no. No hemos conspirado para que tú acabes la noche conmigo… —dije, y al momento fui consciente de que había verbalizado de manera quizás demasiado precisa lo que ella había insinuado.

Nos miramos fijamente. Bebimos sin desviar la mirada. Sentí otra vez flirteo por su parte. Pero no sabía si había una intención real o si simplemente estaba ante un animal *coqueteador*.

—Vale. Te creo. Al menos por ahora —dijo y volvió a colocarse el pelo, en un gesto extrañamente insinuante—. Te cuento entonces lo que sé del viernes, ¿te parece?

—Me parece —respondí, y di un pequeño trago, sin dejar de mirarla, mientras mis pulsaciones se disparaban otra vez.

CAPÍTULO 20

Gabriela miró entonces tras de sí, vio un taburete casi debajo de la barra, cogió su cazadora y su bolso y pareció dudar; finalmente no posó sus enseres sobre el taburete sino que fue ella quién se subió a él. Yo, algo cansado de estar de pie, me hice con otro y me senté cerca de ella. Otra vez su muslo potente montaba su otra pierna; su falda negra se retraía enseñando más carne de lo que sería prudente o recatado.

Ella bebió, yo miré a nuestro alrededor; apenas cuatro o cinco corrillos y nadie cerca. Mi corazón seguía latiendo con fuerza. La miré, le pedía con mis ojos que me contase de una vez. Ella me miró, iba a empezar a hablar, sentí el momento como extrañamente íntimo. Después, acercándose más a mí, rozando casi su rodilla con la mía, dijo:

—¿Sabes? Antes de cumplir mi parte del trato, porque después sino se me va a olvidar… quería decirte que cuando me dijiste que me ibas a hacer una pregunta creí que me ibas a preguntar otra cosa.

—¿Qué otra cosa? —me extrañé y di un trago.

—Creí que… a pesar de no tener con él una relación digamos… con exclusividad… me ibas a preguntar si no me ponía celosa… porque quizás ahora Dani esté con ella.

Nos miramos de nuevo. Ella dio un sorbo y luego echó parte del flequillo detrás de la oreja. Tras dejar la copa sobre la barra, apoyó una mano brevemente en mi rodilla, para equilibrarse mientras ajustaba su culo al taburete, y luego retiró su mano con naturalidad, como si no hubiera pasado nada. Después, con ambas manos, ajustó su top, tirando de él hacia arriba, hacia las axilas, en un movimiento rápido y preciso.

—Vale. Pues te lo pregunto ahora —dije, entrando conscientemente en su juego.

—Dímelo. Venga, formula la frase —jugó.

Me aclaré la voz. Posé yo también mi copa en la barra. Me sequé la mano húmeda, llevándola sobre mi muslo derecho y restregándola mínimamente sobre la tela del pantalón. No tenía ninguna duda de qué pretendía.

—Está bien. ¿Te pone celosa que quizás esté ahora con mi mujer?

Ella hizo una mueca de disconformidad. Sus ojos brillaban. Culebreó con su culo sobre el taburete, buscando más comodidad. Aprovechó la operación para, de nuevo, posar y retirar a toda velocidad una mano sobre mi rodilla.

Se echó entonces hacia adelante, para hablarme. Yo no me amilané y me preparé para recibirla. Y entonces, apoyándose por tercera vez en mi pierna, dijo en mi oído:

—Venga, dilo bien. Que somos mayorcitos.

Se retiró inmediatamente. Llevó su otra mano sobre mi otra pierna. Con los taburetes cerca, con nuestras piernas casi enredadas, con sus manos sobre mis rodillas… me miraba… y yo le di lo que me pidió:

—¿Te pone celosa que ahora mismo… quizás… Dani… como tú lo llamas… se esté follando a mi mujer?

Ella hizo un gesto extraño, como haciéndose la interesante, como dudando; fruncía el ceño y movía los labios, en una ostentación actoral, sin retirar sus manos de mis rodillas.

—Un poco, ¿no? ¿Y a ti? —preguntó, mirándome fijamente. Después liberó una de sus manos para ir a por su copa.

—A mí mucho, la verdad —contesté.

Ella removía el líquido con una pajita, y después bebía pero sin usarla para beber. Me miraba. Se la notaba más que chisposa. Que bebiera manteniendo una mano sobre una de mis piernas era un exceso notoriamente forzado.

—¿Y entonces? —preguntó.

—¿Entonces qué?

—Que por qué lo hacéis, si te pone celoso.

—Es… difícil de explicar. Bueno, difícil no. He asumido estos días que es imposible.

—¿Estos días? ¿Pero no lleváis mucho con esto? —me cercó.

Yo dudé. Bebí también. Ella retiró su mano. Nos mirábamos fijamente. La música me resultaba desagradable. Mi cuerpo hacía tiempo que había abandonado el frío arrastrado de la calle para sentir un calor húmedo y agobiante.

—Es muy guapa —dijo entonces, echándose de nuevo hacia adelante, pero sin tocarme.

Yo me encogí de hombros.

—Eso sí… Yo le cambiaría el rollo —decía de nuevo yendo hacia mí.

—¿El rollo? ¿Qué rollo? —pregunté.

—Pues… la ropa, como se viste, y todo en general… puagg… —exageró, fingiendo algo parecido a una arcada.

Yo sonreí forzadamente y negué con la cabeza, aunque también de forma afable. No tenía muy claro si le desagradaba solo su vestimenta o también ella, mi mujer, en sí. Sentí que aunque así fuera, tampoco me importaba, ni me molestaba demasiado.

—No se explota nada. Al menos hoy parecía una monja. Y no me digas que venía del curro, que no es excusa. Pero ser, es guapísima —dijo, llena de razón, y volvió a beber.

Aquella adulación a mi mujer me recordó inmediatamente a las de Silvia, así que dije sin pensar:

—Pues… parece que está en racha… El otro día salimos por la noche, conocí a una lesbiana… y se quedó enamorada.

Ella se acercó entonces otra vez, para decirme algo. De nuevo una mano en mi pierna. Esta vez no buscó mi oído, sino que frente a mí, casi boca con boca, dijo:

—Bueno, yo lesbiana no soy, si me lo estás preguntando, aunque alguna cosilla sí que he hecho.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí —dijo sin alejarse.

—A veces tengo la sensación de que todas las menores de treinta habéis hecho de todo —aseveré.

Ella se retiró de nuevo y levantó los hombros, como diciendo “no sé”.

Pensé entonces en que mi frase no había sido demasiado lúcida, quizás incluso carca. Ella quería jugar y yo quería saber. Su papel era más sencillo. Además, yo vivía con un subtexto soterrado en el que era plenamente consciente de que mi esposa llevaba casi una hora a solas con el cabrón de Daniel.

—¿Qué piensas? —dijo ella entonces, sorprendiéndome, de nuevo muy cerca de mí. Sentía su aliento suave, su olor corporal; nada de ella me desagradaba, sino casi lo contrario.

Yo no dudé. Quizás por el alcohol. Quizás por el hastío, porque no podía ya mucho más.

—La verdad… es que me los acabo de imaginar follando… —le dije, otra vez casi boca con boca, y siendo totalmente sincero.

—¿Y? —susurró en mis labios, con una mano en mi muslo.

—Pues que… por celos que tenga… me gusta imaginarlos…

—¿Y cómo los imaginas ahora exactamente? —me provocó.

—Pues… —me lancé— me imagino que se la está follando en la habitación del hotel. En el suelo. Él sobre ella. No han podido contenerse más…

—Vaya… Qué más… Sigue… —musitó en mis labios, con una mezcla de nerviosismo y melosidad.

—Casi ni se han desnudado, ni subido a la cama. No podían más… Él se ha bajado los pantalones lo justo. Ella se ha subido la falda lo justo. Él le ha apartado las bragas…

—Ah, ¿sí? ¿Te imaginas eso…? —susurró en mi boca y sentí cómo apretaba un poco mi muslo con su mano.

—Sí… Ahora mismo están follando así. Mi mujer lo rodea con sus piernas… Él se la mete hasta el fondo. Gimen como animales… —respondí.

Y entonces nuestros labios se juntaron. Fue ella la que me besó. Fugazmente. Fue un pico rápido, que enseguida moría, cuando de pronto su boca se abrió, llevándose a la mía consigo. Sentí su lengua. Ella sintió la mía. El frescor era máximo. Su dulzura impactante. La humedad de sus labios y su lengua oprimía mi pecho y disparaba mis pulsaciones. Y en menos de dos segundos lo cortó. Se apartó. Me miró. Bebió de nuevo. Contemplándome. Quizás retándome. Mi corazón se me salía del pecho.

Nervioso, con el pulso acelerado y con la mano errática, tomé mi copa y di un sorbo mientras la observaba. Sentía mil cosas a la vez. Quizás, casi lo único que no sentía, y por extraño que pareciera, era que acababa de ser infiel. Ella bebía también, con los ojos algo entrecerrados y brillantes. Entonces, algo me hizo desconfiar, sentí una actuación forzada.

Pensé si sería yo el que estaba siendo engañado, si era aquello también un plan de Daniel, si era ella quién estaba allí para distraerme a mí.

CAPÍTULO 21

Hay besos que lo cambian todo y besos que no cambian nada. Yo tenía la sensación de estar en el segundo contexto. Fuera una estrategia suya, o más bien de Daniel, o no, a mí solo me había parecido la culminación de un flirteo, solo parte de una etapa con su hito consustancial.

De su lenguaje corporal también se desprendía que nada cambiaba. Volvía a mirarme, volvía a beber. Después, mirando su reloj, dijo:

—Llevan como una hora, ¿no?

Temí instantáneamente que nos fuéramos de allí sin haber podido sonsacar toda la información.

—Sí, pero no te escapes… —le susurré, aprovechando que de nuevo estábamos cerca. Nuestras piernas seguían rozándose ligeramente, creando una conexión sutil y constante entre ambos.

—¿Que no me escape…? ¿Tan bien beso? Solo fue una chorrada, eh —sonrió.

Yo le devolví la sonrisa. Estaba convencido de que me había entendido.

—Que no te escapes sin contarme lo de ellos y su viernes —dije, marcando las palabras.

Ella exteriorizó un gesto de sorpresa, como queriendo plasmar que no se acordaba, pero yo no la creí.

—¿En serio no sabes nada? —me preguntó.

—Sé poco.

—Es curioso, porque no sé yo que me hubiera contado realmente, quizás hasta no me hubiera contado nada, si no hubiera sido en mi casa —dijo.

—¿Qué? ¿En tu casa? —le pregunté con un súbito rebrote de nerviosismo, aunque intenté disimularlo en la medida de lo posible.

—¿No sabes ni eso? —se sorprendió y revolvió los hielos de su copa con una pajita que no usaba para beber, sino solo para remover.

—No, pero me lo vas a contar.

—Pues entonces sí que estás perdido. ¿Y el jueves te lo contó entero?

—El jueves sí —contesté, y me di cuenta, por su tono, que aquello le seguía pareciendo bastante extraño.

Ella me miraba efectivamente como si algo no le encajase, con su mirada vidriosa por el alcohol. Animada e intrigada.

—A mi mujer a veces le gusta dosificar… lo que me cuenta… de lo que hace —continué entonces, intentando darle empaque a mi mascarada.

—Para tenerte loquito y pendiente. No, si… la calé en cinco minutos… —dijo y bebió sorbiendo de la pajita por primera vez.

—A ver, di. Cuéntame —hablé rendido, por momentos sin poder evitar mostrarme impaciente.

Ella se volcó hacia mí. Otra vez una mano en mi pierna, lo de la rodilla había pasado a mejor vida, ahora siempre era en mi muslo; su mano sobre mi fino pantalón oscuro.

—A ver, bueno, si no sabes nada… Estuvieron enviándose mensajes ese viernes por la tarde. Ella como que quería hablarlo. O algo así. Entiendo que como tú estabas de viaje querría organizarlo… pues como esta vez, como esta noche. Supongo que para hacerlo… eso, otra noche, pero contigo presente… Realmente, según me contó Dani, al menos ella le decía que solo quería hablarlo. Vamos, que con lo de la noche anterior en principio se daba por satisfecha… Es que fue muy… bruto lo del jueves, ¿no?

Yo tragué saliva. Con el pretexto del volumen de la música alcanzando cada vez cotas más altas, volvía a hablarme alternando su boca en mi oído con su boca casi frente a mis labios. Entre que iba de un lado a otro, y el contenido de sus afirmaciones, yo apenas podía seguir y digerir lo que me contaba.

—Sí, bastante… —alcancé a contestar.

Ella volvió a alejarse para beber. Yo era tres cuerpos a la vez: el que la escuchaba, el que imaginaba qué estarían haciendo Carolina y Daniel en aquel preciso momento, y el que analizaba a aquella chica. El que la escuchaba reflexionaba sobre que quizás debía coger con pinzas lo que me decía, pues era algo contado por Daniel a ella, y después ella a mí; tampoco Daniel era el hombre más sincero del mundo. Llegué entonces a pensar en que hubiera sido buena idea haberle preguntado también por el jueves; así, si su narración del jueves encajaba con la realidad, podría suponer mejor el nivel de veracidad del viernes. Mi segundo yo, el que imaginaba a Carolina con él, visualizaba que en aquel momento no estaban follando en el suelo, sino sobre la cama… Allí él la sometía, sobre ella, aplastándola; ella con su pecho contra las sábanas, él encima, cubriéndola, con su pecho musculado contra la espalda de mi esposa… Y el que analizaba a Gabriela apreciaba su encanto al hablar, sus permanentes muslos potentes y recordaba su beso, su aliento fresco, donde no había percibido absolutamente nada de olor ni regusto a tabaco, y ponía en valor la pericia de su lengua.

—Venga. Sigue —le apremié.

—Estás ansioso, eh… —sonrió, y dudó si posar su copa en la barra otra vez.

Me encogí de hombros, no quería parecer intrigado, aunque sabía que era imposible.

—¿Tomamos otra? —preguntó entonces, mirando su vaso y removiendo con la pajita lo único que quedaba, que eran un par de hielos casi desechos.

—Mejor no. ¿Por qué dices que lo que pasó pasó en tu casa? Pero si tú no estabas.

—Sí. A ver. Por eso. Ella quería hablarlo… —dijo, haciendo una mueca extraña, como dándome a entender que no la creía—. Y entonces decidieron ir al apartamento alquilado de Dani otra vez, como la noche anterior.

Yo desconfié de lo que me decía. Había estado muy pendiente. Había vigilado el piso de Daniel.

Era imposible que hubieran ido allí.

—¿Pero fueron a tu casa o al apartamento de Daniel? —pregunté.

—Espera… —sonrió, queriendo calmarme—. A ver, es que ese fue el lío. Que no sé qué rayada le entró a tu chica… bueno, a tu mujer, que al final quiso cambiar, y le dijo que en su apartamento no quería.

Me sobresalté. Mi garganta se tensó. Humedecí mis labios. El motivo de su cambio de planes parecía claro: al final de aquella tarde yo le había escrito diciendo que ya estaba en nuestro piso. Si se citaban en la casa de Daniel se arriesgaba a que los viera.

—¿Y…? —pregunté, de nuevo intentando fingir sosiego.

—Pues que él le dijo que si era solo para hablar que podrían cenar en el centro, o que podía ir a recogerla al trabajo. Y ella le dijo que de ninguna manera, que quería discreción o yo qué sé… Ya ves. Entonces él le dijo de ir a un hotel y ella le insistió con eso de que solo quería hablar.

Yo di un trago a mi copa. Solo bebí restos de hielo.

—Y nada —prosiguió tocándose el labio inferior y después colocándose el pelo—. Eso. Por eso me llamó. Él ya sabía, evidentemente, que yo no estaba. Pero yo comparto piso. Bueno, me llamó y me contó un poco la historia. Yo le dije que si estaba taradito, porque eso, tengo una compañera de piso. Y bueno, al final lo hablé con ella. Ella me dijo que iba a cenar y a salir. Le pedí el favor. Ella flipó, claro, pero me hizo el favor. Y entonces Dani fue a mi casa… mi compi le abrió y después se fue… Y al rato… pues llegó tu mujercita… ¿Oye tú tienes cobertura aquí? —dijo de repente, como si tal cosa.

Desvié la mirada. Tenía el corazón en un puño. Ella no era consciente del martirio al que me sometía.

Subido al taburete, estiré una pierna para poder sacar mi teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Lo revisé. No tenía noticias de Carolina. Ni llamadas ni mensajes.

Le dije que sí tenía cobertura y después escuché cómo Gabriela le pedía al barman que nos cobrase.

Alcé la mirada. Le pedí pagar yo. Ella, sin decir nada pero sin darme opción, sacó una tarjeta de crédito de su cartera y enseguida la acercaba al lector que le daba el camarero.

Tras hacerlo guardó la tarjeta en su cartera, y esta en su bolso. Nos miramos. Solo una parte de mí estaba con ella, pero a la vez esa parte estaba completamente entregada. A veces sentía que ella leía en mi mirada que yo estaba tenso por lo que sucedía, pero a la vez extrañamente a gusto con ella.

Cogí aire. Resoplé.

—Sigue. Venga —le dije.

—¿Que te cuente lo que pasó después? —sonrió.

—Sí, claro.

—Estás muy fatal… No te voy a contar eso aquí… que te veo venir cómo te vas a poner y no es el sitio… —volvió a sonreír.

Se bajó del taburete y se hizo con su cazadora de cuero y con su bolso. Yo también descendí. Al hacerlo volvimos a ubicarnos frente a frente. Ella, a pesar de las sandalias con aquel tacón alto, era más baja que yo, pero aún así nuestros rostros no estaban lejos uno del otro.

De golpe yo no escuchaba la música, ni el murmullo alrededor. Por un momento tampoco pensé en Carolina. Los ojos oscuros de Gabriela parecían pedirme algo y sus labios parecían ser a la vez una respuesta en sí misma. El silencio entre nosotros se hizo denso.

—¿No te atreves o qué? —dijo en mis labios.

Y en mi cabeza resonó un "¿A besarte otra vez?", pero finalmente dije:

—¿Atreverme a qué?

—A ir al hotel… A ver qué hacen…

—Claro que me atrevo —contesté.

Ella volvió a sonreír. Cada sonrisa suya parecía diferente, y todas significaban algo. Se alejó de mí y comenzamos a caminar hacia la salida. Una vez fuera me di cuenta del tremendo ruido que nos había bombardeado dentro, también sentí un enorme contraste de temperatura.

De nuevo, aquella larga acera, pero ahora en la dirección contraria. No había nadie delante ni detrás. Solo pasaban algunos coches de vez en cuando, a toda velocidad; primero se oía el motor, y luego un zumbido con música. Ella me comentaba que nunca había estado por allí y nos perdíamos en una conversación residual. En mi cabeza seguía rondando la historia de ese viernes, incompleta, pero seguíamos avanzando sin que yo volviera a preguntar. Me decía a mí mismo que no lo hacía para no mostrar mi desesperación, aunque tal vez también había algo de no querer saber la verdad.

Las luces de las farolas me hacían fruncir los ojos. Sin duda estaba más bebido de lo que pensaba. También tenía muchas más ganas de orinar de las asumibles.

Miré hacia atrás. Miré hacia adelante. Gabriela, ya con la cazadora de cuero puesta, caminaba a mi lado, sobre sus sandalias, con una destreza tal que quién la viera de lejos no podría imaginar a lo que estaba subido.

—¿Qué te pasa? —dijo casi riendo al ver que observaba constantemente a mi alrededor.

—Pues la verdad es que quiero mear. Y no sé si volver al pub o…

—¿Volver? Mea ahí —dijo, como si tal cosa.

—Ahí, ¿dónde? —pregunté y seguí la proyección de su mirada, y vi una rampa, hacia abajo, de cemento, que acababa en el portalón de un garaje privado y subterráneo.

—Pues ahí —insistió.

—Estás loca…

—Ay… el chico cívico. Tranquilo que no te va a ver nadie.

Volví a mirar alrededor. Razón no le faltaba. Al menos caminando no pasaba ni un alma. Tampoco desde los edificios de la avenida me podrían ver, por estar el final de la rampa bastante escondido.

—Venga, si viene un coche para entrar al garaje te aviso —dijo.

Miré otra vez a un lado y a otro. Me decidí y comencé a bajar la cuesta de la rampa. Vi un desagüe, como una alcantarilla, al final de la misma, por lo que me dije a mí mismo que no era tan grave, que no quedaría el olor allí, o al menos no demasiado.

Abrí la cremallera de mis pantalones y comencé a miccionar contra la esquina entre el portalón y el muro de la rampa. Miré hacia atrás y vi a Gabriela, en lo alto de la cuesta, a unos diez o quince metros, revisando su teléfono móvil.

Volví la mirada al frente y pensé que descartaba casi completamente que la existencia de aquella chica en mi noche obedeciera a un plan de Daniel. Era demasiado complicado. Y la veía demasiado… pura. No me la imaginaba haciendo el mal por el mal. Por algún motivo, confiaba en ella.

Cuando acabé de orinar me recompuse y volví a subir la cuesta de la rampa. Ella había descendido un poco. Sus pantorrillas y sus muslos lucían aún más potentes allí arriba. La cazadora de cuero, corta, dejaba a la vista su culo, su cadera, su ombligo, su cintura… Su melena oscura y larga y sus enormes pendientes le daban un aspecto algo salvaje. La vi rebuscando en su bolso, ensimismada.

—No sé si fumarme un cigarro o tomarme un chicle —dijo, sin mirarme, cuando me sintió cerca.

—Siempre será más recomendable un chicle —hablé ya a su lado.

—Mira, tengo clínex si quieres.

—No hace falta.

—¿No quedó gota en el gayumbito? —sonrió, con la espalda casi contra la pared, y mirándome otra vez.

—No… Creo que no.

—Mira, tengo cacao de labios también, parece esto el sombrero de un mago —dijo graciosa, continuando con su exploración en su bolso, y sacando un bálsamo de protección labial, que no era una barra, sino un recipiente pequeño y cilíndrico. Lo abrió, desenroscando la tapa, y comenzó a untar su dedo índice y a pasarlo por sus labios con discreción.

—Cien por cien natural: cacao, cera de abejas y menta, cágate —dijo, mientras lo devolvía al bolso.

Se levantó entonces una ráfaga de viento. Lo escuchamos, pero no lo sentimos. Los árboles de la avenida se agitaron, pero nosotros, allí, en mitad de aquella cuesta cobijada, pegados al muro, no recibimos el impacto.

Ella sonrió de nuevo. Estábamos frente a frente. Sus labios brillaban por la reciente hidratación.

—¿Qué me miras? —susurró, en su enésimo flirteo, siempre bordeando, surfeando, entre la sonrisa y la risa.

Yo, otra vez, por más que flirtease, por más que yo entrase en su juego, por más que nos hubiéramos besado, no sentía que estuviera haciendo nada malo.

—No miro nada… —contesté.

Observó entonces la hora en su reloj. Lo hizo en un escorzo exagerado, como si realmente estuviera más arrinconada contra la pared por mi culpa de lo que lo estaba.

—Pues… casi como hora y media llevan estos —susurró.

—Ya…

—¿Qué estarán haciendo ahora? —provocó, de golpe en tono serio, de nuevo mirándome fijamente.

—No lo sé… —respondí y suspiré.

—¿Habrás acertado y estarán follando en el suelo…? Cómo era… ¿gimiendo como animales habías dicho?

Yo sonreí.

Más silencio. El zumbido de un coche a toda velocidad. Pensaba que iba a besarme otra vez. Apenas tenía que acercarse unos centímetros.

Pero no se movía. Y entonces actué yo:

—Sigue contándome lo del viernes, anda —le susurré, en aquellos labios casi brillantes. Y me atreví, embaucado por ella, por el alcohol, y por lo que habíamos creado, sobre todo ella, y puse una mano en su cintura, sobre su piel.

—Mh… Puede ser que no sea mal sitio este, no… ¿Qué quieres que te cuente? —murmuró con picardía.

No respondí. Mi mirada tenía que ser suficiente. Y entonces se acercó, se movió hábilmente. Usó una mano para sujetarme la cara, de forma extraña, y sus labios besaron los míos. Fue un pico rápido. Jugando. Para dejarme con ganas de más.

Apreté su cintura por mero acto reflejo. Ella llevó sus manos a mi cadera. Su espalda estaba en contacto con el muro, pero aún así sabía que podría intentar palpar aquel culo desmedido, aquella falda negra exigida, pero no lo hice.

—¿Qué quieres que te cuente, eh? —volvió a provocar, melosa. Y yo subí un poco una de mis manos, colándola por dentro de su cazadora abierta, subiendo por aquel top, que más que un top era prácticamente un corpiño, pues el tacto me desvelaba un elaborado encaje; en las distancias cortas, y con más luz, se confirmaba como una prenda casi obscena.

—Shhh… —chistó levemente, indicándome que no subiera más.

De golpe otro beso, esta vez sin extraño toque de su mano en mi rostro. Un beso tramposo, como el primero, cuyo cambio me cogió igual de desprevenido: un pico que mutaba en morreo sin previo aviso; de golpe la humedad de sus labios y la destreza de su lengua. El tacto de lengua y labios era etéreo y a la vez consistente. Mientras nos besábamos ella apretaba mi cadera y mi miembro palpitaba, creciente e inquieto. La despedida del beso, otra vez por decisión suya, había sido lenta y sentida, como si me dijera con la retirada paulatina que no estaba convencida ella tampoco de ponerle fin.

Tras un escueto silencio, que sirvió para poner en valor un beso impecable, susurró:

—Voy a contártelo, pero…

—¿Pero qué?

—Que… voy a ser… muy bruta, ¿vale? No me voy a cortar… por bien que me caigas y por bien que beses —dijo, desbocada en su coqueteo, acercándose más, haciendo todo más íntimo, rozando su mejilla con la mía, y depositando su frase en mi oído.

—No te cortes… No me voy a asustar… Ni me voy a enfadar —respondí tiritando un poco, sin saber si era por la situación o por el frío, en idéntico tono al suyo.

—Pues… tu… mujercita…

—¿Si…?

—Tu mujercita, esa… santita de camisa rosita que he conocido hoy… —casi gemía en mi oído, y sentí de golpe como una de sus manos abandonaba mi cadera y buscaba mi entrepierna, sobre mi pantalón.

—Sí…

—Esa mosquita muerta que tienes por mujer… tenías que haber visto cómo me dejó las sábanas… que…

—¿Que qué…? —jadeé en su oído, y ya sentía su mano palpando mi sexo, con delicadeza, sobre la ropa.

—Pues… que… olía a sexo todo mi dormitorio… que no te lo puedes ni imaginar.

—Ah, ¿sí? —volví suspirar, tenso, pero no me movía.

—Sí… Los muy… cabrones… podrían haber metido las sábanas en la lavadora por lo menos, ¿no? —resoplaba ella en mi mejilla, y seguía acariciando un miembro que palpitaba, que

rebotaba, y que ella tenía que estar sintiendo moverse con vida propia.

—Ya… Pues sí… La verdad —apenas alcanzaba a responder.

—Apestaba a sexo… Menuda… cer-da… tu mujer, ¿no? —provocó entonces, marcando las sílabas del insulto, y yo tragué saliva y cerré los ojos.

—Ya… —resoplé—. Y… ¿Qué te contó? ¿Qué hicieron?

—Pues me contó que… se la folló durante… más de dos horas. ¿Qué te parece…?

—No… sé…

—¿No sabes? Tu mujer dice que solo quiere hablar… y al minuto de entrar por la puerta estaban follando…

—¿Eso te dijo él? —tragué saliva.

—Sí… Eso me dijo.

—¿Y cómo…?

—Que cómo qué. ¿Que cómo se la folló?

—Sí…

—Pues… no sé todo —susurró en el preciso momento en el que ubicó mi miembro bajo la tela, y lo agarró, restregándolo con su mano—. Pero sé que… le comió el coño… y que tu mujer se corrió. Sé que ella le chupó… la polla… Y me dijo… cómo es que me dijo Dani… Me dijo: "tremenda pu-ta… menos darle por el culo me dejó hacerle de todo…"

Yo resoplaba, jadeaba en su oído, en su mejilla. Me dejaba hacer. Imaginaba. Pero mis manos no se movían.

—Ah, ¿sí…? —suspiré de nuevo, mientras ella ya casi me pajeaba sobre el pantalón y yo deseaba que abriera la cremallera y me liberara.

—Sí… —dijo, y de forma rápida, sorprendente y extraña, me besó en la mejilla, en un beso sonoro. Yo entonces giré la cara y nuestros labios se encontraron. Todo se precipitaba. Nuestras bocas volvieron a abrirse, y esta vez fui yo quien busqué su lengua, adelantándome a ella, pero Gabriela no se amilanaba, y más abajo operaba con destreza. Sentía la electricidad del beso mientras sentía como maniobraba para liberarme. Se escuchó nítidamente la bajada de la cremallera de mi pantalón.

El beso se prolongaba en el tiempo y ganaba en intensidad. Su cabeza se ladeaba y su cuello iba y venía en una oscilación lujuriosa. Su movimiento, ansioso, me hacía sentirme especialmente deseado. Y entonces sentí de golpe el tacto templado y placentero, de su mano, que hábil, se había colado por la apertura de mi calzoncillo. No se cortó, sin dejar de besarme, en sacar mi miembro duro por el hueco. Sentí en mi polla el aire fresco de la noche; deduje que mi miembro salía ya descabezado. Ella, tras hacerlo, tras liberarlo, lo apretó con fuerza, cortó el beso y susurró de nuevo entre mi mejilla y mi oído:

—Se la fo-lló… a cuatro patas… Dani me dijo que él se corrió tres veces… Tranquilo que la vez que se corrió dentro llevaba condón. Uno de los condones de mi mesilla… por cierto.

—Jo-der… —bufé.

—¿Y sabes cuántas veces se corrió la santita de tu mujer…?

—No…

—Cinco o seis veces… en dos horas… No paraba de correrse… A la cabrona hasta le daba la risa… —susurró cerca de mí, matándome—. ¿Sabes? Dani me envió una foto de su hombro… arañado por ella… Menuda zo-rra tienes en casa… ¿Es así contigo? —susurraba en mi oído, implacable, despiadada, y sujetaba mi polla, pero no me masturbaba.

—Jo-der… —gemía yo.

—Bueno, más que zorra… gatita, ¿no? —forzaba ella, y me daba la impresión de que le sorprendía que no protestase porque la injuriase—. Y gatita no solo por los arañazos… tiene unos ojos así… también como de gatita, ¿no?

—Ya… Sí… —susurré.

—Sabes… dónde más se corrió él, ¿eh? —jadeó entonces, mordiendo el lóbulo de mi oreja y haciéndome estremecer.

—Mh…Ah… ¿Dónde? —pregunté casi en un quejido.

—Se corrió en la cara… de tu mujercita… y otra vez por todo su cuerpo…

—Jo-der… —suspiré, sintiendo constantemente su mano apretando mi miembro con firmeza.

—Joder, qué.

—Que… eres una… cabrona… muy sádica —dije sin pensar.

—Y tú un cornudo… ¿no?

Yo jadeé, pero no contesté.

—¿Eres un cornudo o no? ¿eh? —insistió.

—Sí…

—A la vista está que sí, ¿no? —susurró, solapando mi afirmación, y la sentí sonreír—. ¿Quieres saber más? —dijo después, y por fin su mano comenzó a moverse, y agradecí enormemente el recorrido de su mano, arriba y abajo, con nuestros cuerpos pegados. El placer fue inmenso e instantáneo.

—Sí…

—Pues… cada vez que Dani se corría… —gemía en mi oído Gabriela mientras me masturbaba

—. Cada vez que se corría… se quedaba en la cama tumbado, cansado… y enseguida iba la ZO-RRA GA-TI-TA —pronunció de manera exageradísima— de tu mujer… a metérsela en la boca, para limpiársela bien…

—Jo-der… —resoplé por enésima vez. Y me imaginaba a Carolina, volcada sobre un Daniel desnudo, colocándose entre sus piernas, y comiéndole la polla, para reanimarlo y que la siguiera follando, mientras yo la esperaba en casa, y vigilaba como un idiota el apartamento equivocado, y sentía tanto morbo y placer que podía percibir cómo mi miembro expulsaba un líquido preseminal que sabía Gabriela tenía que estar sintiendo en su mano.

—Y… —continuó inclemente—. Le decía a él… Me lo dijo Dani, así, literal. Tu mujer le decía: "Dios… me encanta cómo sabe, me encanta cómo sabe tu polla…"

—Pff… Joder… —protesté, excitadísimo.

—También me dijo Dani que tu mujer folla bastante bien… Eso me molestó un poco… Me dijo que tiene mucho aguante… —resopló de nuevo en mi oreja—. Venga… tócame… tócame también tú —susurró de repente, sorprendiéndome.

Y entonces usé aquella mano que ella había frenado, y también me ayudé de la otra, y las llevé a aquel corpiño de encaje. Las llevé a las copas que no eran del todo rígidas, ni del todo volubles, y las bajé, de manera algo timorata, pero a la vez todo se descubrió de forma sorprendentemente brusca; y aparecieron ante mí dos pechos medianos, firmes, que se proyectaban de forma casi completamente horizontal, sin ninguna caída, con unas areolas más oscuras y más pequeñas que las de Carolina. Ella emitió un quejido lujurioso, un ronroneo casi mimoso, soltó mi miembro, me apartó un poco, jugando, y colocó sus codos de tal forma que juntaba sus pechos, como incitándome a que llevara mi boca allí. Pero no ataqué con mi boca, sino con mis manos, y acaricié sus tetas consistentes, tersas y redondeadas, y fui con mi boca hacia sus labios. Nos besamos entonces con una desesperación sutilmente contenida, mientras mi miembro palpitaba libre, fuera de mis pantalones, y mientras apretaba y acariciaba sus pechos con una mezcla de impudicia y represión.

—No son como las de la santita… ¿no? —susurró en mi oreja de nuevo, comparando ella también, una vez finalizó el beso. Y yo jugaba con uno de sus pezones con las yemas de mis dedos. El tacto era rígido, duro y tremendamente sensual.

—Me dijo Dani que tiene unas… te-tas… increíbles… —gimió de nuevo en mí, y dejaba de juntar los codos y posaba sus manos en mi cadera, y yo deseaba que volviera a tocarme más abajo, pues mi miembro golpeaba, y quizás manchaba, libre, la parte frontal de su falda.

—¿Y sabes qué fue lo que más me molestó?

—Qué… —suspiré.

—Que usaron una cosa… que él usa conmigo…

—¿Qué… cosa?

—Una cosa que yo tardé más de un año en aceptar ponerme… ¡Mmm! —dijo y después protestó ante una caricia algo áspera sobre una de sus tetas—. Y que… tu mujercita se puso enseguida…

—¿Ponerse qué…? —jadeé en su mejilla de nuevo.

Y entonces un sonido nos sobresaltó. Partía de ella. De su bolso, que había estado colgando de su hombro todo aquel tiempo.

Nos quedamos bloqueados durante un instante. Su teléfono emitía una melodía rítmica y molesta. Fue una súbita vuelta a la realidad. Nos separamos casi a la vez. Mi polla se descubrió, recta y mediana, lejos de la dimensión brutal de Daniel. Y ella dio un fugaz repaso con su mirada a aquel miembro liberado. Yo también aproveché el momento para observar con mejor perspectiva la imagen de sus tetas volcadas sobre las copas de su corpiño; sus areolas no me parecieron entonces tan pequeñas; sus pezones, erizados, apuntaban rectos, mostrando una excitación que me reconfortó.

La melodía seguía sonando. Los dos miramos a nuestro alrededor. Seguía sin haber absolutamente nadie, pero parecía que ambos concluíamos que debíamos detener aquel descontrol. Yo me giré para guardar mi miembro y le di intimidad a ella para que también se recompusiera.

—Es Dani. Me está llamando —escuché a mi espalda a los pocos segundos.

Después me volteé de nuevo, con mi miembro abultando mis pantalones, pero suficientemente rehecho.

—¿Que estáis dónde? —preguntaba ella, que parecía que le costaba entenderle.

Y entonces Gabriela, ya perfectamente vestida, como si no hubiera sucedido nada, y con el teléfono junto a su oreja, miró abajo, a sí misma, a la zona de su ombligo, y después me miró, y me sonrió. Yo seguí el trazo de su mirada: algo brillaba allí, en su vientre desnudo gracias a su corpiño corto. Brillaba algo, algo líquido y transparente.

Ella asentía y decía “Um-hum”, de forma afirmativa y onomatopéyica a su interlocutor. Y entonces llevó las yemas de los dedos índice y corazón de su mano libre a aquel líquido que había tiznado la zona de su ombligo. Y, mirándome, movió sus labios de forma exagerada, pero sin pronunciarlo, para que Daniel no lo escuchara, y pude leer de sus labios:

—Me-has-man-cha-do…

Yo no supe qué decir. Ella esparció el líquido, mío y exiguo, alrededor de su ombligo, y al extenderlo éste se diluyó. Y entonces me sonrió, por enésima vez.

CAPÍTULO 22

Su conversación telefónica continuaba. Ella gesticulaba con una desenvoltura que era mitad borrachera, mitad gracia innata, y le respondía:

—¿Cómo que estáis ahí, si acabamos de estar nosotros?

Tras un breve silencio en el que ella escuchaba, aquella chica volvía a hablarle al teléfono:

—¿En taxi? Pero si son como… yo que sé… ochocientos metros.

La percibí más suelta con Daniel. En la coctelería la había visto subyugada y dócil, casi hasta manejada por él. Pensé que su liberación quizás pudiera obedecer a su ingesta de alcohol, o quizás su especie de mini aventura o escarceo conmigo la había envalentonado; ya no era solo Daniel el que hacía y deshacía.

Gabriela le decía que no le escuchaba bien, cuando de repente el bolsillo de mi pantalón comenzó a vibrar. Mi móvil temblaba por fin, y rápidamente me hice con él, y me encontré entonces con una sucesión de mensajes de Carolina:

—Perdona Rafa, se me apagó la batería cuando me llamaste.

—Tuve que cargar un poco el teléfono.

—Pero ya estamos donde habíamos quedado.

Aún sin decidir qué creerme de lo que me enviaba mi mujer, alcé la vista y vi cómo Gabriela me miraba.

—No, no. Está bien, vamos ahora —dijo la chica al teléfono, encogiéndose de hombros y mirándome, creando una conexión conmigo, como si quisiera que compartiera con ella su sentimiento de ligero desconcierto, y después sus ojos buscaron confirmar con los míos que yo estaba de acuerdo.

—Vale, vale. Hasta ahora —finalizó ella, y colgó la llamada.

Releí los mensajes de Carolina mientras Gabriela decía:

—Que acaban de llegar adónde estábamos. Que han ido en taxi, me ha dicho.

Inmediatamente pensé en si nos podrían haber visto, pero parecía hartamente difícil, o incluso imposible: los coches que venían desde la zona de la coctelería o el hotel circulaban por el otro lado de la avenida, separados además por una mediana repleta de árboles; a ello también había que sumar la velocidad a la que iban todos los coches por aquella recta despejada de tráfico.

Empezamos a caminar y sentí el primer momento realmente incómodo con aquella chica. Lo vivido había sido tan sumamente intenso que de golpe me parecía lejano, casi irreal. No podía creer que cinco minutos atrás yo estuviera acariciando sus pechos desnudos y ella estuviera masturbándome, allí, casi en plena calle. Apenas podía creer tampoco las barbaridades que había descrito sobre el supuesto encuentro sexual entre mi esposa y Daniel. Mi mente volaba hacia un piso austero, poco más que un piso de estudiante… No sabía por qué, pero me imaginaba unas sábanas grises, húmedas, revueltas, de una cama pequeña de un dormitorio pequeño… Y Daniel

follándola, follándose a mi mujer, durante horas, en todas las posturas posibles… Y el dolor competía con el morbo por decidir quién mandaba.

—Supongo que no decimos nada de esto, ¿no? —dijo entonces ella, caminando a mi lado, y tampoco podía creer que aquella dócil chica fuera la sádica que había descrito los actos de Daniel con mi mujer de aquella despiadada y brutal manera.

Me aclaré la voz y le contesté:

—No… Lo mejor será que no.

Se hizo entonces otro silencio incómodo. Solo se escuchaba el golpear de los tacones de sus sandalias contra la acera. De mi mente no se iban las imágenes de aquel dormitorio.

—Mira, al final, si te has quedado con el antojo, sí que puedes mear en el cutre pub ese… —dijo, de forma graciosa, y visiblemente violentada por el silencio.

—Ya… —dije y sonreí, queriendo recompensarla por su esfuerzo.

—¿Qué leías en el teléfono? ¿Era ella? —preguntó, acomodando su bolso al hombro mientras caminaba.

—Sí… Dice que se quedó sin batería y tuvo que cargarlo un poco —contesté.

Ella entonces me dio un pequeño toque en el brazo. Y sentí que me miraba de reojo. Y con voz vacilona dijo:

—Ya… hora y media cargando el teléfono. Lo típico.

Cuánto más nos acercábamos, más nervioso me ponía. Cuanto más dejaba atrás lo sucedido con Gabriela y más pensaba en lo que podía haber sucedido entre mi esposa y Daniel, más infartado me sentía. A ese sentimiento se sumaba una ansiedad opresora por no saber qué me iba a encontrar cuando llegásemos a aquel local. No sabía si podría soportar más a una Carolina distante, falsa y negadora de absolutamente todo.

—Me da un poco de rabia ir ahora donde ellos como perritos falderos, ¿no? No sé. Después del pedazo de ghosting que nos han hecho… —habló otra vez Gabriela, más para sí que buscando una respuesta en mí. Incapaz, al contrario que yo, de no exteriorizar aquello que sentía.

Finalmente llegamos a la entrada de aquel ya conocido local de copas. Parecía que había aún más ruido en el interior que antes. Gabriela me miró, parecía dudar. Era evidente que me iba a decir algo. Por sus dudas deduje que iba a ser algo importante o algo ligeramente vergonzante.

Pasaron unos segundos y no decía nada. Así que fui yo quién actuó, y lo hice tirando de la puerta metálica para que ella entrara primero. De golpe el sonido retumbante me impactó y mi corazón también comenzó a rebotar a un ritmo casi frenético. Y entonces Gabriela, cuando pasaba por delante de mí para entrar, se detuvo, y dijo en mi oído:

—¿Sabes? No tengo malas tetas, pero tengo mejor culo.

Me sorprendí. Y supe al instante que de aquello sí esperaba réplica.

Allí en medio, con la puerta abierta, con un mundo de silencio y casi frío a nuestra espalda, y con un mundo turbio, ruidoso y de calor frente a nosotros, le respondí:

—¿Me dices con eso que me equivoqué… con el destino de mis manos?

Y entonces me miró intensamente, ladeó la cabeza, su melena ondeó e hizo una mueca juguetona, como diciéndome: “quizás sí”.

Se perdió después en el estruendo, regalándome su última gracia y la visión más pulcra y neta de su culo en toda la noche. La potencia de su trasero bajo aquella minifalda elástica negra me distrajo unos segundos de Carolina y Daniel, cosa que soterrada pero intensamente agradecí.

Otra vez el ruido, los corrillos y el calor. Seguía sin haber demasiada gente, pero había más que antes. Y daba la sensación de que, a golpe de jueves, estaba cerca de sus máximos posibles.

Tardé apenas unos segundos en verlos. Gabriela se acercaba a ellos, que estaban junto a la barra, casi en el mismo lugar donde habíamos estado nosotros antes. Cómo no ver a Daniel. Cómo no ver aquella cabeza enorme y rapada. Cómo no ver aquella barba recortada y aquella sonrisa afilada. Cómo no verlo, además, precisamente aquella noche, disfrazado de hombre de negocios, con aquel traje oscuro y camisa blanca, como si fuera el pomposo dueño del local. A su lado, una chica rubia, grácil y bien plantada, mi mujer; una camisa rosa y una falda gris, ella sí, vistiendo ella la ropa y no al revés. El gigante acompañado de las dos mujeres: la jovencita descarada y espontánea, y la de treinta y tantos, supuestamente recatada, pero en el fondo, y dos semanas atrás no lo hubiera creído, más impúdica, por no usar otro término, que la primera. Recordé entonces que Gabriela me había dicho que habían follado aquel mediodía, en el hotel. Y quién me decía a mí que mi mujer no había caído también aquella noche, en aquella eterna hora y media. Si aquello efectivamente se había producido, quién de aquel local, y que mirase a Daniel con aquellas dos mujeres, se podría imaginar que aquel mismo día se había follado a las dos.

Llegué a ellos y lo primero que sentí fue que Daniel me evitó. O al menos no hizo por recibirme. Fue el primero en verme y su reacción fue la de girarse y beber de su copa. Gabriela me dio espacio y mi mujer me miró, y enseguida se acercó.

Vi en sus ojos, al instante, que pretendía seguir representando aquel delirante papel.

—¿Dónde estábais? —preguntó, hablándome cerca, pues no era posible otra forma de comunicarse teniendo en cuenta el ruido que había.

—¿Y me lo preguntas a mí? —contraataqué, y la miré: sin duda había un botón desabrochado de más con respecto a dos horas atrás, pero aquello no tenía porqué significar nada, y es que el calor era casi asfixiante.

Ella no respondió. Se limitó a encajar el golpe. Y a mi mente fueron otra vez las sábanas grises, el dormitorio desordenado, el olor a sudor y a sexo, los gritos de placer… Miraba a mi mujer y a veces tenía que desviar la mirada; la imaginaba sudorosa, entregada, recibiendo embestidas incesantes de aquel animal, mientras yo la esperaba en nuestra casa…

Carolina bebía de la pajita de su copa y perdía su mirada observando a la gente que nos rodeaba. Su camisa rosa, arremangada hasta casi los codos, revelaba que tenía calor.

—¿Y tu chaqueta? —le pregunté al comprobar que ni la portaba ni estaba sobre la barra. Y de golpe sentía que yo mismo buscaba en su atuendo cosas que no me cuadrasen, cosas que pudieran aumentar las sospechas de que había sucedido algo, como si no llevar la camisa tan en su sitio, llevar un botón desabrochado, o no llevar la chaqueta puesta, pudiera significar algo.

—¿Mi chaqueta? Pues en el ropero.

—¿Hay ropero aquí? —me extrañé.

—Arriba, debe de haber algo parecido. Este conoce a un camarero y me la ha subido.

—¿Te la ha subido? ¿Tanta logística por una chaqueta?

—Pues sí. El chico la iba a poner ahí, detrás, debajo de la barra, le dije que si estaba de coña, y la acabó subiendo.

—¿Y él no se quita la chaqueta? —pregunté, siendo consciente del absurdo de tanta pregunta. Pero Carolina, a pesar de saberlo tan bien como yo, no protestaba.

—Se lo dije… pero dice que si se pone a sudar… prefiere llevarla puesta.

Yo imaginé entonces la espalda de la camisa blanca de aquel gigante, sudando a chorros, y decidí apartar aquella imagen de mi mente cuanto antes.

De nuevo, como en la coctelería, no éramos cuatro, sino dos y dos. Daniel hablaba con Gabriela y yo entonces, junto a mi mujer, y llevando mi mano a su copa, que estaba sobre la barra, le pregunté:

—¿Qué es?

—¿Esto? ¿Qué va a ser? Ginebra —contestó, ya más arisca, como si hubiera cubierto el cupo de respuestas mansas a preguntas absurdas. Y comencé a beber de su copa, mirándola, como diciéndole que las preguntas serias aún estaban por llegar.

La ginebra gélida rasgaba mi garganta. A mi cuerpo le costaba reemprender la marcha, volver a adaptarse, volver a hacerse al ruido, a la música, al calor y al alcohol.

—¿Qué habéis hecho… este rato? —preguntó entonces mi mujer, y a mí casi se me escapa una sonrisa al escuchar la palabra “rato”.

Me encogí de hombros y ella, más habladora de lo habitual, como si prefiriera preguntar ella a que preguntase yo, continuó:

—¿Muy tontita la cría?

—¿Qué? ¿Perdona? —le pedí que repitiese en mi oído.

—¡Que si muy pesada la niña!

—Ah, no… Bien. ¿Y vosotros qué tal? ¿Qué era eso de lo que él quería hablar contigo? —le

pregunté, de manera algo desordenada, en tono alto junto a su oreja, asegurándome de que me escuchaba.

Carolina rescató entonces su copa de mi mano y, antes de beber, me dijo, casi en un grito:

—¡Trae! ¡Que me la vas a calentar!

Afortunadamente, tras un efímero trago, volvió a llevar su rostro hacia mí:

—Básicamente me pidió perdón. Eso fue de lo que hablamos.

—¿Hora y media pidiéndote perdón? ¿Y perdón por qué? —pregunté.

—Hombre, ya me dirás… Traerse a la cría esta para… Supongo que te habrás enterado que pretendía… liarse con ella y que nosotros mirásemos.

—Ya… Ya. Lo que no sé es por qué, ni para qué —le dije, y volví a coger su copa y a beber. Mientras, veía cómo un grupo de gente se colocaba entre nosotros y Daniel y Gabriela, por lo que a ella ya no la veía, pero lo seguía viendo a él, alto y cabezón, allá en la distancia, bebiendo, y sonriendo ásperamente de vez en cuando.

—Ya, ni yo.

—Ah, ¿tú tampoco? ¿Una hora y media pidiéndote perdón y no te explica a cuento de qué lo de venir con la chica?

—Qué pesado con lo de la hora y media. Ya te dije que también tuvimos que cargar mi móvil.

Entonces la miré. Miré su escote. Desde mi posición, casi podía atisbar el nacimiento de su sujetador. Observé su rostro: la vi especialmente guapa, lúcida, fresca, despejada. Sus mejillas levemente sonrojadas, seguramente por el calor. Mi mente volaba a un supuesto pasado en el que aquel rostro agraciado y aquel cuerpo perfecto se retorcían de placer sobre aquellas sábanas grises. Y mi mente también estaba en el dramático presente, en el que seguía buscando signos de reciente infidelidad, y de nuevo concluía que era absurdo, al fin y al cabo el ejemplo lo tenía en mí mismo, en Gabriela y yo, que habíamos hecho lo que habíamos hecho sin dejar rastro.

—Cargar el móvil… —repetí.

—Sí. Ya te lo he dicho.

La miré de nuevo fijamente, y dije:

—O sea que subiste a su habitación. Su hotel está al lado.

La escudriñaba con la mirada. La retaba. A ver si era capaz de mentirme. A ver si tenía la osadía de inventarse algún disparate como que un camarero se lo había cargado en la coctelería o a saber qué extravagancia.

—Fue él. Y lo dejó allí cargando. Y después volvió. Tranquilo que no hemos hecho nada —dijo con chulería.

—Ah, ¿no?

—Pues no. Qué quieres que te diga… Si quieres te miento y te digo que sí —respondió, esta vez con todavía más arrogancia.

Carolina devolvió la copa a la barra. Nos dimos un respiro. Yo llamé la atención del barman y pedí una copa para mí. Mi esposa y yo parecíamos casi dos enemigos, dos antagonistas. Venía de una sintonía casi máxima con una desconocida y sentía a mi propia mujer como una extraña. Sentía la existencia de un muro, el muro eran sus mentiras. Si bien yo podía presentir que ella dudaba. Dudaba cómo seguir, qué revelarme. Tenía el pálpito de que tras tanta mentira y negación pronto vendría una verdad que ella quería que yo empezara a asumir.

Recordé entonces aquello que me había dicho en la coctelería al respecto de que, tras haber estado con Daniel, ella había vivido o sentido algo que le había hecho pensar que, gracias a él, las cosas entre nosotros podrían mejorar. O, en otras palabras, que podría hacer que nuestra vida sexual mejorase. Me preguntaba si, en el intento de salvar nuestra vida sexual, se estaría destruyendo todo lo demás.

Bebíamos en silencio. Yo no la miraba, pero sentía que ella me miraba a mí. Seguía sin ver a Gabriela, pero la cabeza de Daniel continuaba asomando por encima de la gente. Y entonces, como un extraño brote, como un resorte imprevisto, sentí una tensión consciente, pues me encontré pensando en cómo era posible que, apenas media hora antes, podía haber estado besándome y tocándome con aquella chica… Y después, mientras intentaba asumirlo y digerirlo, me pregunté de qué estarían hablando. Confiaba en que ella no le diría nada de lo nuestro, y a la vez llegaba a estar casi convencido de que Daniel sí le estaba contando lo que había hecho él. Estaba seguro de que lo que él contaba era muy diferente de la versión que me acababa de dar mi mujer.

—Rafa —escuché entonces cómo mi mujer venía a mí.

Yo bebí de mi copa, y seguí observando a Daniel, como si lo culpase por algo, cuando él no era, ni de lejos, el mayor culpable.

—Rafa, mírame —dijo entonces, más cerca, en tono serio pero conciliador.

Yo obedecí. La miré. Sus ojos felinos me observaban con una extraña y viva entrega. Sus labios, húmedos por la bebida, brillaban de una manera sutil e hipnótica.

Y entonces dijo en mi oído:

—Mira, es verdad. Pasó algo, pero no hoy. Te tengo que contar una cosa.

Mi corazón empezó a bombear sangre de manera descontrolada. Mi pálpito de que mientras hablábamos, y sobre todo cuando habíamos dejado de hablar, ella había estado dudando si empezar a confesar, no había fallado. Al fin y al cabo no iba a tener contexto más propicio: el alcohol, la noche, el propio amante presente, y precisamente mi aceptación de estar allí, le habrían dado seguro el impulso definitivo.

Todo mi cuerpo se había alertado. Mi garganta había tragado sin previo aviso. La dulzura de su tono, que aún rebotaba en mí, me había embaucado, casi hechizado, pero quise mantenerme

firme:

—Dime. Cuéntame —le dije con parquedad.

—Pues, que no he sido del todo sincera.

—Ah, ¿no? ¿No me digas? —pregunté sarcástico.

—No me lo pongas más difícil —dijo en mi oído, de forma casi sedosa, y su melena rozó mi mejilla, haciéndome sentir un cosquilleo suave, y su perfume intenso y cálido puso el resto para afectarme.

—No. Vale. Venga. Dime —respondí, y tragué saliva otra vez.

Y quise mirarla. Porque sabía que era inminente. Que me lo iba a decir. Que iba a confesar. Pero no pude, no pude porque para hablarme ella tenía que hacerlo cerca. Y entonces se produjo, llevó su boca a mi oído y, casi acariciando mi mejilla con la suya, dijo:

—Pues el jueves ese, de hace dos semanas. Que me estuviste diciendo que me besara, y después que no… Y que te dije que no… Pues sí que me lié con él. Sí que nos besamos. Nos besamos y algo más.

—¿Algo más? —pregunté instantáneamente, tenso, extraordinariamente ansioso, pero asomaba también un hálito de alivio que me hacía sobrellevar mi nerviosismo, como si su rendición fuera el primer paso que necesitaba.

—Algo más, sí. Mucho más —respondió.

CAPÍTULO 23

No tuve que disimular. No tuve que fingir que no lo sabía, porque escucharlo de su boca ponía todo en otra dimensión. El impacto era real.

Mi pulso se aceleraba. Y quería saber más, más de aquel “mucho más”. Saber si lo confesaría todo. Ella me miraba. Su mirada comenzó neutra, después pasó a enigmática, incluso algo agresiva, como si me dijera con los ojos: “¿Querías saberlo? Pues ahora ya lo sabes”. Desde luego no vi culpa. Tampoco llegaba al extremo de mostrar crueldad o regocijo.

Todo a nuestro alrededor: la música, el murmullo, el jaleo, era un compendio tosco y extenso. Mientras, yo sentía un pinchazo en mí: punzante, afilado, preciso, exacto.

La pregunta a formular era evidente. Ella, a aquellas alturas, tenía ya que preferir decirlo, escoger sacárselo de encima. Y yo quería que lo verbalizase. Me armé de valor. A pesar de ya saberlo,

era evidente que aquello podría cambiar nuestra vida, nuestra vida en común, nuestro matrimonio.

Me volqué hacia ella. Ataqué su mejilla, su oído, posé una de mis manos en su cintura, mitad en falda, mitad en camisa, con sutileza, para fijarla, y le dije entonces:

—¿Qué es “mucho más”?

Yo, pegado a ella, mejilla con mejilla, piel con piel… olía de su perfume, olía de su pelo, sentía su tacto… y esperaba la frase que pondría ya todo sobre la mesa.

—Pues… mucho más… es que… —comenzó a decir en mi oído, cuando de golpe algo nos sobresaltó: un movimiento, una voz, un desorden.

Me retiré un poco y vi una mano enorme abajo, posada sobre la cintura de mi mujer, pero en el otro costado. Aquella mano era de Daniel, un Daniel que aparecía de la nada: grande, enorme, ocupándolo todo. En mi cabeza resonaba su voz profunda, extraordinariamente inoportuna:

—Ey, Rafael, te la robo un segundo, ¿eh?

Su irrupción, abrupta y desagradable, nos cogió por sorpresa. Yo retiré mi mano de la cintura de mi mujer, y ella, de forma hábil y rápida, apartó la de él, como si no aceptara tal exceso sin previo aviso y en campo abierto. Pero él no se detuvo e, inclinándose sobre ella, empezó a hablarle al oído. Todo había sucedido a una velocidad vertiginosa. Cuando pude darme cuenta, él le hablaba, y ella lo escuchaba, mirando al tumulto que nos rodeaba, y yo me limitaba a beber y a observarlos.

Cuando los veía juntos no llegaba a sentir dolor, como si la indignación y la incomprensión cubrieran ese sentimiento. No entendía qué había visto en él. Por un lado, podía aceptar su contundencia física como un atributo, pero ni de lejos bastaba para compensar el esperpento que era en todo lo demás. En el fondo, él representaba todo lo que ella había confesado detestar en un hombre: la rudeza, la zafiedad, el exceso; su personalidad primaria y su vulgaridad. Podría entenderlo si al menos fuera atractivo, si su rostro sumase, si fuera positivo, pero salvo los ojos, el resto de sus facciones resultaban antiestéticas e incluso desagradables. Daniel volvió a poner su mano en la cintura de ella y le habló al oído; esta vez, ella no apartó la mano. Recordé entonces aquellas clases de italiano con Daniel, esos intentos suyos de conquista con mujeres que no le llegaban ni a la suela de los zapatos a Carolina, y, sin embargo, ninguna de ellas había estado ni remotamente cerca de caer.

Pensé, por otro lado, que aquella conjunción de defectos era una ventaja para mí: ¿cómo podría mi mujer sentir algo más que mera atracción física por alguien así? Si ocurriera, sería algo no solo peligroso, sino definitivo. Pero tampoco las tenía todas conmigo: donde ocurre un fenómeno extraño, bien pueden ocurrir dos.

Alcé la vista un instante para intentar ubicar a Gabriela, pero no la encontré. Luego volví mis ojos a mi esposa y a aquel gigante, y vi cómo él, al inclinarse para hablarle, casi hundía su enorme cabeza en el escote que dejaba su camisa rosa, ligeramente desabotonada. Mis ojos iban de uno a otro, como los de un voyeur enfermizo que disfruta más del cortejo, del "no, pero sí", del juego de fuerzas, que de la culminación. Mi mujer a veces le rebatía, a veces se apartaba un

poco, a veces bebía, a veces le dedicaba gestos de desaprobación, caras de desagrado, pero ni terminaba de rechazarlo ni me buscaba con la mirada. Él, una y otra vez, se acercaba a su mejilla, a su oído, siempre depositando allí muecas, risas y sonrisas, y constantemente llevaba su mano libre a los cuellos de su camisa para acomodarlos bajo su chaqueta, como en un tic de presentador de concursos pasado de moda.

Y otra vez dirigí la mirada a mi mujer: a sus piernas esbeltas y torneadas, a su falda de tubo gris que cubría justo hasta lo decoroso, pero que dejaba algo de muslo a la vista. Luego, mis ojos volvieron a él, a aquel gigante trajeado, y recordé cuando, dos semanas atrás, mientras yo los espiaba, ella le había dicho que yo me equivocaba sobre por qué le gustaba el video pornográfico que veíamos juntos; no era por los hombres maduros, sino por los hombres trajeados. Me pregunté entonces si Daniel habría elegido su atuendo por eso. Y después, sentí cómo mi corazón se aceleraba y me dije que no podía ser cierto… pero ¿cómo descartar ya casi nada? Me pregunté si lo habrían hablado, si incluso ella misma se lo habría pedido. Imaginar que mi mujer pudiera proponerle ese tipo de cosas para excitarse me hería tanto como una infidelidad carnal.

Finalmente, mi mujer se dignó a mirarme y, alzando las cejas mientras retiraba aquella mano furtiva de él, parecía decirme que realmente quería quitárselo de encima. Así fue: unos instantes después, ella le dijo algo y gesticuló, como si se estuviera excusando. Él entonces se giró fugazmente hacia mí y después volvió a ella y aceptó su retirada.

Se apartaron, aunque él no se fue sin dejar su sello: un toque impostado y dominante, casi territorial, con el dorso de los nudillos rozando con suavidad la mejilla de mi mujer. Ella reaccionó al instante, removiéndose, apartándose, y haciendo un gesto de tirria y repulsión.

Caminó entonces, con rostro serio y aún afectada por el último gesto de él, los tres o cuatro pasos necesarios hasta llegar a mí; se inclinó hacia mi oído y dijo en voz muy alta:

—¡Perdona…! ¡Es un…!

—¿Un qué? —pregunté, en tono necesariamente elevado por culpa de la dichosa música, deseando una palabra fuerte o incluso un insulto.

—¡Un… puto liante! —contestó, decepcionándome.

—¿Qué quería? —pregunté.

—¡Nada! ¡Chorradas!

—¿Chorradas?

—Sí, chorradas… Quiere cambiar de local porque no le dejan subir a la planta de arriba —dijo a mi oído, haciendo pausas para coger impulso y volver a alzar la voz—. Y le dije que no… Que quizás hasta me termino ésta copa y me voy —continuó casi a gritos, pues luchaba por vencer el ruido de la música, y cada frase la decía en un esfuerzo por hacerse escuchar.

—Oye —continuó casi gritando— ¿nos apartamos un poco y seguimos hablando? —dijo y miró hacia arriba—. Este altavoz de ahí encima me está matando.

Seguí su mirada y también alcé los ojos. Ubicado el altavoz, asentí y me dejé llevar con ella entre un par de grupos de gente, en dirección a un lugar más cercano a la salida, donde el ruido y la multitud no eran tan intensos.

CAPÍTULO 24

Una vez consideramos que la nueva ubicación era idónea, nos detuvimos, y, ya sin necesidad de gritar, porque ningún altavoz nos atacaba directamente, dijo en mi oído:

—Aquí mejor, ¿verdad?

—Verdad —contesté algo seco, y es que la conocía a la perfección, por lo que había sabido al instante, solo por su lenguaje corporal y por la entonación de esas tres palabras, que iba a retomar el tema que habíamos dejado a medias sin reparo y sin culpa.

—Bueno… ¿Qué me habías preguntado? —dijo sin más demora, confirmando mi presagio y pegada a mí; y yo, bajando la cabeza para escucharla mejor, noté cómo asomaba sutilmente un sujetador oscuro por el escote de su camisa. Entendí entonces que Daniel, que había conversado más inclinado hacia ella que yo, habría visto no solo lo mismo, sino probablemente mucho más.

Su pregunta había sonado casi superflua, como si no fuera grave ya la confesión de haberme mentido y de haberse besado con él, sumado a aquel “mucho más”. Un “mucho más” que rescaté inmediatamente:

—¿Te había preguntado qué es eso de “mucho más”? Eso de que has hecho mucho más.

—Ah. Ya. Bueno, antes de que te enfades… tenemos que poner en perspectiva que esto fue idea tuya en origen…

—Sí, sí. Ponemos en perspectiva lo que quieras, ¿pero qué es “mucho más”? —interrumpí serio.

Ella se mantuvo un instante callada. Y yo, en un tono menos beligerante, continué:

—Simplemente te pregunto qué puede ser más que besarse. Evidentemente puede ser absolutamente todo. Dímelo y ya está.

—A ver, Rafa, no creo que estemos preparados para detallar aún ese tipo de cosas —dijo en mi oído, como si tal cosa.

—¿Estamos preparados para hacerlo, o estás preparada tú, pero no para contarlo? —me indignaba yo, si bien sabía que debía dejarla hacer, que la conversación estaba realmente cerca de que ella se cerrara en banda.

—No sé, Rafa. No te quiero recordar aquello de “cornudo sumiso” —dijo, atacándome, haciendo mención a una frase que yo le había escrito aquella noche y que nunca había sabido muy bien por qué.

Intenté controlarme. Sabía que ella iba a seguir hablando, lo sentía porque seguía pegada a mí, sin dar por zanjada la conversación. Así que me mantuve en silencio mientras alzaba la mirada y encontraba a Daniel, a unos quince metros, hablando con un chico, y seguía sin saber dónde estaba Gabriela, por lo que llegué a pensar que quizás se habría manchado.

—Además —continuó hablando en mi oído— esto que te cuento está relacionado con lo que te dije antes de que esto que ha pasado creo que puede ser bueno para nosotros. En ese sentido creo, bueno, o es evidente, que tenías razón.

Me retiré un poco, extrañado. La miré a los ojos. Ella se colocaba el pelo detrás de la oreja y después cruzaba los brazos, con su copa en la mano y con su bolso colgando del hombro.

Le hice después un gesto con los ojos cómo diciéndole que estaba dispuesto a escuchar. Ella aprovechó entonces el permiso para proseguir:

—A ver, Rafa. Es difícil de explicar, ¿vale? A ver —dijo, cogiendo resuello—. La noche que pasó eso con él —decía ella en mi oído y yo no me podía creer que esa fuera la forma ni el tono en el que una esposa confiesa una infidelidad a su marido, pero la dejé hacer—. Esa noche… después, digamos… sentí cómo… Digamos que me sentí otra persona, ¿vale? Como una persona que fui, pocas veces, pero que fui alguna vez, hace tiempo, antes de conocerte… Una persona que no conoces… pero… Es que no sé, no sé si seré capaz de explicarlo.

—Pues inténtalo —dije yo, y di un trago a mi copa, frente a ella.

—Pues a ver… Me sentí… No la más… no sé, recatada del mundo precisamente, o no sé cómo decirlo. A ver. Digamos que sentí además que si tu supieras que yo había hecho eso, y además sin ser un favor hacia ti, sino que lo había hecho por mí misma… pues como que… no sé. En fin. Te lo digo tal cual me sale: esa noche al llegar a casa me excité al pensar lo que tú pensarías si supieras lo que había pasado. No me excité tanto por lo sucedido, sino por lo que tú pensarías de mí al saber lo sucedido. No sé si me explico.

—No mucho… —apostillé, si bien sí lo estaba entendiendo.

—Pues, jobá, Rafa, eso —jugaba ella, en tono afable—. A ver. Sentí que si tú supieras lo que había hecho, me ibas a considerar… una guarra, y yo al saber que tú pensabas eso de mí… Pues… Me excitaba pensarlo, la verdad. Aunque ahora que ya lo sabes… no sé si lo piensas.

—¿Y quieres que lo piense? —le pregunté, llevando una mano a su cintura y agachando la cabeza de nuevo, para escuchar su respuesta.

—No es algo que yo tenga que querer…

—Pues… Si te digo la verdad —dije, alzando el rostro para hablar en su oído, y sintiendo cómo ella también tocaba mi cintura—. Si te digo la verdad… si es cierto que no solo te besaste con ese tío, y, como supongo… es que “mucho más” es que… ese cabrón te ha follado… creo que eres un putón de mucho cuidado.

Mis pulsaciones se aceleraron tras pronunciar aquello. Lo sentí cómo si me escuchara desde fuera. Y, casualidad o no, me pareció sentir cómo Carolina me había apretado en la cintura de una manera algo más fuerte, en el preciso instante en el que había pronunciado la palabra "putón".

Ella no decía nada. Yo retiré un poco mi rostro. Sus ojos lucían cristalinos, casi acuosos. Sus mejillas sonrojadas. Me miraba fijamente. Sus labios tiernos eran un reclamo. Y yo no sabía qué sentir: el alcohol, la música, aquella confesión, su amante a pocos metros, lo vivido con Gabriela… era más de lo que podía digerir.

—¿Eso piensas de mí? —preguntó, acercándose y volviendo a apretar con un poco más de firmeza en mi cintura.

—Sí… Si habéis follado me pareces un pedazo de… putón —contesté convencido.

—¿Me lo dirías? —preguntó, de nuevo seria, pero con un poso de suavidad, mirándome fijamente, arrastrando las palabras cerca de mis labios.

—Que te diría qué, ¿eso? ¿cuando? —pregunté, bajando mi mirada y observando de nuevo aquel canalillo estrecho, aquel desfiladero que permitía su delicada camisa rosa, aquel brote sutil de dos pechos contenidos por un sujetador en dos contundentes copas, y que los juntaban un poco, casi haciendo que contactasen uno con otro.

—Sí, si me dirías eso… follando —dijo acercándose más—. Si me dirías que… soy un putón… la próxima vez que me folles.

Nunca la había escuchado hablar así. Lo había intentado, durante meses, quizás incluso años, y nunca lo había conseguido. La carga erótica de sus palabras me sorprendía tanto como me encendía.

—¿Sabes, Rafa? —volvió a casi soplar en mi oído—. No quiero hacer el amor porque nos queramos. Al menos no siempre. No quiero que me hagas el amor por lo que sientes por mí, porque soy tu mujer… Ni siquiera porque te atraiga… físicamente —susurraba de manera entrecortada y melosa.

—Ah, ¿no? —la provoqué.

—No… No quiero eso. Quiero que… me folles… por lo que también soy, porque está claro que también soy esa… quizás hasta quién sabe si soy más esa que la otra… Quizás soy sobre todo esa a la que llamas… putón —dijo y depositó un suave beso en mis labios.

Cara a cara. Labio con labio. Le devolví el beso. Sus labios, tiernos y frescos, eran los de mi esposa, pero a la vez no lo eran, eran conocidos pero a la vez no lo eran ya.

—¿Sabes? —continuó— estas semanas, cada vez que imaginaba que sentías eso, que pensabas eso de mí. Cuando imaginaba que confesaba lo… guarra que había sido e imaginaba que te enfadabas y… que me decías que era una guarra… me excitaba al pensarlo.

—Ah, ¿sí? ¿Lo imaginabas? —la incité, y subí un poco mi mano por su torso, ascendiendo de su

cintura hasta casi palpar uno de sus rotundos pechos.

—Sí… Lo imaginaba y me excitaba… Pero está siendo mejor… de lo que…

—¿Mejor la realidad? —la interrumpí en un susurro, juntando mi mejilla a la suya, y subiendo aún más mi mano, posándola ya sin reparo sobre una de sus tetas, sobre su camisa.

—Sí… —gimoteó ella, bajando un poco su mano y palpando ligeramente mi culo sobre mi pantalón—. Me siento… No sé… Rafa… Desde que me has llamado… putón… No sé… ¡Dios…!

—¿Qué?

—Que estoy… súper cachonda…

—Ah, ¿sí? —susurré, y apreté un poco en su teta con mi mano, y llevé mis labios a los suyos, pero esa vez fui más allá y abrí la boca. Y ella me secundó, y en un instante nuestras lenguas, húmedas, eléctricas, entraron en contacto. El corazón se me salía del pecho. Sentía el suave tacto de su camisa y, debajo, firme y a la vez tierno, el contacto de su pecho en mi mano. Sentía cómo ella apretaba mi culo con su mano libre. Y sentía una descarga al recibir el impacto de su lengua, ávida y ansiosa… Le comía la boca a mi esposa, en aquel desconocido local… y ella me seguía con igual deseo. Nos comíamos la boca como nunca lo habíamos hecho, y yo sentí un cosquilleo que no era exactamente amor, ni lujuria, ni felicidad; era algo que no había sentido, algo parecido a sentir orden dentro del desorden, a sentir paz en pleno combate. Me sentía pletórico a la vez que dolido. Y quizás, por primera vez, sentí que ella me sentía a su altura, y lo exteriorizaba mostrando un deseo recíproco, correlativo, bilateral, por fin.

El beso se prolongó y dio paso a otro. Mi mano en su teta fue después a su cuello y a la parte inferior de su rostro y la afiancé con decisión en el posterior morreo. Ella ronroneaba y jugaba con sus dedos sobre mi fino pantalón; a veces apretando, a veces soltando. La humedad de nuestras bocas también era desconocida. Y entonces susurró:

—Llámamelo…

—¿Que te llame qué…? —provoqué, manteniendo mi mano en un flanco de su cuello, bajo su melena, y depositando un pico en su boca.

—Llá-ma-me-lo… —gimoteó, marcando las sílabas, de nuevo en mis labios.

—Putón… Eres… un pedazo de pu-tón… —le susurré, y ella de nuevo apretó mi culo, y bajó súbitamente el rostro, añadiendo un fragmento de vergüenza a su excitación.

Levanté entonces la mirada y mis ojos se encontraron directamente con Daniel, que parecía ajeno a lo que hacíamos, y que seguía hablando con un chico en la distancia.

Y sentí que una parte de mí creía a mi mujer, pero otra no era capaz de reconciliarse con tanta rapidez, por alentadoras que fueran sus palabras y por mucho que su excitación me mostrase una Carolina no solo irreconocible, sino también ilusionante.

Quise ir más allá:

—¿Y qué tal besa el cabrón ese? ¿Besa bien? —pregunté, de nuevo completamente pegados, oliendo de su pelo y de su perfume.

—Hum-hum… —afirmó ella enseguida, casi en un ronroneo, cohibida, pero sin vacilar ni un instante.

Yo dudé entonces en preguntar por el sexo en sí, pero tomé otra dirección:

—¿Y hoy? ¿Hoy te besaste con él?

—¿Hoy? —se extrañó, pero mantuvo el tono cómplice—. Ya te he dicho que hoy… no hemos hecho nada.

Entonces me aparté un poco. Llevé mis ojos a Daniel, y de nuevo a ella, y, mientras miraba otra vez a aquel cabrón, le dije:

—Pues quiero verlo, Carolina… Si tengo un putón en casa quiero verlo.

Ella se volteó ligeramente, para seguir el recorrido de mi mirada. Hasta que sus ojos se depositaron en su amante que, enorme y desgarbado, seguía conversando con el mismo chico.

—¿Ahora? —preguntó volviendo a mí, y su entonación, no solo nada beligerante, sino incluso meloso, me espoleó para responder con firmeza:

—Sí. Ahora. Quiero que te beses con ese cabrón. Quiero confirmar con mis propios ojos lo zorra que es mi mujer.

Después de decirlo nos miramos fijamente a los ojos. A mí cada vez me resultaba menos extravagante hablarle así. También ayudaba el hecho de ver su mirada encendida, sus mejillas irradiando calor y aquel escote que, por sutil que fuera, habría tenido remedio hacía tiempo si ella hubiera querido.

Negó apenas un poco con la cabeza, como si no quisiera aceptar lo que le pedía, pero su postura la traicionaba: ventiló su nuca haciendo volar un poco su melena con una mano, después ajustó el bolso en su hombro y, tras una pausa, murmuró:

—Está hablando con alguien… ¿de verdad necesitas verlo? Podríamos ir a casa y te lo podría contar…

—Prefiero verlo. Y no hay problema porque esté con alguien. Vas allí. Te pones a su lado y esperas a que termine —le dije, en lo que fue en esencia una orden, adoptando yo mismo un nuevo rol que, quizás sorprendentemente, sentí que no me costaba desempeñar.

—Humm… Ya… Qué cabrón… —protestó entonces, aunque jugando, y entonces yo bebí de mi copa y, mientras lo hacía, dijo en mi oído:

—Me acaba de ver. No quiero darle gusto de ir directamente hacia él. Hacemos una cosa: voy a ver si encuentro el baño… Y a lo mejor a la vuelta no te encuentro… y no me queda otro remedio que ir adónde está él… ¿Te vale?

—Me vale —contesté.

CAPÍTULO 25

¿Y si fuera cierto? ¿Y si esa fuera la solución? ¿El remedio era dramático, o lo dramático, lo doloroso, ya había sucedido? Había habido mentiras, pero, ¿y si el fin justificaba los medios? ¿Acaso yo era completamente inocente? ¿Acaso no le mentía al no decirle que conocía a Daniel? ¿Acaso no le mentía al no decirle que lo sabía todo? Ella me había humillado, pero, ¿no la había humillado yo a ella en casa de Daniel, haciéndome pasar por él y derramándome sobre su rostro como un auténtico depravado? ¿No me había excitado, incluso masturbado, viéndola? ¿No podría haberla detenido si realmente lo hubiera querido?

No buscaba repartir culpas por lo que nos habíamos hecho; tenía claro que ella salía perdiendo, aunque lo vivido recientemente con Gabriela también restase en mi contra. Buscaba ser pragmático: ella parecía haber encontrado una solución. Si quería de mí un hombre que, en la cama, en el sexo, le reprochase y la agraviase… si buscaba un marido que la considerase todo lo opuesto a una esposa recatada y fiel, no le iba a costar encontrarlo.

Nunca hubiera pensado que la llama del deseo, de ella hacia mí, pudiera encenderse por cómo la juzgase, por cómo la estimase. Y me preguntaba: ¿Y ahora qué? ¿Era suficiente lo vivido? ¿Para que yo la considerase una zorra y así se lo hiciera saber, necesitaba ella incidir periódicamente en comportarse como tal? ¿Lo necesitaba yo?

Quizás solo tenía una cosa clara: el amor. No sentía ni un ápice menos de amor por ella. Ni siquiera instantes atrás, cuando no sabía que su aventura se instalaba dentro de un remedio. No la amaba menos porque tuviera aquella cara oculta. Quizás solo si ella me dejase de querer, de evidenciar afecto, de mostrarme con su mirada, en los contextos más anodinos, que todo estaba bien, que me quería como siempre, pudiera dejar de amarla. O quizá ni así.

Sí, había estado más cortante, más distante en esas semanas. Yo también, lógicamente, en cierto modo. Sin embargo, incluso en esos días, habíamos compartido momentos idénticos a los de siempre, no solo en actividad y rutina, sino también en nuestro vínculo, en el amor continuo. Imaginaba, además, que ahora, con todo sobre la mesa, las cosas volverían casi a la normalidad. Habría un cambio, eso sí, uno enorme; un enorme giro en nuestra vida sexual: mi esposa había sido infiel y se sentía o se había sentido atraída por otro hombre, y ahora yo debía follarla como se merece una esposa que ha actuado así. Quizás, más que aceptar esta nueva realidad, se trataba de aprovecharla, sobre todo después de las penurias sexuales por las que habíamos pasado.

Un repentino toque en mi brazo me sacó de mi estado de cavilación y trance. De golpe, me encontré con Gabriela a mi lado, hablándome. Me dijo algo al oído, pero no lo entendí y le pedí que lo repitiera. La vi menos guapa de lo que recordaba. Me ocurría otra vez: después de estar

con Carolina, después de pasar un tiempo cara a cara con su belleza armónica, mi subconsciente, sin querer, le exigía lo mismo a los demás. Yo mismo sabía que era tan absurdo como injusto.

—Que digo que me he cruzado con tu monjita… —escuché entonces con más claridad.

Gabriela llevaba la cazadora colgada del brazo y no sostenía ninguna copa en la mano. Su gracia parecía más apagada, y había en ella un deseo latente de marcharse.

—Ya. Se acaba de ir al baño —le dije, y mis ojos se detuvieron, con una pizca de culpable deseo, en aquel peculiar corpiño corto que dejaba su cintura al descubierto, realzando de manera intensa y sensual sus pechos medianos. Pensé entonces que, si ella llevaba algo así con tanta naturalidad en público, entendía que viera el atuendo de Carolina casi como el de una recatada monja con su camisa rosa, por mucho que llevara, cuando se habían encontrado, un botón desabrochado, o incluso aunque se le hubiera soltado alguno más.

—Sí, ¿no? Bueno, yo me voy. ¿Me sujetas esto? —me dijo, dándome su bolso, y comenzando a ponerse su cazadora de cuero.

Aproveché aquel momento para llevar la vista a lo lejos y escudriñar el local. Percibí que quizás hubiera menos gente que antes. Daniel seguía hablando con aquel hombre y no había ni rastro de Carolina.

Volví mi mirada a Gabriela, que con movimientos lentos y absortos, deslizaba los brazos por las mangas de su cazadora de cuero. Su melena oscura quedó atrapada al principio bajo el cuello de la cazadora, y ella, casi en automático, la sacudió con las manos, liberándola en una cascada oscura que le cayó sobre la espalda. Lo hacía con aire ausente, como si su mente estuviera lejos. Entonces, sus ojos se alzaron y se posaron en los míos. Yo, en silencio, sostenía su bolso. Me miró fijamente, sin decir nada, pero parecía, otra vez, a punto de decirme algo.

Alargó una mano para recuperar su bolso, lo colgó sobre un hombro, se acercó después a mí, y dijo:

—En fin. Eso. Que me voy. Y tú… vigílala.

Me sorprendí. No lo esperaba. Me quedé extrañado.

—¿A ella? ¿A Carolina? —le pregunté.

—Pues claro. A quién va a ser.

Tuve el pálpito instantáneo de que ella sabía más que la última vez. Mi mente funcionaba a toda velocidad, y supuse que Daniel la habría puesto al día. Supuse que le habría dicho que yo no había estado presente ninguna vez con ellos. Y que la iniciativa no había sido consensuada, sino de Carolina.

—Ya… Bueno… Creo que… Vamos a ver cómo lo gestionamos… —le dije, dudando. Dudando de qué decirle y dudando sobre cuánto exactamente sabría ella.

—¿Gestionamos? —se revolvió molesta—. Mira, te lo digo porque me caes bien, porque la verdad es que no tendría ni que meterme. No sé. Mira. Te digo esto y nada más. Escucha: te la

están jugando. Bueno, Dani no, te la está jugando ella.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué sabes? —pregunté, y una parte de mí se alarmaba, y la otra, al contrario, creía que ella no sabía nada que yo no supiera.

—No sé. Ya te he dicho que no me quiero meter.

Cuando le iba a insistir una vez más para que se explicase, alguien captó la atención de ella. De golpe, dos chicos, algo más jóvenes que yo, pero seguramente mayores que ella, la abordaron. Uno más alto y dispuesto que el otro. Yo no sabía si se conocían o si estaba siendo un asalto a tumba abierta.

Aproveché entonces para alzar la mirada. Busqué a mi mujer en el tumulto, pero no la encontré. Después llevé mis ojos adónde debería estar Daniel, y no solo y en efecto estaba él, y también su amigo, sino mi mujer.

Algo me recorrió el cuerpo. Una agitación incontrolable. La situación era simple, sin gran complejidad, pero había algo morboso en ella; y lo había porque mi mujer cumplía, y por el contraste: Carolina, de pie junto a aquel hombre corpulento, esperaba pacientemente a que él terminara su conversación con su amigo y se dirigiera hacia ella. Otra vez se hacía evidente su flagrante diferencia de porte, su clara oposición en belleza. Y, a pesar de aquella discordancia, la que esperaba era ella.

—En fin chico, me voy —dijo entonces Gabriela, que parecía se había desecho de aquellos hombres sin mayor demora ni complicación.

Se acercó a mí. Nos dimos dos besos de despedida. Sentí entonces su tacto en mis mejillas y el olor de su perfume. Aquello me teletransportó a lo que había vivido con ella. Y sentí algo extraño: casi como una repentina y extraña nostalgia por haberla conocido. Y sentí que la quería retener un poco, quizás para que desarrollara aquella velada advertencia, quizás para no quedarme solo, pues desde luego, al menos por el momento, no tenía pensado ir adónde estaban Carolina y Daniel.

—¿Y cómo te vas? ¿Has venido en coche? Supongo que no pensarás conducir así —le dije, en un tono que salió quizás exageradamente protector, con una mano tibiamente colocada un poco más arriba de su cintura, sobre su cazadora.

—Evidentemente, no —contestó con una mueca de extrañeza—. Me paran y rompo el alcoholímetro. Que, por cierto, ¿lo han bajado? No sé. Decían que lo iban a bajar. Da igual, me han dicho que paran taxis justo aquí, doblando la esquina.

Yo entonces, sintiendo que se iba sin más interacción, y mientras llevaba mi mirada a Carolina y a Daniel, le dije al oído y sin pensar:

—Vale, bueno. Yo me quedo… e intentaré… controlar a mi mujer.

—¿Qué? ¿Perdona? No te he entendido —dijo y se acercó más.

—Que yo me quedaré un poco más… vigilando a ver qué hace mi mujer… —incidí en tono más alto, sin estar seguro de querer mostrarme tan resignado y consentidor ante ella.

Gabriela se giró un poco y, siguiendo el rastro de mis ojos, los encontró enseguida con su mirada. Seguían siendo tres. Carolina continuaba esperando a que él se dignara a prestarle atención. La escena tenía un poso humillante para mí, y sabía que Gabriela lo estaba percibiendo de la misma manera.

—En fin… —dijo, volviendo su atención a mí—. Ella te ha dicho que es por vuestro bien, ¿no? Pues ya está.

La miré fijamente, incrédulo. No entendía cómo sabía aquello. Mi corazón se aceleró, tragué saliva. La sombra de un mal presagio me golpeaba casi con más fuerza que nunca.

De pronto, alguien que quería marcharse tropezó con Gabriela, empujándola levemente. Ella se apoyó en mí y luego se giró. El chico, con semblante conciliador, le pidió disculpas, y ella respondió con un gesto con el que parecía decirle que tuviera más cuidado. Miré entonces hacia mi mujer mientras intentaba comprender, a toda velocidad, qué podría significar que Gabriela supiera aquello.

En ese momento, escuché un súbito “Bueno, adiós” en mi oído, y antes de darme cuenta Gabriela ya me había sobrepasado, encaminándose hacia la puerta.

Miré atrás, y luego hacia Carolina y Daniel, aún tremendamente afectado por aquella última frase de Gabriela. Si ella lo sabía, debía de ser porque Daniel se lo había contado… y porque a su vez Carolina se lo habría dicho a él. Me pregunté si contarle eso podía significar que no era cierto…

… que todo aquello no era más que una excusa para que yo no me enfadara, para que le permitiera seguir. El pretexto idóneo. La manipulación perfecta para continuar viéndose con Daniel.

CAPÍTULO 26

Intenté tranquilizarme. Me decía a mí mismo que era extraño que Gabriela lo supiera, pero eso no tenía por qué implicar necesariamente que lo dicho por Carolina fuera mentira. Se abrían dos caminos, y ambos eran un poco inexplicables: de lo que percibía en ellos no se desprendía que mi mujer tuviera, en absoluto, la confianza con Daniel como para hacerlo su confidente hasta el punto de contarle aquello. Tampoco, de ser una trampa o manipulación, ella ganaba nada diciéndoselo a él; podría perfectamente proceder con aquella farsa guardándosela para sí misma.

Cuando, solo entre el tumulto, llevé mi mirada hacia la posición en la que estaban ellos, atisbé que se despedían de aquel chico. Me fijé en él por primera vez: casi tan alto como Daniel, pero delgado, con el pelo corto y rubio, vestido con camisa azul. Se despedían ambos de aquel chico,

y es que, a pesar de que él no había mediado palabra con mi mujer, al menos que yo hubiera visto, el propio Daniel parecía aprovechar la despedida para presentarla finalmente. Seguramente la presentación no era por formalidad, sino para enseñar y presumir de compañía; una compañía dispuesta, además, a aceptar el desplante de tenerla varios minutos apartada y pendiente. Mi mujer y aquel chico se dieron dos besos, y él se retiró con gesto educado.

Llegaba el momento: Carolina y Daniel se quedaban solos. Mi mujer tenía una misión: complacerme. Yo sabía que su obediencia se debía a que seguramente sentía algo de culpa y a que, al fin y al cabo, no dejaba de ser un buen trato para ella. El acuerdo era claro: obsequiarme con la demostración, in situ, de aquella cara oculta suya, a cambio de que yo condonase, al menos un porcentaje, de aquellos desagravios que, a pesar de poder darnos réditos en cuánto a nuestro matrimonio y vida sexual, eran en sí gravísimos.

Mi cuerpo era un torrente de nervios y expectación. Daniel no tardó medio segundo en hablarle a mi esposa. Le hablaba cerca y ella reculaba. Tampoco es que me extrañase su actitud: si aquel hombre era descarado y decidido cuando tenía malas cartas, cómo no sería con todo a favor.

A veces me costaba observar todos los detalles entre tanta gente. Era como ver movimientos entrecortados e interrumpidos. Completaba los espacios que me faltaban con el relleno lógico. Carolina llegó a retroceder, segundo a segundo, paso a paso, mientras él le hablaba al oído, hasta que su espalda y su culo casi toparon con la pared. Él la abordaba de lado para atacar su oído, pero de vez en cuando colocaba una mano en la cintura de mi esposa, mano que a veces alcanzaba a ver y otras no, y que ella permitía allí durante un breve instante antes de apartarla con sutileza, sin demasiado desaire. Era tanto aquella mano en su cintura como aquella boca en su oído lo que la hacían recular.

De uno de sus hombros colgaba estoicamente su bolso, y aún portaba una copa en su mano, y a mí me daba la sensación de que solo la mantenía para tener a qué aferrarse. Él tenía las manos despejadas de sujetar o tocar nada que no fuera mi mujer. Carolina, acalorada, se arremangaba la camisa, casi como en un tic nervioso o un gesto automático, ante cada acometida. Para hacerlo se cambiaba la copa de mano a toda velocidad, se arremangaba con la mano libre, y miraba hacia la nada. Él, que seguía con la chaqueta puesta, lucía enrojecido aun en la distancia, pareciendo que iba a colapsar por el calor. Ella rebatía poco y escuchaba mucho. Él hundía sus labios casi en la oreja de ella y dejaba caer su mirada en su escote y canalillo. Y se dio entonces el primer paso para que ella cumpliera: entre un tumulto de cabezas, me buscó y me encontró. Una vez clavó sus ojos en mí, le dijo algo a él, sin dejar de mirarme, y él posó otra vez su enorme mano en su cintura, de manera, esta vez, casi completamente frontal.

Mi pulso se aceleró. Mi mujer, acorralada, se dejaba hacer. La mano de aquel cabrón subió entonces un poco más, lentamente, como recreándose en el tacto delicado de la camisa de ella y, justo antes de llegar a la altura de sus pechos, se detuvo. Le dijo entonces algo más en su oído, y miró más hacia abajo, con descaro, a su palpitante escote. Ella mantenía la mirada en mí y achicaba los ojos, afilando la mirada. Y no dejaba de sorprenderme cómo, a pesar de cómo él la abordaba, de cómo la acosaba y asediaba, ella era capaz de conservar una postura de autosuficiencia y una actitud arrogante; con sus hombros atrás y el rostro erguido.

El acoso era total. El gigante de traje oscuro, que ya había enclaustrado a su presa de camisa rosa, preparaba la estocada final, y esta se produjo primero como presagio: llevó aquella enorme

mano invasora al rostro de mi mujer. Estaba a punto de suceder; giraría levemente la cara de ella y la besaría. Y no era lo acordado. Ella debía ir a él, mostrarme una actitud proactiva que yo pudiera castigar, no una simple disposición a dejarse hacer. Y entonces, antes de que él pudiera dar el paso definitivo, ella apartó aquella mano que pretendía hacer de timonel y que resultaba posesiva y casi ultrajante, y le dijo algo. Entonces él se giró, alzó la mirada por primera vez en mucho tiempo y buscó en la distancia hasta que me encontró. Ella le dijo algo más. Él asintió. Hablaban de mí, y eso me incomodaba. Daniel hizo entonces un gesto, una señal hacia mí, a mí, para que me acercara. Me sobresalté. Carolina ya no me miraba y yo, solo entre la muchedumbre, me vi al instante sin alternativa, obligado a aceptar aquella invitación de Daniel y unirme a ellos. Y es que, al ser descubierto, un mirón pierde su pequeño poder, y se transforma en otra cosa; lo esencial se desvanece. Mientras avanzaba pensaba en que no entendía la actitud de mi mujer. No entendía que no hubiera cumplido con lo acordado.

Tan pronto como llegué a ellos, esta vez sí me recibió Daniel. Lo hizo, además, con una actitud especialmente vehemente. Posó una mano firme sobre mi hombro y, en un tono elevado, con la clara intención de que Carolina también lo escuchara, dijo:

—Perdona, Rafael. Antes se me ha ido la bola.

No entendí a qué se refería, y aquel “Rafael” me recordaba que yo debía fingir, como en la coctelería, que no lo conocía. Al abordarme, él liberaba a mi esposa, quien entonces aprovechaba para ventilarse sacudiendo el cuello de su camisa, como si el calor le resultara insoportable.

—¿Que antes se te ha ido qué? —le pregunté.

—Que se me ha ido la olla antes… Con lo de la chica y tal. He hecho el ridículo trayéndola. Ha sido una idea un poco estúpida —dijo entonces Daniel, sobreactuando en un drama que no existía, hablándome cerca, pero no se acercaba tanto como lo hacía con Carolina, y de nuevo parecía buscar que ella lo escuchase.

Me encogí de hombros, tomé un sorbo y lo observé. Él interpretaba su papel de forma exagerada, con un aspecto que rozaba lo demencial. Si al comienzo de la noche su vestimenta no encajaba en él, ahora, con el calor y el ajetreo del local, parecía casi una caricatura. Y quizás fui demasiado evidente o descarado en mi análisis, porque pareció incomodarse ante mi mirada. Se acercó entonces, asegurándose esta vez de que Carolina no pudiera escucharlo, y me dijo al oído:

—Rafa… Ra-fi-ta… No nos conocemos de nada, eh. De nadita. Es lo mejor para los dos… que tú también tienes lo tuyo…

Mientras recibía aquellas palabras sentía su aliento denso y desagradable, y llevaba los ojos hacia mi mujer, que, en aquel momento, sí nos miraba.

—Qué me dices, ¿eh? —preguntó, abordándome por el otro lado de mi rostro, y pude ver como múltiples gotas de sudor brillaban en su frente y en su sien—. Yo creo que está clarito… —dijo de manera hosca y ahora incluso amenazante. Y yo contenía la respiración para sentir lo menos posible su condensado hálito sobre mí.

—Sí, sí. Está claro —dije una vez reparé en que no tenía pensando retirarse, no al menos hasta que obtuviera respuesta.

Y entonces algo o alguien parecía captar su atención. Se giró y yo quise comprobar qué sucedía, y vi a su amigo de camisa azul, que nos hacía un gesto con la mano, como pidiendo permiso, o perdón por interrumpirnos, y después se disponía a enseñarle algo en su teléfono a Daniel.

Él se volteó y aquello me permitió mirar a una Carolina que aprovechaba aquel momento para ir hacia mí. Dio apenas los dos o tres pasos necesarios para poder hablarme y me dijo:

—Rafa… No puedo con él. De verdad. Vámonos y ya está.

Alcé la mirada por encima de ella y vi la enorme espalda oscura de Daniel. Recordé su aliento y su sudor.

—¿No puedes con él? —inquirí y la miré, y vi una belleza que de golpe me sorprendía, aunque la hubiera contemplado un millón de veces: ojos verdes, pelo rubio y unas facciones dulces y perfectas. A pesar de que era evidente que tenía calor, solo se notaba ligeramente en el rubor de sus mejillas.

—No… Esta noche no… De verdad… —contestó mostrando un desagrado casi desesperado.

La miré fijamente y ella leyó en mis ojos que aceptaba la retirada. Tan pronto lo supo se apartó de mí lo justo, interrumpió a Daniel, le dijo algo y le hizo gestos inequívocos de que se marchaba. Él también se giró, lo hizo parar mirarme, mientras su amigo esperaba, y yo intuí que él pensaba que nos íbamos porque yo se lo había pedido. Carolina aprovechó el momento para alejarse de él, y pude ver cómo él la quiso detener, alargando su mano e intentando agarrarla, pero Carolina se soltó de manera eficiente y enérgica. Y yo le ofrecí mi mano, y ella la cogió, y

al instante me susurró:

—Vámonos…

Me di la vuelta sin pensarlo y empezamos a caminar. Yo al frente, ella detrás, sujetando mi mano, mientras nos escabullíamos entre la multitud, dejando atrás a ese hombre cuyo rostro, como una sombra de reproche, se quedaba impreso en mi mente.

CAPÍTULO 27

Nos alejábamos de él, y yo no las tenía todas conmigo: sentía como si él fuera en sí mismo una onda expansiva de la que hay que alejarse y superar varios cordones de seguridad para estar a salvo. El tacto de la mano de mi mujer, cálida y firme, en la mía, me reconfortaba: no era posesión, era complicidad.

Avanzábamos lentamente y no sin dificultad. Si minutos antes me había dado la sensación de que había menos gente, ahora me sucedía lo contrario. A veces yo conseguía colarme entre un grupo y Carolina se quedaba algo atrapada, y nuestros brazos se estiraban, pero después conseguíamos salvar el escollo. Pasó un camarero con una caja casi repleta de botellines vacíos de refresco y aprovechamos para dejar allí nuestros vasos de tubo, ya calientes y manidos, antes de seguir avanzando. Después llegamos hasta un corrillo especialmente compacto y me detuve para estudiar cómo superarlo. Mi mujer dio entonces un pequeño tirón, como queriendo decirme que aquello había que rodearlo, no atravesarlo, y yo aproveché su gesto para voltearme y buscar a Daniel con la mirada.

Frente a frente, sentí cómo Carolina, mientras yo miraba por encima de ella, se acercaba y decía en mi oído:

—No creo que nos vaya a perseguir.

—¿Seguro que no? —pregunté, mientras seguía oteando y afortunadamente no lo veía.

—Sería un poco demasiado… —susurró, sin necesidad de gritar, pues en aquel punto concreto del local se escuchaba más el rumor de la gente que la música.

Bajé la mirada: sus mejillas sonrojadas, sus labios húmedos, sus ojos verdes, su melena rubia un poco desordenada; desprendía una sensualidad asfixiante. Miré más abajo y observé que su escote y canalillo, quizás por el ajetreo de la huida entre el tumulto, mostraba algún que otro centímetro más de piel; sin duda centímetros determinantes.

—¿Qué miras? ¿Todo en orden? —preguntó y yo no supe si se refería a Daniel, a su escote, o a ambos.

—Todo en orden —respondí y nos miramos fijamente. Sentía la espalda de un chico detrás de mí, empujándome. Carolina a veces se veía también desplazada por algún movimiento de alguien que pasaba. En un momento dado los empujones confluyeron y nuestros cuerpos se juntaron. Casi boca con boca. Sentí entonces un ansia casi incontenible por besarla. Pero mi mente fue entonces a recordar a Daniel, acosándola contra la pared, y entonces le susurré:

—¿Qué te contaba…?

—¿Él?

—¿Sí?

—Pues imagínate…

—Soy malo imaginando… Dímelo tú —insistí.

—Te cuento después… —respondió, y, queriendo o sin querer, se acercó más, produciéndose el roce de nuestros labios, y entonces ya no pude contenerme. A pesar de mi ansia, no tuve claro quién empezaba el beso. Nuestras bocas se encontraron, y yo, de nuevo y desde el primer momento, sentí su beso, sus labios… diferentes.

Cerrábamos los ojos, y no sentía que estuviera besando a mi mujer y, lo que era mejor, podía sentir que ella vivía el beso también como si yo ya no fuera yo. Cuando nuestras lenguas entraron en contacto mi cuerpo se tensó y mi corazón palpitó con estruendo. Llevé mis manos a su cintura y avancé con mi pelvis hacia la suya, atacando sutilmente con mi entrepierna, que despertaba, endureciéndose. Era pantalón contra falda, pero supe que ella sentía el contacto firme que percutía. Adheridos arriba y abajo, acoplados, sentía un hormigueo por todo el cuerpo, y escuchaba de ella un ronroneo morboso, casi un jadeo, cada vez, en el mínimo espacio entre un beso y otro. Mis manos se deslizaron después a su cuello, sujetándola con dulzura y a la vez con firmeza, mientras nuestras lenguas jugaban. Ella afianzó mi cadera con sus manos y, si sus jadeos me reconfortaban, aún más lo hizo el hecho de sentir cómo su pelvis también atacó la mía; lo hizo solo una vez, pero fue de forma tan clara como duradera, aderezando su movimiento con un gemido que erizó mi piel, como si, a pesar de la ropa, hubiera conseguido que nuestros sexos se encontraran.

El calor, el bullicio y el alcohol, me hacían sentir que todo era menos intenso y, a la vez, que lo era más. Su lengua, húmeda y activa, seguía un ritmo lento pero intenso. El tacto de la piel de su rostro y de su cuello era tan suave que yo me veía obligado a apenas rozarlo con la yema de mis dedos, como si debiera cuidarlo. Cuando ella se aventuró a palpar mi culo sobre mi pantalón, con una mano en cada nalga, respondí llevando una mano a uno de sus pechos, por encima de la camisa, apretando ligeramente, pero sintiendo al instante su potencia. En ese momento, nuestras bocas se rozaban, frente a frente, hasta que ella sacó la lengua y la deslizó por mis labios, ligeramente entreabiertos. Sentí una corriente, casi una descarga, y poco después saqué mi lengua también, para jugar con la suya, de manera lujuriosa y obscena, fuera de nuestras bocas.

Aquella sucesión de besos finalmente terminó, pero no porque el deseo menguase, sino por mera decencia y decoro. Yo me quedé un instante aferrado a su teta, y ella a mis nalgas, y después nos separamos. Desacostumbrados a semejante intensidad pronostiqué un silencio incómodo, pero de

repente, al instante, ella me susurró:

—No sé si decirte que te quiero, o…

—¿O qué? —pregunté contenido, pero en el fondo casi pletórico.

—O… pedirte que me llames…

—¿Que te llame qué? —volví a preguntar.

—Ya lo sabes —se ruborizó, o al menos lo interpretó.

—Yo también te quiero… Y en un rato en casa te lo llamo… —le susurré, y nos dimos un pequeño beso.

Alcé entonces la mirada. Primero con disimulo, pero después creí ver a Daniel, y entonces mi corazón se aceleró, y oteé implicado. Tan pronto como descarté que fuera él aquel hombre que había visto en la distancia, le dije:

—¿Por qué no lo besaste?

—Porque hoy está insoportable… y lo veo feísimo.

Al instante recordé cómo, dos semanas atrás, por teléfono, mientras Daniel buscaba desesperadamente unos hielos para tomar más copas con ella y yo me encontraba refugiado en su casa, mi mujer también me había dicho que no le parecía en absoluto agraciado. Sin embargo, la cosa había acabado como había acabado.

Mientras recordaba aquel momento, la observaba. Ella llevaba sus manos a mi nuca, me miraba, y mis ojos se iban más abajo, y me daba cuenta de que, seguramente por el magreo, otro botón de su camisa se había soltado.

De golpe, aquella palabra que no habíamos pronunciado, quizás porque aún no nos hacíamos al nuevo contexto y aún sentíamos un poco de vergüenza, me salió sin más:

—Así eres más… putón… —le dije, mirando hacia aquel escote que, aunque no enseñaba más piel de sus pechos porque la camisa se mantenía bastante junta, mostraba un canalillo que se veía considerablemente más largo y profundo, revelando no solo la parte central de un sujetador negro, sino incluso un centímetro de piel de su vientre, más abajo.

Ella se revisó, sin dejar de colgarse de mi nuca. Y, sin cubrirse ni inculparse, dijo:

—¿Viste la pinta que llevaba la amiguita de este…? Madre mía.

—Sí… Ya… —respondí, sintiéndome un poco culpable.

Tras un exiguo silencio, continuó:

—¿Qué va a pasar entonces cuando lleguemos a casa? —preguntó, saltando de un cabo suelto a otro, y descolgándose de mi cuello, y posando sus manos en mi pecho.

—Pues… —dije acercándome a su oído—. Pues… que… te voy a follar…

—Ah, ¿sí?

—Sí…

—¿No vamos a hacer el amor? —provocó.

—No… Te voy a follar. Voy a follarme al putón que tengo por… esposa.

—Ah, ¿sí? ¿Tiene usted una esposa… que es un putón…? —jugaba ella, soplándome al oído, y a veces apretando mis pectorales un poco con sus manos.

—Sí… Es una zorra de cuidado.

—Por… ¿Por qué?

—Pues porque… —comencé a responder en el preciso momento en el que alguien empujó un poco a Carolina, por un costado, y ella dio medio paso a un lado. Exteriorizó entonces un gesto de enfado en el instante en el que yo sentí también un impacto, como si un codo atacase mi espalda, y entonces le ofrecí mi mano.

Miramos a nuestro alrededor. El grupo que nos había impedido el paso parecía que se había disuelto o había fluido hacia otra parte. Decidimos reemprender la marcha, avanzando, esta vez, con algo menos de dificultad. Después de aproximadamente medio minuto alcanzamos por fin la puerta de salida, y, justo en ese momento, alguien la abrió para entrar, creándose entonces una corriente de aire fresco que sentí sobre todo en mi rostro.

A los pocos segundos, quizás cuando fue Carolina quién sintió el frescor, escuché a mi espalda:

—¡*Ostrá*, la chaqueta!

Me volteé. Nos detuvimos y la puerta se cerró, cortando de raíz aquel contraste de temperatura. Carolina soltó mi mano y miró a su alrededor.

—¿Dónde está? ¿Quién la tiene? —pregunté, algo aturdido y con el recuerdo de que habíamos hablado de la dichosa chaqueta hacía un rato.

Mi mujer miraba hacia la barra dónde habíamos estado, y después me dijo:

—Se la había dado a aquel camarero. Me dijo que la había llevado al piso de arriba. Espera, vuelvo en un segundo.

Carolina me abandonó, desapareciendo entre la gente, y yo me quedé junto a la puerta. La seguía con la mirada mientras, de vez en cuando, llevaba mis ojos a otras partes del local, con cierta intranquilidad por ubicar a Daniel, pero parecía haberse esfumado.

Volví a divisar a mi mujer, la cual ya había llegado a la barra y llamaba la atención de un camarero. El chico, un hombre pelirrojo y algo musculado, se apoyó con las manos sobre la barra y le ofreció el oído para que ella hablara allí, y después, tras escucharla, se retiró y se encogió de hombros.

Mi mujer hizo una segunda intentona: se ajustó el bolso al hombro, se volcó otra vez hacia la barra y parecía volver a insistirle. Él de nuevo se acercó, la escuchó y después señaló en diagonal hacia arriba, en la distancia. Mis ojos fueron adónde él indicaba y vi una especie de saliente, una planta más, arriba, un piso más pequeño y completamente vacío, que asomaba hasta aproximadamente la mitad del tamaño de la planta inferior. Volví mi mirada a ellos y el chico parecía volver a excusarse, y le enseñaba su reloj, y después señalaba a la gente que se agolpaba en la barra, como diciéndole que no podía abandonar su puesto.

Mi mujer se desesperaba. Y después se giró. Se volteó porque alguien la abordaba, la tocaba, desde atrás. Era Daniel.

CAPÍTULO 28

Ambos sentimos el impacto, pero de maneras diferentes. Carolina parecía sentir primero sorpresa y después una indisimulable incomodidad. Yo sentí un pálpito desagradable, un presagio negativo y cierta sensación de remordimiento, pues sabía que nuestra huida había sido desordenada, entrecortada y torpe; habíamos tentado demasiado a la suerte.

Yo, a diferencia de la vez anterior, en la que había habido más o menos un pacto para que yo espiara en la distancia, hice enseguida por comenzar a caminar hacia ellos, cuando de pronto pude observar que, para mi asombro, Carolina lo escuchaba y le respondía con determinación. Me detuve casi antes de arrancar. La boca de mi mujer iba al oído de él, y la boca de él al oído de ella, en una alternancia rítmica, sólida y totalmente aceptada. Daniel aprovechaba, eso sí, para posar una mano en su cintura, y ella lo permitía mientras seguramente le pedía que la ayudara a mediar para recuperar su chaqueta.

Efectivamente, Daniel se giró hacia la barra, posó una copa en ella, e hizo por llamar la atención del camarero. Éste, ajetreado y agobiado tras la barra, o no lo oía o hacía por no hacerlo. Mientras Daniel seguía intentándolo, levantando una mano, no apartaba la otra de la cintura de Carolina.

Mi mujer no se volteaba para buscarme con la mirada. Parecía darme aquella noche una de cal y una de arena. Y, mientras yo no podía quitar mis ojos de aquella manaza que la sujetaba, pensaba, y hacía tiempo que no lo hacía, en qué quería yo. Y no quería ir más allá y pensar en el medio plazo. Me ceñí al instante, me limitaba solo a observar aquella mano, y me preguntaba si quería que siguiera allí o no.

Posiblemente Carolina toleraba aquella mano posesiva y dominante en su cintura como un precio a pagar para que él le ayudase, pero, para quien no supiera lo que allí se tramaba, a buen seguro le parecería una pareja, ya fuera nueva o reciente, consolidada o de aquella noche. Una pareja

desigual en cuanto a belleza física, sí, pero no dejaba de ser cierto que Daniel era el tipo de hombre que, por su corpulencia y por su desparpajo, por no decir caradura, si se daban las circunstancias y le sonreía la suerte, podría aspirar, al menos ciñéndose al mero acto, al menos como un polvo de una noche, a mujeres en teoría lejos de su alcance. Era la primera vez que lo reflexionaba así, y en cierto modo me sorprendía mi capacidad para contradecirme o cambiar de opinión, pero me veía sopesando que sí, que sí podría ser ese perfil de hombre: el tipo de hombre del desliz, del "solo sexo," del desquite o de la puntual rebajada de expectativas. Y es que sí tenía la planta, sí tenía el cuerpo, sí tenía el descaro y sí habría quien pudiera encontrarle un peculiar carisma.

Daniel captó por fin la atención del camarero. Mientras, yo me acercaba a ellos, colándome entre la gente, intentando no perderlos de vista.

Me sentí por primera vez ciertamente cansado, cansado de la tensión; no era un hastío por el calor, el tumulto y el barullo, era un agotamiento sobre todo mental, como si las dos semanas recientes me cayeran encima de golpe y en el peor momento.

Casi había llegado cuando pude ver cómo el camarero que antes había hablado con Carolina terminaba de hablar con Daniel, y, después, dicho camarero se acercaba a otro, vestido enteramente de negro como él, y le decía algo. Daniel, al ver cómo esa cadena de información parecía ponerse en marcha, se dio por satisfecho, desvió la mirada de ellos y dirigió sus ojos y su cuerpo hacia mi mujer.

Carolina también dejó de atender a lo que sucedía al otro lado y le dio la espalda a la barra, pero seguía sin buscarme con la mirada. Y si había apartado la mano de Daniel de su cuerpo yo no podía verlo, pues en aquel momento la gente que había por el medio me lo impedía. Y entonces, cuando solo debía rodear tres o cuatro personas para llegar a ellos, vi cómo él le decía algo a ella, en su oído, muy cerca; y tras hacerlo sonrió. Y ella entonces bajó su rostro, y revisó su escote flagrante, aquel canalillo que mostraba sujetador e incluso vientre, aquel exceso olvidado. Y entonces él llevó una de sus manos al mentón de ella, lo alzó un poco, aprovechando su vergüenza y confusión, y depositó un sutil beso en sus labios. No lo podía creer. No lo esperaba. Aquel movimiento me cogía completamente desprevenido y podía suponer que a mi mujer también. Mi pecho retumbó de golpe al ritmo de mis latidos. Carolina, azorada por la vergüenza de su escote y turbada por el beso robado, echó su rostro hacia atrás, y como consecuencia de ese escorzo que hizo, terminó por mirar en mi dirección, y nuestras miradas se cruzaron, pero no llegaron a conectar, pues ella aún seguía desconcertada.

Mi mujer bajó sus manos a su camisa, de forma apresurada y errática, y él le dijo algo al oído antes de volver a sonreír. Ella se abrochaba un botón justo en el momento en que yo llegaba, y él me detectó enseguida. Entonces levantó la cabeza, como saludando mínimamente, y, una vez éramos tres, con mi mujer en el medio, dijo:

—¿Qué tal, Rafael? ¿Estamos bien?

—Sí, bien —dije tras aclararme la voz, tratando de disimular el torrente de emociones que recorría mi cuerpo. Y percibí entonces que estaban más juntos entre sí que conmigo, por lo que yo no parecía la pareja de ella, sino que lo parecía él.

Como Carolina estaba en el medio, él tenía que volcarse un poco sobre ella para hablarme, cosa que él parecía disfrutar.

—Rafael. Le estaba diciendo a tu mujer que la noche no ha salido como tenía que haber salido. De verdad que no sé muy bien por qué. Pero le decía que aún la podemos salvar un poco —habló con voz exageradamente alta, inclinado sobre Carolina, la cual, acosada y enclaustrada, desvió la mirada de manera extrañamente ostentosa.

Tras decirlo se retiró un poco y se colocó de lado con respecto a mi mujer, y le dijo algo mientras llevaba una de sus enormes manos a su escote, a la altura del botón recientemente abrochado, y me pareció escuchar la palabra “antes”, y me aventuré a suponer que le estaría diciendo que “estaba mejor antes”. Y entonces Carolina apartó aquella mano que pretendía volver a desabrochar el botón. Y esa mano apartada voló entonces hacia al rostro de Carolina, volvió a su mentón, mentón que él hizo girar sutilmente, y Daniel acompañó ese movimiento con el de su enorme cabeza yendo hacia ella, y volvió a depositar un pequeño beso en sus labios.

Otro impacto. Otro golpe. Y yo no tenía la sensación de que mi mujer aceptase aquel segundo beso para contentarme a mí. Y seguía sin entender por qué no me dedicaba ni una mísera mirada.

—Rafael… —dijo él otra vez, volcándose sobre ella para hablarme—. Cuando traigan la chaqueta la coges tú, ¿vale?

Yo lo miré con repulsión y desconfianza. Y él, en la retirada para volver a su posición, hizo escala en el rostro de mi mujer: otra vez su mano en su cara, esta vez dos dedos bajo su barbilla, pero no necesitó esta vez girar su rostro para depositar un tercer beso en sus labios.

El beso fue sonoro y corto, apenas una décima de segundo en la que sus labios entraron en contacto. Después, él le dijo algo más al oído, y entonces ella me miró por fin. ¿Casualidad u orden? La intriga me mataba. Daniel, aprovechando que ella me miraba, llevó una mano a su escote y pareció querer abrirlo otra vez. Ella se giró hacia él y le dijo: “¡Para!”. Entonces él la besó. La besó y percutió, y supe que no era el cuarto pico, sino que se avecinaba algo distinto, algo mucho más intenso.

Sentí un impacto tremendo en todo mi cuerpo en el momento en que mi esposa, a medio metro de mí, cerró los ojos, separó lentamente los labios y ladeó la cabeza, permitiéndole a aquel gigante deleitarse con la sensación de que sus labios se separaban, consentían, claudicaban. Después, él introdujo con ansia su lengua en su boca. Daniel, no contento con eso, y en un alarde, desabrochó aquel botón con displicencia, mientras mantenía los ojos cerrados y la besaba, como si la visión de su escote no fuera para él, sino para quien quisiera mirar.

Deslizó entonces su mano por la parte superior de los pechos de mi mujer, unos centímetros bajo la camisa, y ella no protestaba ni apartaba aquella mano; continuaba besándose con él, hasta que él decidió que esa mano fuera a otro lugar de su cuerpo. Subió más, deslizando sus dedos por su clavícula y luego por su cuello, bajo su melena, para sostener su rostro y guiarla en aquel morreo eterno que me destrozaba. Un beso que iba y venía, adelante y atrás, como en una lucha de egos. Y yo no podía entender aquella rendición frente a esa cabeza brillante de sudor. No entendía cómo mi esposa le daba su boca, sus labios, su lengua, a aquella boca de dientes pequeños, a aquel aliento espeso, a esa masculinidad tosca y elemental.

No lo pude soportar. Tuve que desviar la mirada. Todo era diferente a lo vivido dos semanas atrás, pues por primera vez mi consentimiento era total. Y es que ya no era el hombre escondido que no podía detenerlos pues no tenía justificación para estar allí. Ahora ya no tenía excusa para no impedirlo. Y me decía a mí mismo que aquello, según el plan de Carolina, era bueno para nosotros, pero cómo no desconfiar… cómo no desconfiar al verla así, besándose así, entregándose así.

Conocía a Daniel lo suficiente, sobre todo en aquel contexto, como para saber que no iba a permitir que Carolina volviera en sí, que reflexionase, que se imaginase desde fuera y retomase la cordura. Era seguro que al menos él no iba a ser quién pusiera de su parte para que eso se produjera.

Y así actuó, sin darle respiro, sin darle tregua: tan pronto finalizó el beso, se colocó frente a ella, rodeándola, cercándola; ella con la espalda contra la barra. Y entonces aquel cabrón hizo algo que me mató: fue un alarde, fue sádico, y supe que nos había estado espiando. Y es que guió las manos de mi mujer, haciendo que ella las llevara a la nuca de él, en idéntica posición a la que se había producido antes conmigo. Ella, aún afectada y desconcertada, se había limitado a ajustar la tira de su bolso a su hombro, para después permitir con mansedumbre que él la dirigiese. Y entonces, ya con las manos de mi mujer así colocadas, y con sus bocas frente a frente, aquel cabrón fue con todo a por ella: con su boca por arriba y con su pelvis por abajo. Fue un ataque frontal que mi mujer aceptó y asumió; y lo recibió con firmeza abajo, y abriendo su boca y ladeando su rostro, haciendo ondear su melena, arriba. Ver a mi mujer aferrada a aquella nuca, a aquella calva, comiéndose la boca con aquel animal, me desgarraba por dentro tanto cómo me hacía sentir culpa; y es que mi miembro se agitaba y crecía como consecuencia de presenciar aquel exceso.

Yo desviaba de nuevo la mirada. Al dolor se unía un brote de vergüenza, vergüenza de que me viesen allí, pasmado frente a aquella exhibición. Y sentía en gran medida vergüenza de mí mismo. Más, mucha más, que dos semanas atrás, porque mi consentimiento era máximo, total y sin posibilidad de excusa.

Las manos de Carolina seguían allí aferradas, mientras que las de él palpaban de forma aleatoria cintura, culo sobre la falda y pechos sobre su camisa. Quién los viera podría suponer, seguro, que aquel encuentro era furtivo, prohibido, deseado hasta la desesperación, y muy lejano a un encuentro marital.

Entre beso y beso ella lo miraba, con ojos entrecerrados y libidinosos, y aquellos segundos de falsa calma me mataban más que los besos en sí, pues en aquellos momentos podía contemplar el deseo en su máxima esencia. Sobre todo era el temblor, la vibración. Se percibía cómo ella se agitaba, cómo sus pechos palpitaban. Sus nervios y tensión me destrozaban, me desgarraban, me partían por la mitad.

Y de repente él le dijo algo, y ella dudó, pero después pareció cumplir y entonces me miró. Pero en sus ojos vi más desconcierto que intención por conectar. Y Daniel aprovechó aquel instante para apretar uno de sus pechos sobre su camisa, abarcando, con su mano enorme, su teta extensa y contundente, en una competición de grandeza y vastedad, como si le dijera de aquella forma que él sí, que su corpulencia, que su cuerpo enorme, que su mano enorme, sí estaban llamados de

verdad a complacerla, a estar a su altura…

… Y ella esbozó entonces un pequeño quejido, de placer o aflicción, al aire y en mi dirección, cerrando los ojos durante dos o tres eternos segundos. Su rostro, de lado y hacía mí… toda ella, acosada y manoseada, desprendía un desconcierto morboso que me destrozaba. Y después ella recibió otro ataque: un ordinario y soez mordisco en el lóbulo de su oreja, y su rostro se estremeció. Y, cuando giró su cara para pedir explicaciones por sus dos agresivos movimientos, Daniel respondió con su boca, y ella, permanentemente colgada de aquella nuca y de aquella cabeza brillante, claudicó otra vez, separando sus labios y acogiendo la lengua de aquel animal que, con buenas o malas artes, alternando torpeza con eficiencia, la seguía llevando de beso en beso, de morreo en morreo; la seguía excitando, paso a paso.

Otra vez tuve que desviar la mirada: primero hacia el tumulto, después hacia la barra. Y entonces, mientras mi corazón latía con violencia por lo que sucedía justo a mi lado, vi cómo el camarero pelirrojo, al otro lado de la barra pero frente a ellos, parecía dudar si interrumpirlos.

Y entonces me vio, cerca de ellos, y, volcándose sobre la barra y hacia mí, me dijo:

—¿Estás con ellos?

—Sí —respondí humillado.

—Me habían pedido una chaqueta. Mira, que no la encuentro.

Y en ese momento sentí movimiento a mi lado. Vi de reojo cómo ellos se separaban. Carolina desviaba la mirada y Daniel parecía que me iba a preguntar qué me había dicho, cuando el camarero, que aún no se había alejado, se volvió a acercar y le dijo:

—Que no la encuentro. Si eso cuando cerremos la buscamos.

—¿Y cuándo cerráis? —preguntó Daniel.

El pelirrojo se retiró un poco, miró su reloj y dijo:

—Pues como… en media hora.

Daniel no le dijo nada más. El chico se fue apresuradamente a seguir atendiendo a la gente. Yo miraba de soslayo cómo Carolina, en apariencia ajena a nosotros, extendía un brazo hacia adelante y estiraba la manga de su camisa hasta casi la muñeca para, después, arremangarla y dejar todo perfectamente colocado. Y entonces, para mi sorpresa, aquel gigante dijo en mi oído:

—Yo no aguanto aquí media hora sin follarme a tu mujer, eh, Rafa. ¿Qué me dices? ¿Vamos al hotel ya?

CAPÍTULO 29

Daniel permaneció un par de segundos mirándome, quizás para recrearse en mi rostro atemorizado, en mi expresión angustiada, antes de girarse hacia mi mujer y decirle algo.

Yo, aún impactado por aquella amenaza de Daniel, y por aquellos besos lujuriosos a medio metro de mí, me quedaba paralizado, y no podía más que observar.

La distancia era ciertamente poca, pero la suficiente cómo para no poder escucharlos. Sí advertía cómo ella, más de gesto que de palabra, parecía exteriorizar que no le gustaba lo que él le proponía. Y yo no sabía si hablaban de ir al hotel o de algo que tuviera que ver con recuperar su dichosa chaqueta.

Conseguí acercarme un poco. Ella lo escuchaba, pero no lo miraba. Mi mujer se revisaba y se daba por recompuesta; cerrado un simple botón, su escote volvía a ser sutil, no obsceno. Su camisa se salía un poco por un lateral de la falda, pero arreglar ese pequeño desajuste podría ser quizás más descocado que no molestarse en hacerlo. Tampoco recompuso la melena, como si su ligero desorden obedeciera a la noche en sí y no a la convulsión lasciva que acababa de representar.

Una vez integrado, por voluntad propia más que por contribución de nadie, en aquel trío, escuché a Daniel decirle:

—Que de todas formas el capullo éste yo creo que ni fue a buscarla, eh.

Supe entonces que hablaba del camarero.

—¿Pero podemos subir nosotros un segundo o no? Pregúntale otra vez a ver qué te dice —le respondió ella.

Daniel se volteó y miró otra vez hacia la barra. Y yo sentía una enorme desesperación por hablar a solas con ella. Necesitaba que me explicase qué estaba sucediendo. Que me dijera que todo lo que ocurría no alteraba en nada nuestro plan, nuestra estrategia conjunta.

La miré. Ella me miró. Entonces Daniel, grande y corpulento, se interpuso entre nosotros y, con un tono exageradamente alto, casi gritó por encima de la música:

—No sé… Mira. Ya sabes la frase… Mejor pedir perdón que por favor. Yo tiraría. Además, esta noche no está el gerente y está Marquitos como jefe de sala. Si nos pilla lo camelo y ya está.

Él hablaba y yo deducía que el tal “Marquitos” debía de ser aquel chico rubio con el que había estado hablando tanto rato. Cuando, de golpe, pude advertir cómo Daniel cogía a mi mujer de la mano mientras decía:

—Así que, eso, mejor vamos nosotros a por ella… Y no te me pierdas esta vez.

Carolina se soltó inmediatamente y le dijo con seriedad:

—Vale, pero tranquilo que no me pierdo.

Daniel le dedicó una mueca de recelosa aceptación y después comenzó a caminar. Tras dar un par de pasos se volteó, comprobó que ella lo seguía, y volvió a colarse entre la gente, avanzando, y mirando hacia adelante. Carolina iba detrás, y no se giraba para cerciorarse de que también los seguía yo.

En aquel preciso instante algo en mi cuerpo comenzó a vibrar. Y por primera vez en mucho tiempo no era yo mismo sino algo ajeno: mi teléfono se retorcía entre espasmos en mi bolsillo. Me hice con él mientras empezaba a progresar entre el tumulto, tras ellos, y vi que Silvia me había escrito. Me detuve un instante y leí que me preguntaba cómo me iba. Más concretamente cómo estaban las cosas con "la mujer cañón" y con "Daniele Crespi" y si había dado "el okey para que se la cepille". Supe inmediatamente que allí no había maldad, pero aquellos mensajes me molestaron. También me pregunté a cuento de qué iba yo contando aquello a gente que no conocía de absolutamente nada.

Reinicié la marcha, colándome entre la marabunta, y comprobé que los había perdido de vista. Sin embargo, no me alarmé, pues la ruta no tenía pérdida: había visto hacía tiempo cómo, al final de la planta baja, se encontraban unas escaleras negras que subían. Entonces, de golpe, sentí un súbito frío en mi espalda; me giré y comprobé al instante el estropicio: un hombre que se tambaleaba había derramado una parte importante de su bebida sobre mi camiseta. A pesar del agravio, no le pedí explicaciones; tenía cosas más importantes que hacer y en qué pensar, pero no pude evitar que aquel hombre se colgara de mí y me pidiera disculpas repetidas veces al oído. Su aliento y ebriedad atacaban mi rostro, y yo me intentaba deshacer de él como podía.

Volví a mirar por encima de la gente y seguía sin verlos. Discurrí entre más personas, filtrándome entre un par de grupos, mientras alzaba la vista de vez en cuando, centrándome ya más en fijarme si los veía subir que en encontrarlos a mi altura. Hasta que llegué finalmente a las escaleras y deduje que ya habrían subido. A la altura del cuarto escalón había una cadena que impedía el paso; miré a mi alrededor para comprobar que nadie se fijaba en mí antes de proceder a colarme.

Una vez me aseguré de que nadie me miraba, me dispuse a salvar aquel pequeño escollo, a pasar mis piernas por encima de aquella cadena. Pasé la pierna derecha y, cuando ya pasaba la segunda, noté cómo alguien me agarraba con fuerza desde atrás.

Me volteé, o él me hizo voltearme, con un pie en cada escalón, con la cadena entre mis piernas, y escuché con nitidez:

—A ver, hombre, ¿qué haces? ¿No ves que no se puede pasar?

Era el chico rubio. El de la camisa azul.

Volví entonces la pierna más avanzada y la coloqué dentro de la legalidad.

—¿La cadena para qué crees que es? Venga, sal de ahí, a ver si te voy tener que echar —dijo después, ya habiéndome soltado, con una autoridad y una prepotencia que me cabrearon. Pareciéndome bastante menos educado de lo que me había parecido en la distancia.

No sabía qué hacer. Empecé a agobiarme. Aún más, si es que era posible.

Él me miraba, un par de escalones más abajo, apremiándome con los ojos para que descendiera completamente. Llevaba un pequeño pendiente en el lóbulo de su oreja; un reducido aro dorado, y era bastante agraciado de cara.

Y yo entonces, sabedor de que se conocían, sabedor de que además Daniel le había presentado a mi mujer aquella misma noche, y sabedor de que ellos tenían que haber pasado por allí hacía apenas un par de minutos, le pregunté, pronunciando sus nombres con claridad:

—¿Pero no acaban de subir Daniel y Carolina?

Él me miró con un gesto de extrañeza. Y contestó:

—No. No ha subido nadie. Venga, baja ya de ahí.

Completamente desconcertado, bajé los dichosos cuatro escalones, y él descendió también hasta quedar los dos a ras del piso, como el resto del tumulto. Él me miraba de reojo, para controlarme.

No me podía creer lo que me estaba pasando. No tenía ninguna duda de que Daniel aprovecharía mi ausencia para redoblar la apuesta con mi mujer. Y no tenía ni idea de cómo reaccionaría ella. Y es que me quería fiar, pero no podía. Quería creer que de verdad todo se hacía por nuestro bien, pero el recuerdo de aquella lujuria en sus recientes besos me hacía pensar que podría haber mucho más de mero deseo sexual, que de planificación o estrategia en pro de nuestro bien como pareja.

Saqué mi teléfono del bolsillo. Revisé la pantalla: no tenía noticias de Carolina. Miré hacia arriba. Después miré a la multitud. Sopesé, aunque me parecía altamente improbable, que quizás no hubieran subido. Volví a mirar al teléfono móvil.

Y entonces, en aquel momento, quizás porque me vio desesperado revisando mi teléfono, el chico rubio dijo en mi oído:

—Sí, tío. Venga. Acaban de subir. Sube rápido y bajad de una vez.

CAPÍTULO 30

Superaba la maldita cadena sin mirar atrás. Subía las escaleras, unas diez o doce. Llegaba a un pequeño descansillo, giraba, y me disponía a subir las diez últimas cuando mi teléfono vibró otra vez en mi bolsillo. Lo hacía incesantemente, como incesantemente latía mi corazón, lo cual me confirmaba que realmente no me fiaba del todo de Carolina. No podía evitar tensarme al imaginar qué podría ver, qué podría encontrarme al llegar arriba. Qué podría descubrir al verlos a solas. Desde luego, el rostro de mi mujer entre beso y beso de aquel animal, no auguraba una virtuosa negativa si él lo volvía a intentar.

Hice caso omiso a aquella sucesión de vibraciones y llegué a lo más alto. Lo primero que percibí fue que había más oscuridad de lo esperado: no había ni rastro de luces ni de focos que iluminaran esa planta; la escasa luminosidad provenía, leve y difuminada, de la planta de abajo. Vi enseguida a mi mujer y a Daniel. No estaban juntos, y eso me alivió.

Una enorme nevera en el medio, con el cable tirado por el suelo. Cajas de plástico apiladas. Del techo no partía luz porque, de hecho, solo había agujeros donde supuestamente en algún futuro próximo habría plafones o algo similar. Parecía que aún faltaban semanas para que pudiera habilitarse esa zona. Lo único finalizado y definitivo era la barra, vacía y pequeña, pero flamante y preparada. Sobre ella se apoyaba mi mujer, quién me miró al verme aparecer. Tenía su teléfono móvil en la mano, y su pantalla aún brillaba, lo cual me hizo pensar que las últimas vibraciones en mi bolsillo pudieran obedecer a mensajes suyos o incluso a una llamada. Sobre la barra estaba su bolso, oscuro y pequeño, y su chaqueta de traje gris, doblada, impoluta, tranquila, como si tal cosa; ajena a la guerra que había dado su recuperación. Daniel estaba más apartado, más alejado. Bebía de su copa y miraba, por encima de una barandilla, hacia la planta de abajo.

No había signos de pecado y el ruido de la música y el bullicio no atronaban allí. Comencé a caminar hacia mi mujer con la clara intención de aprovechar el momento de soledad. Pero, al tercer o cuarto paso, vi de soslayo cómo Daniel se disponía a abandonar su puesto de vigilancia. Ella me miraba, dispuesta a recibirme y él también se acercaba, con sus piernas arqueadas, por el otro flanco. Sabía que yo llegaría antes, aunque por poco. Y ella también lo supo, y es que tan pronto llegué a ella, y justo antes de que lo hiciera él, dijo en un susurro:

—Tranquilo… Está bien. Estamos bien.

Tras decirlo comenzó a meter su teléfono en el bolso. Mi mente iba a toda velocidad, intentando descifrar sus palabras. Lo lógico era pensar que todo seguía su plan. Daniel, en el preciso momento de llegar a ella, y tras mirarme fugazmente, puso una mano en su cintura y le dijo:

—Ya tienes tu chaquetita, ¿no? Pues venga, vamos.

—¿Vamos adónde? —dijo mi mujer, con cinismo, soltando aquella mano tocona, girándose con displicencia y chulería, y colgándose el bolso del hombro.

Daniel me miró entonces, por encima de ella, y después, al tiempo que se colocaba frente a mi mujer, dijo mirando hacia Carolina:

—Joder, Rafael. Qué *personaja* tienes por mujer, eh. Hay que ver.

—¿Qué hay que ver? —preguntó ella, con la espalda contra la barra, cercada otra vez por él, pero mostrando suficiencia.

—Pues mira. Hay que ver que la beso. Se aparta… La beso… Se aparta —repetía él y posaba su copa en la barra, al lado de ella, y para hacerlo la invadía, chocándose con ella a propósito, y volvía a retirarse y se colocaba otra vez frente a mi mujer, muy cerca, y ponía sus manos enormes en su cintura—. Y la beso otra vez… Y lo acepta… Y le meto mano. Y me aparta… Y después se deja… Por no decir que hemos follado…

—¡Shh! Cállate ya, anda —le interrumpió mi mujer de manera súbita aunque algo dócil, para no

provocarlo, al escuchar aquella última palabra, y puso sus manos en el pecho de él, para contenerlo un poco.

—¿Qué? ¿No lo sabe? ¿Por qué me voy a callar? —le preguntó, casi boca con boca. Y hablaban de mí, pero sin mirarme.

—Porque lo que haya pasado ya se lo cuento yo.

—Ah, ¿sí? Tú mandas mucho. Mandas en todo. O sea, que no sabe nada. ¿No sabes nada? —me preguntó, y esta vez sí me miró. A medio metro de mí, pegado a ella. Sudoroso. Grande. Representando un papel conmigo y otro con ella.

Yo, aún sin fiarme del todo, aún sin aceptar completamente que de verdad "todo estaba bien", y sacando fuerzas de dónde no las había, respondí rebelándome:

—La verdad es que me gustaría saberlo todo. Ya que estamos…

Yo sabía que aquello había sorprendido a mi mujer, pero no me miró.

—Pues esto va a cerrar. Pero nos podemos ir tú y yo a otro sitio y te cuento. ¿Qué te parece? Nos cogemos un ciego y te lo cuento todo —dijo Daniel, provocándola.

—Eres gilipollas… Sois gilipollas los dos —susurró ella, sobreactuando hastío, y tanto el fondo como la forma me molestaron.

—No hace falta que nos vayamos por ahí —dije yo, algo crecido—. Cuéntame ahora qué pasó esta noche.

—¿Esta noche? —se sorprendió Daniel.

—Sí, esa historia de cargar su móvil en el hotel… —insistí arriesgándome, pero desesperado por saber.

—Nah… Esta noche no pasó nada… —confesó él de manera aséptica y neutra, de manera totalmente creíble.

Mi mujer entonces sí me miró. Y me fulminó con la mirada por no haberla creído. Y se vengó. Lo hizo al instante. Alargó una de sus manos y la deslizó para colocar correctamente uno de los cuellos de la camisa de Daniel, que estaba aplastado por el cuello de su propia chaqueta. Fue un movimiento medido, cómplice con él, para hacerme daño. Él se sorprendió y volvió a centrarse completamente en ella.

—¿Estoy guapo? —le preguntó Daniel, mirándola y manteniendo sus manos en la cintura de mi mujer.

—No estás mal… —le contestó.

—¿Me queda bien el traje? —preguntó él, revisándose fugazmente antes de volver a poner sus ojos en ella.

—Bastante bien… —le incitó.

Y él lo hizo. Cómo no hacerlo. Y ella al principio parecía verse sorprendida, y se inclinó mínimamente hacia atrás, pero la boca de Daniel llegó a su destino, contactando, labio con labio, depositando un beso corto y sonoro. Al instante sus manos se movieron con presteza, hacia el escote de ella, y soltó aquel botón que llevaba toda la noche abrochándose y desabrochándose.

—No empieces… —susurró mi esposa ante aquel ataque doble y rápido.

Él se retiró un poco y pude ver otra vez el escote, el desfiladero largo, el canalillo obsceno, y el sonrojo en las mejillas de mi mujer.

Él la miraba. El deseo lo consumía. Volví a ver aquella mirada sucia, animal, de mera ansia física, que había visto dos semanas atrás.

Hizo entonces por desabrochar otro botón y mi mujer, sin despegar la parte baja de su espalda de la barra, ni apartarlo a él, retiró aquellas manos intrusas.

—Que pares… —le volvió a susurrar, pero sus rostros seguían muy cerca.

—Me das un "sí…" Me das un "no…" —le susurraba él en la cara y volvía a atacarla llevando sus manos a su cintura.

—Pues claro —le contestó Carolina.

Y él entonces se acercó aún más, de nuevo con su pelvis hacia adelante, y sus cuerpos entraban en contacto, y le susurró:

—Pero después en la cama no mareas, eh… Y es todo "¡sí, sí, sí!".

—Cállate… —protestó seria, interrumpiéndolo.

—Cállame tú —le contestó él y volvió a ella, y esta vez llevó sus manos arriba, al rostro de mi mujer, y yo, a apenas dos pasos de distancia, volví a asistir a cómo ella no se resistía: mantenía las manos en el pecho de él y le daba sus labios, y abría la boca para él, y dejaba que su lengua la invadiese. Daniel se encorvaba un poco y la sujetaba sutilmente, con una delicadeza inesperada; sus pulgares rozaron suavemente sus mejillas. El primer beso fue corto, pero después sus miradas se encontraron, cargadas de una tensión latente que había estado esperando a ser liberada. Ella respiró hondo y aquello me dolió. Mi corazón se me salía del pecho, pero no podía dejar de mirar.

El segundo beso empezó suave, exploratorio, como si hubiera de golpe un toque de inseguridad que pronto se desvaneció. Sus bocas volvieron a adaptarse, los labios de él rozando los de ella con un ansia que aumentaba segundo a segundo. Sus manos descendieron desde sus mejillas hasta su cuello, atrayéndola aún más hacia él. Los dedos de ella se colaron bajo su chaqueta y lo tocaron sobre su camisa blanca y húmeda por el sudor, y se aferraron a su pecho, presionando, buscando sentirlo más cerca. Las respiraciones se entremezclaron, y sus lenguas se encontraron en una profunda y apasionada disputa, rivalizando por quién besaba mejor y por quién canalizaba mejor su deseo. Y todo ello me excitaba y me destruía. Y me daba tiempo a pensar que ella solo mostraba lo que había confesado ser: aquella zorra, aquel putón, aquella esposa infiel, aquel lado oscuro, pero ya no me parecía tan sencillo y tolerable canalizarlo para nuestro beneficio.

Otra vez se separaron. Otra vez se miraron. Y entonces Daniel dijo:

—¿Cómo hacemos esto?

Y yo supe que “esto” era yo. Que “esto” era dar rienda suelta a su atracción en mi presencia.

De golpe, y a pesar de que dos semanas atrás Daniel lo había gestionado sin dudas ni reparos, mi mujer parecía más adaptada al contexto.

Ella se mantuvo callada y por fin giró su rostro y me miró. Allí, con las manos sobre el pecho de él, cercada contra la barra de madera oscura, me miraba de forma enigmática y yo la vi dolorosamente radiante, desmesuradamente guapa.

Daniel aprovechó aquel momento de calma para desabrocharle otro botón, de tal forma que solo quedaban uno o dos para poder abrir su camisa rosa del todo. Después, con precisión, en dos gestos rápidos, uno por cada lado de su torso, tiró de la camisa hasta sacarla de la falda, permitiendo que la tela cayera suave, en un vuelo sutil, haciéndola fluir y caer suelta. Ella, haciéndome daño, se dejó hacer, mientras me miraba.

—Oye, Rafael —dijo él entonces—. No vi a Marquitos muy convencido de dejarnos subir. ¿Por qué no bajas y vigilas que no suba?

—Prefiero quedarme aquí —respondí, tenso, pero convencido, y él seguía con los botones, desabrochándolos ya todos.

—¿Te gusta mirar o qué? —preguntó, terminando su operación.

—Claro que me gusta mirar. Por eso estamos los tres aquí, ¿no? —contesté firme.

Algo le pasaba. Otra vez me parecía que tomaba caminos equivocados para sus propios intereses.

Él inquieto, y habiendo topado en hueso conmigo, le dijo a ella:

—¿Por qué no te subes a la barra? Así te follo como la primera vez.

Aquella frase cayó como una bomba entre los tres.

—¿De qué vas? —se revolvió automáticamente ella, y retiró sus manos de él.

—¿No te ha contado eso, eh? —preguntó hacia mí—. Después se bajó de la barra de mi cocina y le di desde atrás. No desde atrás por el culo, desde atrás me refiero a la postura.

—Eres gilipollas… de verdad —dijo entonces mi mujer, negando con la cabeza.

—Sí… Un gilipollas que te ha follado varias veces —le espetó él, juntándose de nuevo a ella. Y mi mujer, a pesar de su diálogo beligerante, o quizás por eso, quizás porque esa era precisamente la fórmula a través de la cual se entendían y avanzaban, llevó sus manos a los hombros de él y permitió que se acercase y que llevase sus manos a su cintura.

Daniel llevó su boca a ella. Mi mujer giró su rostro, rechazándolo.

—Van a cerrar… —le susurró Carolina.

—Vamos al hotel, entonces —le dijo Daniel, boca con boca.

Ella se quedó callada y él atacó, sutilmente, depositando un fugaz beso en sus labios.

—Vamos al hotel. Venga, Vamos al hotel, te follo y éste mira —le insistió, y atacó otra vez, pero esta vez con intenciones más lascivas, y ella volvió a aceptar el morreo, el beso largo, su lengua, su escorzo con su cabeza… y llevó las manos a la nuca de él, a aquella cabeza sudorosa.

—Date la vuelta… —le susurró Daniel, cortando el beso, labio con labio.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—No te la voy a meter… No te voy a follar aquí… evidentemente… Pero quiero verte el culo… Te lo veo y nos vamos.

—¿Qué? Eres idiota… de verdad… —le contestó ella, y fue entonces mi mujer quién lo besó, tomando la iniciativa para reconducirlo, para que olvidase aquella idea. Pero quién hizo por reconducir fue él: mientras el beso se alargaba, mientras ella le daba su lengua y ladeaba su rostro y su melena rubia caía brillante, él colaba una de sus manos por aquel escote que ya no era escote, sino un torso expuesto, una camisa abierta y un sujetador negro imponente y extenso, y, ayudándose también de la otra mano, la hacía girar. Y, entre beso y beso, mientras sus lenguas volaban y sus ojos se cerraban, le susurraba: “Venga… quiero vértelo…”

Yo asistía, excitado y estupefacto, otra vez, a cómo alternaba frases torpes con movimientos hábiles. Y, cuando me pude dar cuenta, mi mujer había sido dirigida y girada, y ponía las palmas de sus manos sobre la barra. Detrás de ella, Daniel pegaba su pelvis al culo mi esposa, sobre su falda, y llevaba sus manos a los lados de dicha falda, dispuesto a empezar a subirla. Mi mujer hizo ademán de mirarme, pero a medio camino pareció arrepentirse, y llevó su rostro al otro lado.

La música era solo un zumbido lejano, la luz de la planta inferior apenas nos bañaba, y mi mujer se colocaba la melena tras la oreja con una mano, y después volvía a posar dicha mano. Y dejaba que aquel gigante la acosase con su entrepierna; con aquel miembro que, aunque cubierto, ella notaba y sentía. Miembro que, de golpe, espoleado por la cintura de Daniel, comenzó a hacer que mi mujer oscilase, mínima y rítmicamente, apenas unos centímetros, todo su cuerpo, atrás y adelante.

—Rafael. Mira. Así me la follé la primera vez… —dijo entonces Daniel.

Y esta vez mi mujer no protestó. Se limitó a volver a recoger su flequillo, colocándolo tras su oreja, cómo si yo no la estuviera mirando, cómo si no hubiera escuchado nada, cómo si no fuera humillante aquel mínimo y ridículo vaivén. Cómo si, al igual que dos semanas atrás, pudiera con absolutamente todo.

CAPÍTULO 31

Me quedé un instante prendado de la imagen. Veía una excentricidad compartida. Todo en él era excesivo. Y ella, en su ansia de aceptar y rechazar, de negar la evidencia, parecía querer plasmar que se dejaría seguir agraviando, pero poco, pues enseguida nos marcharíamos. Y es que su bolso colgaba de su hombro aún, y oscilaba también en el mínimo vaivén, como si en cualquier momento fuera a dar carpetazo, cortarlo todo, y decidir por los tres que era el momento de irnos.

El mínimo ajetreo terminó cuando él se separó un poco para proceder con su amenaza. Afrenta que consistía en darse aquel capricho de desnudarla parcialmente allí, ya que el contexto no permitía mucho más. La minifalda gris, moderadamente ceñida, no era impedimento para aquellas manos enormes. Él, de pie, tras ella, subía aquella falda con lentitud pero con suficiente eficiencia. Los muslos de mi mujer, alzados un poco por sus zapatos de tacón, iban siendo expuestos, centímetro a centímetro, a la luz blanquecina. Cuánto más se descubría más difícil parecía ser el descubrimiento, por lo que más firmes parecían sus muslos. Y cuando ya casi se adivinaba la revelación de sus bragas, mi esposa tuvo la la sangre fría, la displicencia, el cuajo, de cerrarse un poco la camisa con un gesto rápido, y de agitar fugazmente su muñeca para hacer girar su reloj y revisar qué hora era.

—Qué culazo, joder… —exclamó Daniel, a mi lado, tras ella, y yo llevé mis ojos a las nalgas descubiertas de mi mujer, y vi y juzgué aquel trasero como si no fuera el de mi esposa.

—¿Y este tangazo…? La madre que me parió… —esbozó él, casi enrabietado, y era cierto que, aún sin ser un tanga exiguo, sí había menos tela que en unas bragas normales; como si fuera un medio camino: ni usuales, ni obscenas, sensuales pero sin asaltar la zafiedad.

La luz tenue se reflejaba en las nalgas de mi mujer, nalgas que casi engullían por completo la seda de su tanga negro. Y aquella estampa casi mágica fue borrada por un Daniel que llevó sus manos allí, las dos a la vez, y amasó su culo sin indulgencia.

Y yo sentí entonces que ella iba a decir algo, seguramente algún tipo de protesta por aquella ridícula exposición, por aquellos torpes manoseos, cuando entonces pude ver cómo Daniel se agachaba y se ponía de cuclillas detrás de mi mujer.

—¿Qué coño haces…? ¿Estás loco? —exclamó ella, girando su rostro.

—Shh, quieta. Dame un segundo —le interrumpió él, con sus manos en su culo, y con su rostro casi entre sus nalgas.

—Joder… ¿En serio? —protestaba mi mujer, sorprendida y sobrepasada, pero no se apartaba, no se movía; apoyada contra la barra, con la camisa completamente abierta, con su sujetador a la vista, y con su culo alzado y expuesto.

Y entonces, ella, mirándome, me dijo:

—… Rafa…

—Rafa, ¿qué? —pregunté al tiempo que ella cerró los ojos y esbozó un pequeño lamento, y supe que algo hacía Daniel atrás, con su boca.

—Que… sí… Que estaría bien que… ¡Ahh! —gimoteó— vigilaras que no viniera nadie… —alcanzó a susurrar entre quejidos, y cerró los ojos, y pude ver cómo Daniel había apartado ligeramente el tanga con una mano, lo había desencajado de entre las nalgas de mi mujer, y sacaba la lengua: una lengua tosca y larga, y lamía por allí… entre sus nalgas… y yo no sabía si degustaba ano, coño o alternaba entre ambos.

Veinte segundos atrás apenas nada sucedía. Veinte segundos atrás un beso era flagrante. Y ahora sucedía aquello. Mi cuerpo temblaba al verla así. Mi corazón retumbaba y no podía creer su descaro.

No hice caso a su petición, mientras alucinaba con cómo era posible, pues no habían pasado ni diez segundos desde que aquella lengua había empezado a invadir y ella ya gimoteaba y tiritaba en pequeños espasmos.

Su bolso seguía allí, colgando de su hombro, como si todo fuera provisional y a la vez estuviera fuera de tiempo. Y ella bajó un poco la cabeza primero, y después llevó su mano atrás, a aquella cabeza que brillaba sudorosa y se incrustaba en ella, y yo no sabía si hacía por apartarlo o por fijarlo. Y mi miembro se retorcía, creciendo y chocando contra mis calzoncillos y pantalones, mientras observaba cómo el cabrón de Daniel apartaba aquella mano de mi mujer, siendo ahora él el hosco e insolente, y usaba después sus dos manos para separar aquellas nalgas. Y entonces escuché un "¡Ahh-hh!" de mi mujer, un poco más largo, entrecortado y sentido, y me aproximé medio paso hasta descubrir que Daniel se centraba en su ano, que le lamía el culo, que chupaba y le comía el culo a mi mujer.

Todo se agitaba, pero a la vez todo se calmaba. No había rencillas, no había reproches. La música, que sonaba lejana, se veía solapada por los lamentos tenues de mi mujer, unos "¡Ahh-Ah!", tan cortos como intensos. Y mis ojos iban a aquel gigante en cuclillas, que enterraba su lengua en el ano de mi mujer, y a los ojos cerrados y al gesto afectado de ella, que fruncía el ceño y sus labios temblaban tras cada gemido. Y yo, sobreexcitado sexualmente, llegaba a una extraña calma mental, de una extraña manera: verla claudicar delante de mí, de alguna forma, me unía a ella. Ya no había más mentiras y podría haberlas habido. Ella, mi esposa, mi mujer, estaba allí, dejándose comer el culo, delante de mí. Y a veces me miraba, y a veces no. De hecho, casi nunca lo hacía. Pero yo no lo necesitaba.

Un minuto. Quizás hasta casi dos. Tiempo denso y lento en el que Daniel hundía su lengua y besaba allí, entre sus nalgas, y de su calva y de su frente brotaba sudor de una manera angustiosa y desagradable.

Mi miembro palpitaba, desesperado por ser liberado, pero yo no lo liberaba. Cuando, de golpe, Daniel se retiró, se puso en pie, y comenzó a quitarse su chaqueta, no sin dificultad. Mi mujer volteó su rostro al instante, sin mover el resto de su cuerpo, y no dijo nada al ver, como yo, aquel cuerpo enorme, agobiado, asfixiado, que lanzaba su enorme chaqueta oscura hacia la barra y mostraba aquel torso musculado que apenas cabía en aquella camisa blanca, casi completamente transparente a consecuencia de la extrema humedad por todo aquel sudor.

El tiempo corría en su contra. La media hora que faltaba para el cierre, anunciada por el

camarero, estaba a punto de llegar a su fin. Quizás fue por eso que Daniel no quiso irse de allí sin degustarlo todo. Se agachó otra vez, pero esta vez en su descenso se llevó el tanga de mi mujer, tanga que recorrió sus esbeltas piernas hasta que llegó a sus tobillos. El cuerpo de mi mujer tembló en el recorrido, como si el tacto del discurrir de la seda negra por sus piernas la excitase; o quizás fuera por sentir el aire espeso de aquel lugar agitando su coño… Daniel incó una rodilla, tras ella, en el preciso instante en el que yo pude ver el sexo libre de mi mujer, y también lo vio él, qué susurró con burla:

—Joder… Carolina… Qué puto desastre.

Mi mujer calló. No protestó. Y yo fui testigo de cómo Daniel volvía a separar aquellas nalgas con sus manos, y veía el ano humedecido y brillante por la saliva que él había vertido… y después miraba hacia el verdadero motivo de la frase de Daniel: el coño de mi mujer: saliente, ostentoso, con unos labios grandes y separados, carnosos, que caían, que fluían, apartados…

Aquel gigante en camisa blanca empapada, medio en cuclillas medio arrodillado detrás de mi mujer, no quiso hacer mayor escarnio. No había tampoco mucho más que decir: si alguien sabía a ciencia cierta en qué estado se encontraba aquel coño, era mi propia esposa. Y yo no podía dejar de sentir dolor por verla así, pero debía asumir que así era, y que así era con él.

El primer quejido de Carolina fue instantáneo, un lamento corto al sentir la lengua de él enterrarse en su sexo. Un “¡Oohhh!” tan placentero que me despedazó. Y me miró, por segunda o tercera vez. Vencida, entregada, apoyada hacia adelante, pero a la vez con un empaque erguido; ella me miraba con sus ojos verdes desbordados, acuosos, tensos por lo que sentía, y sabedora de lo que venía.

Ella flexionaba un poco las piernas y alzaba su culo, para que él pudiera llegar mejor a su sexo. Yo tenía que decidir si atender atrás: al coño deshecho de mi mujer y a la boca de Daniel matándola de placer, o si atendía adelante: para observar el rostro de mi esposa. Opté por lo segundo, y, por morboso que fuera ver cómo aquel animal incidía con su lengua en lo más profundo de mi mujer, no me arrepentí de mi decisión al ver, al sentir, casi al palpar, los gemidos y lamentos de Carolina; los “¡Ah!”, “¡Ah!”, “¡Ah!”, cortos, entrecortados, aleatorios. No me arrepentí de ir allí y ver cómo cerraba los ojos, cómo a veces echaba su cuerpo hacia atrás, un poco, y a veces hacia adelante. Siempre aderezado con aquellos melosos y agradecidos “¡Ah!”, “¡Ah!”, “¡Ahh!”. Y a veces temblaba en espasmos rápidos y breves. A veces se colocaba el flequillo. A veces temblaba como si tuviera frío. A veces su mano trémula apartaba un poco su camisa, e iba a un pecho, y se palpaba sobre su sujetador negro, para sentirse, y después volvía a posar esa mano sobre la barra. Y a veces me miraba, pero sin detenerse. Desvergonzada y arrastrada por el placer.

Y entonces todo cambió. Todo se hizo menos sutil, más animal. Daniel maniobraba con destreza y decisión. Su enorme cabeza se hundía allí. Podía ver su cuello, ancho, tragando aire y saliva. Mi mujer llevó su mano atrás, esta vez sí claramente para que él la penetrase mejor con su lengua. Y ella comenzó gemir de manera más áspera, con unos “¡Mhhh!”, “¡Mhhhh!”, “¡Mmhhhmm!”, burdos, casi rudos, que le restaban feminidad y le sumaban ordinariez, cosa que a ella, en aquel momento, no parecía importarle.

Los tacones de sus zapatos fijos en el suelo. Sus piernas separadas. Su tanga, tenso, creando un

puente tirante, de un tobillo a otro. Sus rodillas algo flexionadas. Su falda subida hasta la cintura. Su coño, saliente y devorado. Su camisa abierta, sus pechos, hinchados por la excitación, queriendo liberarse de su sujetador, como mi miembro quería liberarse de su ropa.

— ¡Mhhh! ¡Mhhhh! ¡Mmhhhmm! —gemía ella, casi siempre con los ojos cerrados, y a veces volvía a los "¡Ah!", "¡Ah!", "¡Ah!", cortos y dispersos.

Y entonces un "¡¡Ahhhh!!" largo, y que le hizo agachar la cabeza, me hizo pensar que podría estar cerca de correrse. Y Daniel quizás pensó lo mismo, y vi de soslayo cómo se retiraba, como si hubiera decidido que su presa ya estaba a punto. Y después se incorporó: de pie, grande, enorme y sudoroso, tras ella, tras aquel coño descompuesto. Y se llevó las manos al cinturón.

Mi mujer primero sintió el abandono y no se volteó. Pero después escuchó el tintineo del cinturón y sí lo hizo:

—Estás loco… Ni se te ocurra… —protestó, con los ojos entrecerrados, con su tanga atando sus tobillos, con su culo al descubierto, con su coño que brillaba prominente y colgante.

Pero él no se detenía. Se abría el cinturón. Y entonces algo nos sobresaltó: luz, silencio. La música se había detenido. Las luces, en la planta de abajo, se habían iluminado.

Daniel se detuvo. Yo me giré instintivamente hacia atrás. Se oía tumulto, murmullo. Me parecía escuchar pasos cerca.

CAPITULO 32

Me quedé bloqueado, pero ya no estaba tan seguro de haber escuchado a gente aproximarse; quizás había sido cualquier otra cosa. Y es que el cambio había sido total: el sonido y la luz. Todo parecía completamente diferente.

Di un par de pasos, alejándome de ellos, como si fuera mi tarea, como si fuera mi función protegerlos de lo que hacían. Pero enseguida entré en razón y no acepté aquella labor. No me debía a nadie; el riesgo de su exhibicionismo debían asumirlo únicamente ellos.

Decidido, me volteaba de nuevo, al tiempo que escuchaba la voz de Carolina:

—Mmm… Para…

Mi esposa se había girado, y, de pie, otra vez acorralada contra la barra, recibía los manoseos y besos de Daniel. Aquel hombre de camisa enorme, blanca y casi transparente por la humedad, acosaba, ahora bajo una luz algo más intensa, a mi mujer. Algunos intentos fructificaban, otros no. Besaba su cuello y ella lo permitía, tocaba un pecho sobre el sujetador y ella apartaba su

mano. Intentaba besar su boca y ella se apartaba y le decía, alternando y repitiendo: “para” y “nos van a ver”. Él llevaba una mano a su culo y apretaba una nalga y ella lo permitía. Después intentaba besarla y ella lo aceptaba, y el morreo se producía, y después intentaba palpar su coño y ella serpenteaba con su cadera para evitarlo.

La sucesión de estímulos, de sonidos diferentes, me bombardeaba. Y es que al haberse apagado la música, se escuchaban voces, pisadas, chasquidos, y multitud de sonidos que podían ser nada relevante o la vergüenza total. Me pareció entonces volver a escuchar un sonido a mi espalda, y me volteé a toda velocidad, como por acto reflejo. Y, tras comprobar que no subía nadie por aquellas escaleras, volví mi mirada a ellos, que, en absoluto me hacían ya ni mínimamente partícipe, y observé cómo uno de los besos aceptados por mi mujer hacía mella en ella, y se dejaba besar, con los brazos casi muertos, y entonces su bolso cayó al suelo.

Él la sujetaba con una mano, por el cuello, bajo su melena, y usaba su otra mano para amasar las copas grandes y negras de su sujetador. Abajo, el culo y el sexo de mi mujer respiraban libres, por seguir su falda subida hasta su cintura y su tanga anudando sus tobillos; sus piernas, subidas a los zapatos de tacón, parecían interminables. Y el pantalón de Daniel parecía ya completamente abierto y no del todo en su sitio.

Añadir la adrenalina por ser descubiertos al ansia que ya había hizo que despertara el verdadero Daniel. Volvía a ver al descontrolado de dos semanas atrás. Y todo se precipitó de repente. Yo, excitado y nervioso, asistía atónito a aquel hostigamiento. La firme mano de Daniel se descontroló y se escuchó un doble “¡Ah!”, “¡Au!”, alto, sonoro, sobrepasado, de mi mujer, al recibir ésta dos fuertes tirones en su sujetador; dos tirones a traición, por sorpresa, desesperados. Aquel animal bajaba el sujetador en dos bruscas sacudidas, y las tetas de mi mujer se descubrían, primero temblando y vibrando por aquellos toscos arreones, y después desbordando las copas del sujetador, quedando éstas casi completamente sepultadas por sus pechos.

Mi excitación me hacía temblar. Mis nervios me impedían retener todo lo que veía. La velocidad y la codicia de Daniel me impedían también sentir paso a paso lo que sucedía. Apenas había asumido el impacto de ver las tetas de mi mujer desbordando con brutalidad su sujetador, apenas había asumido la imagen de aquellas areolas grandes y rosadas y aquellos pezones duros, y dejé de ver una teta porque fue amasada por una mano de él. Teta que fue alzada y después apretada. Y ella veía aquella cabeza enorme descender y se dejaba besar su escote, y él apartaba un poco su camisa rosa y bajaba aún más su sujetador. Y ya se disponía a besar sus pechos cuando ella, sacudiendo su cuello y melena, me miró fugazmente. Y yo a aquellas alturas dudaba de que lo nuestro tuviera salvación, si para tenerla debía tolerar aquella desesperación y entrega. Y mi pesimismo aumentó cuando ella misma, mi mujer, alargó una de sus manos hacia la entrepierna de aquel cabrón. Y, simultáneamente a que él, encorvado sobre ella, alcanzase uno de sus pechos con su boca, mi esposa jadeó y esbozó un “¡Ahhh!” al aire, y consiguió agarrar algo que también salía a la luz: la enorme polla de Daniel.

Si el cambio se había producido en él al encenderse las luces y darse cuenta de que el tiempo apremiaba, el cambio en mi mujer se produjo cuando tocó aquello. Y yo la desprecié por ello. Desprecié que al final, tras tanta disputa y tanto ego, todo se desvaneciese por lo más básico y animal: el mero contacto de su mano en su polla, el mero tacto de la dureza de su miembro, el impacto por la grandiosidad de lo que agarraba; aquello la hacía abandonar cualquier intento de autoengaño y no disimulaba su excitación. La impresión en sus ojos cuando se hizo con aquello

fue cohibida pero indisimulable. Esbozó un "¡Ufff!" desbordado. Y ese reconocimiento en forma de suspiro lo espoleó a él para devorar sus pechos, mezclando autoestima y rabia.

Cheposo, torcido, doblado sobre ella, aquella mole de camisa blanca empapada, lamía, succionaba, apretaba y vejaba las tetas de mi mujer. Ella lo acogía con dificultad, echaba su cuello hacia atrás, su melena rubia ondeaba y agarraba cómo podía aquella polla enorme. Los jadeos y quejidos de mi mujer ante cada lametazo, mordisco y apretón, eran morbo puro. Él amasaba una teta con una mano, haciendo que floreciese hacia delante una areola extensa, y entonces llevaba allí su lengua, lamía, mordía un poco, y después chupaba. Y después su boca densa y sus labios húmedos llevaban un reguero de saliva a su otra teta, y hacía lo mismo. Si mordía con fuerza ella gemía un "¡Ahhhh!" más largo; si solo lamía o chupaba, mi mujer susurraba un sordo "Mhhh-hh…" también con los ojos cerrados. Y fue ella la que empezó hablar, a la segunda o tercera vez que él alternó de teta, susurrándole:

—Mmmm… ¡Para…! Bruto…

Y entonces yo desvié mi mirada un instante de lo que pasaba arriba. Y miré abajo. Y lo que vi me fulminó: el sexo de mi esposa, su coño, brotaba saliente, grande, y sus labios caían, algo separados, unos centímetros, alejados de ella, de su vello púbico… Aquello me dejó sin respiración, me mostraba un grado de excitación casi desolador, cuando escuché decir a Daniel:

—Vaya tetones de cerda tienes…

Ellos se entendían. Primero con sus disputas y después con sus palabras excesivas. Y entonces pude ver cómo ella ya conseguía masturbarlo. Ya sacudía aquella monstruosidad que salía de sus pantalones abiertos y sus calzoncillos bajados, completamente descabezado, oscuro, violáceo y brillante. Ella apenas era capaz de cerrar su mano. Aquel miembro empataba en desmedido tamaño con el propio cuerpo de su dueño, y reñía en opulencia y exuberancia con las tetas de mi mujer que él devoraba. Todo en ellos era ostentoso, abundante y sexual.

Yo no existía para ellos. Si a Carolina de verdad le excitase que yo juzgase su otro lado, ella debía contactar conmigo. Mirarme. Buscar en mis ojos el castigo. Pero no lo hacía. Yo ya daba por hecho que el aviso de Gabriela había pretendido revelarme que mi esposa era en sí un engaño. Que era una guarra, sin más. No una guarra por nuestro bien. Y él tampoco me buscaba, quizás sabedor de que hacerme partícipe, aunque fuera para humillarme, jugando o no, no le aportaba absolutamente nada a mi esposa.

Daniel retiró su boca. Dio por finalizado el festín. Los pechos, brillantes, empapados e hinchados de Carolina salieron libres a la luz. Me fijé en el estropicio húmedo. En la enormidad de sus areolas rosadas, en la consistencia colosal de sus tetas que hacía que casi ocultasen por completo las copas de su sujetador, de por sí bastante grandes. Me fijé en la visible rigidez y excitación de sus pezones y me fijé en el enrojecimiento de todo por sus brutales mordiscos.

Y después él la besó otra vez, en un morreo duradero y profundo, mientras ella amasaba su polla, en movimientos largos, pero irregulares e inconstantes; descabezando y cubriendo aquella monstruosidad que se alzaba dura, ancha y larga, chocando con todo, tintando de líquido transparente la cintura y cadera de mi mujer; su falda gris y su camisa rosa.

Y el tanga de mi mujer seguía anudando sus tobillos, y ella seguía subida a sus zapatos de tacón,

cuando una de las manos de Daniel bajó a su sexo, a aquel coño saliente, y dio dos golpes certeros allí, entre sus labios separados, y mi mujer gimió en su boca un "¡Mmmm…!" "¡Diooos!" desesperado, que me dejó sin aire.

Miré un instante a mi alrededor: La sucesión de sonidos desconcertantes era continuo. El local se vaciaba y ellos seguían. Como el murmullo en la distancia, que no cesaba. La luz que nos llegaba de abajo ya no era tenue sino delatora.

Y se produjo. Me estremecí al verlo, y mi esposa pronunció, con un espasmo, un desgarrador "¡Ahhh!" "¡Mmmmm!" "¡Dioos…!" al sentir que aquel animal no estaba allí para frotar su cúspide ni para mimar lo que brotaba; lo que hacía aquel hombre era introducir dos dedos, el corazón y el anular, en el coño de mi mujer. Y ella tuvo que soltar su miembro y agarrarse a él. Y se juntó más a él. Se colgó. Se abrazó a aquella camisa blanca empapada, y llevó su boca a su hombro, y gimió allí, y babeaba allí, con los ojos cerrados y el rostro torcido, mientras aquel animal la masturbaba, metiendo y sacando aquellos dos dedos, sin piedad. Mi esposa, con las piernas ligeramente flexionadas, apenas sostenidas por sus zapatos de tacón, con su tanga ligando sus tobillos, se tensaba, temblaba y se colgaba de él, y jadeaba en su hombro, con cada metida, unos "¡Ah!" "¡Ahhh!" "¡Ahhh!" "¡Ahhh…!" incesantes, que me mataban. Mientras él, pletórico, le susurraba: "¡Qué coño tienes…!" "Estás empapada…" "¡Qué coño de cerda tienes…!" "¡Cómo puedes tener el coño así, joder…!". Y ella respondía con más "¡Ahh!" "¡Ahhh!" "¡Ahhh!" "¡Dioos…!"

Él apretaba su culo desnudo con una mano, para que ella no retrocediera, y seguía penetrando con sus dedos. Yo veía su mano, todo su brazo, agitarse, adelante y atrás, a toda velocidad. Y ella no se quejaba por su brutalidad. Se limitaba a gemir, a sollozar, y a casi morder en su hombro, sobre su camisa. Hasta que un espasmo impactante de sus piernas, un tembleque vergonzante, la hizo flexionarse más, casi agacharse, y después gimió un "¡Ahhh…!" "¡Ahhhhhh!", desgarrador, que sonó a puro éxtasis, y que me hizo pensar que se corría. Y yo, excitadísimo, no me tocaba, dejaba que mi miembro siguiera enjaulado, porque, petrificado, no era capaz de hacer otra cosa que no fuera mirar. Y otro "¡Ahhhh…!" "¡Ahhhhh!" "¡Ahhhh-hh!" igual o más extremo y desalentador hizo que Daniel sospechara también que mi esposa no podía más, y le susurró:

—¿Te corres? ¿Te vas a correr aquí?

—¡Ahhh…! ¡Ahhh…! ¡Mmm…! —se retorcía ella mientras aquel codo iba y venía a toda velocidad, y hasta me parecía poder escuchar la humedad de su coño, un sonido acuoso y rítmico, al compás de la metida y sacada de aquellos dedos.

—Te corres ¿eh…? ¡Te corres… aquí…! ¿Cómo una cerda?

—¡¡AHHH!! ¡¡AHHHHHH!! ¡¡AHHHHHH-HHH!!—casi estallaba ella, y entonces él buscó su boca, y ella lo aceptó. Pensé que quería que ella estallase mientras se besaban, pero entonces bajó el ritmo; su brazo descendió en intensidad. Carolina, tras cortar él el beso, protestó, con aquellos dedos de él, enormes y metidos en su coño; protestó con unos "Ah…" "Mmm…" más cortos y hasta apesadumbrados.

Daniel llegó a detenerse por completo. Le había cortado su inminente orgasmo. La cara de mi esposa era de desesperación y angustia. Sus mejillas ardían. Su melena despeinada. Toda ella era un desorden desarmado. Daniel retiró sus dedos de aquel coño que salió a la luz absolutamente

deshecho. La polla de Daniel brillaba y apuntaba casi al techo. Y él se la agarró con una mano, buscando que la atención de ella fuera allí. Y entonces mi mujer llevó su mano a su melena y se la echó hacia un lado, y le tocó el miembro con delicadeza. Le anunciaba que sí, que lo iba a hacer. Yo no existía. Me mataban. Me mataba. Ella, tras revisar que, por el ajetreo de aquella masturbación brutal, su camisa se había cerrado un poco, ocultando sus pechos, hizo el alarde, el desgarrador exceso, de apartarla, llevándola otra vez a ambos lados de sus tetas; tetas enormes, que salían hacia adelante con una potencia que yo no había visto jamás. Ofreciéndole esa exuberancia, y con su melena bien apartada, para que no le molestase en su próxima operación, parecía dispuesta a descender.

Y no pude más. Desvié la mirada. Mis ojos se apartaron de allí y comencé a alejarme. En la retina se quedaba lo último que había mirado, de soslayo: su descenso, cómo ella se colocaba en cuclillas frente aquella polla enorme sujetada por aquel cabrón. Y la ultimísima imagen: los labios de su coño, brotando aún más apartados y salientes, hacia abajo, como consecuencia de aquella postura, en cuclillas, frente a él. Y me mató tener que aceptar que algo colgaba del coño de mi esposa… un hilillo transparente, brillante, un hilo cristalino, colgaba, balanceándose… vestigio tangible de su desgarrador deseo y de su vergonzosa humedad.

Caminé. Me alejé. Me fui. Escuchaba mis pasos a pesar de que el tumulto lo cubría casi todo. No sabía si ellos reparaban en mi fuga. No me podía creer que a Carolina le diera absolutamente igual mi presencia. Ni para sentir más morbo ni para sentir vergüenza. Su grado de lujuria la alejaba de sí misma, y yo de nuevo pensaba que nada de lo que allí había sucedido y sucedía tenía que ver con recuperar su deseo hacia mí. Que, si nuestro matrimonio continuaba, ella me utilizaría para revivir sus momentos con Daniel, pero aquello no tenía nada que ver con salvar nuestra relación.

Comencé a bajar las escaleras y, cuando llegué al rellano intermedio, el chico de la camisa azul, Marcos, me asaltó otra vez, como si fuera el guardián de aquellos escalones.

—¿Qué coño hacéis aún ahí? Bajad de una vez.

Yo levanté las manos, en señal de inocencia, hastiado, y le dije:

—Ya ves que yo ya bajo…

—¿Y ellos qué?

—Ellos… están ocupados —contesté sin pensar.

—¿Cómo que ocupados? Están de coña. Los saco de ahí en un momento —dijo acelerado, exageradamente cabreado, como queriendo mostrar autoridad, mostrar que allí mandaba él, y comenzó a subir las escaleras.

Yo me giré. Lo vi subir. Y subí también unos cuantos escalones, hacia él. Y vi que llegaba arriba. Y, una vez allí, miraba en la distancia, y se quedaba petrificado.

Ascendí un poco más. Él, quieto, no parecía exteriorizar ninguna emoción. Alto, rubio, con pelo corto, circunspecto, parecía un soldado formando firme.

Estuvo mirando unos diez segundos, hasta que reparó en mi presencia, me hizo un gesto para que

me acercase, y después me susurró:

—Pero qué coño es esto… La rubia le está chupando la polla.

Yo cogí aire. Resoplé. Él volvió a mirar.

—Pero qué cojones… ¿Pero estábais los tres? —preguntó de nuevo en un susurro, mirando hacia ellos. Y yo no veía nada pues me faltaban varios escalones por subir.

—¿Cómo los tres?

—O sea, joder, ella está prácticamente en bolas, acabas de bajar, ¿te fuiste y ya estaban así?

—Más o menos… —respondí.

—¿Pero es puta o qué? ¿La conocéis? —preguntó, de golpe, como si fuéramos colegas.

—No la conozco mucho… —contesté y mi corazón retumbó por el dolor.

—¿Si voy se cortan? —preguntó nervioso, inquieto.

—No sé… Prueba… —respondí.

—Joder, joder, joder… que se la folla aquí —dijo entonces, a toda velocidad, y me pareció escuchar movimiento arriba: ruido de pasos, quizás el rechinar de los tacones de Carolina sobre el suelo, y el inconfundible tintineo de la hebilla del cinturón de Daniel.

Resoplé. Suspiré. Y Marcos se alejó de mí. Se adentró en aquella pequeña planta superior. Sus pasos se escuchaban. Se mostraba. Y yo me preguntaba si aquello los detendría. Me preguntaba si aquello detendría a mi mujer.

CAPÍTULO 33

En aquel momento me vi sobrepasado. No controlaba nada. Era un mero espectador de una situación descontrolada. No entendía cómo habíamos llegado allí. No me dejaba llevar, ellos me arrastraban. Hasta aquel chico rubio me arrastraba.

Miraba hacia atrás y veía las escaleras, oscuras, vacías, desiertas. No parecía que fuera a venir nadie; nadie parecía saber, aparte de Marcos, que aquella planta inutilizable estaba siendo aprovechada. El ruido del tumulto descendía. El local se iba vaciando lentamente. Miré hacia arriba y no pude resistir la tentación, no tanto de saber qué hacía mi mujer, sino de saber si la aparición de un tercero que no fuera yo la detendría.

Avancé. Subí. Y una vez arriba me volteé. Mi corazón palpitaba con tanta fuerza que parecía que me levantaba. La imagen que vi me paralizó, impidiéndome caminar más: Marcos, de pie, suficientemente cerca de ellos, miraba hacia abajo, hacia dos cuerpos que retozaban entregados, tumbados en el suelo. Una mancha rosa de piernas largas abajo. Un cuerpo enorme de camisa blanca encima.

Él estaba a una distancia que me hacía entender que ellos sabían de su presencia, pero eso no los detenía. Fui aún más consciente de la gravedad cuando atisbé algo en el suelo, un poco apartado de ellos, y ese algo era la falda gris de mi esposa. Daniel, sobre ella, cubría a Carolina, con los pantalones bajados hasta las rodillas, y mostraba un culo blanco y enorme. Se deslizaba sobre ella, y la besaba, y yo no sabía si ya la penetraba, si ya la follaba. Las piernas de mi esposa, abiertas, separadas, permitían el acceso de aquella enormidad. Sus manos a veces se aferraban a la espalda de aquella extensa camisa blanca, y a veces palpaban aquel culo enorme de él.

Temblando por los nervios, me armé de valor y me acerqué, llegando hasta la altura de un Marcos que observaba con gesto sobrepasado y enfermizo. Y mi mujer, tumbada boca arriba, con su espalda contra el suelo, finalizó un beso y giró su rostro. Nos miró, y enseguida desvió la mirada.

Daniel se retiró entonces, colocándose de rodillas entre las piernas de mi mujer, mostrando que no la había penetrado, pero aquello no me alivió.

Y nos miró, allí arrodillado, con su camisa sudada, sus pantalones bajados y su enorme polla apuntando al techo, y dijo:

—¿Otro más…? Putos mirones…

Marcos parecía que iba a decir algo, pero no dijo nada. Quizás, como yo, estaba tan impactado por lo que allí sucedía, sobre todo por cómo aquella rubia ni se cubría ni protestaba, que no alcanzó a decir nada. El hecho de no cubrirse ni detener aquello nos ofrecía la visión nítida de su melena parcialmente esparcida por el suelo, de su rostro agraciado y acalorado, de su camisa apartada, de sus pechos hinchados, coronando su torso y rebosando el sujetador; de su coño abierto y saliente, de su vello púbico brillante por la humedad; de sus esbeltas piernas separadas, de sus tacones clavados en el suelo, y de su tanga negro que, al parecer, no había sido arrastrado al haber sido retirada la falda, ya que se mantenía enredado en uno de sus tobillos.

En mi mente resonó una frase acusatoria: “¡Cómo puedes ser tan puta… de no parar ni con éste tío mirándote también!”.

La polla de Daniel me pareció enorme, parecía a punto de estallar; la tensión de su glande, la presión de aquellas venas… Y entonces él se volcó otra vez sobre ella. La cubrió con todo su cuerpo. La besó en la boca y le susurró:

—No les hagas caso, eh…

Y la besó otra vez. Y ella lo acogía y llevaba sus manos al culo de él.

—Nosotros a lo nuestro… ¿A qué sí? —le insistía él, entre morreo y morreo, susurrándole.

—Mmmhh… Ah… —gimoteó entonces mi mujer, casi aplastada por él, sintiendo sus besos, sus

mordiscos en su cuello, y sintiendo cómo la polla de Daniel rozaba y percutía cerca de su coño.

—Hostia, puta… Se la folla… —susurró Marcos, impactado y lascivo, a mi lado.

Aquello estaba visto para sentencia. Daniel retiró su torso; apoyado con las palmas de las manos en el suelo y los brazos estirados, se iba a hundir en ella. Se la iba a follar allí, en el suelo, en presencia, no solo de su propio marido, sino también de su amigo. La victoria de Daniel no podría ser más absoluta, o eso pensaba yo, hasta que Carolina lo convirtió, ella misma, en una victoria aún más categórica y total: pude ver cómo él lo intentaba, sin usar las manos, pero no acertaba, y entonces fue ella, mi mujer, la que, tras incorporarse un poco y apoyarse con un codo atrás, bajó una de sus manos, que voló del culo de él hacia su miembro, y lo buscó y lo encontró para colocarlo. Mi esposa agarraba aquella monstruosidad firme y dura, y la dirigía para metérsela. Allí, cubierta por aquel hombre musculado y empapado, con aquella camisa que se transparentaba por el sudor, entre beso y beso, con sus lenguas volando, entre jadeo y jadeo. Y las piernas de mi mujer temblaban en espasmos, ansiosa y excitada por ser penetrada, por ser colmada, por aquella firme grandiosidad.

Mi mujer volvía a recostarse con sus codos atrás, y esperaba ansiosa y desesperada el movimiento de Daniel. Y éste se produjo. Mi corazón de detuvo. Fue crudo. Fue áspero. Mi esposa esbozó un "¡Ah…!" corto, pero que contenía un éxtasis absorto, para ella, y cerró los ojos, y echó su cabeza hacia atrás y su melena voló con ella. La penetraba. Su coño se llenaba de aquella enormidad que se abría camino con vergonzante facilidad. La camisa rosa desabotonada caía a los lados del torso de mi esposa, regalándonos la vista neta y sexual de sus tetas enormes emergiendo, sensuales y carnales, rebosantes sobre aquel sujetador tenso y maltrecho. Y después se escuchó un "¡Humm!" de Daniel, rudo, agrio y triunfante. Y después un morbosísimo "¡Oh-Mm-mh!" de mi mujer, que se mordía el labio inferior, casi en un gesto de excéntrica rabia. Daniel la llenaba. De una metida. Colmaba aquel coño que llevaba tiempo reclamando desesperadamente ser asaltado. Se hundió hasta el final. Y tras aquel "¡Oh-Mm-mh!", ella resopló un "¡Uuuuuf!" largo y agradecido.

Recordé que aquella misma noche mi esposa me había pedido que nos marcháramos, porque "él estaba insoportable", y porque "esa noche lo veía feísimo"… y ahora tenía su polla clavada en su coño. Mientras lo recordaba y miraba cómo el culo blanco de aquel cabrón iba y venía, hundiéndose en el cuerpo de Carolina, escuchaba, a mi lado, a Marcos, que no paraba de susurrar: "joder, joder, joder".

Durante unos instantes llegué a entrar en trance. Daniel y mi mujer se susurraban mientras follaban. Marcos también murmuraba algo, seguramente comentarios dichos con intención de que yo interactuase con él, pero yo no era capaz de escuchar palabras, solo era capaz de centrarme en lo que veía y en los sonidos meramente sexuales.

Él se echó sobre ella y mi mujer lo acogió, rodeándolo con las piernas; lo atraía hacia sí, para que él se enterrara más. Lo rodeaba también con sus brazos. Veía sus manos aferradas a la espalda de la camisa mojada de él. Y veía su rostro, sus ojos cerrados, sus "¡Ah!" "¡Ah!" "¡Ah!" incesantes. Daniel la follaba con vigor y eficacia. Sabía lo que hacía. Alternaba metidas largas y profundas con aceleraciones despiadadas. Jugaba con ella. A veces casi se salía del todo y se podía ver aquella enormidad ancha y larga, y yo no daba crédito a que el coño de mi mujer pudiera asumir aquello. Sabía que era un alarde. Todos lo sabíamos. Los huevos de Daniel colgaban enormes e

iban y venían, oscilantes y pesados, con cada metida. A veces él se retiraba un poco, colocaba sus manos en el suelo, a ambos lados de la cabeza de mi mujer, y se miraban, y ella le apretaba la cara de una forma extraña, mientras su cuerpo se desplazaba por sus empujes y gimoteaba: "¡Ahh!" "¡Ah!" "¡Aah!" "¡Aah!". Y él introducía un dedo en la boca de mi mujer, y ella lo chupaba, mientras la follaba, y gemía en su dedo, de forma ahogada: "¡Mh!" "¡Mh!" "¡Mh!" "¡Mmmh!", y movía ligeramente su cabeza arriba y abajo, como si fuera su polla, y no su dedo, lo que chupaba.

Las tetas de mi mujer también se desplazaban, iban y venían rápidamente con cada embestida. Su sujetador, bajo sus tetas, doblado, hacía que éstas se alzasen más y parecieran incluso más grandes. Daniel retiraba su dedo mojado de la boca de mi mujer y apretaba una teta de mi esposa con su mano. Y ella se quejaba de su rudeza en un lamento, en un "¡Ahhm!" "¡Am!", descarnado. Y después ella llevaba sus manos al culo enorme y blanco de Daniel, y ella misma parecía culebrear, con todo su cuerpo, lujuriosa, excéntrica, moviéndose ella misma, desde abajo, como si fuera ella quién se follaba su polla.

Y entonces todo cambió, y es que mi mujer quiso ir más allá y, desviando la mirada de su amante, miró más lejos, y gimoteó:

—¡Mh! ¡Mh! ¡Mhhh! Qué miras, ¿eh? ¿Qué miras? —y mi corazón estallaba, pues no me miraba a mí, no me lo decía a mí, se lo decía a Marcos.

El chico rubio, hierático, no le respondió. Y ella insistió, aderezando sus palabras con una mirada increíblemente lasciva:

—¡Mhh…! ¡Mhh! ¡Ah! ¡Ahh! ¡Dios! Qué miras, ¿eh? ¿Qué miras?

—Joder… —alcanzó a susurrar él, pero la entendió. Entendió qué pretendía. Y yo creí morir cuando vi de soslayo cómo él se llevaba las manos a la apertura de sus pantalones, y le dijo:

—Joder… A ti… Te miro a ti…

Mi mujer volvió a Daniel. Volvió a gemir y a jadear. Satisfecha de haber conseguido lo que pretendía: lo había activado. Había activado a otro hombre, que no era yo. Y yo confirmé que lo nuestro no tenía solución.

—¡Ah! ¡Ahh…! ¡Dame! ¡Dame! —gimoteaba mi mujer, mientras Daniel seguía follándola y Marcos se bajaba la cremallera.

—¡Mmm…! ¡Dios! ¡Dios…! ¡Sigue! ¡Ahh! ¡Ahh! —se retorcía ella, y apretaba aquellas nalgas, y desprendía un poso de satisfacción al ver de reojo cómo Marcos se bajaba un poco los pantalones.

—¡Ahhh! ¡Ahhh…! ¡Dame…! —jadeaba mi mujer, y entonces llevó su mirada de nuevo a Marcos. Lo miraba fijamente, con ojos vidriosos. Y todo su cuerpo subía y bajaba unos centímetros, deslizándose por el suelo, por las acometidas de Daniel.

Y entonces se produjo un cambio de ritmo. Su amante volvió a retirarse un poco. La agarró por la cintura y la alzó un poco. Se volvió a ver nítidamente cómo su polla entraba y salía de aquel coño que lo abrazaba, chorreante, con aquellos labios salientes. La retirada de su torso permitió

que Carolina volviera a incorporarse un poco, recostándose con sus codos. Su camisa rosa se mantenía apartada, hacia los lados; sus tetas se alzaban enormes, enrojecidas, con unas areolas extensísimas y rosadas y unos pezones que apuntaban tiesos y acusadores. Y lo miró. Miró a Marcos. Claramente lo retaba mientras ronroneaba, por las metidas lentas de Daniel: "¡Mhh!" "¡Mh!" "¡Ah!" "¡Ah!" "¡Mh!" "¡Di-os!".

—Qué coño tienes, joder… —susurró Daniel, que miraba hacia abajo, hacia su sexo, y, como yo, no se acostumbraba a admirar aquella abertura enorme. Y llevaba una mano, su dedo pulgar, a su clítoris, que brotaba en la cúspide.

—¡Ahh…! ¡Ahhh…! ¡¡Sí!! ¡¡Sí!! —se retorció aún más mi esposa al sentir su dedo allí.

—¡Mhh…! ¡Ahhh! ¡¡Sí!! —gimoteaba, y a veces dejaba caer su cabeza hacia atrás, y su melena iba hacia atrás, y rozaba el suelo.

—¡¡Ahh…!! ¡¡Sí!! ¡¡Ahhhhh!! —jadeó, de manera aún más entregada, alzando su rostro otra vez. Y no miraba a quién la follaba. No. Miraba a aquel desconocido que ya se masturbaba con sus ojos clavados en ella.

—¡¡Mmm…!! ¡¡Sí!! ¡¡Ah…!! ¡¡Sigue…!! ¡¡Dios!! —le exigía mi mujer a Daniel, pero lo gemía mirando hacia Marcos.

Y yo me moría. Sentía tanto morbo como dolor. Y me moría, sobre todo, porque sabía que lo estaba llamando.

La zorra de mi mujer le dedicaba los gemidos a aquel desconocido. Y aquel cabrón lo entendió. Y mi corazón se partía en mil pedazos cuando vi cómo él se acercaba, agarraba una polla mediocre, no exigua de longitud, pero bastante enjuta y fina, y se arrodillaba al lado de mi mujer.

Me tuve que desplazar un poco para ver aquel ultraje. Mi humillación más absoluta. Daniel también lo leyó y me miró. Y no vi saña en sus ojos, sino algo parecido a la compasión o a la lástima. Recordé su lejano "ata en corto a tu putita" y lo comprendí todo.

Las metidas de Daniel seguían lentas y sentidas. Su dedo seguía frotando sobre el clítoris de mi mujer. Los lastimosos "¡¡Ahh!!" "¡¡Sí!!" "¡¡Ahhh!!" "¡¡Ahhh!!" "¡¡Sí!!" "¡¡Dios…!!" continuaban. Y me partió el alma cuando ella, con sus codos apoyados atrás, permitió, en un segundo, que la mediocre polla de Marcos rozara sus labios. Jugó un instante con él. Dejó que él restregara su glande descabezado por su boca entreabierta… Y ella gemía sus "¡¡Ah!!" "¡¡Sí!!" "¡¡Ahhh!!" ¡¡Mmm!!", allí. Y entonces ella lo miró, alzó sus ojos hacia él, y Daniel la penetró hasta el fondo… y ella abrió la boca… para gemir… al sentir la polla de Daniel, y tras un "¡¡Mhh!!" "¡¡Ahh!!" desgarrador, el chico de camisa azul empujó con su cadera, hacia la boca abierta de mi esposa… y ella aceptó… asumió… y engulló, se metió aquella polla en su boca, y gimió un "¡¡Mhhhhmmm!!" larguísimo y ahogado, con la polla de aquel chico metida en su boca, y exageró además un amplio y generoso recorrido con su cuello, para engullirla más. Mi esposa, penetrada por el coño y por la boca, se retorcía del gusto y sus piernas dejaron de rodear a Daniel, para temblar en extravagantes espasmos, en el aire, y su delicado tanga también temblaba, colgando de su tobillo.

—¡¡¡Mmmmhhhhh!!! —gemía ella, con su boca ocupada, y la polla de aquel chico marcaba sus

mejillas por dentro, abultando su boca.

—¡¡¡Mhhmmmmhhhh!!! —ahogaba ella sus gemidos, con los ojos cerrados, y movía su cabeza adelante y atrás, comiéndosela en recorridos largos.

—¡¡¡Mhhhmmmm!!! —se lamentaba mi esposa, y se podía ver cómo saliva rebosaba de sus labios y discurría por su mentón.

—¡¡¡Mmmhhh!!! —jadeaba ella, ante cada embestida, y su cabeza, y su melena, iban y venían, y aquella saliva ya discurría por su cuello.

—¡¡¡Mmmmhhhh!!! —seguía gimoteando con cada embestida, y ella, con los codos echados hacia atrás, se agarraba sus enormes tetas con sus manos, humillada, penetrada por dos pollas, pero a la vez extrañamente pletórica.

—¡Jo-der…! ¡Qué zo-rrón…! —habló Marcos por fin, en un excitado y nervioso tartamudeo, y llevó su mano a la cabeza de ella, para ayudarla a que relajara su cuello, y siguiera chupando.

Yo miraba cómo el culo de Daniel iba adelante y atrás. Cómo el culo de Marcos iba adelante y atrás. Los dos ultrajaban, humillaban, se hundían en mi mujer. Los “¡¡Mhh!!” “¡¡Mhhh!!” “¡¡Mhhhh!!” “¡¡Mhhhhh!!” de mi esposa eran incesantes, lacerantes y penosos. Yo me excitaba pero no me tocaba. Solo podía ver aquellos culos ir y venir, desacompasados pero triunfantes. Y solo podía ver aquellos miembros, desiguales pero ansiados, mientras ultrajaban y se retiraban, duros y exultantes.

—¡Joo-der! ¡¡¡No puedo más!!! —bufó entonces Daniel, sobreexcitado, sobrepasado y sorprendiendo a todos.

Y entonces se salió de ella. El coño de mi mujer fue abandonado y pude ver la tremenda oquedad que allí quedaba, y pude ver el exterior de su coño: sus labios salientes, abiertos y apartados, que demostraban tanto su desesperada excitación como la grandeza de lo que había estado allí agraviando. Y sobre todo me destruyó una humedad blanquecina y espesa, que rodeaba aquel coño, mezcla de lo que había brotado de su sexo y del propio Daniel, una espesura blancuzca, salvaje e inmoral, que yo nunca había visto, con la que ella nunca me había obsequiado.

Y él entonces comenzó a masturbarse, dispuesto a correrse, arrodillado entre las piernas de ella. Y ella apartó la boca de la polla Marcos, y éste se retiró un poco, y ella miró al frente, hacia Daniel.

Recostada, con sus codos atrás y aferrada a sus pechos, sacudió su melena, en un gesto ridículamente presumido, y lo miró. La paja de Daniel se hacía desesperada, frenética. Su enorme polla era sacudida, sus huevos pesados se agitaban. Las venas de su frente se tensaban, el sudor discurría por su rostro. Aquel gigante convulsionaba. Su torso musculado, vestido por aquella camisa blanca ceñida, chorreaba por el sudor, en una imagen grotesca, pero aquello no parecía frenar el deseo de mi mujer, sino todo lo contrario. Y entonces ella bajó una mano hacía sí misma, hacia su coño, y comenzó a tocarse, a frotarse, arrugando aquellos labios enormes y deshechos. Y su boca se abría y se cerraba. Y mientras lo miraba se daba placer y jadeaba: “¡¡Ah…!!” “¡¡Ah!!” “¡¡Mhh!!”. Y entonces Daniel se detuvo, y se hizo un silencio, y explotó, explotó en un “¡¡¡Ohhhh!!!” larguísimo y, antes de que me pudiera dar cuenta, una amalgama

espesa voló, un fluido estirado brotó, y al instante vi los labios de mi mujer tintados de blanco. Su disparo había salido limpio y alejado, sobrevolando por todo el torso de ella. Y el rostro de mi mujer tembló por el impacto. Su rostro manchado multiplicó la excentricidad. La sorpresa de mi mujer le hizo detener su mano y su mirada exteriorizaba un desasosiego excitado que dejaba sin respiración.

—¡¡¡Ohhh!!! —bramó él de nuevo, y otro disparo largo, e incluso más espeso, alcanzó el cuello de mi esposa, su escote y el cuello de su camisa. Y ella volvió a temblar.

Y mi mujer, impactada y excitada, asistía a cómo se sucedían aquellos lamentos, aquellos "¡¡¡Ohhh!!!" masculinos y profundos de su enorme amante, y aquella polla seguía descargando sobre su cuerpo. Cuatro, cinco, hasta seis quejidos más, y su cuerpo tiritaba, mientras se liberaba sobre mi esposa. Y las tetas de mi mujer, su vientre, su escote, su sujetador y su camisa se veían manchados, atacados, ultrajados por un líquido viscoso y blancuzco. Él la humillaba, se descargaba sobre ella, y ella lo asumía, y cerraba los ojos, y temblaba por cada impacto, y emitía unos dóciles "¡Ah-ahh…!" cada vez que era manchada, y volvía a agitar su melena como si disfrutase de la vejación. Y yo la miraba; miraba su rostro. Miraba aquel lunar maravilloso y perfecto, en el centro de su mejilla, que se libraba el ultraje, quedando como reducto pulcro y bello, ante aquel desastre vejatorio.

Y entonces, a los pocos segundos de él terminar, ella abrió los ojos para revisar el estropicio, y Marcos no dudó, volvió a aproximarse a ella, y le metió otra vez la polla en la boca.

Y fue tremendamente doloroso ver cómo ella, calada por Daniel, vejada por aquel animal que la había empapado, asumía la polla de Marcos sin dudarlo. Y así estuvo unos instantes, comiendo de allí, mamando de allí, esbozando unos desgarradores "¡Mh!" "¡Mhh!" "¡Mh!" "¡Mhh!", mientras yo veía cómo caía semen de la comisura de sus labios, cómo discurría semen vertido por Daniel por los pechos de mi mujer, cómo un charco blancuzco había embadurnado toda la extensión de la areola de una de sus tetas. Y, mientras eso ocurría, la cabeza de mi esposa volvía a ir, adelante y atrás, devorando aquella polla mediocre, demostrándome que su ansia no era por Daniel, sino por no ser yo.

Daniel se retiraba e intentaba recomponerse. El gigante, extasiado, parecía satisfecho. Y ella se volcaba más hacia aquella polla vulgar, pálida y tibia, pero que mi esposa degustaba casi con angustia, girándose un poco, para asumirla mejor, para comerla mejor, para que aquella polla marcara aún más su boca y sus mejillas.

Y entonces, mi mujer, insatisfecha, resentida y disgustada porque Daniel la había dejado sin su orgasmo, haciendo que todo explotase, destrozándome de manera definitiva, apartó su boca de la polla de Marcos, alzó su mirada, y le dijo, o más bien le rogó:

—Fóllame… Fóllame tú.

Era el fin. El fin de todo. Me sentí un ingenuo. Me lo había dicho Gabriela. Me lo había dicho el propio Daniel. Hasta yo mismo lo había visto con mis propios ojos dos semanas atrás.

—¿Para qué ves esto? —me susurró entonces Daniel, de pie, a mi lado, mientras Marcos se retiraba, tenso por la oportunidad que aquella belleza le daba.

No supe qué responder, y el que sí habló fue Marcos, que dijo:

—¿Te das la vuelta?

Y ella murmuró algo, algo que no entendí bien, algo al respecto de sus rodillas, como si su preocupación fuera no hacerse daño allí, no que un desconocido se la fuera a follar a cuatro patas, delante de su marido y de su amante. Y cumplió, y comenzó a moverse.

Daniel se guardaba su miembro al tiempo que ellos se movían. Ella no se limpiaba. Por sus movimientos, el semen de Daniel iba aquí y allá, manchando más su ropa y tintando más su piel en surcos y en ríos que fluían ágiles. Mi mujer se colocó a cuatro patas y Marcos se arrodilló tras ella.

—No sé cómo aguantas esto… —me susurró Daniel, y yo, a aquellas alturas, quizás, en lo más profundo de mí, deseaba incluso que el ultraje fuera cuanto mayor, mejor, para que no quedase duda alguna de que lo nuestro terminaba allí.

Marcos la sujetó por la cintura con una mano. Se agarró su miembro con la otra. Apuntó. Tardaba un poco. Y mi mujer, desesperada, se volteó… y le susurró:

—¿Qué…? Vamos…

Aquel chico, rubio, delgado, casi sin hacer, con aquel pendiente extraño, y que no me pareció tan guapo de cara como al principio de la noche, miraba hacia abajo y contemplaba la grandiosidad, la oquedad que se exponía ante él; el coño enorme y deshecho de mi esposa, y aquella masa blancuzca que lo rodeaba. Y entonces me miró, lo hizo sin maldad, sin saber que ella era mi mujer. Y después colocó la punta, acarició y apartó con el glande de su polla uno de aquellos labios salientes de mi esposa… y ella tembló… y él cerró los ojos… y esbozó un “¡Mhhh!” increíblemente placentero… un gemido desgarrador, dicha pura, por lo que invadía y por lo inesperado, y se enterró en mi mujer.

—¡Ahhhhhh! ¡¡Dios…!! —se retorció ella, pronunciando sus palabras a toda velocidad.

—Mmmm —gimió él.

—¡Ahhh…! ¡Sí…! ¡Sí…! —comenzó a jadear mi esposa, de manera más tierna y sutil que cuando era la enorme polla de Daniel quién la invadía.

—Mmhh-mm —seguía gimiendo él, con los ojos cerrados, sin poder creerse la belleza, la voluptuosidad y la exuberancia de lo que se follaba.

—Ahhh…. Diooos… ¡Dio-os…! —se deshacía del gusto mi esposa, a cuatro patas, en aquel sucio suelo, temblando de placer.

Marcos se la follaba. No se conocían de nada y se follaba a mi mujer. Aquel mediocre miembro ultrajaba el grandioso sexo de Carolina. Mi esposa jadeaba unos “¡Ah!” “¡Ah!” “¡Ah!” desesperados y entregados y culebreaba un poco con su cintura, para sentirla más, como si, acostumbrada a la polla de Daniel, su coño tuviera que poner de su parte para conseguir más contacto, para sentirse llena.

Y entonces Marcos comenzó a hacer algo extraño: a veces nos miraba, me miraba a mí, y se reía. Su júbilo era tal que más que sonrisa era directamente una risa. Sus dientes blancos me acusaban y desquebrajaban. Su sonrisa cínica era más humillante que nada de lo que hubiera hecho Daniel. También humillaba así a Carolina, pero ella, a cuatro patas y mirando al frente, era ajena a cómo él se reía de la situación, y se reía de ella. Y llegaba incluso a ridiculizarla, imitándola, pues cuando se escuchaban los "¡Ah!" "¡Ah!" "¡Ah!" desesperados de mi esposa, él lo vocalizaba sin pronunciarlo, y hacía muecas, burlándose de ella, llegando incluso a amagar con azotar sus nalgas, como si lo visualizase, mientras la seguía penetrando.

En otro contexto habría detenido aquello, pero no tenía fuerzas ni voluntad. De nuevo pensaba que era lo mejor. Y que cuánto más tolerase mi mujer, más claro quedaría todo, y mejor sería para los dos.

Él se veía con permiso para continuar, para seguir violentando: sus jadeos, su coño, su petición implícita primero para que se acercara, su petición explícita después para que la follara, todo había sumado para que él se sintiera con carta blanca, con permiso total.

Él apretaba las nalgas de mi esposa torpemente y la empujaba hacia adelante. Mi mujer no se quejaba. Casi le agradecía todo. Gemía incesantemente: "¡Ahhh!" "¡Ahhh!" "¡Ahhh!", y él alargaba su mano, apartaba la camisa rosa que caía por los lados y alcanzaba los pechos colgantes de mi mujer, y nos miraba y sonreía. Cerraba los ojos y la follaba. Y sonreía. Aprovechado y afortunado, nunca hubiera pensado follarse de aquella ultrajante forma a una mujer así. Y, si su júbilo era mayúsculo, más lo fue cuando mi mujer, en tono más alto, gimió:

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ahhh…!! ¡¡Así!! ¡¡Así!!

—¿Te gusta? ¿Te gusta? —preguntó él a toda velocidad, y su culo iba y venía en movimientos rapidísimos.

—¡¡Ahhh!! ¡¡Sí…!! ¡¡Dios…!! ¡¡Sí!! ¡¡Sí!! ¡¡Mh!! ¡¡Me gusta…!! —se retorcía mi mujer, con las palmas de las manos en el suelo, con los brazos estirados y con su rostro alzado, mirando al frente.

—¿Te gusta como te follo, eh? —sonreía él, extasiado, y apartaba la camisa de ella hacia adelante, y esta caía hacia la parte superior de su espalda y llevaba una mano hacia adelante y amasaba sus pechos, y después, al sentir su teta manchada de semen, se limpiaba la mano con desprecio en la espalda desnuda de mi esposa.

—¡¡Sí…!! ¡¡Sí…!! ¡¡Me gusta!! ¡¡Dios!! ¡¡Sigue!! ¡¡Sigue!! ¡¡Aaahh!!

—Joder… Tienes el coño enorme… Casi no me entero —sonreía él y nos volvía a mirar.

—¡¡Ahh!! ¡¡Ah…!! ¡¡Dame!!

—¡Oh! —jadeaba él y cerraba los ojos.

—¡¡Ahh!! ¡¡Dame…!! ¡¡Sí!! ¡¡Sí!!—gimoteaba ella.

—¡Ohhh! ¡Ohhh! —gruñía él.

—¡¡Ahhh!! ¡¡Dios…!! ¡¡Sí!! ¡¡Sí!! ¡¡¡Sí!!! ¡¡¡Me corro!!! —anunció ella, desvergonzada.

—¡Ohh! ¿Ya? Pues córrete… ¡¡Córrete…!! ¡¡Venga!! —jadeaba él, exteriorizando una enfermiza antipatía.

—¡Pero dame más!! ¡¡Cabrón!! ¡¡AH!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Sí!! ¡¡Sí!! ¡¡DAME!! —le exigió ella.

—Ya te doy… ¡Puta!, ¡joder!, ¡ya te doy! —explotó él, poseído, y aceleró el ritmo, y se veía cómo su miembro entraba y salía a toda velocidad del sexo de mi mujer; salía embadurnado, blancuzco de aquella enormidad; y se escuchaba un sonido líquido, acuoso, del coño de mi mujer, húmedo, un vergonzante "chof, chof, chof" que se solapaba con el sonido, con el "¡plas, plas, plas!" del sonido de sus cuerpos al chocar. Los huevos, extrañamente colgantes, de aquel cabrón, iban adelante y atrás, y entonces ella, retorciéndose de gusto, le exigió más:

—¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Sí!! ¡¡Sií!! ¡¡Llámamelo!! ¡¡Llámamelo!!

—Te lo llamo joder. ¡Puta! Te lo llamo. Eres una puta. ¡¡Córrete!! —bramó él y entonces ella no pudo más.

—¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Sí!! ¡¡Sií!! ¡¡Me corro!! ¡¡Me corro!! —gritó ella, y él y la sujetó por la melena, haciendo que su rostro se alzase un poco. Y ella lo disfrutaba. Lo exigía. Mi esposa se vio obligada a alzar el rostro por el tirón. Su cuerpo iba y venía. El ruido de sus cuerpos al chocar se hizo atronador. La exigua polla de aquel chico se enterraba en aquel coño enorme, era absorbido como si nada y mi esposa explotaba:

—¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Sí!! ¡¡Sií!! ¡¡Me corro!! ¡¡Me corro!! ¡¡Di-oss…!!

—¡¡¡AHHH!!! ¡¡¡Aahhhh!!! ¡¡¡SII!!! ¡¡¡SIII!!! ¡¡ME CORRO!! ¡¡¡ME CORROO!!!—chilló mi esposa, con su melena estirada por él, totalmente ensartada, con sus rodillas en el suelo, con la punta de sus zapatos clavados en el suelo, con sus tetas colgantes y ultrajadas. Se retorcía del gusto y se apoyaba con una mano, llevando la otra a tocarse una teta, a sentirse, a gustarse; apartaba su camisa rosa y su sujetador para tocarse allí y acariciarse mientras él sonreía… Ella no lo veía, como tampoco veía cómo su coño libraba una doble lucha, pues humillaba aquella polla mediocre pero a la vez se veía ultrajado por aquel miembro escaso. Aquella belleza rubia, mi esposa, empalada por aquel aprovechado, casi lloraba del placer, y culebreaba gozosa, superada, aferrada a su teta y con su cabeza alzada. Y entonces él se salió de ella, y, al instante de salirse, una gota blanca coronó su miembro, y después un disparo corto aterrizó en las nalgas de mi mujer, sin necesidad siquiera de tocarse. Y, mientras mi mujer aún jadeaba, él sí se agarró y se sacudió, y se derramaba sobre aquellas nalgas extensas y desnudas en borbotones pesados y blancos. Se corría, jadeante, con los ojos cerrados, pajeándose sobre aquel culo, manchando de blanco sus nalgas.

No pude soportarlo más. Me giré. Aparté la vista. Ella misma había demandado, exigido, aquella locura. Y creí que me encontraría a un Daniel de retirada, pero, al contrario, otra vez excitado y pendiente de lo que allí sucedía, me susurró:

—¿Te vas?

Ni lo miré. No miré atrás. Y después le escuché decir:

—Tranquilo. Yo te la cuido.

Y me fui. Me fui sabedor de que ella, ya hacía bastante rato, había preferido que me hubiera marchado.

CAPÍTULO 34

Carolina llegó a casa de madrugada, unas tres horas más tarde que yo. Se duchó y se metió en la cama, sin decir nada. Prácticamente igual que trece noches atrás, cuando, según Gabriela, y ya era evidente que era cierto, había vuelto de su apartamento, de haber estado follando con Daniel, en aquel piso clandestino, sobre aquellas sábanas que yo había imaginado grises.

Lógicamente yo no había dormido. Tampoco dormí después. Ella sí se durmió.

Salí de la cama y aún no había amanecido. No pude evitar seguir el rastro de su pecado: en el cesto de la ropa sucia estaba su camisa, su tanga, su sujetador y su falda. Todo olía a sudor y a sexo.

Daniel no me había llamado ni enviado ningún mensaje. Yo no sabía si habían ido al hotel juntos. No sabía si habían ido los dos, o incluso los tres. Pero era evidente que habían ido. Dónde sino habría pasado mi mujer aquellas tres horas.

A aquellas alturas no me sorprendía, aunque sí me impactaba, que hubieran continuado allí. No dejaba de ser desgarrador que ella hubiera querido continuar aquella locura. No dejaba de ser desolador que fuera aquella la misma mujer que podía pasar semanas sin sexo con su marido. La misma mujer cuyo coño era áspero y hermético con el hombre que había elegido para compartir su vida.

No sentí una pena mayúscula y por ello entendí mi escarceo con Gabriela. Supe, reflexioné aquella noche, en la soledad de nuestra cama, que no había tanto amor ni dependencia. De haberlo, jamás hubiera llegado hasta donde había llegado con aquella chica.

Aún no amanecía y yo me asomaba a nuestra terraza, y desde allí miraba hacia la bautizada como “la casa de Daniel”, y entendí que todo había sido una farsa desde el principio. Sí, a Carolina le había atraído aquel hombre desde el primer momento y por eso su exhibición y sus paseos por nuestra terraza. No, nunca había sido aquello un plan para que nuestro matrimonio mejorase. Solo le concedía un mínimo beneficio de la duda: que hubiera habido algo de autoengaño, que ella misma, engañada sin saberlo, hubiera creído, o querido creer, que había un poso de causa justa. Pero todo se había desvanecido, todo nos había explotado en la cara, con la aparición de Marcos.

Ya lo había deducido mientras Carolina lo había llamado con su mirada y con sus frases, cuando,

penetrada por Daniel, mi mujer había buscado que Marcos se acercara. Y eso mismo lo reflexioné también, y lo llegué a asumir, horas más tarde, en la soledad de nuestra cama: ni siquiera lo que sucedía había sido por una debilidad concreta por Daniel, sino por no ser yo. Quizás una atracción por Daniel sí había destapado el tarro, pero a partir de allí ya no era el con quién, sino el con quién no.

Reflexioné aquella noche que ella necesitaba la excitación y la adrenalina de la novedad. Ella necesitaba conquistar, y para ello lo que hacía era fingir que era conquistada, para disfrutar de su sexualidad.

Cuando amaneció y aparecieron la mañana y mi mujer, no le pregunté por aquellas tres horas. ¿Para qué? Tampoco ella me quiso convencer de que lo sucedido había sido para salvar lo nuestro. Tuvo al menos esa decencia.

CAPÍTULO 35

A los tres meses estábamos divorciados. Ninguno de los dos se quedó a vivir en aquel apartamento, de aquella flamante urbanización. Tampoco ninguno de los dos exteriorizó una tristeza desgarradora. Ninguno de los dos se derrumbó.

No volví a ver a Gabriela. Silvia me llamó varias veces, y nunca respondí a sus llamadas, hasta que una vez me obligué a hacerlo. Ella, siempre leve y espontánea, quiso llevar el tema a que quizás Carolina tenía un problema, una “voracidad sexual incontrolable”, pero no me convenció que esa voracidad fuera con todos menos conmigo. Le agradecí su apoyo y me despedí para siempre.

Seis meses después estaba trabajando en una nueva empresa, distinta tanto de la anterior como de la que había rechazado, y no era menos feliz de lo que había sido con Carolina.

A veces me sentía culpable por haber sido yo quién había abierto aquella puerta, quién había abierto aquella vía para que un tercero “agitase” nuestro matrimonio. Pero siempre concluía que aquello estaba llamado a desbordarse tarde o temprano, que aquella insatisfacción sexual de mi mujer acabaría desbocando por cualquier parte, en cualquier contexto: un escarceo con un colega de trabajo, un conocido, un ex. Cualquiera. Solo tenía que recordar lo sucedido en la planta superior de aquel local para saber que aquello era arrollador e irreprimible.

Nunca supe, eso sí, cómo juzgarme. Cómo juzgar que me hubiera excitado, y que me excitase recordar, que se follasen a mi propia esposa. Y no es que viviera atormentado, pero sí tenía cierta intranquilidad por saber si aquello se podría reproducir en una futura relación.

Sabía, por conocidos y amigos, de la nueva vida de Carolina: seguía trabajando en el mismo

despacho y vivía sola, en el centro, en un apartamento que había dejado libre una compañera. Si alguien sabía de una nueva relación estable de ella, nadie me lo decía.

Yo me había mudado a otra urbanización, y, cada vez que iba al centro, me sentía tenso e incómodo por si la veía.

Aproximadamente ocho meses más tarde de la fatídica noche, justo cuando estaba a punto de entrar a una sala de cine, con una chica que aún no sabía si podría llegar a ser algo serio o no, Daniel me envió un mensaje.

Fue un mensaje extraño. De alguna retorcida manera me pedía perdón, pero después terminaba el texto proponiéndome vernos, también, de una forma un tanto misteriosa.

—Vernos para qué. No creo que sea buena idea —le contesté.

—Venga, Rafita… ¿Ya no te gusta mirar? —me preguntó al instante, y me dio un vuelco el corazón.

—¿Mirar a quién? Vete a la mierda —le respondí, tecleando infartado.

—Vale, vale. Tranquilo. Vete tú también a la mierda —respondió. Y yo resoplé. Y apagué el teléfono.

CAPÍTULO 36

Unas semanas más tarde, estaba con la chica del cine. Era la quinta o sexta vez que venía a mi casa para cenar y pasar la noche. Estábamos en la cama, besándonos, y entonces terminé por retirarme para ponerme un preservativo. Ella, desnuda, me miró atentamente, y entonces, apartando su melena oscura, me dijo:

—¿Quieres que me ponga yo algo?

Me extrañé y le pregunté:

—¿Algo? ¿Algo cómo qué?

—No sé… Tengo unas medias… algo picantonas… —sonrió ruborizada.

Y yo recordé entonces aquello que me había contado Gabriela. Aquello de que Carolina y Daniel habían usado “una cosa” que Gabriela había tardado más de un año en “aceptar ponerse” y que ella, “tu mujercita”, había dicho, se había puesto enseguida. Me quedé un instante en trance, allí, con el preservativo en la mano, imaginando qué podría ser, y deduje que seguro algo mucho más fuerte que lo que aquella morena me ofrecía. Algo que seguramente escapaba incluso a los

límites de mi imaginación. Y me alegré de que aquella chica se ruborizase al plantear ponerse unas inocentes medias.

Al día siguiente, una buena amiga me escribió por mensaje para invitarme a una fiesta de cumpleaños. Yo, teniendo en cuenta quién era, y sabedor de los amigos comunes, rechacé la propuesta. Ella, al suponer el motivo de mi negativa, me llamó por teléfono.

Tras decirme que habían transcurrido muchos meses y que era mejor que mi primer encuentro con Carolina, tras el trámite del divorcio, fuera allí, en lugar de en otro contexto, lo cual no supe si me convencía o no, me dijo:

—Además, tú estás con esa chica… Y ella no está con nadie. Que mejor no la traigas, si no te parece mal, pero vamos… que en peor situación está Carol que tú, a efectos de veros.

—Bueno, que ella no esté con nadie de manera… formal… no implica que no esté haciendo sus cosas… —le dije.

—Ya… Si hace cosas, y muchas —dijo ella, y se quedó callada. Y yo sentí, al otro lado de la línea, como ella se daba cuenta de que no debería haberlo dicho.

La conversación giró. Hice lo posible para que no se sintiera incómoda. Y, sobre todo, no quería quedar como un ex desesperado y celoso, pero aquel autocontrol me duró poco. Tras cuatro o cinco minutos en los que ella me decía que no podía faltar, que era un "cuarenta cumpleaños" y que hasta habían alquilado un chalet, no me pude contener y le terminé pidiendo que explicase qué había querido decir con "hacer cosas, y muchas".

Ella dudó. Yo jugaba la carta, la gran carta, de que ella era más amiga mía que de Carolina. Me preguntó, para asegurarse, varias veces, si de verdad quería saberlo, y, tras mis respuestas afirmativas, me dijo:

—Pues mira. Yo creo que nada serio con ninguno… pero así… pues mira… Creo que un camarero… también con un chico delgaducho con un pendiente ridículo… y un cachas de gimnasio más feo que yo qué sé. Pero vamos, que la veo muy perdida…

No contesté. Me limité a disimular que no me desgarraba por dentro lo que me decía. Mientras, a mi mente volaban los rostros de Daniel y de Marcos, y me preguntaba si el camarero sería alguno del local de Marcos.

—Y tú con la monada de chica con la que estás… Así que no te quejes.

—No… Si no me quejo —respondí, y después terminé por aceptar pasarme un rato por la fiesta.

CAPÍTULO 37

Por tiempo que hubiera pasado, por bien que me fuera con mi nueva novia, por tranquilidad que me diera saber que iba a estar rodeado de caras amigas, entré en aquella casa como quien cruza un umbral hacia un campo minado.

Llegué un poco tarde. Había ya bastante gente. Saludé rápido, inquieto. Enseguida me hice con una copa de vino. En la cocina, en la planta baja, un amigo me entretuvo. Estuvimos hablando unos minutos. Me terminé la copa y después salí con él y una cerveza hacia el jardín trasero de la casa.

Había visto a mucha gente, pero ni rastro de Carolina. Empecé a pensar que finalmente no habría venido. Oteaba entre los grupos de amigos, y me di cuenta de que un chico me miraba. Un chico que no estaba seguro de conocer; su rostro me resultaba familiar, pero no sabía por qué. Y entonces todo explotó, Carolina apareció y supe quién era él.

Mi corazón retumbaba cómo no lo había hecho desde la noche de aquel local. Carolina, radiante, vestía unos vaqueros ajustados y una camisa rosa, bebía vino y le hablaba al oído a aquel chico. Aquel chico era el camarero de aquella noche, el camarero pelirrojo y fornido que le había guardado la chaqueta y que después había rehusado ir a por ella. Yo no tenía duda de que la camisa rosa era la misma, también, que la que había vestido la fatídica noche.

Ella me saludó en la distancia con un gesto dócil. Mi corazón explotaba. No sabía si llegaba a ser una encerrona, pero sin duda era una estudiada y sádica provocación. Le devolví el saludo, pero no me acerqué.

Alguien tocó entonces mi espalda. Me volteé, agobiado, y entonces escuché, a mi lado:

—Perdona, me ha avisado a última hora que iba a venir con el chico ese.

Mi amiga se excusaba, y yo le decía que no pasaba nada. Que estaba bien.

El cumpleañero sopló las velas. Había varios amigos que habían venido de fuera y que se iban a quedar a pasar la noche. Había varios niños pequeños correteando y me dije que cuando los primeros padres comenzaran a marcharse yo aprovecharía la ocasión para desaparecer.

Hablaba con amigas. Hablaba con amigos. Pero de mi mente no se iba Carolina, ni aquel chico. No se iba que se hubiera vestido de aquella manera. Y me llegaba a preguntar si aquel camarero se habría estrenado con ella la misma noche en la que todo había sucedido. Me preguntaba si habría sido posible que Carolina, después de haber sido follada por Daniel y por Marcos, hubiera bajado con ellos, hubieran hablado con el camarero, y hubieran acabado los cuatro en el hotel. Me pregunté incluso si aquel camarero habría subido y se habría encontrado con tres cuerpos dando rienda a todo lo imaginable en aquella planta de arriba.

Sabía que aquello era una locura, pero yo había visto lo que había visto. Había vivido lo que había vivido.

Después hablaba con otro amigo mientras mi mente, absorta, se decía que realmente qué importaba ya. Qué importaba que Carolina hubiera follado aquella noche con dos o con tres. Y

qué importaba si ahora se citaba en pares, tríos o cuartetos.

—Rafa… —escuché de golpe la voz de Carolina, a mi espalda.

Un estruendo interno sacudió mi pecho. Mi pulso se disparó. Me giré y mi amigo se desvaneció, sabedor del peso que podría tener aquella conversación, y mi exmujer comenzó a hablarme.

El diálogo comenzó calmado, hasta cariñoso. Una actualización de nuestras vidas sin mencionar nada que tuviera que ver con relaciones de ningún tipo. Ella bebía con elegancia de su copa de vino. Y mis ojos, cada vez que se iban, sin querer o acusadores, a su camisa, y a la contundencia de sus pechos bajo ella, recibían impactos, visiones y recuerdos. Miraba hacia el botón que había pasado media noche abrochándose y desabrochándose y mi corazón latía con más fuerza. Pero si miraba cómo se colocaba el flequillo tras la oreja, al hablarme, me daba la sensación de volver a vivir fragmentos de aquella noche. Y si miraba de reojo hacia el chico que había traído, a aquel camarero que nos observaba… revivía la noche aún más, y sabía que todo aquello no podía ser una casualidad.

Tras un par de silencios casi irrespirables, Carolina terminó por despedirse y por volver a mezclarse entre la gente.

Yo no lo soporté más y me fui de la fiesta.

Esa misma noche, estando solo en mi casa, recibí un mensaje de voz de Carolina.

Cogí aire. Resoplé. No sabía qué esperar. Pensé que quizás aquello fuera a contener una especie de disculpa, no en el sentido de su mera culpa, sino vinculada a la pena por no haber superado el problema que había tumbado nuestro matrimonio. Al fin y al cabo, y a pesar de las señales extrañas, el reencuentro había removido recuerdos también afectivos.

Henchí los pulmones y activé la nota de voz. Y escuché la voz de Carolina:

—Rafa… No me atreví a decírtelo en persona. Vas a pensar que estoy loca… No sé cómo plantearte esto. Es que siento que necesito estar contigo para… A ver. No te quiero confundir. No es que quiera retomar la relación. Quiero… recuperar un poco el contacto, el afecto, para… No sé.

La nota de voz terminó. Terminó así. Yo no entendía absolutamente nada.

Me quedé mirando la pantalla. Un minuto. Dos. Ella no decía nada más. Esperé un poco. Volví a escuchar la nota de voz varias veces.

Transcurridos más minutos empecé a escribir. Pero después borré, sin escribir nada.

Me quedé barruntando más de una hora. Dudé en pedir consejo a alguien, pero tampoco sabía qué decir. Más tarde decidí acostarme, pero no era capaz de conciliar el sueño. Pasaban los

minutos, allí tumbado, con la luz apagada, sin saber qué pensar. Cuando de pronto mi teléfono vibró sobre mi mesilla. Y creí que sería Carolina otra vez, o mi novia, pero mi móvil se había agitado por un mensaje de Daniel.

Me incorporé, nervioso, y leí en la pantalla:

—¿Te envío una foto?

—¿Una foto de qué? —tecleé.

—¿Quieres la foto o no?

—No —contesté.

Me quedé prendado de la pantalla. Pasaron los minutos. Y él no escribía nada más. Y entonces una de las teorías que había estado barajando, de lo que estaba sucediendo, cobró más fuerza.

Cogí aire. Suspiré. Allí, a oscuras. ¿Qué podría querer Carolina de mí? Entendí que Daniel era un emisario suyo. Ya lo había sido cuando me había escrito aquel día cuando yo estaba a punto de entrar en el cine.

Volví a escuchar, por enésima vez, el mensaje de Carolina. Lo vi claro. Lo entendí. Sí, efectivamente aquello era una locura: Carolina necesitaba la culpa. Necesitaba el afecto. El vínculo. Necesitaba aquello para que su pecado fuera mayor. Lo determinante nunca había sido que yo mirara o no mirara. Que yo estuviera presente o no lo estuviera. Incluso que lo supiera o que no lo supiera. El morbo, su locura, su delirio, su excitación máxima, partía del morbo de decepcionar, del morbo de la traición, de no poder contenerse a pesar de amar o de ser amada por alguien. Carolina me necesitaba, o necesitaba a alguien que la amase, para poder traicionarlo por el sexo. Qué morbo podría tener acostarse con un hombre, con dos o con tres, siendo una mujer sin compromiso, una mujer que, al hacerlo, no traicionaba a nadie, ni siquiera a sí misma.

Carolina sabía que no podría revivir el sexo que había vivido si no era traicionando a alguien que la amase. Y nadie la había amado tanto como yo.

Y yo sabía que no había maldad en ella, que su fin no era hacerme daño de manera estricta y directa, que era algo mucho más perverso y complicado.

No me pude resistir. Cogí mi teléfono y le pedí a Daniel la foto ofertada.

Transcurrieron unos minutos, hasta que mi móvil volvió a vibrar. Paralizado, en mi cama, infartado, recibí un mensaje, pero no era de Daniel, sino de Carolina. Y leí:

—Rafa, yo te sigo queriendo.

Mi corazón atronaba. Creí que escribiría más, pero se mantenía en línea, sin añadir nada.

Y entonces le escribí yo:

—¿Estás con Daniel?

—¿Te dolería que estuviera con él? —preguntó al instante.

Y entonces yo, quizás porque era cierto, pero sobre todo porque quería tantearla, tentarla, confirmar así que mi teoría era cierta, le escribí:

—Me dolería muchísimo.

Y Carolina, confirmando que necesitaba la traición, me escribió:

—Lo siento…